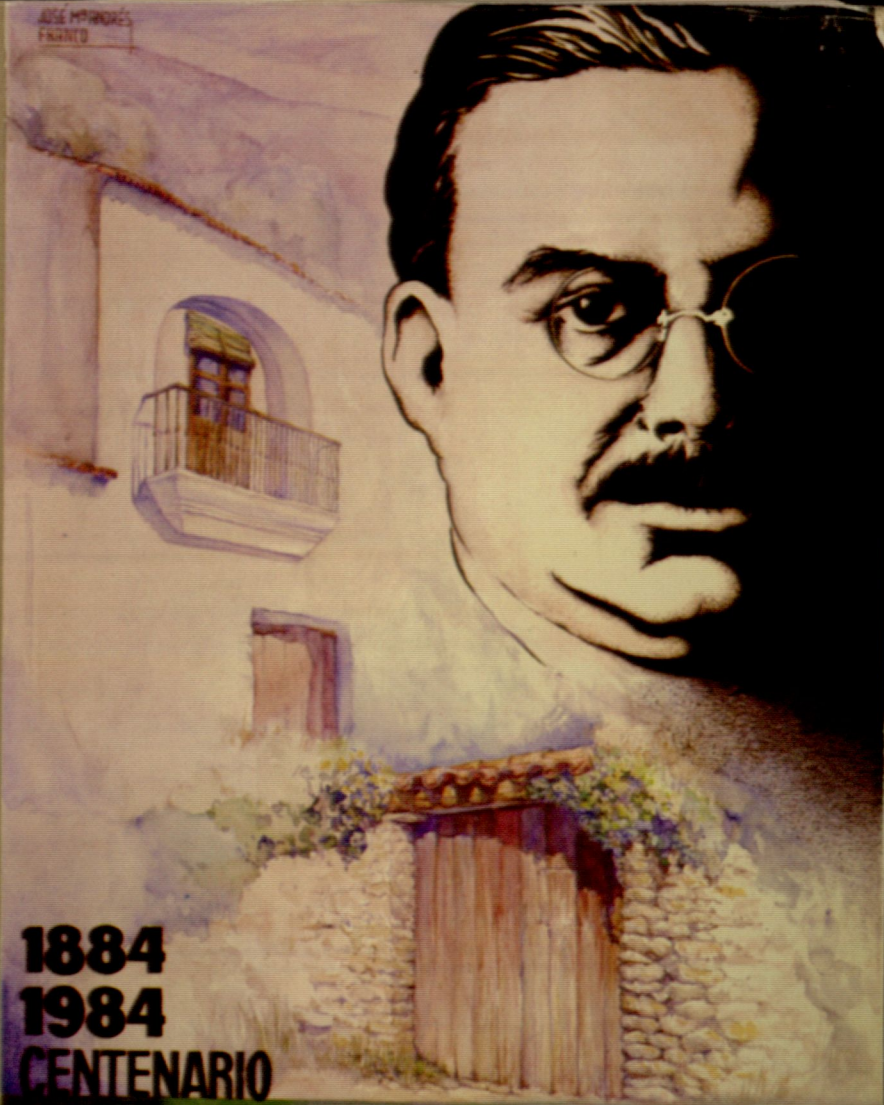


JOSÉ MARTÍNEZ
FRANCO



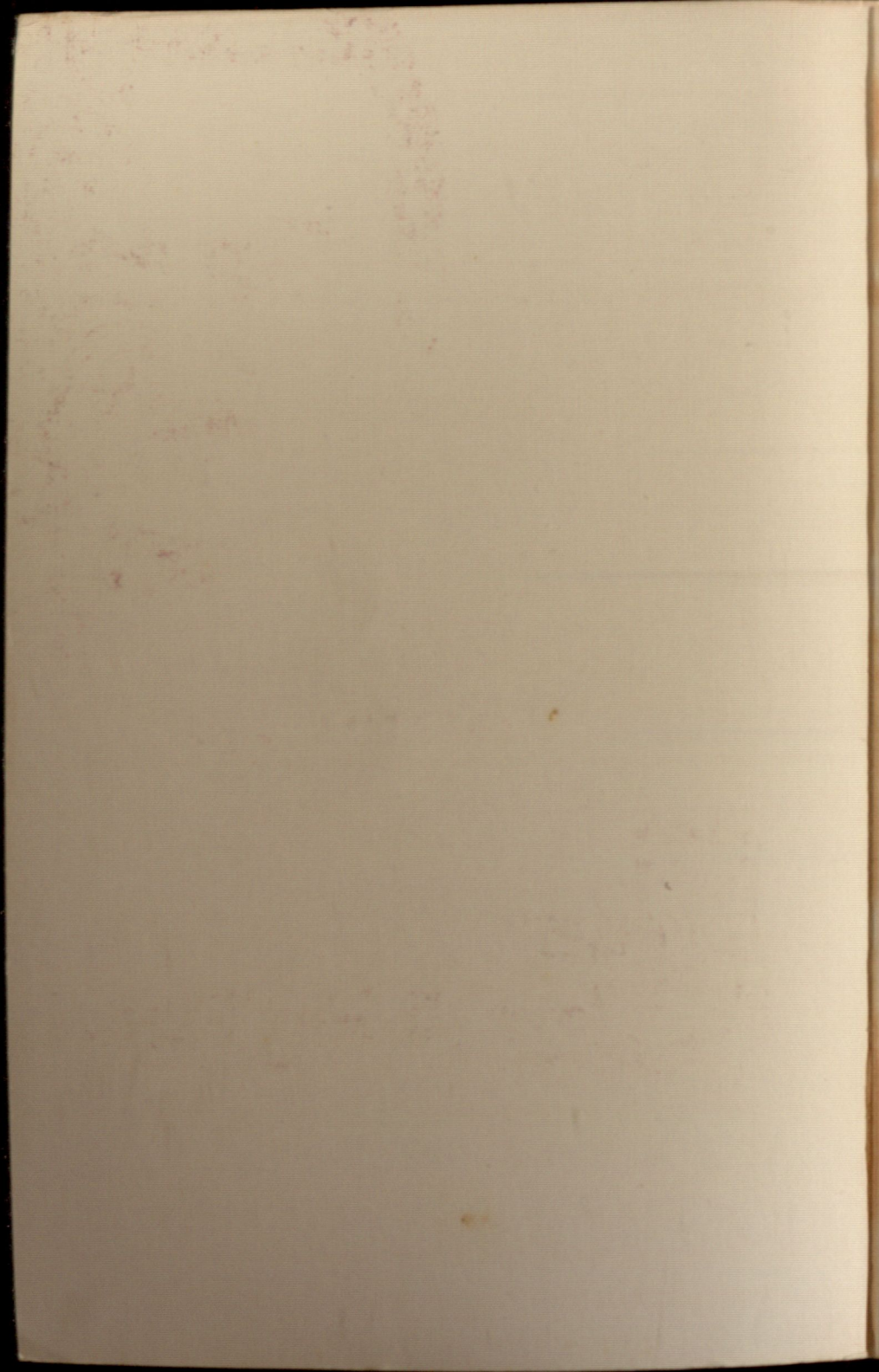
1884
1984
CENTENARIO

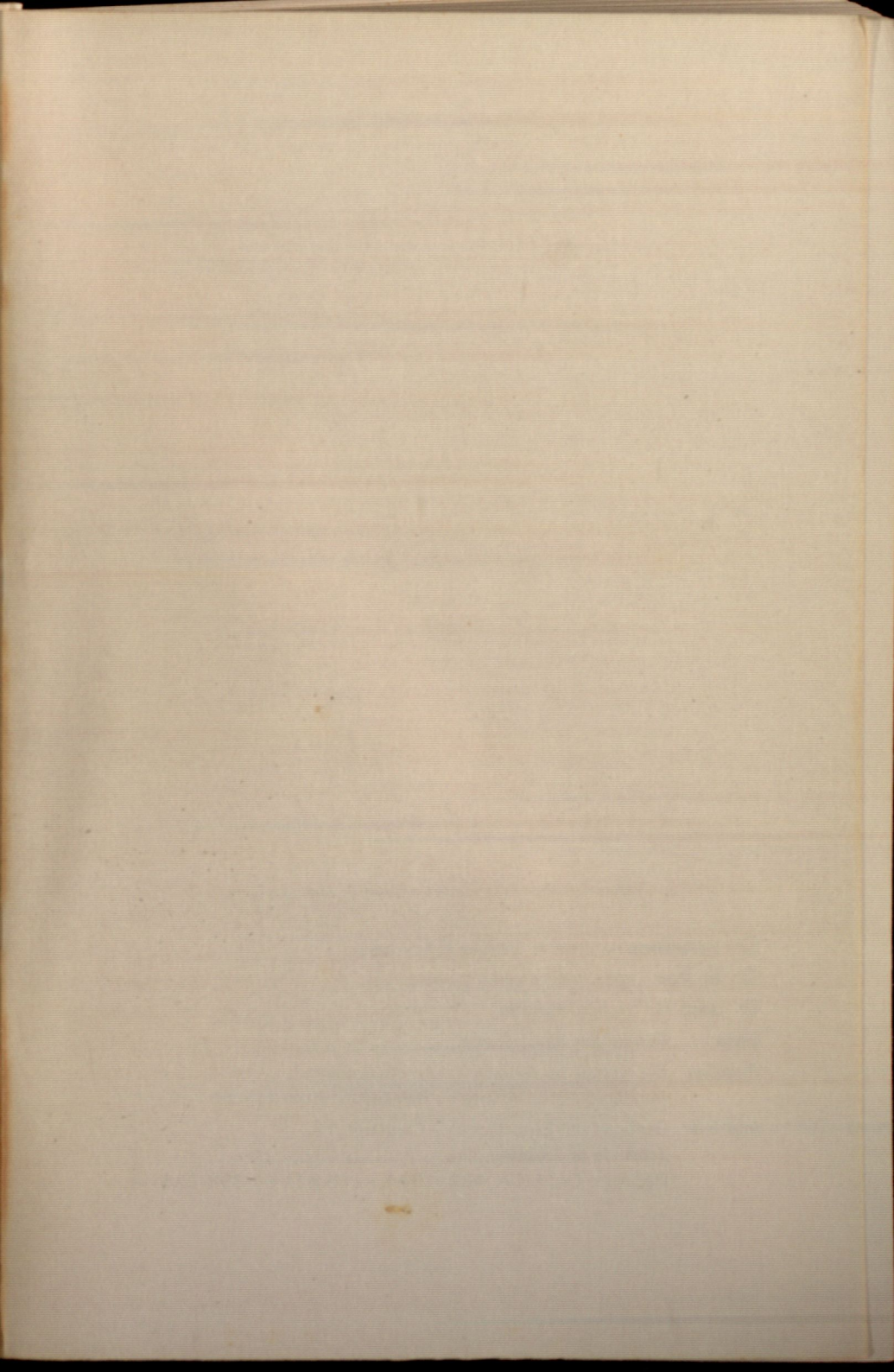


José Andrés Vázquez

Artículos

SELECCIÓN Y PRÓLOGO
MANUEL RUIZ LAGOS





© Herederos de José A. Vázquez, *Artículos*.

© M. Ruiz Lagos, *Introducción y notas*.

© José M.^a Franco, *Portada*.

Edita: Fundación Blas Infante.

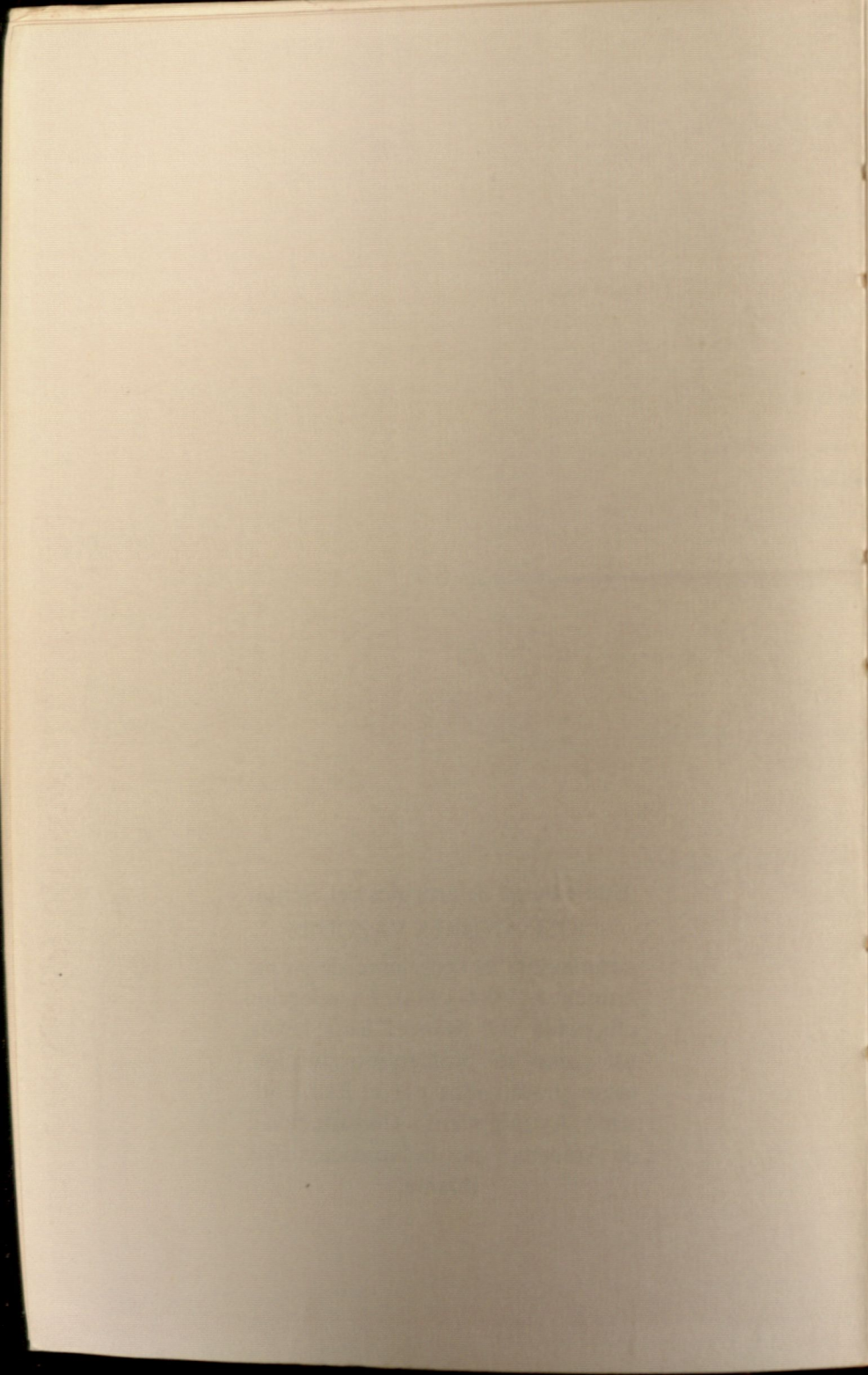
Publican: Excelentísimo Ayuntamiento de Aracena.
Fundación Blas Infante — Sevilla.

Imprime: Gráficas del Exportador — Caracuel, 15.
Jerez de la Frontera.

Depósito Legal. CA. 422.-1984. — I.S.B.N. 84-398-2361-4.

Esta edición de artículos del escritor
JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

conmemora el centenario de su nacimiento (1884-1984). La selección efectuada por Manuel Ruiz Lagos, así como su prólogo/introducción, están promovidos por el Excelentísimo Ayuntamiento Constitucional de Aracena y por la Fundación Blas Infante.



JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

ARTÍCULOS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO

MANUEL RUIZ LAGOS

FUNDACIÓN BLAS INFANTE
EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE ARACENA
1984

JOSÉ ANDRÉS VÁSQUEZ

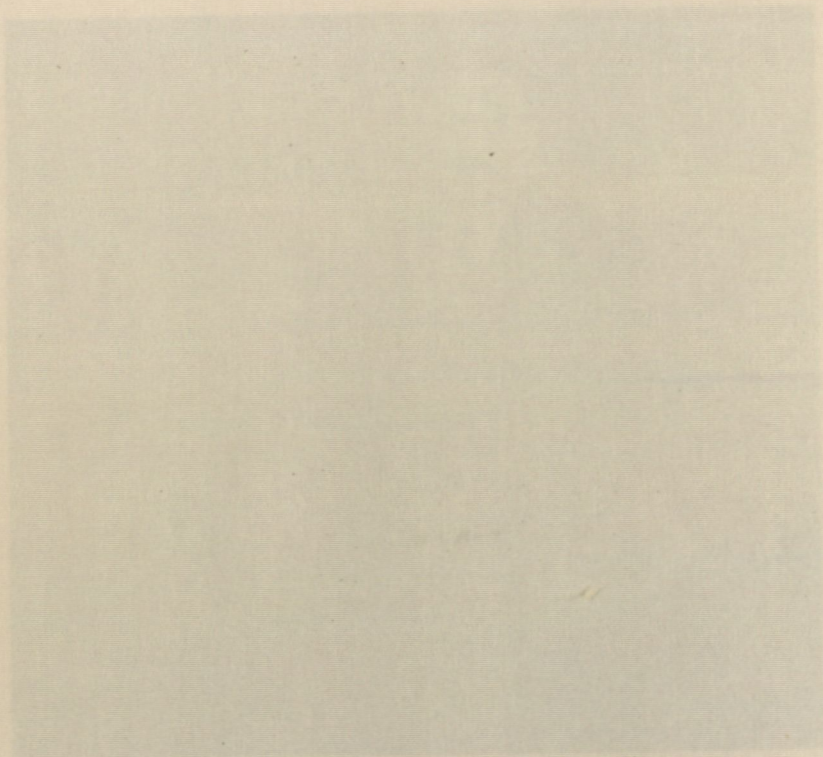
ARTÍCULOS

MANUEL RUIZ-LAGO

1981



JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ
(Aracena, 1884 - Sevilla, 1960)



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

MOTIVACIÓN

Desde que comenzamos a preocuparnos por reivindicar y ofrecer a los nuevos lectores los escritos que consideramos clásicos del andalucismo histórico tuvimos presente una idea que, no siempre, se pudo llevar a la práctica: demostrar que aquel movimiento socio/cultural, situado en el período de entreguerras, fue mucho más importante que lo que otros historiadores —nuevas olas de otras ortodoxias ideológicas—, nos querían hacer ver. Es evidente que hemos tenido en contra una circunstancia que no podíamos obviar, cual era que esta incorporación estudiosa corría paralela al despertar y desarrollo de la conciencia autóctona en nuestro pueblo, de modo que lo que quería permanecer en el plano académico y científico, imperceptiblemente, y, contra nuestra voluntad, era llevado a los planos de confrontación partidista.

Sin embargo, era necesario seguir con esta labor, aunque en el camino nos salpicaran opiniones que —no siempre—, eran justas, pero a las que había que afrontar si no queríamos dejar de contribuir a la construcción de una nueva mentalidad que hiciera de Andalucía, como dijera Joaquín Costa, un pueblo consciente que piense, trabaje y se gobierne.

Reconstruida, en gran medida, entre todos, la memoria histórica de Blas Infante, estaba entre nuestros objetivos dedicar un ensayo al escritor José Andrés Vázquez.

En este caso, se cumplía parte de nuestro primer deseo, cuál era aportar la presencia de otra de las fi-

guras de la cultura propia, imprescindible para la interpretación de las coordenadas del periodismo andaluz de entreguerras.

Ha sido éste un trabajo que nos ha resultado árduo y, a la vez, apasionante, pues, —francamente—, hemos tenido que partir de cero. Tras reconstruir una biografía, hemos procedido a efectuar una recopilación de material en aquellos periódicos en donde nuestro escritor colaboró más asiduamente.

Nos hemos centrado, de momento, esencialmente, en *El Distrito* de Aracena, *El Imparcial* de Madrid, *El Noticiero Sevillano* y el *ABC*, en su edición sevillana. De todos ellos, hemos entresacado más de cincuenta artículos que, agrupados en seis secciones y distribuidos por sus motivaciones literarias: la ciudad, los pueblos, las tradiciones, los retratos, la cuestión andaluza y la naturaleza, nos permiten tener una idea global de la personalidad de José Andrés Vázquez.

Muchos artículos nos quedan sin publicar y, probablemente, otros muchos por encontrar. Nosotros no hemos pretendido hacer aquí una obra definitiva, porque —sin duda— ello sería imposible, pero sí lo suficientemente significativa como para ofrecer al lector otra vertiente, otra interpretación del *ideal andaluz* que le enriquezca en su visión histórica.

A poco que se vea el catálogo de obras del autor, apreciaremos que quedan por estudiar facetas como la novelística, la teatral y, por supuesto, la propia periodística. Conscientemente, nos hemos circunscrito a esta última e, incluso, nos hemos limitado al período de 1912 a 1930. Nos detenemos en el umbral de la Guerra Civil de 1936-39 porque estimamos que, a partir de este momento, se transforman las *mores* sociales andaluzas, de modo que su estudio nos exigirían, en el futuro, unos nuevos planteamientos. Tan sólo en un artículo, referente a su ciudad natal de

Aracena, no hemos cumplido el compromiso cronológico; si esto lo hicimos nos incitó a ello la motivación que nos produce la propia ciudad.

Así pues, el criterio de esta selección cumple un verdadero deber de necesidad y de rescate —al tiempo de reivindicación—, justamente, cuando se cumple el centenario del nacimiento del escritor, 1884-1984.

En cuanto a los artículos publicados en *El Imparcial* de Madrid, hemos optado por reproducirlos tal como los incorporó el autor en su posterior edición del *Epistolario Bético*. Todos los demás proceden de una prolongada búsqueda en la Hemeroteca Municipal de Sevilla, a cuyos servicios, dirigidos por el Dr. Braojos, agradecemos sus múltiples deferencias. Gracias que hacemos extensivas, por su colaboración artística, al Prof. José M.^a Franco.

Por nuestra parte, con esta selección primera de artículos, cumplimos un deber de conciencia, de reivindicación de un gran escritor andaluz, injustamente olvidado por razones tan complejas como tristes pero que, dichosamente, parecen ya archivadas en el antiguo sueño de la pesadilla española.

A la voluntad doble del Excmo. Ayuntamiento Constitucional de Aracena y de la Fundación Blas Infante se debe esta publicación homenaje, y a esta grata conjunción se une el entusiasmo de Blanca y Amelia Vázquez que, tan felizmente, han sido fieles a la memoria de su padre. A todos ellos doy las gracias por sacar a la luz este libro de urgencia que, si Dios lo quiere, en otra ocasión, será ensayo más copioso y prolijo.

Quede para esta ocasión la satisfacción de recopilar lo que, —en parte y con anterioridad—, escribimos sobre el autor en una enciclopedia andaluza y en otra revista ya extinta, en grata colaboración con

M.^a Angeles Campos Blasco. De esta forma, evitamos lo que, tan sabiamente, recordaba hace pocas fechas el gran maestro don Emilio García Gómez al citar lo que —antaño— escribiera Alonso Morgado en 1587 en su famosa *Historia de Sevilla*, esto es, el adagio latino *Facile est addere inventis et minuere* que, castizamente traducido, quiere decir: «Es cosa fácil quitar y poner en lo que otro ha primero encontrado y sudado».

PRÓLOGO

Según las investigaciones nos van ofreciendo una imagen nítida y serena de lo que significó el *regionalismo histórico*, como movimiento socio/cultural, vamos captando en toda su grandeza la labor de unos hombres sobre los que el silencio y el olvido trazaron una perfecta estrategia para borrarlos de la memoria histórica del pueblo andaluz.

Cada uno de ellos sobresalió en su gestión aunque a ésta le diesen una dimensión nueva, la que —necesariamente— se tenía que provocar desde la óptica ideológica coherente y novedosa.

No estuvo, ciertamente, el periodismo ausente de este movimiento regeneracionista. Una vieja tradición que llega a su cima con la venerable figura de José Nogales, agrupa —fundamentalmente— en Córdoba, Ronda y Sevilla, a un nutrido plantel de profesionales que, a través del comentario, de la atención a la noticia diferencial, y del artículo propio se convierten en los auténticos animadores de las conciencias ciudadanas.

No parece ya probable, como algunos han dicho, que el proyecto regional/andalucista se circunscribiera al voluntarismo de contadas personas que —apenas— si tuvieron un eco popular. Ha llegado la hora de demostrar con pruebas que el andalucismo fue capaz de crear un movimiento cultural importante, desarrollado en Andalucía e, incluso, en el norte africano en el período de entreguerras (1915-1936).

Nos atenemos a la evidencia. La revista *Bética* (1913/17) existió y se creó porque en sus órganos de redacción estuvieron hombres como José Gestoso, Alejandro Guichot, Juan Lafita, Blas Infante, Félix Sánchez-Blanco, José M.^a Izquierdo, Isidro de las Cagigas o Felipe Cortines Murube y, en ella, vieron la luz los documentos y manifiestos de los *Centros Andaluces*. Un día ha-

brá que rectificar tanta teoría sobre los movimientos vanguardistas de 1927 que ignoran el origen y la dinámica que recibieron del ateneísmo andaluz.

La labor sería continuada en 1917, primero en Sevilla y después en Córdoba, por la revista *Andalucía*, extinguida en los límites de la Dictadura de Primo de Rivera y mantenida —heroicamente— por Eugenio García Nielfa.

No son revistas de partidos, son órganos intelectuales, esto sí, comprometidos con Andalucía pero abiertos a toda corriente progresista social, política o cultural.

La revista *Andalucía* será la pieza angular para la historia del andalucismo. En ella escribirán Infante, Vaquero, Sánchez Megía, Carrión, en una palabra, los clásicos del nuevo movimiento.

Y qué decir de la veterana *El Impuesto Unico*, fundada en Ronda en 1911 e instrumento difusor de la doctrina económica georgista/fisiócrata. Junto a su director, Antonio Albendín, estuvieron Baldomero Argente del Castillo, Eladio Caro, Diego Amaya, Manuel Marraco, Juan Moreno Molina, Antonio Ariza y Rafael Ochoa. En gran medida, el editarse esta revista en Ronda promovió la celebración del *Primer Congreso Internacional Fisiócrata*, llevado a cabo en esta ciudad en 1913 y en el cual fuera ponente el propio Blas Infante. Así mismo, preparó la *Asamblea* de 1918, definidora del movimiento autonomista, como alternativa socio/política para el país Andaluz (1).

Recordemos, también, títulos como *Pueblo Andaluz* (1931-32), *Andalucía Libre* (1931-33), *Oromana* o *Amanecer*.

Esta labor, sumada a la personal de periodistas como José Andrés Vázquez, quien, primero, desde *El Imparcial*, *El Noticiero sevillano* y, posteriormente, desde *ABC* convirtiera su columna en la tribuna del resurgimiento andaluz, nos puede explicar esa espléndida eclosión intelectual que cuaja en los albores de 1931 y sobre la que más detenidamente y con más detalles habrá que hablar en futuras ocasiones.

1.—Semblanza de José Andrés Vázquez

Siguiendo la tónica del fin de siglo romántico, sería, esta vez, Aracena, en 1884, la cuna del novelista, escritor y ensayista José Andrés Vázquez Pérez. No quiso la sierra onubense ser menos que otras de sus comarcas hermanas que —en fechas inmediatamente anteriores—, enriquecieron la nómina del periodismo andaluz con otras plumas ilustres.

De formación autodidacta, llega a Sevilla en su más temprana juventud con el deseo de dedicarse por entero al periodismo y a la literatura.

Bajo el magisterio de los periodistas José Nogales y Manuel Chaves se inicia en la difícil tarea del reportaje y del ensayo, llegando a sumar en su persona, con el tiempo, una serie de características definitorias y diferenciales del periodismo del Sur, creador de escuela y —todavía— no valorado con toda justicia.

En 1903, ante la penuria de la profesión de escritor, se ve obligado a ocupar plaza como administrativo en el Cuerpo de Auxiliares de Artillería (Pirotecnia Militar), en Sevilla, puesto en el que permanecerá hasta 1921.

Podría decirse que toda su formación, hasta la espléndida madurez de 1922, fue fruto del esfuerzo y de un trabajo ímprobo manifestado en cientos de artículos, algunos de los cuales pasarían a la antología de la prensa andaluza.

Alternando con su labor profesional en la redacción del diario *El Defensor de Sevilla* (1907), publica su primera novela titulada *Ese sol, padre y tirano* (1909). Con ella se inicia un género de narrativa andaluza cuyo eje será el tema de la *tierra* y que —en cierta medida— perdura en la novelística sureña.

José A. Vázquez rompe la fórmula tradicional del género, fabricado en el siglo XIX sobre la base del relato autobiográfico, y vuelve al esquema de sustituir al héroe humano por la presencia de un «paisaje revivido» y por una «psicología lugareña» protagonista de la acción.

Consciente de los gustos y las necesidades del lector andaluz, divide el relato en una serie de *estampas* que encadena de

forma sutil. Inventa, adelantándose a su tiempo, un tipo de relato/flash casi con la misma dinámica que la secuencia cinematográfica.

Refiriéndose a esta primera novela, escribía Manuel Chaves: «Observador atento de las cosas y conocedor del terreno, José A. Vázquez, hijo de la Sierra, la siente, y lo que es más, sabe expresar este sentimiento con bellas descripciones, reconociendo la precisión en la frase, el acierto en las figuras y ese ambiente local que, en vano, se pretende conseguir cuando honda y, directamente, no se vive el mundo que pintar se desea» (2).

Tenía, indudablemente, el autor el mejor instrumento para depurar su lenguaje y su técnica de comunicación: un sentido del periodismo dinámico, veraz y comprometido que le evitaba caer en un prosaísmo amanerado o pseudomodernista. Por esta razón, su segunda experiencia narrativa es más plena y elaborada.

En 1910, en la colección «Los cuentistas», publicación semanal ilustrada que se editaba en Barcelona, aparece su novela breve *Aires de la sierra*, verdadero homenaje a los hombres de las tierras altas onubenses y excelente descripción de sus costumbres y pasiones.

Aún dentro de la tendencia impuesta, en aquella época, por A. Palacio Valdés y José M.^a de Pereda, a quienes recuerda en algunas ocasiones, J. A. Vázquez sabe —perfectamente— captar la indiosincrasia del hablar lugareño y la psicología de un temperamento social peculiar que hace que sus personajes no sean arquetipos diseñados en un taller literario, sino seres vivientes tomados del natural.

Aunque, ya, inmerso en el ambiente intelectual sevillano, mantiene hasta 1914 una asidua colaboración en el periódico de su ciudad natal titulado *El Distrito*. En él publicaría artículos y cuentos. Habría que citar como más significados *Los más son malos* y la novela corta *La misa de los quintos*, además de su ensayo *Apuntes sobre el teatro en Roma* (3).

1.1.—Juventud ateneísta

El impulso dado a la corriente intelectual regeneracionista por Mario Méndez Bejarano (4) en el Ateneo sevillano agrupó a todos los jóvenes intelectuales en el interés por la «cuestión andaluza». Los *Juegos Florales* de 1909, celebrados siguiendo la pauta catalana, habrían sido el punto de partida que dio paso en la revista *Bética* a una serie de ensayos sobre el *andalucismo*, como nuevo *ideal* capaz de dinamizar al País Andaluz.

En este colectivo aparecerían las figuras de José M.^a Izquierdo, Isidro de las Cagigas, Vicente Galiana, Blas Infante y el reencuentro con luchadores históricos como Alejandro Guichot.

Algunos años después, en 1914, publicaría Vázquez en aquella revista un *Cuento de polichinelas*, cuyo personaje central, Cristobita, víctima del orgullo y la falsa grandeza, recordaría tanto a las imágenes lorquianas.

Fruto de esta convivencia intelectual fue su artículo sobre «El andalucismo», publicado en 1911 en su nuevo periódico *Figaro* de Sevilla. Sin ninguna duda, fue este editorial —sin firmar—, al que haría alusión en 1914, J. M.^a Izquierdo, el que provocara el nacimiento del concepto *ideal andaluz*.

De este acta de nacimiento del *regionalismo cultural* nos queda la preciosa carta que, en Mayo de 1911, dirigió el sevillano al escritor de Aracena y cuyo texto antológico es el que sigue:

«Sr. D. José A. Vázquez

Mi querido amigo: Muchísimas gracias por el artículo nobilísimo en pro de «El ideal andaluz». Agradezco los elogios, pero no creo merecerlos. Sinceramente. Los personalismos me desagradan, sobre todo, cuando se ofrecen al público. Más que un epíteto encomiástico me gusta el que se tome en consideración una idea mía, para criticarla o comentarla. Ya ves que no es humildad el rechazar las alabanzas; es regla de prudencia. Hay que evitar las tentaciones; y la peor de todas es la de la vanidad. Los elogios son

para los que se fueron, no para los que van todavía peregrinando por la tierra, expuestos a caer «setenta veces siete», cada día.

Hay que trabajar mucho por nuestra «patria andaluza», por nuestra *ciudad*. Cambó estuvo inspirado al compararla con Barcelona. Hoy el triángulo de la hegemonía regional está trazado por Barcelona, Valencia y las aldeas galaicas. Existe en Galicia un renacer inmenso. Aquí en el Ateneo hay un 80% de gallegos: de Carracido y Said Armesto a Valle Inclán y D.^a Emilia, pasando por infinidad de poetas, médicos, matemáticos y jurisconsultos. Hay hasta pensadores y místicos. ¿Y en Andalucía? ¿Y en Sevilla? Sevilla debe tener por ideal concreto, el título de aquella fiesta inolvidable: *España en Sevilla*.

Y al decir España, queda nombrada Portugal, y América; y la civilización céltica, helénica y arábiga. De Roma sólo debemos recordar que fué heredera de Grecia. Y nada más. Roma nos mató. Roma tuvo un sentido ideal en la Edad Media, por el Imperio, sino por la Iglesia; y Roma cristiana murió por querer ser imperial.

Hay en tu artículo muchas cosas dignas de pensarse y de aplaudirse. Sobre todo el alma que late bajo las palabras. Y en tus otras ideas que en él quedan latentes, las que siguen: 1.º Necesidad de concretar un ideal, que despierte el alma andaluza y haga reverdecer el laurel rosa en las tierras y en las comarcas de Andalucía. 2.º Necesidad de una nueva ley que sustituya al viejo Derecho, y reorganice el régimen de nuestra región. 3.º Necesidad de una aristocracia que encarne aquel ideal y actúe esta reforma.

Si tuviera tiempo desenvolvería alguna de estas ideas. Las tres se hallan íntimamente unidas, que en un programa renacentista no puede faltar ninguna. Busca en ésa, quien se haga eco de tus afirmaciones.

Y sé tú quien las articule. No es esto brindarte una empresa que tú iniciaste. Es alentarte a seguirla.

Ahora yo sólo puedo «amar en silencio».

Queda de ti, tu afmo. muy agradecido. Jose M.^a

(5).

A partir de esta fecha, se inicia la entrañable amistad con Infante y una colaboración mantenida hasta el mismo umbral de la guerra civil de 1936.

Corría escaso tiempo de la fundación de los *Centros Andaluces* y de la aparición de *El ideal andaluz*, —obra de juventud infantiana—, cuando José A. Vázquez, corresponsal de *El Imparcial*, de Madrid, comenzó a publicar en dicho diario una serie de «Cartas Andaluzas» con las que, luego, formaría los dos volúmenes de su *Epistolario Bético* (1918-1919).

El *Epistolario* lleva una curiosa introducción de E. Wotton que indica la actitud de ánimo del escritor por estas fechas: «¡Cuán dichoso es aquel que no está sujeto a la voluntad de los otros! ¡Que no tiene por armadura sino sus pensamientos honrados, y en quien toda su habilidad consiste en ser verdadero!».

Por otra parte, justificaría la recopilación de las *cartas* como «una ofrenda filial a la gloriosa Andalucía, en su metrópoli la *ciudad de la Gracia*, y por renovar el sincero voto de defenderla siempre de los que dicen amarla y sólo se aman a sí mismos, y de aquellos otros que la calumniaron porque no llegaron a amarla por incapacidad espiritual para comprenderla».

Los artículos se convirtieron en centro de debate en el Ateneo y provocaron polémicas en los diarios de la ciudad. A través de ellos y, muy en especial, de los titulados «El Regionalismo andaluz» y «El problema de Andalucía» quedaba claro cuál era la opción ideológica de José A. Vázquez: «El ideal regionalista que sentimos —dirá— está contenido en la fórmula de una intensa y extensa cultura previa. Cultura de los de arriba, los de enmedio y los de abajo; que todos conozcan este divorcio de ahora entre las diversas clases sociales, cuya unión, sin recelos por parte de los bajos, ni egoísmos por la de los altos, constituirá la fuerza necesaria para dar la batalla del porvenir...» (6).

Su planteamiento global del problema andaluz generó tensiones en el sector georgista del propio andalucismo, iniciándose un debate público en el diario *El Liberal*. En todas estas ocasiones, Vázquez mantuvo la idea de que «sólo por medio de un programa integral cuya recia base habría de ser un previo e imprescindible fortalecimiento del alma colectiva, que pusiera en posesión al pueblo de su plena conciencia cívica» sería posible la redención de Andalucía. Situaba, pues, el tema de la tierra como esencial, pero apuntaba que no bastaba con aplicar medidas económicas si antes éstas no se veían arropadas por un decidido «movimiento social».

Su etapa ateneista, dentro de las actividades del *Centro Andaluz* al que pertenecía, culmina con la famosa conferencia titulada *La reivindicación de Andalucía en el Congreso de la Paz*, pronunciada en la noche del 27 de Noviembre de 1918, la que —anotada y ampliada por Blas Infante—, se convirtió en la base de la reivindicación andaluza ante la *Sociedad de Naciones*, en Ginebra (7).

En torno al tema de Gibraltar, José A. Vázquez —inclinado durante la Gran Guerra a la tendencia aliadófila—, ejercita una profunda meditación sobre los males andaluces y su dependencia del centralismo: «Nosotros los andaluces —dice— no tenemos por qué hacerle coro a Castilla en sus inculpaciones contra Inglaterra; la responsabilidad de la desmembración andaluza corresponde en absoluto a Castilla, que asumió el gobierno peninsular y lo retiene a pesar del fracaso ostensible, base de un centralismo sordo, ciego y sin alma, sin propósitos de enmienda...».

Y agrega de forma contundente, dentro de las coordenadas ideológicas del andalucismo político: «... No se han cumplido los designios de la nacionalidad central: a vuelta de los desaciertos constantes y de las insensatas actuaciones de la dominación, España empieza a revivir y las personalidades regionales a rehacerse.

Esto se produce exactamente a la hora en que los pueblos van a poder disponer libremente de sus destinos por virtud del triunfo del derecho en la Gran Guerra cuyo fin marca una nueva

edad y proclama el principio de libertad para las pequeñas nacionalidades.

El gobierno central no podrá reclamar las reivindicaciones nacionales, porque sin duda no le alcanza semejante derecho debido a su inhibición fatal, que acaso nos dé la clave de la neutralidad española, si pensamos que por instinto de conservación negó Castilla su exilio a las democracias y deseó el triunfo de las autocracias para que le amparasen la continuidad de su autocrática hegemonía de la Península.

Pero sí podemos reclamar nosotros, que para eso ha triunfado nuestro derecho a disponer de nuestros propios destinos. Y si no tanto como reclamar, podemos, por lo menos, exponer la noble aspiración, el anhelo ferviente de alcanzar las reivindicaciones de Andalucía, el deseo legítimo de rescatar este trozo de nuestro solar sagrado, recobrando la plena integridad de nuestro territorio» (8).

La opinión de Blas Infante sobre este texto no se haría esperar: «... José A. Vázquez ha indicado cuál ha de ser la palabra que pronuncie Andalucía en el concierto de las naciones libres el día de la paz, y su claro juicio ha fijado de modo preciso el método más idealista, y no por eso menos eficaz, que conviene seguir...» (9).

Curiosamente, el folleto de su discurso se lo remitió al General Primo de Rivera, quien agradeció el envío respondiendo con una separata suya sobre el tema de Gibraltar «que —decía— debe ser el sueño de todos los españoles», pero «sin emitir juicio respecto al resto del trabajo de Ud.». Curiosa tarjeta de respuesta, premonitoria del próximo Septiembre de 1923.

De esta manera, culminaba un año, toda una época que había iniciado participando en la *Asamblea* de Ronda, definitiva de la autonomía andaluza.

1.2.—Maestro de periodistas

Enero de 1922 se inicia con la entrada en la redacción de *El Noticiero Sevillano*. Durante casi diez años habría que decir que éste fue su exclusivo periódico. Quizás, nunca volviera a tener otro. A él dedicó su afán, compartido con la Presidencia de la Asociación de la Prensa.

Era este rotativo un ejemplar completo de información, opinión y reportajes. Vázquez llevaba en él la línea editorial, aparte de sus tradicionales artículos de opinión o simplemente creativos.

A una media de casi dos artículos semanales mantiene su colaboración. De todos ellos, quizás, habría que reseñar «La importancia de Matalascañas», «La chaqueta de Unamuno» o «Rebollo el cumbreño». Pero, sin duda alguna, su innovación consiste en hacer un periodismo descentralizado, trasladando la redacción a los pueblos andaluces de Sevilla, Cádiz o Huelva.

En unión de Abelardo L. Cansino, *Poly*, escribe reportajes ejemplares en los aspectos humanos, social, cultural y político sobre ciudades como Carmona, Viso del Alcor, Lebrija, Cazalla, Alcalá de Guadaíra o Bollullos del Condado. El producto fue todo un éxito. El experimento había nacido como alternativa de un periodismo rancio y anticuado. El había escrito, suscribiendo la nueva línea de información: «Adolece la prensa, en general, especialmente la de Madrid —que cree que España es la Puerta del Sol nada más—, del grave defecto de la limitación centralista, fenómeno que se reproduce en la región, y que hay que superar».

Su popularidad —en línea creciente— le provoca un homenaje público al que —prácticamente— no falta nadie significado en el movimiento cultural sevillano y andaluz, entre ellos, Diego Angulo, Manuel de Falla, Gustavo Bacaristas, Pedro Salinas y Federico García Lorca. En el transcurso del mismo diría José M.^a Izquierdo: «... El fue el que aportó al *ideal andaluz* el anhelo reconquistador de la cuenca y el Peñón. El fue el que, desde Sevilla, contribuyó con su *Epistolario Bético* a difundir por el

mundo una visión más real y una emoción más ideal de Andalucía, y singularmente, de Sevilla...».

Año duro y feraz, 1922, ocurre, también, en él la temprana muerte de su gran amigo Izquierdo. Su artículo necrológico, publicado en *El Imparcial* y titulado «El que amó en silencio», le cataloga —ya— como maestro de periodistas.

De él son estos párrafos: «...La *ciudad de la Gracia* está de luto; su más profundo filósofo, su más alto cantor, su amador más ferviente la abandona cuando más necesitada está del amor silencioso y del genio fecundo de este gran hombre, cuya pérdida lloraremos siempre. Nuestras lágrimas de ahora no nos dejan ver el camino que deja trazado su corazón; acaso cuando el dolor nos deje una tregua y los ojos se nos sequen, podamos ver la estela de luz que dejó marcada para seguir hacia el *ideal*; pero, ¿quién de entre nosotros se siente con fuerzas para continuar? ¿Quién de todos nosotros puede ir delante con la bandera abandonada? ¿Quién es capaz de anularse en el silencio anónimo y amar en silencio, y renunciar al tumulto y al acontecimiento, consagrándose, sacrificándose a Sevilla?...» (10).

Durante el período 1922/29, José A. Vázquez desarrolla en *El Noticiero Sevillano* una labor encomiable. Atiende a los intereses de la ciudad y a los culturales del país. Promociona la línea de ferrocarril Lisboa-Sevilla e, incluso, en representación del municipio sevillano realiza gestiones en la capital portuguesa.

Curiosamente, la dictadura de Primo de Rivera no influye en su trabajo y mantiene en su recuadro de «impresiones» el interés y el riesgo por los temas autonomistas. Así, en 1924, un famoso artículo titulado «Diálogo de café acerca de las Mancomunidades» replantea la vigencia de la *Constitución Federal* de 1883 y la ortodoxia autonomista de la *Asamblea* de Ronda.

La campaña de Marruecos le da ocasión para analizar el influjo andaluz en las tierras del Protectorado, revitalizando la unidad cultural y los lazos comunes de origen arábigo. Así lo expresó en sus magistrales artículos «La esperanza de los moros andaluces» y «Variaciones sin ton ni son».

Dos pequeñas novelas completan su labor en los años 1924-25. *Misterio de dolor* y *Cuando volvió el prisionero*, en las que deja constancia del impacto de la guerra africana en el quehacer diario de los pueblos andaluces. Sin duda alguna, sus cuadros costumbristas más logrados.

Como reconocimiento a su dedicación sevillanista, a propuesta del alcalde Vázquez Armero, el Cabildo Municipal, en Abril de 1925, le reconoce como hijo adoptivo de la ciudad.

A lo largo de 1926 inicia una campaña en pro de la *Sociedad de las Naciones*, intentando conseguir para España un puesto en su Consejo de Seguridad, reivindicando, al mismo tiempo, los intereses andaluces que ya defendió en 1918. Volvería, de nuevo, sobre el tema en 1928.

Su paso a la redacción del nuevo *ABC* sevillano, en 1929, aunque ya pertenecía a la redacción desde 1927, le abre una serie de nuevas perspectivas.

A lo largo de 1930 publica en el nuevo rotativo un serial espléndido bajo el título de «Crónicas de andar y ver» y «Lugares y recuerdos andaluces», sólo comparables al *Epistolario Bético*. Aparece, también, su biografía anecdótica de *Bécquer*.

En 1931, el jurado compuesto por L. Araujo Costa, Antonio Zozaya y Dionisio Pérez le otorga el premio de periodismo «Mariano de Cavia» de 1930 por su artículo titulado «Frente a las llamas de las quemas del monte», publicado en Septiembre del mismo año en *El Noticiero Sevillano*.

A esta distinción se sumaría, en 1931, su nombramiento de Cronista Oficial de la Provincia de Sevilla, cargo que llevaba anexo su adscripción a la Delegación de Cultura de la Diputación Sevillana y a la dirección de la revista *Archivo Hispalense*.

Llevado por la amistad que le unía a Diego Martínez Barrio, acepta en 1933 el Gobierno Civil de Córdoba, que significa para él una triste experiencia. Apenas una semana permanece en el cargo, lo suficiente para entrar de lleno en una arena política en la que siempre se negó a estar. La colaboración pública republicana le significa —profesionalmente— un duro compromiso y su inestable sometimiento a una línea de partido, la tibieza de quienes se decían sus correligionarios.

Sin embargo, aunque pasa por un retraimiento literario, afectado por la vorágine política, ayuda a Blas Infante en la celebración de la *Asamblea Pro-Estatuto* de Córdoba de 1933. Fue secretario de dicho Congreso y el mejor colaborador de Herme-negildo Casas. El propio Infante pediría para él el reconocimiento de los congresistas.

A partir de 1934 intenta quedar al margen de la política y dedicarse —exclusivamente— a la literatura. Sin embargo, su propia conciencia cívica le lleva a continuar en la brecha.

En 1935 es reconocido como Hijo Predilecto de Aracena y, en 1936, asiste a la *Asamblea Autonomista* de Sevilla que, auspiciada por el Dr. Puellas, programa el plebiscito del *Estatuto* para Septiembre del mismo año. Aún, escribe en esta fecha su novela *Títeres en la plaza*.

1.3.—Tiempo de silencio

Vive en Sevilla los momentos de la sublevación militar de Queipo de Llano y recibe el impacto del fusilamiento de Blas Infante. Gracias a sus amistades con sectores eclesiales y, amparado en su prestigio personal literario, salva su vida pero, desde el primer momento, se cierne sobre él un complot de silencio y una solapada sospecha política por su inmediata adscripción republicana. La vida de José A. Vázquez se convierte en una tortura y en una contradicción.

Es éste un capítulo de su biografía que sólo podría ser explicado por él mismo. Tras más de treinta años de acción liberal y autonomista, ante el hecho desgarrador y sangriento de la guerra civil, se le obliga a secundar la nueva situación. Su lenguaje transforma su propio estilo y se tiñe, en cierta medida, de los tópicos del momento. Da toda la impresión de que su propia situación de funcionario provincial le obligase y condicionase para objetar un tanto en el papel sus íntimas convicciones, en la necesidad de «no molestar» a quien le convierte en víctima.

Sin embargo, esta forzada actitud no le serviría para el futuro, pues para los vencedores siempre sería un republicano al que se debía vigilar por su «vieja historia». Violentado al máximo por la circunstancia, hecho testimoniado por sus más íntimos familiares, nos dejó uno de los documentos más duros de la guerra civil en Sevilla y comarca, su novela *Armas de Caín y Abel* (1938), cuya lectura convendría hacer en clave por la cantidad de alusiones autobiográficas que perfila y por las aparentes contradicciones que descubre, comprensibles en un hombre angustiado, perseguido, luchando por su supervivencia personal y familiar.

Este relato, junto con su novela *Héroes de otoño* (1939) pensamos que no pueden ser aislados de un contexto terrible en el que la capitulación no podría ser, justamente, señalada tanto como temor, sino como circunstancia histórica y humana sumamente compleja y determinante.

A partir de 1940 restringe su trabajo intelectual a colaboraciones de prensa y a la redacción de libros históricos y costumbristas. Defendido en su labor de cronista de la provincia, publica las biografías de *Velázquez* (1942), *Arias Montano* (1943), *Inés de Castro* (1944), *Miguel de Mañara* (1943), y una novela: *El nieto de Don Juan* (1942).

Lentamente, va recuperando su ritmo, quebrado ya por la tragedia personal e histórica. Su libro *Sevilla en flor* (1948), prologado por E. Marquina, intenta reverdecer la ágil pluma del *Epistolario*, imposible en un ambiente agostado por la triste memoria y la supervivencia de guerra.

Apoyado en su vieja amistad con A. Pérez Lugín, da cima a la novela *La Virgen del Rocío ya entró en Triana* (1952), estampas costumbristas a las que J. A. Vázquez intenta adobar con aquel espíritu libre y gracejo andaluz del que usó en su mejor época. Sólo el ámbito familiar con la esposa M.^a Josefa Márquez Durán y sus hijas logran atemperar una existencia dolorida en la que el anónimo y la persecución no cesan.

Su ingreso en la Academia Sevillana de Buenas Letras se ve demorado «sine die» porque su persona no es grata, se trataba

«de un viejo amigo de Martínez Barrio». Rechazado por un cúmulo esquivo, solitario de los amigos que murieron o fueron forzados al exilio, la vida de José A. Vázquez se va apagando en silencio, mantenida con una impresionante dignidad y hombría de bien.

Aún escribe un pequeño libro de memorias, *Humor de bolsillo*, donde dialoga consigo mismo, con aquel «Simplicio» del pseudónimo que hiciera las delicias en *El Noticiero* o en el *ABC* en los años treinta.

Vive de su colaboración en prensa y de las traducciones, especialmente, de las portuguesas, y de una vieja afición, la menos conocida pero siempre mantenida, autor de teatro. «Mi amor al teatro —dirá— perduraba siempre y resistía todos los fracasos». Comedias curiosas como *Recurso legal* (1907), *Con cadenas de oro* (1925) o *Romero junto a la ermita* (1955) indican una constante y un aspecto más de un incansable y trabajador escritor.

En el silencio de la circunstancia, escribía a F. García Sanchiz, en 1951, el testimonio de una creencia andaluza, sobrevivida a pesar de las quimeras del odio y del destino. Moría en Sevilla, en la Navidad de 1960.

De él escribiría Manuel Siurot: «El ingenio de José A. Vázquez es de la familia de Nogales: luminoso, burlón, castizo y con tan profundas raíces que puede decirse de él que en todo lo que piensa le queda siempre enterrado la mitad. Exigencias de su propia raigambre, que nos obliga a pensar cuando habla, en dos cosas: en lo que dice y en lo que ingeniosamente deja encubierto para que la gente colabore y ría...» (11).

La nota necrológica suscrita por *ABC* decía, entre otras cosas: «No tuvo el finado necesidad de abandonar su heliopolitana casa de Sevilla para conseguir fama y prestigio nacionales. Ha sido, en efecto, un vigoroso ejemplo contra el «centralismo» absorbente y engañoso» (12).

2.—El mundo emocional de José Andrés Vázquez

De cómo surgió en el periodista su inclinación por el *ideal andaluz*, habría más que investigar, divagar; usando de la palabra con aquel sentido creacional y magnífico que le diera José M.^a Izquierdo.

Ya es curioso que la edición de su primera novela *Ese sol, padre y tirano* apareciera en 1909. Puede ser casualidad, pero hay una ocurrencia cronológica con el famoso discurso con que Mario Méndez Bejarano propusiera en los *Juegos Florales* del Ateneo de Sevilla un ideal palpitante de regeneracionismo andaluz. En cualquier caso, es en esta línea ideológica en donde hay que situar el mundo intelectual y emocional del escritor de Aracena.

En José A. Vázquez es muy difícil separar el análisis crítico de su envolvente sensitivo que irradia la palabra y la idea. Ninguna de ellas se separan y cuando esto ocurre sobreviene la desventura personal de su propio creador. La complejidad exquisita del ensayista se pronuncia en una tragedia presentida que anunciara sobrevenir en cualquier momento. Difícil es encontrar en su vida un prudencial período en el que sorprenda la seguridad en el futuro, la tranquilidad en un porvenir que le atraiga gozoso.

Su mundo emocional pende de un destino superior, de ese «sol padre y tirano» simbólico que, a la vez que vivifica, angosta los espíritus y las vidas y reduce a la nada las ilusiones.

Ese sol fatídico que, engreído en su poder, ríe de su obra destructora, que mustia la flora, que reseca la tierra, que convierte en polvo el fondo antes fangoso de los arroyos secos, y que, ahora, transforma el campo, su espacio, en un cadáver gigantesco en prematura descomposición. «Y el sol, inmenso cerial, asiste al funeral de su víctima. El sol padre, que absorbió tirano unas pródigas nubecillas ganosas de lanzar sus fecundantes lágrimas sobre la tierra... ¡Todo por el sol!...» (13).

La exuberante realidad que rodea al escritor le contiene en su apreciación estilística. Quiere dominar con la razón. No se

atreve a dar un último paso, se detiene en el umbral lujurioso, en donde la interrogación y la duda le sobrevienen como amenaza y tentación.

Andalucía —conocida y sentida—, amada y defendida es un sentimiento vaporoso, un ideal intangible difícil de precisar, tan duro de soportar como esas horas pesadas del estío en las que parece cortarse el ambiente sólido con un cuchillo helado.

El conocimiento del medio, del país, le viene por el contacto sensible de la piel, por la intuición de la consciencia. Vázquez, que es un artista, que odia la agresión y la violencia en todas sus expresiones, se desenvuelve en su trayectoria vital con un ritmo lento y sonoro. Casi me atrevería a decir que con un sentido religioso y procesional de la existencia. Tan majestuoso, como su propia descripción:

«Por la cumbre abajo, viene la procesión de rogativa. Es un Cristo, el eterno Cristo de nuestras esperanzas, a quien en imagen llevan sobre andas los mozallones. Extiende sus brazos la efigie con los de la Cruz. ¡Su cuerpo se retuerce en las postreras convulsiones agónicas; su cuerpo, intensamente dolorido, como lo dice su faz, esa faz de resignado, de mártir atormentado y piadoso. Expirante el eterno Dios, clama perdón para sus verdugos... Y los pobres campesinos, perdón claman de su Dios:

Perdón. ¡Oh Dios mío,
perdón e indulgencia,
perdón y clemencia,
perdón y piedad!» (14).

Alma andaluza, barroca, decadente, escéptica y creyente, exquisita y emotiva, un degustador de sombras y luces que pasea por los campos devorados por incendios o se eleva emocionado ante la cal de la sierra.

Toda una simbología fundida con la manifiesta conciencia de una forma de ser; una redención prometida que se consagra mediante la belleza en el color —cuerpo de Cristo—, y que se proclama «cosa» en la naturaleza angustiosa de una sequía que no sólo es de la natura sino de su clima interno debatido en una contradicción de angustia y libertad. ¡Es el reinado del sol!

2.1.—Una carta en la ciudad

Casi en secreto se acerca José A. Vázquez a una realidad dolorosa circundante. Eso ocurre cuando sopla el aire de la sierra. Como en la pequeña novela de 1910, sucede en la noche, «con el frío otoñal que viene avisando las crudezas del invierno», cuando «los árboles del huerto y los del solitario campo exterior, removidas sus copas por misterioso airecillo traen de fuera el olor de la tierra madre» (15).

La carta de su amigo José M.^a Izquierdo es todo un atrevimiento. Pasar de la estética a la ética. Elegir un camino, en una tierra que hace a sus hombres y los gasta. Pero ya lo había decidido. Lo recordaría muchos años después, vivida la experiencia: «A un andaluz de calidad no se le puede hablar impunemente de obstáculos insuperables. Mucho menos cuando a la suave euforia que da el vinillo ligero se le junta la embriaguez artística que es, en verdad, la tónica predominante en la vocación de los espíritus caldeados por el sol de la luminosa Andalucía» (16).

Venía el diálogo de un suelto publicado en el diario *Figaro*. Vázquez había optado por formular un *ideal autóctono* que fuera palanca móvil de las conciencias andaluzas. Desconocemos el principio, no así la respuesta de José M.^a Izquierdo y, en ella, se asientan las bases de un modelo de andalucismo, radical en su formulación cultural, reformista en su proyecto económico, solidario y convergente en su relación política.

Se acuerda la «necesidad de concretar un *ideal* que despierte el alma andaluza y haga reverdecer el laurel rosa en las tierras y en las comarcas de Andalucía». Pero es un ideal concretado en un modelo de patria/ciudad, señalado como un ágora ateniense, capaz de transformar las *mores* del ciudadano.

El *renacimiento* del *ideal* andaluz no fue concebido como algo abstracto, al contrario, vio en la comunidad colectiva, en cuanto *ciudad*, su mejor plasmación. Nuestra conciencia helenística, euroasiática, ha tenido siempre en su subconsciente la configuración del estado/ciudad. Sevilla, Córdoba, Granada o Cádiz responden en el ideario *regionalista* al esquema de ciudades libres, mancomunadas por un deseo superior que es el *ideal*.

Izquierdo, pocos años más tarde, siguiendo el pensamiento de Joan Maragall y de Angel Ganivet, decía: «Ahora que la ciudad nuestra quiere gobernarse por sí misma, será bueno detenerse a contemplarla. La ciudad es la síntesis de la patria. Es la casa «payral» a donde acuden las más lejanas comarcas que sienten que su alma está en ella. La ciudad es un mundo, el compendio de un mundo, una síntesis viviente»... (17).

Pero no ha de parecer que en esta concepción helenística de la urbe se produzca un divorcio con la realidad sustentadora de la ciudadanía, el hecho tangible del campo, del que vive y del que se nutre. Hay que admitir y ello, quizás, a algunos pueda parecer difícil ejercicio, que en la mentalidad de este regeneracionismo hay una estética modernista de la *rusticidad*, un sabroso equilibrio entre el menosprecio de corte y la alabanza de aldea, probablemente, porque la ciudad se limite a ser un pequeño reino en el que por la autonomía de su gestión se realiza el milagro de una calidad de relación de vida de medida humana.

No sería difícil encontrar un camino ideológico que, partiendo de la adustez del viejo federalismo/nacionalista, se enriquezca ahora, con el arropamiento estético de unos regionalistas que para palpar una realidad tienen, primero, que soñarla.

En 1912 escribía José A. Vázquez: «Existe, pues, un divorcio entre la ciudad y el campo, que es perjudicial a la prosperidad del país, y deben los hombres por todos los medios reunir a los desunidos en amoroso abrazo indisoluble. Son los campesinos los más nobles obreros y es su abolengo el más glorioso: Plinio, describe las condiciones sociales en los tiempos remotos, en que las ocupaciones ordinarias de la vida rural eran consideradas compatibles con las más elevadas dignidades cívicas... En aquellos días eran cultivadas las tierras por los generales y era el suelo ennoblecido bajo la reja de un instrumento de labranza adornado con el laurel triunfal de las batallas» (18).

Cabría hablar, aquí, en esta generación de un deseo *racionalizador*, de un equilibrio del *buen sentido* que, ya, admiraban en los maestros del catalanismo resurgente.

Es un progreso que se hace realidad en la *ciudad*, mediante una magia, la *gracia* de Izquierdo, que es más que un deseo, un milagro ecuánime de la naturaleza y el hombre. La urbe, «Sevilla —dice— posee la sabiduría altísima del dolor y la risa, y no ignora que, dando lugar en el alma a ambos sentimientos, se obtiene la reciedumbre espiritual que hace eterno a los pueblos» (19).

Y vuelta a la carta. Cambó lo dijo: «el triángulo de la hegemonía regional está trazado por Barcelona, Valencia y las aldeas galaicas». ¿Y en Andalucía? ¿Y en Sevilla? La respuesta se la vuelve a dar Izquierdo: «Sevilla debe tener por ideal concreto, el título de aquella fiesta inolvidable: *España en Sevilla*. Y al decir España, queda nombrada Portugal, y América; y la civilización céltica, helénica y arábica. De Roma sólo debemos recordar que fue heredera de Grecia. Y nada más. Roma nos mató. Roma tuvo un sentido ideal en la Edad Media, por el Imperio, sino por la Iglesia; y Roma cristiana murió por querer ser imperial» (20). Como en el escudo/emblema gaditanista, sí al hibridismo, al lema «Bética-Andalus», a la recepción del «mestizaje».

2.2.—Contrapunto de la tradición: los pueblos

Hemos hablado de la ciudad. La *civitas* es una medida para todo buen ateneista, para quien piensa en el resurgimiento andaluz. Pero es una norma, un cánón que necesita un contrapunto para no ahogarse en sí misma. No todos los tiempos son iguales. ¿Cuánto va de 1915 a 1936?

El escritor ha salido y ha buscado otra verdad que le ensancha el corazón. Vázquez es un periodista viajero que hace un universo de Andalucía y un ecuador en su sierra de Aracena. Un mapa que en el umbral ondea en los lugares colombinos y tiene como cimera su *polis* académica de Sevilla. Una geografía emotiva vivida con la intensidad de las realidades elementales, en las que sustenta su fe en la humanidad.

Este es un ejemplo: «Hay tres ciudades en Andalucía — escribe— sin las cuales —es temerario decirlo, pero hay que decirlo porque es verdad— sin las cuales Sevilla, la ciudad de la gracia, carecería de la mitad de su gracia. El placer de beber vino en Sevilla es algo incomparable: una botella de solera, descorchada con la solemnidad que requiere la liturgia de una fiesta típica, es lo mismo que abrir con devoción un tratado de filosofía del optimismo. Pero, como no sólo de vino vive el hombre, hay que añadirle a cada sorbo eufórico de la áurea de la vid una tapita de jamón serrano que viene de Aracena — decir Aracena es decir todos los pueblos de la serranía de su nombre—, catado en lonchas y cantado en verso por Lope de Vega y Baltasar del Alcázar, que santa gloria gocen por los siglos de los siglos. Tenemos con esto esto mencionadas dos de las ciudades indispensable para mantener el buen nombre de Sevilla: Jerez de la Frontera y Aracena... » (21).

Y, he aquí, cómo estas dos ciudades, acompañadas por Alcalá, ofrecen a la urbe del saber los productos elementales de la existencia humana: vino, agua y jamón. Todos ellos han sido expuestos con la fruición del buen catador y bebedor, con la liturgia de la vida que no prescinde de este adorno para hacer la existencia más feliz. De este modo, todas las villas y ciudades de la Baja Andalucía forman un mosaico complejo, variado, pero complementario en el que, a través del arte, el folklore y la gastronomía se engarzan entre sí creando el culto de la solidaridad básica y primitiva, no —necesariamente— apoyada en ninguna especial ideología que no sea la del propio buen vivir.

Ya lo había constatado W. Fernández Florez al escribir sobre nuestro periodista: «Un hilillo báquico, de devoción, pespuntea sus pliegos. La sonrisa andaluza no tiene molde. Permítaseme decir que un pueblo que posee gracia fluyente, sin esfuerzos, que está consciente de ella y la usa sin pesadez y la admira con alegría sana y sincera es un alivio en el adusto carácter nacional» (22).

Y, ahora, en el círculo de la ciudad/estado de Sevilla se van situando otras: Aroche, Almonaster, Villamartín, Las Cabezas,

Cortegana, Fuenteheridos, Ayamonte, Galaroza o Puertomoral. Y en cada ocasión, o será la propia intuición del escritor la que haga la ofrenda o el argumento erudito de un Juan de Malara, o de otro perdido escritor, no por desconocido, menos profundo en su sabiduría culta y popular.

Aroche hablará por la simbología de las fiestas cortesanas de Felipe II:

Si, ínclito señor, en alguna hora
vinieres a mis torres y majadas,
leche no faltará, ni dulce ambrosía.
Tengo fuerzas, y brío, y fortaleza
con que arredro de mí los que en frontera
están, si se atrevieran a dañarme... (23).

Almonaster, presumió de su abolengo mitad «manuelino», mitad serrano. Villamartín, tenaz en su defensa de los propios de la tierra: «... Defendió heroicamente sus casas y sus tierras, y esto le dio sobre ellas un nuevo y legítimo título de propiedad: el heroísmo franco se había unido al heroísmo del trabajo sin tregua; la sangre se mezcló con el sudor»... (24).

Las Cabezas proclamaron los *derechos del hombre*: «... Y desde el balcón cayó sobre la tropa y el pueblo la voz emocionada y grave del comandante Riego. En nombre de la santa libertad: ¡Ciudadanos: Queda proclamada como Ley Fundamental de España la Constitución de 1812! ¡Viva la Constitución! ¡Vivan los derechos del hombre!...» (25).

Cortegana, dará el contrapunto de la miel, y las palabras del *Recibimiento* a Felipe II harán síntesis de su emoción: «Señor, más dulce que cuantas cosas yo sé, el ingenioso trabajo de las abejas me mandó que te ofreciese estos panales para que corra miel en tu servicio; a mi monte jamás le dará ventaja el Himeto, el de la tierra de Atenas, si gustases de mis dones, y basta querer...» (26).

Y Fuenteheridos, en su hermosa historia, explica su lema de «sed libres como yo, y como yo seréis felices...» (27).

Para culminar en la hermosa palabra de Ysmail, discípulo de Ben-Abbas, perdido y prendido por el amor, en el ensueño serrano del *Valle de la Novia*, de La Galaroza:

Sólo pienso en el sol de mi vida,
sólo pienso en aquella mujer
que ví en el valle de Al Aroza,
leve, desaparecer.
¿Será humana criatura la hermosa?
¿Será un genio impalpable quizás?
¡Ay! No lo sé; pero mujer tan sólo,
no, que era más... (28).

José A. Vázquez ha cosificado la estética compleja del paisaje, ha hecho realidad el deseo juanramoniano de la felicidad del entorno, donde apenas se sabe discernir si la belleza radica en lo que se ve, se degusta, palpa o saborea. Un paisaje vivificado por las pequeñas cosas, rememorado en la historia, en el que —de vez en cuando— aparecen junto a «Rebollo, el cumbreño», «el chaqué de Cambó» o el gesto tremulante de Lerroux. Imágenes secuenciales de una realidad, más que comprendida, en estado de sentimiento, deseadas.

2.3.—La cuestión andaluza

Sobre el fondo de esta vivencia y divagación estéticas subyace su preocupación andaluza. Los interrogantes, quizás, no sean difíciles. ¿Cuál es el lazo de unión que establece con el andalucismo histórico? Hay dos ejes que nos parecen invariables: el origen y la fidelidad al ateneismo culturalista, iniciado por José M.^a Izquierdo y la posterior amistad con Blas Infante. Sobre estos dos principios y sobre su insobornable independencia se asienta la verdad del escritor de Aracena.

Vázquez, como buen regeneracionista —ya lo dijimos antes—, procura fundamentar su *ideal* sobre una reconversión de las *mores* andaluzas: «El dominio sobre sí mismo —escribe— es

acaso la más alta manifestación del valor. Teniendo esto en cuenta, opinamos, inspirados por la Biblia, que el hombre más fuerte no es aquel que se apodera de una ciudad, sino el que gobierna su propio espíritu»... (29).

Como Blas Infante, rechaza la interpretación economicista del ser humano. La evidencia del cambio está en la afirmación de su realeza, de su libertad y de su dignidad. «Tenemos — afirma— el deber de crear para Andalucía una vida mejor, y debemos hacerlo formando, sin artificios, el espíritu colectivo. Nuestra política andalucista será una política como la preconizaba San Francisco de Sales: «La política, en su mejor forma, se debe parecer al agua: la mejor es la más clara, la más limpia y la que carece de sabor».

Una política clara, limpia y sin sabor es ésta de crear el *espíritu colectivo*. Las individualidades, o sea los egoísmos, deben ceder por el dominio de cada uno sobre sí mismo para la vida de la relación con los demás. Unos y otros, por amor a Andalucía, a España y la Humanidad, debéis procurar que dejen de ser una contradicción perenne el cielo azul de nuestra región alegre y las almas torturadas de los andaluces. El espíritu se gobierna por la economía de la paciencia. Hay que reflexionar, callados, sobre estas cotizaciones de la moral, positivo valor financiero de los pueblos que quieren salvarse»... (30).

Así pues, el modelo de la nueva sociedad no puede estar inspirado en una exclusiva idea económica, sino en una opción ética. Este nuevo concepto del *ideal* comenzará por desarrollar en los individuos una poderosa conciencia social. Los ideales colectivos de *nacionalidad* y *clase* no serán excluyentes, sino convergentes, en un principio universal de solidaridad de la propia especie humana.

La acción del *ideal* consistiría en hacer de cada comunidad una escuela de fraternidad, mediante una acción de pedagogía social, ordenada al desarrollo de la conciencia colectiva.

De acuerdo con los principios manifestados por Infante en *El ideal andaluz*, subraya Vázquez: «No existe motivo alguno para que en Andalucía deje de florecer el *regionalismo*, concre-

tándose en la forma de autonomía política conveniente a su progreso libre de las trabas centralistas basadas en el desconocimiento casi integral que el centro tiene del resto de España. Nosotros creemos con firmeza que allí donde se conservan por entero las características de raza, las costumbres, el sentimiento, el concepto mental y demás cualidades que componen el alma de un pueblo, alienta, sin duda, el espíritu regional, sin cohesión acaso, tal vez sin la esperanza inmediata de una concreción eficaz, pero tan real y ostensible, por lo menos, como el de otras porciones del territorio significadas ya por sus resueltas orientaciones regionalistas» (31)

Sin embargo, propenso a subrayar la creación primaria de un movimiento social andaluz, critica la opción agrarista que un sector cualificado del andalucismo está dando al incipiente regionalismo. Y afirma: «Tal vez el error primordial estriba en que los llamados regionalistas andaluces confundieron el complejo *ideal andaluz* con el problema agrario, cuya particular y simple solución pretenden obtener por la aplicación de las teorías georgistas» (32).

Esta discrepancia sería contestada. Alguien señalaría las tendencias que ya se observaban en el andalucismo histórico. En réplica, publicada en *El Noticiero Sevillano*, se reafirma en su creencia de no polarizar la total ideología en aspectos coyunturales que no globalizaran la *idea colectiva* de un pueblo andaluz.

«Yo creo —dice— que el problema andaluz es de una enorme complejidad, donde el problema agrario, con ser trascendental y urgente, sólo alcanza una importancia relativa. Y, desde luego, un sector del problema que, al resolverse, no puede en modo alguno resolver, ni facilitar siquiera, la resolución de todo lo demás. En cambio, cuando el *ideal regionalista* sea por su pureza y su claridad, absolutamente comprendido, y se haga, por la comprensión total, robusto e irresistible, se resolverán por automatismo todos los problemas planteados y se lograrán todas las aspiraciones contenidas en el programa previo, cuyo desenvolvimiento debe confiarse a aquellos hombres capaces de garantizar un desarrollo normal de su contenido en el sector que su profesión, su preferencia, su vocación o sus aficiones le coloquen.

Hasta ahora, según nuestro leal saber y entender, sólo funciona el sector económico en su relación con la tierra, y «esto no es regionalismo» (33).

Metido de lleno en esta diatriba, que clarifica su pensamiento, y en la que interviene, también, José Zurita Calafat, nuestro escritor se manifiesta en su artículo «El problema de Andalucía» de una forma precisa: «... Nosotros creemos en la redención de Andalucía; pero sólo por medio de un programa *integral*, cuya recia base ha de ser un previo e imprescindible fortalecimiento del alma colectiva, que ponga en posesión al pueblo de su plena *conciencia cívica*. El ideal regionalista que sentimos está contenido en la fórmula de una intensa y extensa *cultura* previa. Cultura de los de arriba, los de en medio y los de abajo. Cuando Andalucía sea una fuerza, no ya como ciega avalancha arrolladora surgida al influjo de la soflama revolucionaria, sino por la fortaleza del pensamiento y la afirmación de la conciencia colectiva, todos los problemas se resolverán con facilidad sorprendente. Basta que el pueblo quiera, y sepa lo que quiere, para pedir y obtener cuanto le convenga. Intensifiquemos la cultura, que es la base del edificio social. No nos empeñemos vanamente en querer comenzar la casa por el tejado. Cuando la cultura media sea capaz de ahogar la ignorancia ambiente, el problema de Andalucía caminará rápido hacia su resolución» (34).

Pero, sin duda, para lograr este emporio de progreso es necesario revitalizar el *espíritu de trabajo*, algo que en el andaluz existe —argüirá José A. Vázquez—, pero que casi nunca le es reconocido. «Este reconocimiento de la virtud del trabajo en el andaluz acaso no convenza del todo; debe convencer, sin embargo, porque es verdad: contra opiniones vulgares, creemos nosotros que los andaluces son más laboriosos de lo que se cree... Andalucía no se compone de tribus agrupadas en torno a la resignación; se compone de pueblos de una especial psicología, que necesita buena voluntad en los de arriba, en reciprocidad con la buena fe de los de abajo. Es la de este pueblo una buena fe que nunca ha actuado como fuerza activa. El día que esta condición, de valor inapreciable, se haga reflexiva y pueda imponerse, Andalucía se salvará» (35).

Así pues, sobre los ejes de la conciencia cívica, la cultura y el trabajo cimenta su proyecto de *ideal andaluz*. Deja, ciertamente, a los economistas la fórmula eficaz que torne la balanza del subdesarrollo. Lo suyo es liberar las conciencias, crear una dialéctica ciudadana que, mentalizada por la utopía y por la estética racionalizada, rompa la inercia del silencio y del quietismo ancestral.

Como escribiera en su artículo «Diálogo de café acerca de las Mancomunidades», miremos a nuestra realidad. No será necesario imitar a otros. Como dijera Ganivet, en el interior de Andalucía habita la verdad: «Volvamos el pensamiento andaluz hacia aquel proyecto de Constitución Federal para los cantones andaluces que presentara en 1883 a la Asamblea de Antequera el diputado por Alora Carlos Saornil y —prescindiendo por completo de su contenido político—, observemos en rigor los austeros preceptos de unión y fuerza que proclamaron nuestros abuelos» (36).

Todavía es tiempo. Hay lugar para que una emoción se perpetúe, antes que el fuego purificador asole la casa paterna de los ancestrales tartesos y griegos. Antes que la llama airada de los vientos de la guerra esquilme el aliento breve de vida de una tierra que se resiste a morir.

Ciertamente, como escribiera: «La belleza de la llama alcanza a producirnos también el arrebatado deseo de ir hacia ella en busca de nuestra propia purificación; porque acaso seamos impuros de pensamiento y de obra por debilidad para sustraernos al influjo de los convencionalismos que acallan la protesta interna contra la crueldad, contra la mentira, contra el impío disfrute de los privilegios, sin una mirada para el que cumple condena por el delito de haber nacido desheredado» (37). Y, así, todo pasa, mientras que, al fin —probablemente— sólo nos salve la belleza (38).

Chiclana, verano de 1984.

MANUEL RUIZ LAGOS

NOTAS

(1) En relación con la historia del movimiento andalucista histórico, puede verse nuestro trabajo: *El andalucismo militante*, Centro de Estudios Históricos Jerezanos, Jerez, 1979.

(2) M. Chaves, «Prólogo» a *Ese sol, padre y tirano*, Madrid 1909.

(3) El periódico *El Distrito* se editó regularmente en Aracena, desde 1911 a 1914. Uno de sus directores fue José A. Vázquez y en él dio cabida, junto a las preocupaciones puramente comarcales, a los nuevos ideales regionalistas.

(4) M. Ruiz Lagos, «Mario Méndez Bejarano», art. *Enciclopedia de Andalucía*, Sevilla, 1980; Idem, «Andalucistas al margen de los clásicos», Dossier n.º 14, *Rev. Andalucía Libre*, Sevilla, Abril, 1981, en colaboración con E. Lemos y José M.ª Santos.

(5) Carta dirigida por José M.ª Izquierdo a José A. Vázquez. Fechada en 1911, puede considerarse como el acta de nacimiento del concepto «ideal andaluz».

(6) José A. Vázquez, «El problema de Andalucía», art. de *El Imparcial*, recogido en *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.

(7) Sobre esta reivindicación, véase: M. Ruiz Lagos, *El andalucismo militante*, op. cit., pág. 67 y ss.; B. Infante, *Fundamentos de Andalucía*, ed. M. Ruiz Lagos, Sevilla, 1984.

(8) José A. Vázquez, *La reivindicación de Andalucía en el Congreso de la Paz*, pág. 11, Sevilla, 1918.

(9) Suelto de prensa de B. Infante, fechado en 10-12-1918, probablemente de *El Liberal* sevillano.

(10) José A. Vázquez, «El que amó en silencio», *El Noticiero Sevillano*, 30-07-1922, reproducido de *El Imparcial* madrileño.

(11) M. Siurot, comentario al libro *El verdadero camino*, premio Alfonso XIII de la Real Academia de Lérida. *El Noticiero Sevillano*, 19-10-1927.

(12) Nota necrológica de J. A. Vázquez, publicada en *ABC* de Sevilla, 24-12-1960.

(13) J. A. Vázquez, *Ese sol, padre y tirano*, pág. 27, Madrid, 1909. Existe edición de 1983.

(14) J. A. Vázquez, op. cit., págs. 27-28.

(15) J. A. Vázquez, *Aires de la sierra*. Col. «Los cuentistas», Barcelona, 15-10-1910.

(16) J. A. Vázquez, *Humor de bolsillo*, pág. 61, Sevilla, 1950.

- (17) J. M.^a Izquierdo, *Divagando por la ciudad de la gracia*, pág. 250 y ss. Sevilla, 1914. Reedición, 1978.
- (18) J. A. Vázquez, «La ciudad y el campo», *El Distrito*, I, Aracena, 1912.
- (19) J. A. Vázquez, «La sinfonía de la primavera», *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.
- (20) Carta citada de J. M.^a Izquierdo.
- (21) J. A. Vázquez, «Alcalá, ciudad del pan y del agua», *ABC*, Sevilla, 6-02-1930.
- (22) W. Fernández Florez, «Epílogo» a *Humor de bolsillo*, Sevilla, 1950.
- (23) J. A. Vázquez, «Aroche, villa del señorío heroico», *ABC*, Sevilla, 11-02-1930.
- (24) J. A. Vázquez, «Villamartín, o el pleito de los tres siglos», *ABC*, Sevilla, 4-04-1930.
- (25) J. A. Vázquez, «Las Cabezas de San Juan, donde Riego se jugó la suya», *ABC*, Sevilla, 13-06-1930.
- (26) J. A. Vázquez, «Cortegana, donde nace el chanza», *ABC*. Ed. Sevilla-Madrid, 27-06-1930.
- (27) J. A. Vázquez, «Fuenteheridos y el por qué de su nombre», *ABC*. Edición Sevilla-Madrid, 1-08-1930.
- (28) J. A. Vázquez, «El valle de la novia», *ABC*. Edición Sevilla-Madrid, 5-09-1930.
- (29) J. A. Vázquez, «La moral como valor positivo», *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.
- (30) J. A. Vázquez, art. cit., pág. 10. *Epistolario Bético*.
- (31) J. A. Vázquez, «El regionalismo andaluz», *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.
- (32) J. A. Vázquez, art. cit., pág. 75. *Epistolario Bético*.
- (33) Debate de prensa con Rafael Ochoa, *El Liberal y El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 6-07-1917.
- (34) J. A. Vázquez, «El problema de Andalucía», *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.
- (35) J. A. Vázquez, «Los hombres más tristes», *Epistolario Bético*, Madrid, 1918-19.
- (36) J. A. Vázquez, «Diálogo de café, acerca de las Mancomunidades», *El Noticiero Sevillano*, 17-02-1924.
- (37) J. A. Vázquez, «Ante las llamas de las quemadas del monte», *El Noticiero Sevillano*, 12-09-1930. Reproducido por el autor en su libro *Fruto en sazón*, Sevilla, 1931.
- (38) Con anterioridad a esta introducción, publicamos la biografía de J. A. Vázquez inserta en la *Gran Enciclopedia de Andalucía*, en su artículo correspondiente, edición de Sevilla de 1980. Posteriormente, ampliamos aquellos datos en colaboración con M.^a Angeles Campos Blasco en: «El periodismo andalucista de José A. Vázquez», dossier n.º 22, *Rev. Andalucía Libre*, Sevilla, Enero de 1982.

OBRAS DE JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

- Recurso legal*, Comedia, Imprenta, Sevilla, 1907.
Ese sol, padre y tirano, Imprenta Arévalo, Sevilla, 1909.
Aires de la sierra, Edición «Los cuentistas», Valencia, 1910.
Epistolario Bético, Imprenta de *El Imparcial*, Ts. I, II, Madrid, 1918-19.
El barrio de Santa Cruz de Sevilla, Madrid, 1920-24.
Con cadenas de oro, Imprenta Giménez Vacas, Sevilla, 1922.
El verdadero camino, Imprenta F. Requena, Aracena, 1927.
Bécquer, Sociedad General de Publicaciones, Barcelona, 1929.
Fruto en sazón, Antología. Imprenta J. Mejías, Sevilla, 1931.
Títeres en la plaza, Ed. Juventud. Barcelona, 1936.
Armas de Caín y Abel, Ed. Escelicer, Cádiz, 1938.
Héroes de otoño, «La novela del sábado», Madrid, 1939.
El nieto de Don Juan, Ed. Juventud. Barcelona, 1942.
Velázquez, Ed. Sánchez Rodrigo, Plasencia, 1942.
Arias Montano, Biblioteca Nueva, Madrid, 1943 y Plasencia, 1949.
Miguel Mañara, Ed. Atlas, Madrid, 1944.
Vida de Inés de Castro, Ed. Atlas, Madrid, 1944.
Sevilla en flor, Imprenta Provincial, Sevilla, 1948.
Mala semilla, Comedia. Imprenta R. Velasco, Madrid, 1907.
Susona de Santa Cruz, en colaboración con E. Marquina, *Archivo Hispalense*, núms. 39-40, Sevilla, 1950.
Humor de bolsillo, Imprenta Provincial, Sevilla, 1950.
La Virgen del Rocío ya entró en Triana, Ed. Pueyo, Madrid, 1929 y Ed. Fax, Madrid, 1952. Guión cinematográfico de las películas *La Blanca Paloma* y *Sucedió en Sevilla*.
El Rey Santo ante Sevilla, Imprenta Provincial, Sevilla, 1953.

TRADUCCIONES ELEGIDAS

- La Virgen de Fátima*, Antero de Figueiredo, Ed. Escelicer, Cádiz, 1937.
La tragedia española en el mar, Mauricio de Oliveira, Ed. Escelicer, Cádiz, 1937.
Madrid trágico, Leopoldo Nunes, Ed. Escelicer, Cádiz, 1938.
Las dos Españas en el mar, Mauricio de Oliveira, Ed. Escelicer, Cádiz, 1938.
En las trincheras de España, Artur Portela, Ed. Escelicer, Cádiz, 1939.
Fr. Luis de Sousa, V. Almeida Garrett, Ed. Escelicer, Cádiz, 1942.
Itinerario sentimental de los portugueses en Sevilla, A. de Cértima, Ed. SNI. Lisboa, 1945.
Don Pedro y Doña Inés. El gran desvario, Antero de Figueiredo, Ed. Juventud, Barcelona, 1946.
Elena, Nuno de Montemor, Ed. Escelicer, Cádiz, 1947.
Los nuevos del sexto piso, Alfred Gehri, 1947.



Mr. D. José A. Vázquez

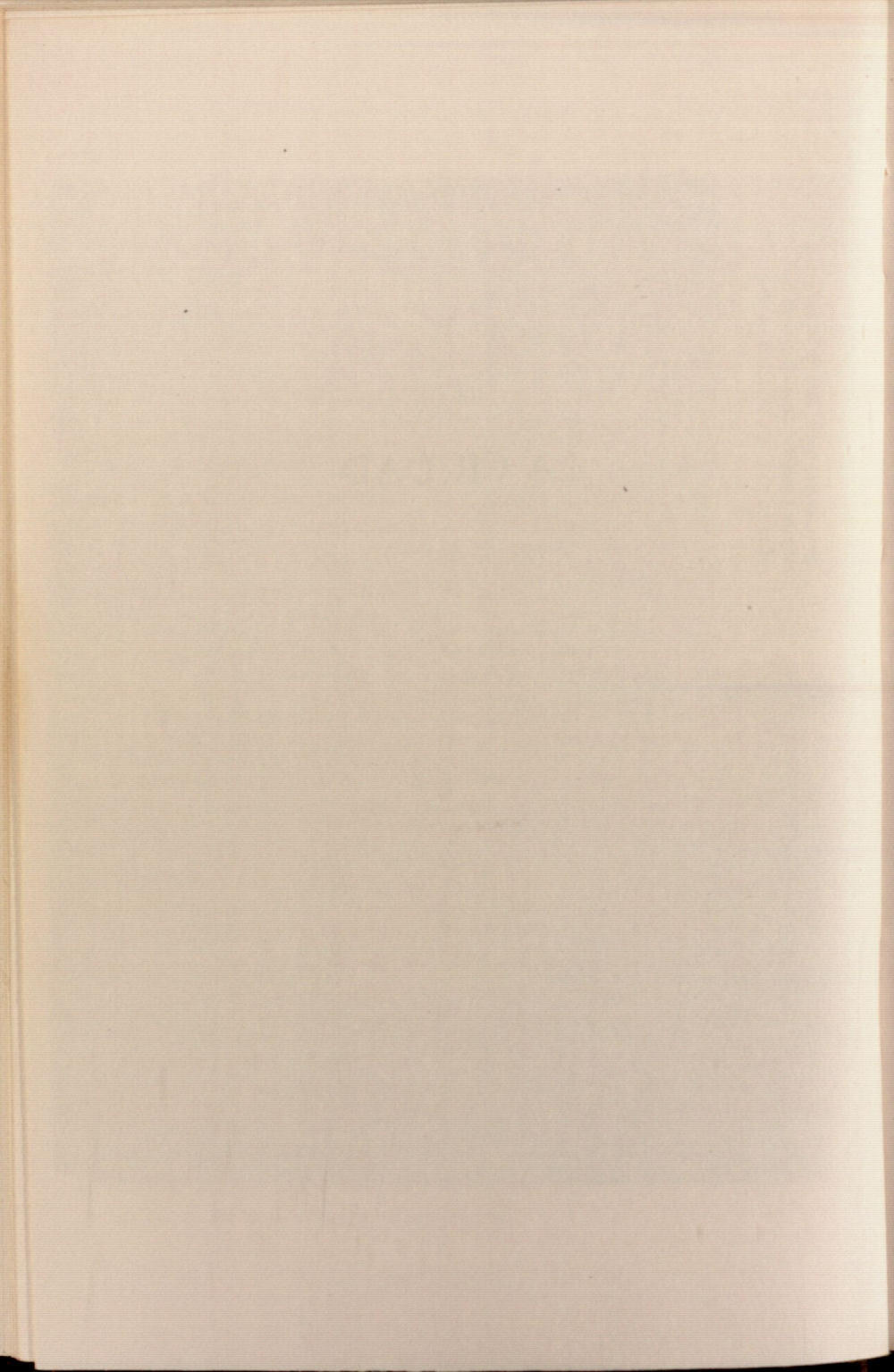
Mi querido amigo:

Muchísimas gracias por el artículo nobilísimo en pro
de "El Ideal andaluz". Agradezco los elogios, pero eres
no merecerlo. Sinceramente. Lo personal, me desagrada
mucho, sobre todo, cuando se refiere al público. Más que
un epíteto encomiástico me gusta el que se forme sin
consideración una idea mía para criticarla o asmen-
tarla. La vez que no es humildad el recibir las al-
abanzas; es falta de prudencia. Hay que evitar las tenta-
ciones; y la peor de todas es la de la vanidad. Lo elogi-
son para lo que se fueron, no para lo que aun todavía
peregrinando por la tierra, se quiere pa caer "Volunt-
res, siste" cada día.

Hay que trabajar
mucho por nuestra "patria andaluz", por nuestra
Ciudad. Cambó estuvo inspirado al compararla
con Barcelona. Hoy el triángulo de la lezoquia

I

LA CIUDAD



LA CIUDAD Y EL CAMPO

Más que ninguna otra virtud social, nos hace falta en España un intenso sentimiento de amor hacia el campo para ser país grande y próspero, y tanto más fuerte cuanto con mayor fe le rindamos culto a los bosques seculares con sus encinas inmortales; a los sembradíos con su próspera lozanía; a los prados florecientes con sus toros mugidores; a los montes bravíos con sus triscadoras cabras; a las huertas rientes con sus árboles preciosos; a los pinares salutíferos; a los castaños manificientes; a las yugadas de tierra recibiendo la caricia del sol antes de recibir en los surcos la simiente bendita.

La agricultura, así como es fuente de riquezas y base de la vida, puesto que de ella dimanarían todos los oficios y las industrias todas, es, de las artes, la más noble y merece una gran atención por parte de los hombres de la ciudad, hartos indiferentes con los campos generosos que ponen pan y frutos en sus mesas, combustible en sus estufas y techo en sus hogares. Esa indiferencia de los hombres ciudadanos para con el campo va en contra de ellos mismos, porque el vértigo de la vida moderna, consumiendo energías y exigiendo esfuerzos, no tiene otro antídoto que un día de sol, fuera de la urbe, gozando las delicias de la naturaleza esplendorosa, disfrutando de un aire vivificador y de este ambiente apacible, de patriarcal evocación, que modifica los pensamientos y hace fuertes, contra lo porvenir a los luchadores cotidianos.

Algo de esta ingratitud del hombre hacia el campo, débese principalmente a los que forjan la opinión desde las columnas de la gran Prensa, donde rara vez se hallan unas líneas que sirvan de nexo entre la ciudad y la sierra o la campiña, cuando por el contrario debieran dedicarse las mejores plumas a escribir de la

vida campesina, de los trabajadores aldeanos, de los modernos procedimientos de cultivo, todo ello saturado de la espiritualidad de la leyenda y de la tradición, como fuente infinita de poesía para fomentar el hábito de lo agradable en las almas e instruir las deleitándolas.

Pero en lugar de esa labor obligada para los periódicos de gran circulación, cuya decisiva influencia en el espíritu público no es necesario demostrar, vemos que se ocupan los mayores espacios de sus hojas impresas para relatarnos, con prodigalidad de datos, ora las hazañas de un torero inculto y soez, ora las hueras lucubraciones de un escritor mediocre, ya el suceso criminoso o la fantasía política de última hora, cosas todas insustanciales, que si algo dejan en el ánimo del lector, es un amargo escepticismo y un justificado enojo contra la falta de médula en la intelectualidad que hace gemir las prensas rotativas con tan poco provecho para la opinión.

Tampoco el hombre de campo mereció jamás la atención del de la ciudad si no fue para humillarlo. Los más denigrantes calificativos brotaron de la inventiva ciudadana contra los rudos labriegos y no se les ocurrió nunca a los calificadores un medio de atraerse a los calificados y elevarlos a su nivel, haciéndolos partícipes de la cultura, beneficiándolos con la luz de las ideas e incorporándolos a la conquista del progreso.

Existe, pues, un divorcio entre la ciudad y el campo, que es perjudicial a la prosperidad del país, y deben los hombres por todos los medios reunir a los desunidos en amoroso abrazo indisoluble. Son los campesinos los más nobles obreros y es su abo-lengo el más glorioso; Plinio, describiendo las condiciones sociales en los tiempos remotos, en que las ocupaciones ordinarias de la vida rural eran consideradas compatibles con las más elevadas dignidades cívicas, nos habla de los generales victoriosos que volvían de orgullo llenos a coger las manceras de los arados, con sus manos hechas a blandir las espadas. En aquellos días eran cultivadas las tierras por los generales y era el suelo ennoblecido bajo la reja de un instrumento de labranza adornado con el laurel triunfal de las batallas.

Son, pues, esos obreros dignos del amor de los hombres de la ciudad y es necesaria una mayor aproximación entre ambos. Que los unos, cuando vengan a los pueblos no tengan que esquivar su presencia ni huir de los sitios de sociedad; ni los otros, cuando vayan al campo a buscar reposo para sus espíritus, dejen de rendir culto, entre gente amiga, a los árboles, a los sembradíos, a las huertas, a los castaños... a los surcos de la tierra, acariciada por el sol, que también acaricia las blancas casas de la ciudad y a todos nos cobija y nos envuelve con su luz igualitaria y bienhechora (*).

(*) *El Distrito*, n.º 28, Aracena, enero, 1912.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or introductory paragraph.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several paragraphs of a document.

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly a footer or concluding paragraph.

HACIA LA PRIMAVERA

Sevilla, 19 de Febrero.

Para la sevillana Sevilla siempre debía ser primavera. Porque durante el invierno, y en estos días nubosos, da pena ver las calles y los jardines de la ciudad de la gracia envueltos en la tristeza gris del ambiente, y causa congoja no ver la Giralda recortada sobre el fondo cobalto del verdadero cielo sevillano.

Y... luego, si al menos en este tiempo se vistiera de nieve la ciudad... En Sevilla no recuerda nadie que formalmente haya nevado. Suele sentirse frío, mucho frío, en cuanto no nos alumbra el sol. Y cuando no nos alumbra el sol y caen cuatro gotas, todos los sevillanos dicen: «¡Es nieve lo que cae!».

Pero no cae nieve. Es una llovizna menuda que llena de tristeza los jardines y las calles y de frío las almas. Debiera nevar, porque la nieve embellece; para esta ciudad, que tiene un amplio sentimiento estético, cuando no hay sol que lo embellezca todo con sus besos de oro, debiera caer nieve... La frase corriente de «¡Es nieve lo que cae!» cuando sólo llovizna, no significa otra cosa sino el deseo de ver la nieve como elemento decorativo...

En Sevilla no se recuerda una nevada formal. Y esto causa pena a los sevillanos. ¡Son tan tristes y tan feas las ciudades donde hace frío y no nieva!...

Toda la vida sevillana siente en invierno nostalgia de la primavera. Y todo lo que se piensa o se proyecta es para los días claros, luminosos de la estación primaveral.

Las Cofradías renuevan sus artísticos elementos procesionales para la Semana Santa.

Los taurófilos hacen cábalas sobre la temporada taurina, prometiéndoselas muy felices con el pleito de las dos plazas: la

antigua de la Maestranza y la nueva de San Bernardo, y las apo-
teosis del «belmontismo» en la primera y del «joselismo» en la
segunda.

Los artistas se aprestan a organizar la Exposición de Pintura
y Escultura para inaugurarla en Abril.

En el Ateneo se trabaja para que los Juegos Florales sean
también este año una bella fiesta espiritual. De mantenedor ac-
tuará el ilustre Manuel Siurot. La reina... ¿Quién será la reina?
!Es tan difícil en Sevilla elegir entre tantas mujeres bellas una
reina de las bellas!

Para la primera semana de Mayo se prepara el Congreso de
las Ciencias, a cuya sesión de apertura asistirá D. Alfonso XIII.

El Sr. Dato, como presidente de la Asociación Española
para el progreso científico, tiene a su cargo el discurso inaugural.

Las secciones estarán presididas por ilustres personalidades
de la ciencia española. Los sevillanos D. Carlos Cañal y D. Luis
Molini presidirán, respectivamente, las secciones de Sociología y
Ciencias aplicadas.

La instalación de material científico será dirigida por el in-
signe Torres Quevedo.

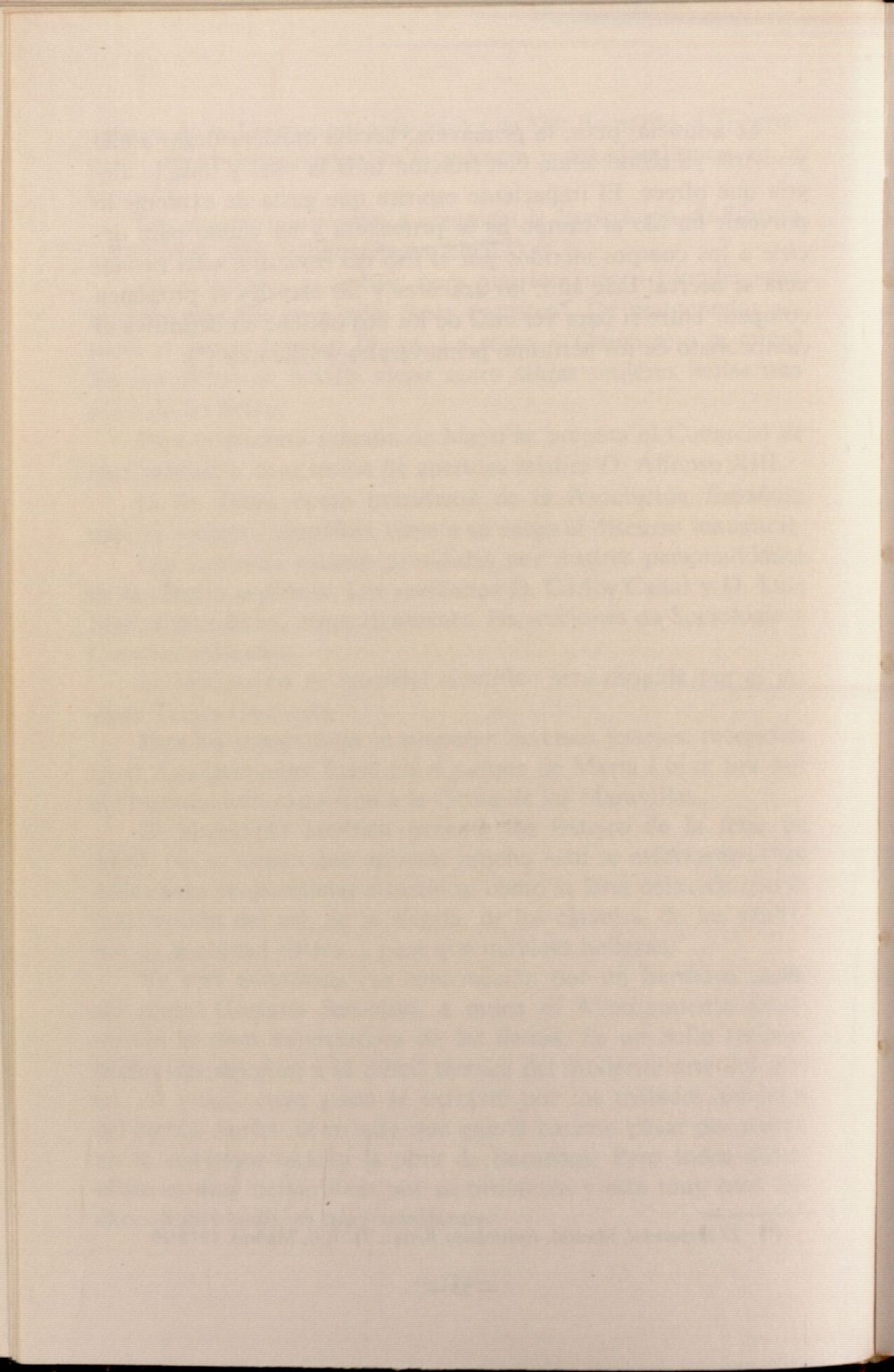
Para los congresistas se preparan diversos festejos: recepción
en el Ayuntamiento; fiesta en el parque de María Luisa; jira por
el Guadalquivir; excursión a la Gruta de las Maravillas...

El Municipio también prepara los festejos de la feria de
Abril. No se tienen que esforzar mucho —ni se esforzarán— los
ediles para proporcionar atractivos: como la feria coincide con la
resurrección del sol, de la alegría, de los claveles, de los azaha-
res, de la ciudad entera..., para qué mayores bellezas.

Ya está anunciada esa resurrección por un hermoso cartel
del genial Gustavo Bacarisas, a quien el Ayuntamiento enco-
mendó la obra anunciadora de las fiestas. Es un bello trabajo,
hecho con sujeción a la difícil técnica del moderno arte del car-
tel. Al vulgo, cuyo gusto se extravió por los trillados senderos
del eterno cuadro acromado que quería hacerse pasar por cartel,
no le convence mucho la obra de Bacarisas. Pero todos dicen:
«Esto es muy bello, atrae por su brillantez y está muy bien he-
cho... Sobre todo, es muy sevillano».

Se anuncia, pues, la primavera. Sevilla quisiera llegar a ella y vivirla ya absorbiendo con fruición toda la vida y toda la alegría que ofrece. El impaciente espíritu que gusta de explorar lo porvenir ha ido al campo de la primavera y ha vuelto para decirle a los cuerpos ateridos por el frío del invierno: «¡La primavera se acerca! Este año, los azahares y los claveles se proponen competir entre sí para ver cuál de los dos obtiene en definitiva el campeonato de los perfumes primaverales sevillanos» (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I, II, Madrid, 1918/19.



LA CIUDAD DE LA MUERTE

Sevilla, 24 de Marzo.

El sutilísimo José María Izquierdo, primero de los ingenios actuales sevillanos, tuvo el original acierto de llamar a Sevilla la «Ciudad de la gracia». Apresurémonos a aclarar que no se alude a la gracia del chiste ni a ninguna otra de menor cuantía, sino a esa depurada espiritualidad que irradian las almas y se refleja en el ambiente. *Sevilla, plena eres de gracia*, pudiera decirse en una oración profana al alma exquisita de nuestra ciudad...

Pero he aquí que nosotros, sin pretender modificar en modo alguno la justísima denominación, hemos de desfigurarla para encontrar el título de nuestro artículo de hoy. Que nos perdone Izquierdo: nada pierde su frase, que vuela ya inmortal, ni pierde nada Sevilla, cuya gracia tampoco puede sufrir menoscabo. Sevilla ha de seguir siendo, y lo será eternamente, la ciudad de la gracia, sin perjuicio de ser, a la vez, y quiera Dios que por escaso tiempo, la ciudad de la muerte.

Sevilla, con toda su gracia, su fama, su poesía, su tradición, su belleza, su cielo, sus flores, su presente y su futuro, es la población menos sana de Europa; y fuera de ella, el coeficiente comparado de mortalidad sólo se equipara con el de las poblaciones interiores de la India. Es lamentable tener que decirlo; pero más lamentable —y, desde luego, menos patriótico— sería callárselo, porque del silencio suelen aprovecharse los obligados a evitar tan gran dolor para no remediarlo. Evitemos, por humanidad, el silencio.

Veamos previamente unos números. Sevilla cuenta una población calculada de 200.000 almas. Al año ocurren 6.000 defunciones. De cien defunciones ocurridas entre los párvulos, 40 se producen por enfermedades infecciosas, y de ellas 15 por tu-

berculosis. De igual número de defunciones entre los adultos, 75 se producen por enfermedades infecciosas, de las que 25 corresponden a la tuberculosis. Como se ve, las cifras son aterradoras. Acusan una mortalidad por enfermedades infectocontagiosas verdaderamente espantosa.

Las enfermedades de esta naturaleza no deben existir en la vida moderna sino en escasa proporción, dados los medios profilácticos de que se dispone. Decía Letamendi «que sólo el desgaste natural de la maquinaria humana debe ser causa de la muerte»; pero en tanto se llega a este supremo ideal, por el interés que pongan en lograrlo los directores y administradores del pueblo verdaderamente celosos de su salud física, señalemos uno y otro día los focos del mal, si no con la esperanza de verlos extinguidos, con la certeza, al menos, de cumplir ineludibles deberes.

Hoy vuelve a tener el problema palpitante actualidad. La estancia entre nosotros del inspector general de Sanidad, doctor Martín Salazar, enviado por el Gobierno para estudiar nuestro problema sanitario, coloca sobre el tapete de la atención pública una cuestión que de vez en cuando plantean las circunstancias, comentan los higienistas y torna pronto al olvido, dejándonos una estela de amargo pesimismo. Volvamos, pues, a rendir tributo a la actualidad y a continuar la cadena inacabable de comentarios, soluciones y pesimismos; pesimismos, soluciones, comentarios y... vuelta a empezar.

Ha dicho el doctor Martín Salazar que las aguas potables de Sevilla contienen una contaminación fecal, demostrada por la existencia del colibacilo, proviniendo de ello las terribles infecciones gastrointestinales que se padecen constantemente. Esto, que es una verdad, no tiene nada de nuevo; se sabe ya desde tiempo inmemorial; se ha dicho en todos los tonos, y, sin embargo, el agua potable de Sevilla —principalmente la del manantial de Santa Lucía— se sigue bebiendo con todos los colibacilos y continúa produciendo centenares de víctimas. En vano se ha indicado como solución vigilar los manantiales y cubrir las conducciones en los espacios a cielo abierto; inútilmente se ha señalado la conveniencia de establecer una cámara ozonizadora ante-

rior a la caja de distribución general; en vano se inventaron infintos procedimientos esterilizadores. Lo que sí se ha hecho es indicar al público la necesidad de hervir el agua y filtrarla antes de ingerirla; pero... ¿cómo se puede hacer una recomendación semejante a las clases modestas sin enviarles, a la vez, el filtro, la vasija hervidora y el suficiente carbón?

Otro grave mal indicado por el eminente doctor Martín Salazar es la falta de alcantarillado. Tampoco contiene nada nuevo la indicación. El alcantarillado está construido en una ínfima parte; pero la totalidad del proyecto no podrá realizarse mientras que no haya un Ayuntamiento con la energía y la independencia necesarias para acabar con la resistencia sórdida de los propietarios a quienes, con tal de no abonar el canon de acometida, les importa poco o nada que la casa *hache* o el corral de vecinos *equis*, de su propiedad, viertan el detritus a las alcantarillas o se quede en las cloacas y pozos negros hasta el fin de la vida de todos los inquilinos.

Pero existen además otros varios motivos que acentúan la insalubridad ciudadana. Veamos unos cuantos. En Sevilla se carece de agua suficiente para las necesidades de la urbe; apenas si hay la precisa para beber, cuando más para el aseo personal, de donde puede deducirse la consecuencia que se quiera. Ciertamente que existe un proyecto de aprovechamiento del agua del río, previa filtración; pero, ¿cuándo va a ser esto? En Sevilla la limpieza pública es un mito, tanto por la falta de agua como por la de un material adecuado. En una Exposición de artefactos municipales para limpieza urbana Sevilla daría la nota tragicómica exhibiendo su típica carretilla de mano, su escobajo de ramas y su regadera de jardín. En Sevilla la pavimentación es malísima: los adoquines bailan toda una danza lamentable, y como el suelo — y el subsuelo — está saturado de materia orgánica en descomposición por la falta de alcantarillado o drenajes, sale al ambiente por los intersticios de las piedras lo más escogido entre las bacterias para tomar plaza en el organismo como trágicas enviadas de la muerte.

Y no digamos nada de los deficientísimos urinarios públicos, ni de la inhabitabilidad de las viviendas, ni de la costumbre africana de sacudir las alfombras desde los balcones, ni de la falta de escrúpulo en los mataderos, ni de la adulteración de los alimentos, ni del exceso de tabernas, centros de alcoholismo, con la protección del político por su eficacia como oficinas electorales. No digamos nada tampoco de la enorme carestía de los alquileres, que obliga a los humildes al sacrificio de su alimentación privándoles de reservas fisiológicas para luchar contra la enfermedad... No digamos nada.

Nada, para evitar molestias a los que tienen en sus manos el remedio y no lo aplican, a los que a poco de ser sinceros y desinteresados, una vez siquiera en la vida, tendrían las bendiciones y las alabanzas de una ciudad que si, como dice el Baronet Kennedy, no poseyera la verdadera sabiduría que aún no posee todo el mundo, creer en la eficacia de la alegría y la risa, sería, por la desventura de su abandono, el reino de las tristezas innumerables (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

EL SEVILLANO PILATOS

Sevilla, 24 de Marzo.

El prestigioso legista italiano Juan Rosadi publicó en 1904 un interesantísimo libro bajo el título *El proceso de Jesús*, cuya versión española, hecha poco después por Teodomiro Moreno, ha llegado en estos días al conocimiento general de Sevilla, con motivo de unos comentarios periodísticos aparecidos en el diario católico *El Correo de Andalucía*.

Dicho libro contiene para los sevillanos la estupenda novedad inesperada de revelarnos que Lucio Poncio Pilatos, el sexto procurador romano en Judea, era natural de Sevilla, una de las cuatro ciudades de la España Bética que gozaban del derecho romano de ciudadanía.

¡Pilatos de Sevilla! ¡Casi nada! La extraordinaria nueva nos ha llegado un poco tarde, pero con singular oportunidad, no cabe duda: por la primavera, y exactamente en vísperas de las grandes fiestas religiosas conmemorativas de la Pasión de Jesucristo, Nuestro Señor, que la Ciudad de la Gracia acostumbra a celebrar con suntuosidad insuperable, para asombro de propios y extraños.

La afirmación del Sr. Rosadi nos produjo cierta perplejidad; pero hemos de declarar con toda franqueza que el estupor experimentado en el momento no nos sugirió malhumoradas indignaciones, como ha ocurrido a numerosas personas, y, sobre todo, al comentarista de referencia, el conocido escritor D. Manuel Serrano, presbítero, que a poco más rompe su pluma arremetiendo contra Rosadi, el Imperio romano, Lucio Poncio Pilatos y su señora madre, la esposa de Marco, Poncio.

Creemos, sin agravio para nadie, que ser sevillano es a todo lo más que un hombre puede aspirar en el mundo; pero, sin em-

bargo, no hemos sentido la necesidad de indignarnos porque al célebre procónsul, monstruo de crueldad y acaparador de cinismo, le confiera la Historia el honor de nacer en Sevilla. Después de todo, es bueno, cristianísimo, resignarse con aquellos males inevitables; y, además, no conviene olvidar que al lado de las más bellas flores nacen las plantas venenosas, y todo es, no obstante, jardín encantador.

El padre Serrano acusa al Sr. Rosadi de no concretar el fundamento de su afirmación, que estima poco escrupulosa, y con el solo y deleznable valor de una ocurrencia aventurada, que le induce a decir, por gusto, porque le parece bello, que Lucio Poncio Pilatos nació en Sevilla, como pudo inducirle a escribir que era latifundista en Córdoba.

El proceso de Jesús, es un libro documentado y serio, cuya lectura no sugiere que sea aficionado a la broma su autor, el Sr. Rosadi; es, por tanto, infundado el error que le atribuye el padre Serrano, suponiendo la idea fundamental del yerro en el hecho de existir aquí un bello palacio, conocido por la «Casa de Pilatos», mandado construir en 1520 por los duques de Alcalá, al regreso de su peregrinación a los Santos Lugares, para determinar el principio de un público *Vía-Crucis* que acababa en el templo de la Cruz del Campo, mediando entre el palacio y el templo igual distancia que entre la Torre Antonia y el Calvario.

Para atestiguar el error de Rosadi, supone Serrano que aquél vino a Sevilla como turista, y se hizo acompañar en la obligada visita a los monumentos por uno cualquiera de nuestros deliciosos cicerones, grandes socarrones y maestros de la sorna, que suplen con su exceso de imaginación todo lo que ignoran. No dudamos nosotros que el pintoresco guía afirmase, con toda formalidad, que la Casa de Pilatos se le llama así por haber venido al mundo, entre sus muros, el famoso procurador de Judea; y si le preguntó Rosadi la fecha, el cicerone diría, con igual desparpajo, que ocurrió pocos días antes de tomar la alternativa el matador de toros Curro Cúchares. Estos cicerones son capaces de todo.

Pero contra las fantasías de un profesional del embuste, he-

redero por línea directa de Manolito Gázquez (*), están los escrúpulos del erudito y la austeridad del investigador. A este razonamiento sale al paso el padre Serrano, suponiendo que Rosadi apuntó el dato aportado por el guía, y si luego se decidió a compulsarlo, antes de estampar la extraordinaria novedad en el libro, no tuvo valor, aún convencido del error, para prescindir de semejante noticia, que, si no era cierta, merecía serlo, pues Sevilla bien pudo ser cuna de procónsules, como lo fue de Emperadores y aún de santos.

Yo, personalmente, no tengo el menor empeño en rechazar a Pilatos como paisano. Es más, lo acepto sin reservas, porque reconociéndolo sevillano me explico por entero ciertas cosas. Algunas veces, viendo en las procesionales exhibiciones de la Semana Santa —cofradía de la Macarena, *paso* de la Sentencia— la imagen de Lucio Poncio, he pensado que su cara, su cuerpo y su garbo eran de un sevillanismo auténtico y de un macarenismo sin vuelta de hoja. Además, el gesto desvergonzado de lavarse las manos después de haber ordenado una barbaridad es sevillano a más no poder, según pueden atestiguar nuestros políticos continuadores de la tradición pretoriana.

Por último, no se comprende cómo no siendo sevillano se puede decretar la crucifixión de Jesús. Pilatos, sevillano, amante como el que más de su *patria*, sintió la corazonada de que, andando el tiempo, Sevilla habría de celebrar, con maravillosos esplendores, el sublime drama del Calvario, poniendo a contribución el genio de sus artistas, y se decidió, sin reparos, a sacrificar al Justo. Decidido lo cual, se lavó con toda tranquilidad las manos, diciendo para su toalla: «¡Ahora que los sevillanos se las entiendan con él! Ellos, tan artistas, de seguro harán con estos elementos una bella cosa».

Se ve, por lo tanto, clarísimo, que sin el gesto de nuestro paisano, el acreditado procurador de Judea, no tendría Sevilla cofradías, ni esculturas escalofrantes, ni este derroche fastuoso

(*) Figura arquetipo de «chistoso» sevillano, recogida por S. Estébanez Calderón en sus *Escenas Andaluzas*.

de arte religioso que hoy empezará a exhibirse en las procesiones de fama universal.

No pudo hacer más Pilatos por Sevilla, por su Municipio y por los fondistas. Le debemos gratitud imperecedera al Sr. Rosadi, que nos revela a este paisano benemérito. Claro es que fue demasiado cruel lo que hizo contra Cristo, aunque muy favorable para nosotros; pero en ello no tenemos la menor responsabilidad. «Odia el delito y compadece al delincuente»; odiamos, pues, sus procedimientos, pero aprovechémonos de los resultados.

Y sin dejar de amar a Dios, y a Su Unico Hijo, sobre todas las cosas, excitemos el celo de nuestro Ayuntamiento para que no olvide al ilustre cuanto impío sevillano, sexto procurador romano en Judea, a quien se le debe rendir un homenaje digno de su fama, dando, por ejemplo, su nombre a una calle principal. Si se estimase excesivo este público testimonio de gratitud, bastará con la colocación y descubrimiento solemne de una lápida en el salón municipal de sesiones, redactadas en los términos siguientes: «*Sevilla a su célebre hijo Lucio Poncio Pilatos, en prueba de gratitud como iniciador de la Semana Santa (*)*».

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

LA SINFONÍA DE LA PRIMAVERA

Sevilla, 31 de Marzo.

La noche del Viernes Santo, plena de emoción el alma por la maravilla de las fiestas religiosas, nos sentimos acuciados por el deseo de comunicar nuestro espíritu con el de los lectores; pero quisimos escribir y no logramos reflejar en las cuartillas ni una sola vibración de nuestros sentimientos.

Estábamos en la biblioteca de este Ateneo sevillano, ilustre y romántico, en nuestro preferido lugar de la mesa grande, colocada en un saloncito con un cierro de cristales que da a la calle de Tetuán.

Por las vidrieras abiertas penetraba un rayo de la clara luna de Parasceve, y con la luz plateada se entraba el rumor de las músicas que acompañaban el ritmo de las Cofradías. También llegaban a intervalos los dolientes ecos de las «saetas», esas breves composiciones de la musa popular entonadas por los corazones llenos de fervores, de dolor y amor y exteriorización sublime de complejísimos estados de alma.

Se acercaba procesionalmente una Cofradía. Desde nuestro sitio veíamos su desfile. Pasó la imagen trágica de un Cristo, milagro escultórico de un imaginero clásico. El cuerpo exangüe del Justo recibía la dulce luz rosada de unos cirios oscuros. Al pasar la efigie del dolor por frente al vano de las vidrieras, los rayos de la luna tropezaron con el Crucificado y, tras de acariciarle piadosamente todo el cuerpo, nos enviaron al interior la proyección de la cabeza coronada de espinas, posándola un momento sobre las hojas de papel que teníamos delante.

Afuera cantaba la voz de una mujer:

La corona del Señor
no es de rosas ni claveles;
es de acerados espinos,
que le traspasan las sienes
a ese Cordero divino.

Creíamos ver que la sombra de la cabeza sangrienta maculaba la blancura de nuestras cuartillas impecables con unas gotas de sangre viva...

Y no pudimos escribir nada.

Ya ha pasado el drama y el misterio de los místicos días sevillanos. En la sinfonía primaveral de Sevilla la lírica sonó el «andante» religioso con sus notas desgarradas y martirizadoras.

Empieza ahora el «allegro», regocijado y presuroso, para borrar en las almas la impresión dolorosa de la armonía triste.

Es verdad que no se puede ser feliz sino después de haber sufrido mucho.

Sevilla posee la secreta sabiduría altísima del dolor y de la risa, y no ignora que, dando lugar en el alma a ambos sentimientos, se obtiene la reciedumbre espiritual que hace eternos a los pueblos.

Sevilla ha llorado y se dispone a reír.

Empieza el «allegro». Los maravillosos jardines que rodean a la ciudad ponen en el ambiente la alegría de su fragancia; en los rosales cada rosa es un beso florecido. Los naranjales dejan en el aire el perfume sutil de los azahares, y los campos reverdecen magníficos esparciendo el regocijo de la abundancia. El sol de la Pascua vendrá lleno de gozo a besar las calles, los jardines y los campos. Todo será alegría y ventura en los desposorios del Sol con su bien amada la tierra de Andalucía.

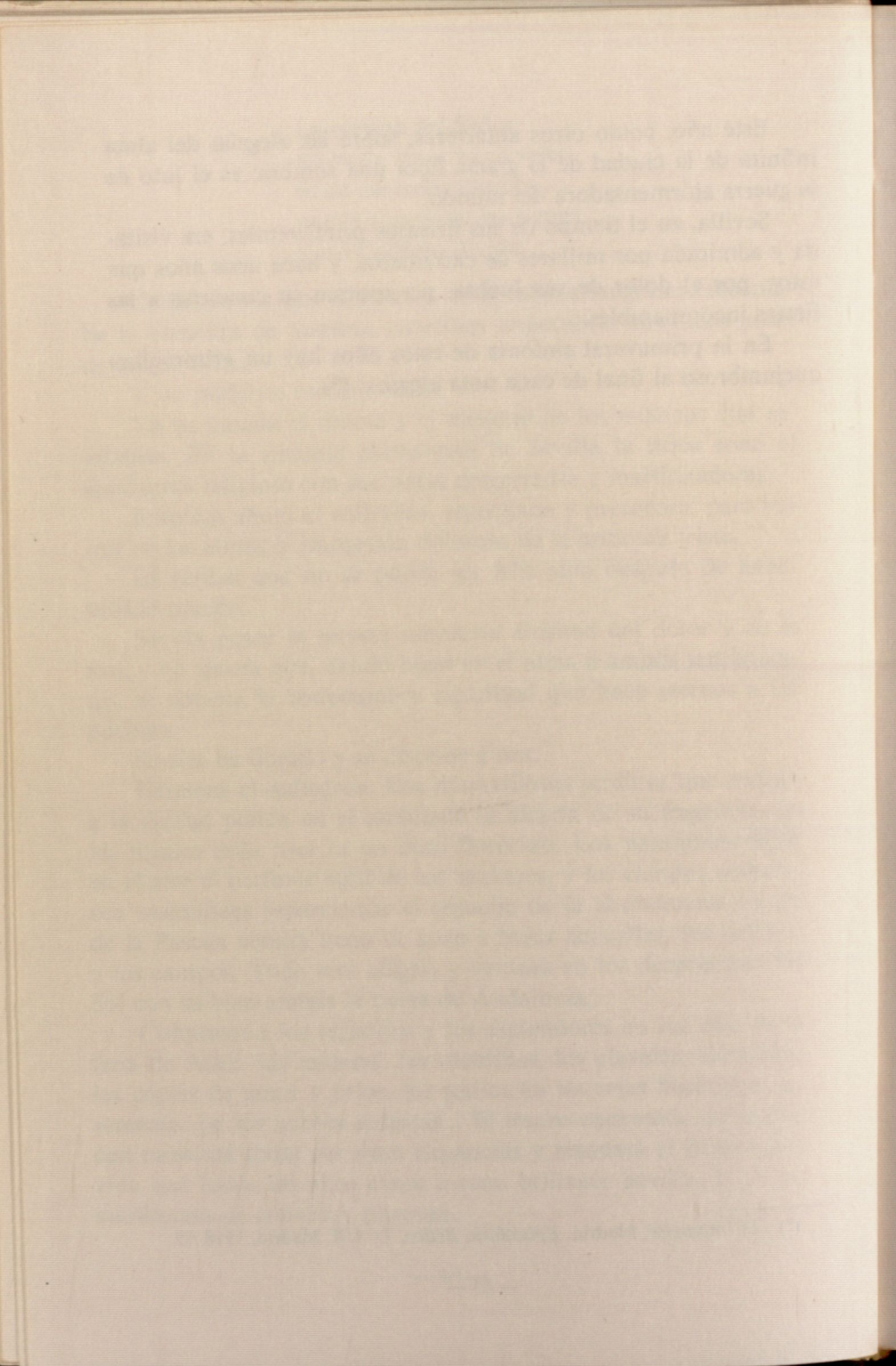
Culminarán los regocijos y los esplendores en los días de la feria de Abril: las mujeres, las mantillas, los claveles, los bailes, las coplas de amor y celos, los idilios en las rejas florecidas, las serenatas en las noches mágicas... El tesoro encantado de la ciudad mostrará todas sus ricas elegancias y resonará el himno a la vida que todos los años canta a tono brillante Sevilla, la de los atardeceres de cobalto y púrpura.

Este año, como otros anteriores, sobre las alegrías del alma infinita de la ciudad de la gracia flota una sombra: es el luto de la guerra atormentadora del mundo.

Sevilla, en el tiempo de sus lirismos primaverales, era visitada y admirada por millares de extranjeros, y hace unos años que éstos, por el dolor de sus luchas, no aportan su concurso a las fiestas incomparables.

En la primaveral sinfonía de estos años hay un «ritornello» quejumbroso al final de cada nota alegre... (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.



«LO QUE DIGA MI COMPADRE»

Sevilla, 4 de Agosto.

Había en Triana un maestro pirotécnico que, además de confeccionar vistosas piezas de fuegos artificiales, cohetes con lágrimas y bengalas para las apoteosis escénicas, cultivaba la amistad de un maestro hojalatero, vecino suyo y compadre, hombre de un criterio sin soldaduras, como las chocolateras, y aficionado a opinar de todas las cosas sin admitir ningún género de discusiones.

El pirotécnico, filósofo a su modo, es decir, considerando que la vida no dura ni más ni menos que un cohete, y pensando que esta brevedad no debía malgastarla en disgustos estériles, decidió confiar al hojalatero la administración de su pensamiento, con lo cual obtenía, entre otras considerables ventajas, la de no fatigarse pensando sus decisiones y la de no enfadarse jamás con su compadre.

En muchos casos le fue muy favorable esta dejación de su libre albedrío, y de tal modo le resultó cómoda, que acabó por responder invariablemente a todo aquel que llegaba a consultarle sobre cualquier extremo:

—Yo, lo que diga mi compadre.

Dicho lo cual abandonaba su trabajo, iba a avistarse con el hojalatero, sometía a su juicio el caso y regresaba ufano a manifestar la respuesta, que las más de las veces favorecía al compadre y le perjudicaba a él sobremanera.

Sevilla acaba de presenciar las resurrecciones del maestro cohetero y la del hojalatero, su compadre. Es un caso pintoresco, tristemente pintoresco, que merece los honores de una amplia divulgación.

En la sesión municipal última el concejal don Juan C. Bol, respondiendo al movimiento general de los Ayuntamientos de España solicitando la descentralización administrativa, presentó una moción por la cual había de acordarse que el Cabildo demandase de los Poderes constituidos la promulgación de una ley favorable a las aspiraciones generales de autonomía municipal.

Los concejales se inquietaron al conocer la moción de referencia. Tratábase de una cosa que se salía un tanto de la labor edilicia ordinaria, limitada a conceder autorización para abrir una calicata o para establecer un puesto de sandías. Vieron con espanto que se las habían de ver con algo fuera del límite de su preparación para el cargo, y de las instrucciones recibidas, y decidieron salir del paso con un gesto heroico.

Hubo quien se señaló diciendo que «desconociéndose» por los señores concejales el asunto que informaba la moción Bol, debía ésta pasar a la Comisión respectiva para su estudio.

El concejal autor de la propuesta se opuso terminantemente a que su trabajo y su aspiración de que el Ayuntamiento de Sevilla marchase al unísono con la mayoría de los de España cayesen para siempre bajo la pesada losa del sarcófago de la Comisión.

No hubo acuerdo posible, y el Sr. Bol retiró su propuesta. Sin embargo, otro concejal, un poco hábil, echó el pecho para adelante y manifestó que, estando de acuerdo con el espíritu de la propuesta del Sr. Bol, hacía suyo ese espíritu y pedía que pasase a la Comisión correspondiente.

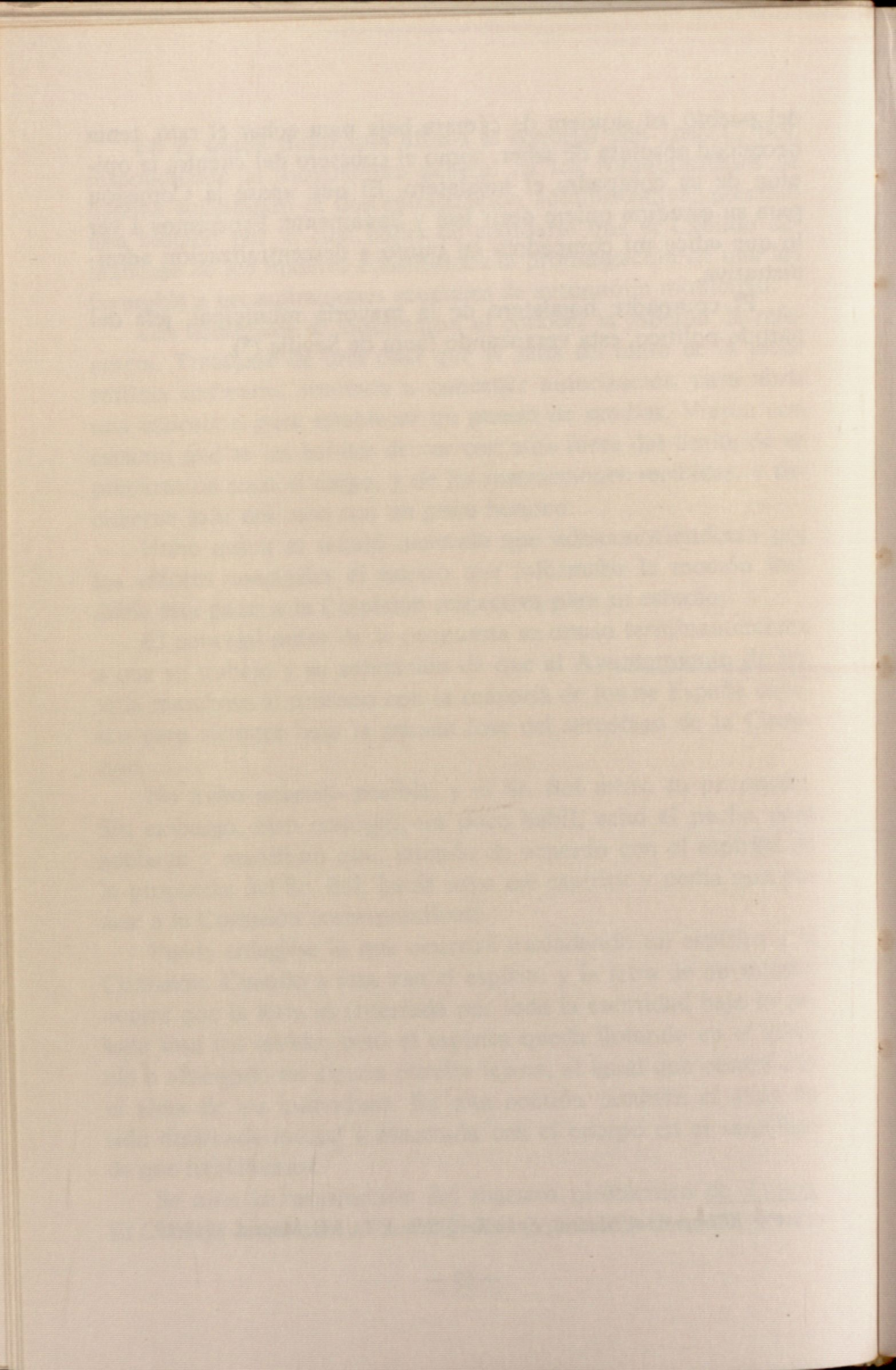
Puede colegirse lo que ocurrirá trasladando un espíritu a la Comisión. Cuando a ésta van el espíritu y la letra de un asunto, ocurre que la letra es enterrada por toda la eternidad bajo la pesada losa del olvido; pero el espíritu queda flotando en el espacio o albergado en alguna estrella lejana, al igual que ocurre con el alma de los individuos. En esta ocasión también el alma ha sido declarada mortal y enterrada con el cuerpo en el sarcófago de que hablábamos.

Se nota la resurrección del maestro pirotécnico de Triana. El Consejo hispalense —S. P. Q. H.—, que nada tiene de Senado

del pueblo, ni siquiera de cámara baja para echar el rato, tenía necesidad absoluta de saber, como el cohetero del cuento, la opinión de su compadre el hojalatero. El que «pase la Comisión para su estudio» quiere decir lisa y llanamente: Esperemos a ver lo que «dice mi compadre» en punto a descentralización administrativa.

El compadre hojalatero de la mayoría municipal, jefe del partido político, está veraneando fuera de Sevilla (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.



LA FERIA HUMILDE

Sevilla, 27 de Septiembre.

Esta feria de San Miguel, que mañana comenzará en el ambiente suave y bajo el sol amarillo del otoño, no tiene pretensiones ruidosas ni aspira a la fama universal, como la feria de abril, brillante y explosiva; el de ahora es un concurso humilde y severo, que en la austeridad de su sencillez siembra las alegrías que se gozarán por la primavera, cuando los campos, ahora labrados, ofrezcan su próspera lozanía y el ambiente pleno de luz y aromas desentumezca los cuerpos y llene de gracia a los espíritus.

Mañana comenzará esta feria de la modestia fecunda. Empieza en las vísperas de emprenderse las labores de roturación preparatoria de las siembras; es un rito previo ante el altar del trabajo, un rito en el que vienen a oficiarse los labradores de las llanuras y de las cumbres béticas, ganosos de alcanzar el favor providencial y de confortarse el alma en la esperanza de una buena cosecha.

No podría verificarse en tiempo más a propósito este concurso que al principio del otoño, pleno de melancolías evocadoras: los árboles, con los estremecimientos de los fríos primerizos, empezarán a dejar caer sus hojas sobre los surcos abiertos, como si pretendiesen restañar, piadosos, las heridas abiertas por el arado en la madraza; los días más breves, menos luminosos, llorarán sobre el campo lágrimas fecundas y harán que la tierra, envuelta en el hálito apacible de las nieblas, pueda crear sosegada, en la austeridad y en el recato, los esplendores vivificantes de la primavera.

Esta feria de San Miguel es la feria creadora de la primavera. Y si los hombres fuesen menos dados a dejarse llevar por el relumbrón y la algazara, sentirían singular predilección y sincero afecto por este ferial, que cada año, en la humildad de su desa-

rollo y en el afán de pasar inadvertido, siembra las alegrías que florecerán allá por el Abril bullanguero y rumboso.

En el contraste de la feria humilde y la feria orgullosa pudiéramos hallar, si especulamos con sinceridad, el universal error sobre Andalucía. No se conoce por ahí sino la feria de Abril, y se nos juzga por ella, por su llamativa calidad de *juerga* en grande, por el alboroto jaranero que trasciende de las casetas, por el brillo y el lujo de los carruajes a la andaluza, por la majeza de las hembras y el rumbo de los hombres, por los desdichados cuadros de pandereta que en cada rincón de la ciudad pretenden engañar a los forasteros ofreciendo en decadencia lo que ya pasó para siempre...

Y no se nos quiere reconocer, en cambio, en esta feria, que con augusta sencillez infinita echa en el surco la semilla, los esplendores aquellos. Es decir, que cuantos vienen a Andalucía vienen a ver cómo nos divertimos y a divertirse a la vez que nosotros; pero jamás vino nadie a ver cómo trabajamos. Aquellos que vinieron en pos de nuestras diversiones se alejan llevándose la visión de las intensas horas de goce entre las luces, los olores, los colores, los movimientos, la maravilla suma de nuestra vida, toda llena de elegancias y sutilezas, como cumple a un pueblo de espíritu nobilísimo. Y se alejan creyendo que siempre estamos así, que esta es una tierra de placer sin tregua y de holganza continuada, y se habla sin piedad de la desgraciada Andalucía que no sabe trabajar...

Es el error perdurable, que nosotros queremos rechazar en justicia. Conviene que se sepa que si aquí nos divertimos es porque también trabajamos; que si no hubiera unas ferias en los primeros días del otoño suave, a modo de previo concurso de los hombres para alzar los brazos y ponerlos luego sobre el trabajo con ansias de crear la vida, no habría por el Abril riente y bullicioso la alegría desbordada y sana en recompensa de haber cumplido con el deber de trabajar.

Todo por la feria humilde, que mañana empezará inadvertida en el ambiente suave del otoño y bajo el sol amarillo que quiere acariciar y fecundizar la tierra para que dé una cosecha de oro (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid. *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

AL PIE DEL MONUMENTO A SAN FERNANDO

A fuerza de poner primeras piedras se perdió la cuenta de las que con toda solemnidad fueron colocadas en clase de primeras —hemos llegado «al cabo de Dios te salve»—, como suele decirse, a levantarle este monumento en la bastante vieja Plaza Nueva al muy honrado Rey Fernando señor de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia y de Jaén; el que conquistó toda España, el más leal, el más verdadero, el más franco, el más esforzado, el más apuesto, el más granado, el más sufrido, el más humilde, el que más le temía a Dios y el que más le hacía servicio; el que quebrantó y destruyó a todos sus enemigos y el que alzó y honró a todos sus amigos; el que conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España.

Hemos glosado deliberadamente en las líneas que preceden el letrero del sepulcro, donde con noble magestad yace el cuerpo incorrupto del Santo Monarca, para facilitarle elementos a los oradores que tomarán parte en la inauguración del monumento que, por fin, pudimos levantar a tan interesante figura; y, además, para pegar la hebra y traer a colación un episodio curiosísimo de aquella época, que revela cómo por el amor del magnífico Monarca a nuestra ciudad, ha llegado el problema de Marruecos a ser la inquietud más grave y permanente de la nación.

Nadie se sorprenda por lo que decimos, a no ser que la falta de costumbre de contar con la verdad haga que ésta se le antoje extraña a los que estiman el embuste como moneda más usual y corriente. Nos inspiramos en la historia para referir los hechos y en las crónicas escritas que nos dejaron como testimonio varones muy veraces y suficientes.

Fue el caso, que tan pronto como el Rey conquistador ganó por su persona a Sevilla de los moros y la pobló de cristianos, y así que hubo puesto en su buen concierto las cosas de la ciudad pacificándola a honra de su Soberano, servicio de Dios y utilidad de los pobladores, movió guerra a los infieles que restaban por conquistar y les tomó a Jerez, Medina Sidonia, Alcalá de los Gazules, Vejer, Santa María del Puerto, —o Puerto de Santa María—, Cádiz, Sanlúcar de Alpechín —de Barrameda le decimos hoy—, Arcos, Lebrija y Trebujena.

Sin descansar de tan acabada y porfiada lucha, deseó grandemente pasar a Africa, para lo cual dispuso la preparación de su gente de tierra y aprestó en el Guadalquivir una poderosa armada. Había noticias, según la crónica general, de que muchos principales marroquíes estaban dispuestos a rendírsele si allí pasase.

Pero cuando todo estaba dispuesto para dar ese gran paso histórico, que de no frustrarse nos hubiese evitado tantos sinsabores, apareció ante el Rey un gracioso del pueblo llamado Paxa, truhán muy conocido y querido de todos por sus graciosas chocarrerías, convidando al Monarca y a los Grandes a un convite en lo alto de la Torre de la Iglesia Mayor, el alminar de la mezquita grande, hoy la Giralda, de que ustedes habrán oído hablar, seguramente.

El Rey, que gustaba mucho de los donaires de Paxa, dijo a éste que aceptaba el convite y subió a la torre con su séquito, preguntando al estar en alto, con mucha risa, por la comida, mesas y aparato.

Paxa, asomándose por los pretils, dijo al Rey: «Mire, señor, la gran ciudad de Sevilla y su bizarría y la gran riqueza de sus alrededores. Considere los inmensos trabajos que el ganarla os ha costado y certifique si en tal conyuntura la perdiese de nuevo, que acaso le faltaría la vida antes de apoderarse de ella otra vez. No se vaya al Africa, mi señor, por que al volver, Sevilla no será vuestra, y para este aviso os he convidado».

A lo que replicó el Rey: «Siempre lo oy dezir y agora tengo que es verdad, que de los locos salen a las vegadas buenos exem-

plos y si yo no te creyese, Dios nunca me vala. No voy al Africa, para no desamparar a Sevilla».

Y no fue por amor a nuestra ciudad y por escuchar la voz del pueblo representado por el gracioso Paxa, chocarrero y chusco, pero con una percepción de la realidad futura verdaderamente asombrosa.

La verdad es que, a través de la historia, no se ha querido nunca oír a los Paxas del pueblo, consejeros bromistas y chocarreros, pero también certeros y veraces, antes de decidirse a dar un sólo paso hacia Marruecos.

Y así anda ello... (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 12/8/1924.

PORTUGAL CONQUISTADO POR SEVILLA

Demos la bienvenida —*a boa-vinda*— a nuestros ilustres compañeros portugueses, que llegaron a Sevilla para establecer un lazo más de unión de su bello país con el nuestro por medio de la oficina de turismo creada por la iniciativa patriótica de *O Seculo*, cuyo director —nuestro ilustre amigo el señor Pereira da Rosa—, ha tenido el supremo acierto de hacer vibrar, en santo anhelo de resurgimiento, el alma de Portugal, tremolando una bandera de fe sobre la cual campea el nombre mágico de Sevilla.

La sensibilidad periodística del señor Pereira da Rosa vio en la Exposición Iberoamericana un motivo poderoso para crear rutas de turismo a través de su país y darlo a conocer en todos sus aspectos a los visitantes americanos de la Península con motivo del gran certamen sevillano, y ha logrado promover magníficas iniciativas, una de las cuales es la de establecer en nuestra ciudad la oficina de información que estos compañeros lusitanos recién llegados van a organizar.

Lisboa —ya lo hicimos notar nosotros en los momentos oportunos de nuestra campaña de aproximación hispanoportuguesa—, es la escala peninsular más importante de las grandes líneas de navegación entre Europa y América, y, por lo tanto, la puerta más amplia para la entrada y salida de americanos. Y el propósito de *O Seculo* consiste en retener dentro de Portugal esa corriente viajera de ida y vuelta que habrá de establecerse entre Lisboa y Sevilla tan pronto como se abra el Certamen; que el viajero de paso se detenga un poco ante las maravillas naturales y monumentales en que es tan rico el admirado país hermano y se cerciore, a la vez, de las espléndidas posibilidades materiales que posee Portugal para bastarse a sí mismo en las actividades de su progreso.

Como creemos disfrutar una ráfaga de la gloria —en la medida que se nos quiera reconocer—, de haber acercado Portugal a Sevilla, advirtiendo la cercanía de la frontera y señalando la conveniencia de utilizar esa proximidad máxima para establecer los caminos más cortos de unión entre ambos pueblos peninsulares, y tenemos, además, la satisfacción de contar en nuestro haber periodístico repetidos esfuerzos —no exentos de sinsabores, promesas incumplidas y olvidos ingratos, pues no hay lugar humano donde se proclamen pensamientos honrados que no surja inmediatamente el Gólgota—, para establecer una comunión íntima de los portugueses con nuestra ciudad, nos consuela ver como van alcanzando realidad práctica, ya que no nuestros ideales íntegros de establecer la comunicación ferroviaria directa, por lo menos aquellos que se derivan del conocimiento, la comprensión y la confianza fraternales, los cuales darán de sí el máximo beneficio material para unos y otros.

Estos beneficios que empiezan a ser tangibles, los recibe Sevilla como el botín precioso de la conquista espiritual, lograda con las armas del prestigio y del amor, sobre el insigne pueblo hermano, que, una vez, galante e hidalgo, dejó que un grupo de sevillanos plantásemos, como primer jalón conquistador, sobre las casas de la calle principal de la ciudad de Serpa, el nombre preclaro de nuestra ciudad para dejarlo allí como una promesa que empieza a cumplirse y como una esperanza que comienza a realizarse.

Ahora mismo, Portugal entero vibra con estremecimientos entusiasmados por Sevilla: desde la punta de San Vicente —frente al mar que llevó la civilización hispanolusitana a América—, hasta la márgenes del poético Miño; y desde el Gévora que pasa entre Badajoz y Elvas uniendo las dos patrias con una soldadura de plata, hasta la desembocadura del Tajo, que deposita en el Atlántico el homenaje conjunto de ambas naciones peninsulares... no hay lugar donde no se proclame con acentos conmovedores la gloria triunfal de ¡Portugal por Sevilla!

Una prueba de que el nombre de Sevilla llena actualmente el corazón de los portugueses está en la interesante iniciativa que

se proponen realizar los ciudadanos de Beja y Silves —allá del Guadiana— para rememorar el hecho histórico del nacimiento en la última de las citadas poblaciones del infortunado último rey moro de Sevilla, aquel Abul-Kasim Ben Abbad Al-Motamid, filósofo y poeta, artista y político, guerrero y sabio, a quien todavía recuerda el pueblo en sus romances:

«Es una novia Sevilla.
Es su novio Ben Abbad.
Su corona el Aljarafe,
Guadalquivir su collar...».

Motamid nació en Beja y fue proclamado en Silves rey de Sevilla; y estos hechos son los que dan lugar al homenaje próximo, al que hemos de acudir, porque se trata, en verdad, de un homenaje sentimental a Sevilla, nuestra ciudad madre.

Bien lo merece la ciudad nuestra; que su crónica histórica aparece llena de puntos de contacto con la historia portuguesa. Hasta en el momento de proclamarse en Febrero de 1668 la independencia de Portugal por el tratado de Madrid que reconoció la soberanía de la Casa de Braganza, después de los llamados *setenta años de cautiverio* y de los veintiocho años de guerra, terminados con los hechos de armas de Évora, Ciudad Rodrigo, Montes Claros y Villaviciosa, Sevilla, que había dado sus milicias, su dinero y su paz, forzada por las incontenencias imperialistas de los Felipes, celebró con regocijos públicos el triunfo portugués, que le devolvía su sosiego y su fuero, y le alejaba la penosa visión de ruina a que llevaba su erario una lucha impopular.

Sean bienvenidos los portugueses que tremolando la bandera donde campea el preclaro nombre de Sevilla, van a realizar labor patriótica por su patria gloriosa. Sevilla, la ciudad que esmaltó la vida universal de arte encantador y, de sonrisas placenteras, siente ahora el gozo de haber dado la mejor lección de cómo debía hacerse —con gracia del espíritu y fervores del corazón— la única conquista posible de Portugal.

* * *

Acceitar, caros colegas, os nossos sinceros cumprimentos de boas-vindas, com a certeza de que nao percebiran na formosa e cativante Sevilha —e comnosco— raivinha nenhuma ().*

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 23/5/1928.

II

PUEBLOS ANDALUCES

INDEX

LA ROMERÍA DE CARBONERAS

Un amigo mío de la Sierra, muy fiel y cariñoso, por más señas —serrano y bueno, en definitiva—, me escribe, quejándose de que olvido de mencionar en mis comentarios aquellas tierras andaluzas tan altas y tan lejanas. «Tú, quieras o no quieras —me dice—, tienes aquí el rosal fragante de tus mejores recuerdos y no debías ser tan olvidadizo»...

Poco a poco, buen amigo... Yo no me olvido nunca de vosotros. Puestos a discutir el asunto, llegaríamos a la conclusión de que más me acuerdo yo de vosotros, que vosotros de mí... En el fondo de mi corazón, siempre alienta un deseo de volar hacia el rosal de las rosas fragantes... Claro está que yo no puedo dedicar toda mi labor literaria a ensalzar la Sierra. Mis artículos están hechos siempre al filo de la actualidad, y sería necesario que algunas veces fueseis actualidad, la Sierra y vosotros, para que yo os mencionase con la frecuencia debida. Pero vosotros, casi nunca, sois actuales... Todo motivo de ahí, es ya histórico; la vida nueva no os inquieta apenas... Ningún acto vigoroso y espontáneo revela el deseo de renovarse. El último destello de este afán relumbró hace unos años, cierto *16 de Febrero*: parecía que iba a ocurrir algo transcendental en Aracena... Hasta pusísteis a una calle el nombre de la fecha de vuestra efímera decisión de caminar con rapidez. Pero volvió la lentitud y, ya... ¡para siempre! A la calle que proclamaba el deseo de vivir una vida nueva, le quitasteis la fecha 16 de Febrero; una esperanza que cayó en un fracaso de azulejos. Y le pusísteis a la calle el nombre de un muerto ilustre... No puede estar mejor representada la desesperanza.

No sois actuales, y por eso no os puedo dedicar comentarios de actualidad. Si acaso, de recuerdos... En estos días de final de Marzo, recuerdo yo la fiesta de la Encarnación en Carboneras, la

aldeita metida entre los imponentes encinares. ¿Queréis que os demuestre cómo me es fiel la memoria?

Todos los años, cuando niño, asistía yo a esa fiesta. Llegado el día 25 de Marzo, saltaba de la cama al amanecer, cuando aparecía en el horizonte la línea blanca de la Aurora, y al trasmontar el sol por el Cabezo —el sol de la Primavera recién llegada—, salía al campo por el lado izquierdo de la ermita de San Roque, que está *entre dos callejas*, según la copla del fandanguillo popular:

San Ginés está en la Sierra,
San Jerónimo en el valle,
San Roque entre dos callejas
Y la Soledad en el Carmen.

Fuera ya de la ciudad, seguía la tortuosa y accidentada callejuela que conduce a la Puerta de la Plaza, desviábame a la izquierda, cuando el camino se bifurca y, deteniéndome unos momentos a cortar un tronco de sauco para hacer una cerbatana —un *taco*, lanzador de proyectiles de papel mascado—, y tronchar una rama de brezo para construir a punta de navaja la baqueta, proseguía la caminata hasta llegar a la Fuente-Herrumbre. Aquí descansaba, tras de beber, echado de bruces sobre el salúfero manantial, unos buches de agua ferruginosa, no muy grata, pero sí muy sana. Y reanudaba el viaje, salvando los arroyuelos que cruzan el camino, desgarrándome las ropas y las manos con los espinos serbales, por coger cornicabras, o rodando a veces hacia la pedregosa ladera, por querer trepar en busca de un lindo ramo de madreselvas incensadas...

Al llegar al sitio conocido por el *Salto del Cura*, sentía un invencible terror, y pasaba casi a gatas, pues el precipicio, por donde dicen que rodó un buen padre capellán de Carboneras, es como para poner espanto en el ánimo más inmutable. ¡Qué lástima de cura! Fatalmente rodó, sin que le valiesen sus desesperados esfuerzos por sujetarse en las retamas, o en las carrascas, y bajó botando de risco en risco, como una piedra negra y gorda, hasta desaparecer en la profundidad del barranco, desde cuyo

fondo suben, suben, desde hace ya siglos, unos chopos en busca del sol, y aún no llegaron a encontrarle.

Pasado este mal paso, se avista en seguida la aldea. Hay que salvar el arroyo por junto al molino, y ascender luego por la trabazón de las raíces del bosque de encinas; y en seguida la primera casa. No son muchas las casas: todas de paredes blanquísimas y rojos tejados, sobre los que unos jaramagos ponen la suave tonalidad de sus flores. Se advierte, al pasar por las puertas, un fuerte olor a chorizos fritos, y a dulces fritos —pestiños, hojuelas— y a orejones... ¡Qué maravilla de olor...! ¡Para qué bebería yo el agua ferruginosa! Traía el apetito entreabierto, y el agua de salud me lo abrió de par en par...

De pronto rasga el sosiego de la aldea un audaz cohete, que se rompe con estruendo en el espacio; suenan la flauta y el tamboril, y la campana de la iglesia llama a misa mayor. Bajo el portal del atrio, van congregándose los viejos aldeanos, con sus amplias y airosas capas pardas de alta solapa señorial... El atrio de la iglesia ofrece dos puertas: una da al templo, la otra al cementerio del lugar. Sobre esta última, y no sé por qué extraña relación de la muerte con las disposiciones de gobierno, fija la autoridad pedánea los avisos para que se acuda a pagar las gabelas.

Después de la misa, sale procesionalmente, bajo un bello palio rojo, Nuestra Señora de la Encarnación, con su dorada corona románica centelleante al sol, y su encantadora expresión de celestial muñeca... La llevan en andas unos mozállones, que van tan orgullosos... Un monaguillo, con la sotana chorreada de cera y la sobrepelliz almidonada esmeradamente y plegada de un modo minucioso, columpia sin cesar un incensario de metal amarillo, obstinándose con malicia en echar todo el humo sobre el párroco, a ver si estornuda. El párroco se resiste todo lo que puede, dentro de su solemne capa pluvial... Pero acaba por estornudar con estruendo.

Tras la fiesta religiosa, el regocijo popular... Se acentúa el olor de las cocinas; los chorizos, las *poleás* con miel, las hojuelas, los orejones... ¿Comemos o no comemos? ¡No comemos!

Como el romero de fuera no tenga amistades en Carboneras, está aviado: tiene que volver a Aracena de prisa, pasar como un rayo y sin temores de ninguna clase por el Salto del Cura, huir de la Fuente-Herrumbre, *zugar* para entretener el hambre unos espárragos de enredadera cogidos al paso en los bardales, pasar por el baile de la Puerta de la Plaza sin volver la cara atrás, porque ¡quién baila con la barriga vacía! y entrar, *por fin*, en la ciudad, capaz de comérsela, empezando por el bollo, que lleva en la boca el perro de San Roque, que está a la entrada «entre dos callejas».

Aquí tienes, amigo fiel y cariñoso, la demostración de que están vivos mis recuerdos y latentes mis deseos de mencionar en mis comentarios las cosas de ahí... Pero hacedme el favor de dar motivos actuales, dignos del comentario actual, para no tener que recurrir al pasado. El presente debía inquietaros un poco... (*)

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 29/3/1922.

LA IMPORTANCIA DE MATALASCAÑAS

Por fin, ya se va aclarando dónde estuvo situada la antigua Tartessos; noticia que, de seguro, producirá cierta complacencia en el ánimo de los amables lectores. Porque, tanto a los lectores, como a nosotros, no puede menos de agradarnos el descubrimiento de las cosas viejas ocultas. Los lectores, y nosotros, admiramos sobremanera la paciente labor de los señores arqueólogos, que por un simple indicio —una piedra, un resto de teja, un fragmento de arma, o un rótulo incompleto—, nos revelan la existencia de una ciuda remota, por todos conceptos interesante.

Como «cualquier tiempo pasado fue mejor», los que vivimos en el peor de los tiempos, sentimos el anhelo irresistible de comparar nuestra atribulada vida actual con la lejana vida feliz, más feliz mientras más lejana. No nos negarán ustedes que está muy desarrollada entre los humanos la propensión a volver a la existencia primitiva, cuyas comodidades se echan mucho de menos. Hay hasta quien se obstina en forzar el retorno al primitivismo, haciéndonos la vida imposible. «¿Necesitas una vivienda? —le dicen al infeliz aspirante a inquilino—, pues es inútil que la busques».

«¿Quieres un traje nuevo? —preguntan al individuo que está mal de indumentaria—, pues si lo quieres, te va a costar un ojo de la cara, o los dos». Son, como se ve, suaves empujones hacia la caverna y hacia el uso de la socorrida hoja de parra. En vista de lo cual, la humanidad, que ve cada día más insuperables los obstáculos para avanzar por los dolorosos caminos del progreso, decide volver grupas y encaminarse en viaje de retroceso hacia las costumbres del pasado tiempo que... indudablemente, fue mejor.

Por fin, don Jorge Bonsor, correspondiente de la Real Academia de la Historia, ha determinado, después de penosos estudios sobre el terreno, que el desaparecido brazo del Río Tartessos, que ciñó la isla donde se alzó la famosa ciudad del mismo nombre, cuna de toda una civilización anterior, a las que se tuvieron hasta aquí por civilizaciones primarias, estuvo en el lugar donde hoy se encuentra la playa de Matalascañas. Antes que el señor Bonsor, ya había trabajado el señor Blázquez en el asunto, aunque sin reconocer el terreno, ateniéndose tan sólo al estudio de los mapas. Posteriormente, el alemán Schulten estuvo dedicado a estas investigaciones; pero por esta vez la prioridad corresponde a un compatriota nuestro, el señor Blázquez, y a un casi compatriota, el señor Bonsor, que, aunque inglés, vive entre nosotros, como nosotros piensa y escribe en español con brillantez suma.

¡Matalascañas! ¡Quién había de pensar que bajo tus plantas, estuviese Tartessos...! Ahora caemos en la cuenta, de que, por el verano, cuando se alza allí la efímera ciudad veraniega, donde establece su balneario la fogosa gente del condado de Niebla, parece aquello una ciudad primitiva, donde se disfruta de un régimen de libertad, muy de veras sugestivo. No hay ni autoridades, ni médico, ni casero, ni automóviles, ni ninguna otra de las cien mil cosas peligrosas que contienen las modernas ciudades organizadas conforme al progreso de los tiempos presentes. Nos atrevemos a decir que en Matalascañas está la felicidad, con lo cual queremos significar que hemos encontrado el ideal primitivista, hacia el que nos hace retroceder el fracaso de nuestros esfuerzos por alcanzar una futura vida mejor.

En Tartessos —hoy Matalascañas—, según nuestros informes, se fabricó el primer pan de trigo. Esto no lo sabe el señor Bonsor, a quien le brindamos la noticia. El primero que fabricó el pan de trigo se llamaba Ilco, pastor en las marismas que hoy se llaman Coto de Doña Ana —nada de *Oñana*, ni *Doñana*, sino *Doña Ana* de Silva, mujer de un Duque de Medina Sidonia—; este pastor recogió un día en el campo unas espigas de trigo silvestre, y se le ocurrió machacarlas contra dos piedras, y

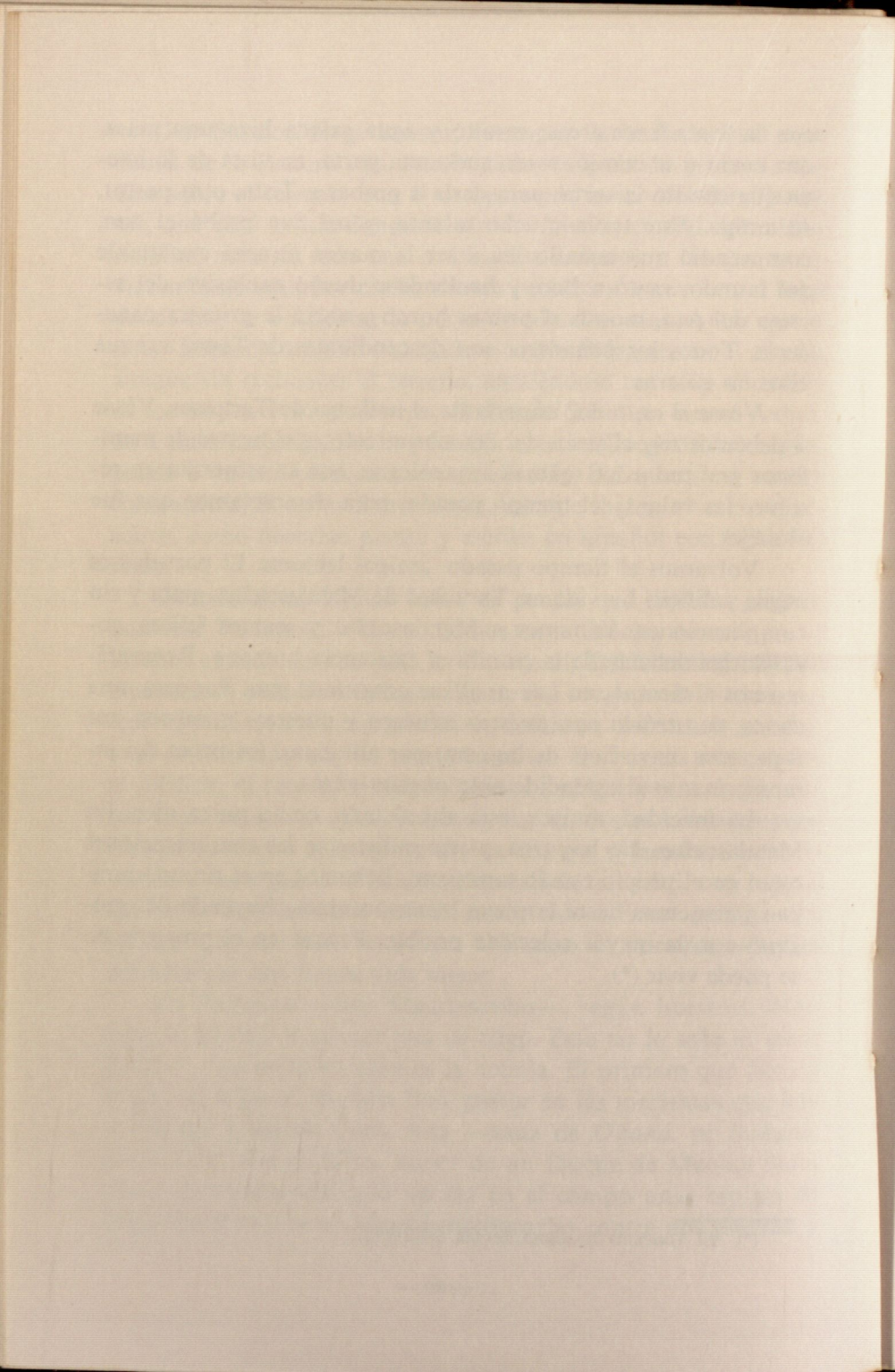
con la tosca harina que resultó y agua salada hizo una masa, que coció y se comió, reservando una parte, en vista de lo buena que resultó la torta, para darla a probar a Tista, otro pastor, su amigo. Este tenía mucho talento, y así que probó el pan, comprendió que aquello iba a ser la mayor riqueza explotable del mundo; mató a Ilco, y haciéndose dueño exclusivo del secreto del pan, montó el primer horno y abrió la primera panadería. Todos los panaderos son descendientes de Tista, aunque ellos no quieran.

Véase si es, o no, importante el hallazgo de Tartessos. Véase si debemos regocijarnos del descubrimiento, y si hemos de manifestar gratitud a los señores arqueólogos, que se esfuerzan en resolver las ruinas del tiempo pasado, para demostrarnos que fue el mejor.

Volvamos al tiempo pasado, amigos lectores. El porvenir es negro y difícil. La vida en Tartessos de Matalascañas, grata y sin complicaciones. Vámonos a Matalascañas y seamos felices, gozando las delicias de la primitiva existencia humana. Remontémosnos al tiempo, en que ni allí se conocía el pan. Por casa, una choza, construida con nuestro esfuerzo y nuestros mimbres; por ropa, una suave hoja de higuera; por alimento, los peces del inmenso mar azul extendido ante nuestra vista...

La felicidad, amigos, está ahí al lado, como quien dice. En Matalascañas. No hay tren, y esto indica que las comunicaciones están en el propio estado tartesiano. Echemos en el río una piragua y rememos hasta la playa bienaventurada, huyendo del progreso con la mayor celeridad posible. Porque en el progreso no se puede vivir (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 24/2/1922.



LA FUENTE CLARA DE CAÑAVERAL DE LEÓN

Al entrar en algún pueblo hasta el que no llegó aún el trastorno de la vida nueva; que guarda su sosiego en la paz del paisaje primitivo no rayado todavía por las líneas artificiales de los caminos para ruedas; que conserva el sentimiento patriarcal de las costumbres sin adulteraciones sensibles; y que sólo recibe el eco de los afanes exteriores modificados por la lejanía — magnífica reductora de las estridencias—, recordamos siempre el melancólico final de *La Aldea Perdida*, ese libro admirable en que el maestro Palacio Valdés nos muestra el dolor de un pueblecito que vivió feliz hasta que turbó su dicha el progreso, llegando impetuosamente con el aluvión de mineros y maquinarias, barrenos y explosiones, chimeneas altísimas y densos humos sofocantes... Con la gente advenediza llegan a la aldeita las primeras armas de fuego, y, el día de la fiesta mayor, los mozos que antes se disputaban a las mozas en franca lucha con la sola arma del vigor varonil de los brazos, ven consternados como una bala disparada desde lejos, cobardemente, por una mano aleve, tiñe de sangre para siempre la sencilla alegría aldeana.

Con la emoción de este recuerdo caminamos, sobre el aparejo redondo de un filosófico asno, hacia el pueblo de Cañaverál de León, escondido en las Huebras serranas. Un amigo nos ha llamado desde allí, y nosotros, que ignoramos la manera de ensordecer para las voces amigas, resolvemos echar el pecho adelante y saltar sobre los obstáculos de un viaje al modo bíblico.

No deja de tener su encanto este primitivo sistema de viajar. Primero, el enlace del automóvil que nos ha llevado hasta el extremo de la carretera cercana al lugar de nuestro destino, con el borriquillo sobre cuyos lomos cruzaremos la vereda: lo más moderno y lo más antiguo, sin ningún vehículo intermediario que

atenace el brusco contraste; luego, la cabalgada pródiga en pintorescos lances del viajero recién desplazado de la ciudad, que salta del auto al burro, de la velocidad máxima a la máxima lentitud y de la comodidad extrema a la más cruel de las torturas: el aparejo redondo y el respingo inesperado, al borde del accidentado camino, del borrico genial enterado de que su jinete se asusta de lo más insignificante. Luego, el procedimiento campesino para medir las distancias:

—¿Falta mucho para Cañaverál? —preguntamos a un pastor que sonríe socarrón bajo la sombra del ala de su sombrero inmenso.

—¡Falta poco: *como un tiro de bala...!* —nos contesta, y se queda tan tranquilo.

Después del cañón del 42, o del *Berta*, la trayectoria de una bala ya no tiene medida; de modo que lo que nos ha dicho el pastor nos deja en la misma ignorancia que antes de la pregunta. Proseguimos.

De pronto el camino, esta veredita estrecha y pedregosa surcada a trechos por arroyuelos que empezaron a correr por los mismos cruces de ahora, al principio de la creación y llevan en sus aguas movedizas el signo de la eternidad, se divide en dos, y nosotros sentimos en toda su magnitud los crueles tormentos de la duda. «He aquí —pensamos— un problema difícil: un camino a la izquierda y otro a la derecha: ¿cuál nos conviene más?». Como por cuenta propia no podíamos contestarnos la pregunta que a nosotros mismos nos formulábamos, resolvemos dejar que conteste el burro dejándole libre de la elección. Un ser irracional del propio terreno es indudable que sabe más de estos caminos que un ser racional forastero. Pero, ¡ay!, que no caímos a tiempo en la cuenta de que un burro es, después de la mujer, el mayor enemigo del hombre, y se decidió por la dirección contraria. Gracias a que la humanidad es naturalmente buena: un campesino que amontonaba con el bieldo tridente los haces de una era, nos advirtió que por aquel camino no iríamos a ninguna parte y que si caminábamos hacia Cañaverál debíamos volver grupas y seguir por la izquierda. «Ya falta poco —añadió—, *como un tiro de bala*».

No hicimos mucho caso a lo del tiro y seguimos por la izquierda. Una media hora después Cañaveral aparecía ante nosotros, con sus blancos paredones y sus rojizas tejas, cuyo tono caliente vibraba entre el verdor de la arboleda frondosa de sus huertos.

A poco, el abrazo cordial del amigo que nos aguardaba, los saludos efusivos de los amigos de nuestro amigo, y la ventura de pisar tierra firme, después de mucho tiempo —no sabemos cuánto— de llevar el burro bajo nosotros. Verdad es que la forma del aparejo redondo dejó en paréntesis nuestras piernas por varias horas. Queremos aclarar aquí, para rectificar las posibles opiniones que levantase nuestra presencia en Cañaveral, que no somos zambos, como ha podido creerse por la forma transitoria de nuestras piernas mientras estuvimos allí.

El amigo Fidel —Fidel quiere decir Fidelidad—, es fiel en el cariño a su pueblo como lo es en todos sus cariños.

En prenda de esa fidelidad ha hecho restaurar la imagen de la Patrona, que de puro vieja estaba desconocida, y quiere esto decir que ha restaurado, al mismo tiempo, la fe de Cañaveral, por el hecho de recomponer el objeto de los fervores seculares. Y sus paisanos le pagan con afecto sincero. De este afecto fuimos a participar nosotros, desplazándonos desde las comodidades ciudadanas hacia el pueblecito ignorado, que esconde sus virtudes en un casi inaccesible rincón de las Huebras serranas.

Este pueblo —como todos los pueblos— tiene una fuente... Pero, así como en los demás pueblos se manifiesta el caudal de las aguas por múltiples caños constantes que son el orgullo local aquí en Cañaveral pasa, mansa y cristalina, con un volumen inmenso, por el fondo de un cerco de piedra que semeja un amplio espejo tendido en medio de la plazuela, para que en la tersa superficie líquida se refleje constantemente el cielo. Por el día se llena de azul y de sonrisas de las mozas que van por agua; por la noche de estrellas y de pedazos de plata de la luna.

Y siempre es el reflejo exacto de la serenidad espiritual del pueblo.

No sabemos por cuánto tiempo continuará Cañaverál de León —una de las cinco villas hermanas: Fuentes, Segura, Calera y Arroyomolinos y Cañaverál, que gozaron hasta hace poco de curiosos privilegios reales— sin camino que le lleve la nueva inquietud vertiginosa. Probablemente está próximo a dejarse invadir por los ruidos, los olores y los temblores de la civilización, porque no podrá renunciar su porvenir progresivo y rico... Para cuando llegue esta hora, pedimos, en nombre de la belleza, que no cambie, en el afán renovador, la forma original de la fuente, esta fuente de espejo que parece inducir a todo el pueblo su serenidad y su pureza.

Y, luego, que se procure que nadie enturbie el agua... Pudiera ocurrir que en el aluvión que arrastra el progreso, llegasen los seres extraños de la turbulencia con el insensato designio de destruir la paz de las costumbres, rompiendo el espejo donde se miraron tantas generaciones honradas.

Pero, no creemos que esto suceda. Santa Marina restaurada —la fe restaurada por Fidel, el ciudadano ejemplar— bien puede corresponder con el milagro de que Cañaverál de León continúe siendo el refugio de las virtudes de la Sierra (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 4/8/1928.

DIVAGACIÓN DE UN DOMINGO EN TORRIJOS

Pitigrilli, el formidable humorista italiano, ha observado que la administración de los tranvías entrega los billetes a los pasajeros para proporcionarles una amena ocupación durante el recorrido. Así es, efectivamente. Lo primero que uno hace al recibir el billete, tal vez mojado en la propia saliva del cobrador por la inclinación que éste siente a ser amable y demostrarlo entregándonos algo de sí mismo, es mirar si el número forma capicúa — palabra catalana de uso universal: *cap-y-cua*, cabeza y cola. Inmediatamente se cerciora si el papelito va marcado hasta el lugar pedido. Luego hay una vacilación en el ánimo del pasajero: ¿Deja el billete en alguna rajita del tranvía?, ¿lo tira?, ¿se lo guarda?

Tras una breve lucha, resuelve no hacer ninguna de las tres cosas. La Administración ha puesto allí un letrado exigente: «Consérvese el billete», y el pasajero, aunque no le dicen para qué deben conservarlo, decide retenerlo en las manos con la esperanza de saber para qué antes de terminar el viaje. Y sigue entreteniéndose. Lo dobla veinte veces, lo desdobra, lo enrosca, lo desenrosca, vuelve a doblarlo y a desdoblarlo, lo enrolla a continuación, hace del rollo una espiral y lo tira por último, al llegar a la parada, sin haber obtenido explicación alguna, pero realmente convencido de que el viaje en el tranvía ha sido muy entretenido gracias al esparcimiento que le ha proporcionado la Administración por medio de cuatro centímetros cuadrados de papel impreso.

Para disfrutar el mayor tiempo posible de esta amena ocupación, una vez más, subimos el domingo al tranvía de Camas, y al tirar en la plaza del pintoresco e industrial pueblecito el rollo de nuestro billete, caímos en la cuenta de que estábamos en

pleno domingo de Torrijos, y, que, por consiguiente, había, más allá del tranvía, otro género de esparcimiento con el que podíamos empalmar el del viaje.

Desde luego tuvimos una lamentación para nuestros inveterados descuidos. Por ellos no hemos escrito ningún artículo sobre la tradicional Romería de Torrijos. Lo cual es imperdonable. ¡Con lo cómodo que resultaría para un comentarista fiel de la actualidad sevillana, tener previstas y resueltas estas cosas! Porque el periodista de aquí disfrutaría de una vida cómoda y lucida si tuviese hechos todos los artículos de circunstancias que las costumbres requieren dentro de cada año: uno para la fiesta de los Reyes Magos, otro para la Semana Santa, otro para la Feria, otro para la Cruz de Mayo, otro para la vuelta de las carretas del Rocío, otro para la Pastora de Capuchinos, otro para el Corpus, otro a propósito, del verano y los higos chumbos y otro —con el cual quedaría cerrada la serie— acerca de los campanilleros de Navidad con sus villancicos de cántaro y alpargata... Y, con ir dando a la publicidad oportunamente estos artículos, repitiéndolos en la misma fecha cada año, tendría su labor hecha, asegurando el usufructo vitalicio de la fama y franqueado el paso a las regiones de la inmortalidad.

Pero, somos andaluces para que seamos previsores... Y lo que podía ser un trabajo reposado y tranquilo, se nos convierte en tarea apremiante y tumultuosa por las exigencias de la actualidad en alianza con el costumbrismo y la tradición.

No hay que desesperarse, sin embargo. Un artículo sobre la tradicional fiesta de Torrijos se hace en seguida, ya lo verán ustedes. La milagrosa y veneranda imagen del Cristo de Torrijos está en el santuario del cortijo del mismo nombre cerca de Valencina. El Aljarafe es una feraz y pintoresca zona llamada *Vergentum* por los romanos y *Jardín de Dios* por los árabes, que de tal manera ponderaron su belleza ambos pueblos invasores. San Isidoro de Sevilla estableció allí el culto al Señor y los cristianos confiaban sus dolores a la milagrosa imagen que retribuía con largueza tan acrecentada fe. Vino la invasión mahometana y para librar de ultrajes la efigie, se acordó soterrarla al pie de los

muros del santuario, junto al pozo inmediato del cual salió en seguida un higuierón frondoso como indicio providencial para que no hubiese dudas al tratar de buscarla una vez pasado el peligro. Se cegó el pozo por abandono y el higuierón fue destruido. Y pasaron las generaciones cristianas y se perdió la memoria del lugar donde estaba oculta la imagen. Entonces se produjo el milagro: un gallo corralero, tan pronto como se dio cuenta de que los árabes habían abandonado la tierra andaluza, picoteó junto al pozo y descubrió la presencia del Santo Cristo, que fue puesto en el altar en compañía del gallo. Y allí está desde entonces, venerado y milagroso, para que todos los domingos del dorado Octubre se le visite y se le lleven los exvotos y óbolos prometidos por las almas creyentes en las horas de zozobra humana. En señal de que lo hacen así, los romeros tienen por costumbre regresar luciendo unas banderillas de papeles de colores. Algunos se emborrachan para mayor realce de su regocijo y entonces extienden el lujo de las banderillas hasta los caballos que tiran de sus vehículos. Los de sangre y los de gasolina.

Este recuerdo de los vehículos hace tornar nuestro pensamiento al tranvía. No comprendemos por qué el tranvía no ha escalado ya el Aljarafe... Decía el poeta Juan Maragall que es dicha «la ciudad que tiene al lado una montaña». Sevilla no la tiene, y por no tenerla cifró su dicha, sus ansias de elevación para acercarse al cielo, en la Giralda, elevada con barro de sus vegas en medio de la dilatada llanura reseca. Pero, ¡ay!, que no es posible que una torre, por muy hermosa que sea, nos haga el servicio de una montaña: la montaña que necesitamos tener al lado para respirar libremente en francas expansiones pulmonares, para gozar de los panoramas ubérrimos y de la fragancia campesina, para los días de asueto y sosiego tras la fatigosa lucha de cada semana. Y tenemos que pensar en remediar la falta de la montaña con lo que más se le parezca: un cerro. Y como el Aljarafe está formado por varios, podemos figurarnos que con todos ellos reunimos una montaña completa y magnífica.

Y situar en ella todos los elementos necesarios para el más grato esparcimiento de los sevillanos frente a su propia ciudad,

sin perderla de vista, lo que parece ser uno de los anhelos de nuestro espíritu, tan íntimo e infantil que no se aviene a separarse del regazo de la madre.

Para todo esto, bien puede servirnos el tranvía. Estamos dispuestos a cambiar el ameno entretenimiento del billete por los que se nos proporcionen con el acceso al Aljarafe en cuyas montañas soñamos con tener algo como los barceloneses tienen en el Tibidabo. Así, Barcelona y Sevilla, cuyas actividades van unidas, forman para siempre el capicúa de España.

Le retribuiremos este gran servicio al tranvía adornándole con banderillas de papeles de colores todos los domingos de Torrijos (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 17/10/1928.

ALCALÁ, CIUDAD DEL PAN Y DEL AGUA

Proseguimos nuestra crónica de ver y andar... O, mejor dicho, de ver y volar, porque el otro día estábamos en Aroche, allá en los confines andaluces por el Oeste, y hoy ya estamos aquí, en Alcalá de Guadaira, a las puertas de Sevilla, como quien dice. Así de tornadiza y rápida es la vida de todo cronista viajador, y así ha de ser la de éste que comenzó a viajar imaginativamente por los lugares y recuerdos andaluces.

Hay tres ciudades en Andalucía sin las cuales —es temerario decirlo, pero hay que decirlo porque es verdad—, sin las cuales Sevilla, la ciudad de la gracia, carecería de la mitad de su gracia; y vamos a tratar de demostrarlo antes de entrar en Alcalá. El placer de beber vino en Sevilla es algo incomparable: una botella de solera, descorchada con la solemnidad que requiere la liturgia de una fiesta típica, es lo mismo que abrir con devoción un Tratado de Filosofía del optimismo. Pero, como no sólo de vino vive el hombre, hay que añadirle a cada sorbo eufórico de la áurea esencia de la vid una *tapita* del jamón serrano que viene de Aracena —decir Aracena es decir todos los pueblos de la serrañía de su nombre—, catado en lonchas y cantado en verso por Lope de Vega y Baltasar del Alcázar, que santa gloria gocen por los siglos de los siglos. Tenemos con esto mencionadas dos de las ciudades indispensables para mantener el buen nombre de Sevilla: Jerez de la Frontera y Aracena.

La tercera ciudad es Alcalá de Guadaira, que, ciertamente, es la más importante en el abasto de elementos para la ciudad de la gracia, por la que verá el que leyere, bebiere y comiere. Alcalá le proporciona a Sevilla nada menos que las siguientes cosas trascendentales: agua de sus ricos veneros, pan de sus hornos famosos y tierra albero para dorar el ruedo de la plaza de toros y las entrecalles de sus paseos y jardines...

Casi todo se corrobora en la manera como fue representada Alcalá en aquel memorable *Recibimiento* hecho por Sevilla a Felipe II, de que ya hemos hecho mención antes de ahora y seguiremos haciéndola, Dios mediante, en lo sucesivo.

La estatua de Alcalá era en forma de hermosa Ninfa con una ropa azul y sobrerropa morada y un manto colorado, caído hacia el brazo izquierdo. Encrespados los cabellos y una fortaleza casi al retrato de la que tiene, con su guirnalda de olivas y un plato en la mano izquierda con algún pan del que tiene «cierta color morena y se llama hogaza». La representación alcalaña se ofrecía al Rey con esta leyenda: «Rey bueno, de un collado que tengo descenden arroyos de perpetua agua, que, puesta en alto, provee las pilas de Sevilla, y aunque soy hija pequeña, doy de mamar a mi madre. Ceres me mantiene, y la agradable Palas me regala. Es imitación ésta de la hija que cuenta Valerio Máximo haber dado vida a su madre con sustentarla de su pecho por algunos días, y lo mismo Cimona con su padre, mostrando su piedad». Y la estatua, efectivamente, dejaba caer sobre Sevilla, simbolizada en un frutero, agua cristalina de su seno pródigo.

Quedamos, pues, en que Alcalá le da a Sevilla lo más principal de su prestigio. Es justo, pues, que Sevilla le otorgue lo mejor de sus afectos y preferencias, teniéndole como el lugar para el descanso tras la fatiga del cotidiano esfuerzo.

Nada más grato, en verdad, para un sevillano que pasar un domingo en Alcalá, ciudad y alrededores que reúnen todas las ventajas para un excursionismo de esparcimiento: proximidad a la gran urbe, profusos medios de locomoción, panoramas bellísimos, parajes encantadores, ornados de una vegetación prodigiosa: bosques de pinos, el plateado río de la poética leyenda de la princesa Alguadaira, el Santuario de Nuestra Señora del Aguila y el castillo evocador de muy principales hazañas del Santo Rey Fernando III, «el que quebrantó y destruyó a todos sus enemigos, y el que alzó y honró a todos sus amigos y conquistó la ciudad de Sevilla, que es cabeza de toda España», como escribió para el epitafio de su propio hijo Alonso el Sabio.

De este castillo sabemos por un bello soneto que:

En tiempos de Ajataf, Rey agareno,
estuvo de jardines tan poblado,
que más bien que recinto amurallado
fue morisco jarrón de flores lleno.

Todo hace que Alcalá sea la ciudad predilecta de Sevilla. Nosotros, que solemos visitarla con frecuencia por afecto a los alcalaños, entre los cuales contamos muy buenos amigos, y por leal gratitud como sevillanos amantes del pueblo que nos da —lo de *dar* es un decir que se dice— el pan y el agua de cada día, lo primero a través de los de las angarillas forradas, y, del grifo de los ingleses lo segundo, quisiéramos hacer desde estas columnas un cumplido elogio y una más cumplida recomendación. Pero... es que los periodistas no trabajamos los domingos, y es domingo, y hemos venido a descansar bajo estos pinos admirables, que, entre otras cosas, tienen la misión de repetir tierra adentro el rumor del mar cuando el aire remueve sus copas perennes. En estas condiciones, si nos permitís que en atención a nuestra comodidad transcribamos un elogio y una recomendación ya hechos, obtendremos una grata prueba de vuestra estimación. Y vosotros saldréis ganando, pues es difícil superar lo que os va a decir mi amable sustituto, el señor cura, D. Leandro José de Flores, autor de las *Memorias históricas de Alcalá de Guadaíra*, publicadas el pasado siglo:

«Extendamos la vista —habla el señor cura, santa palabra— a los montes de uno y otro lado del río, a las huertas de su ribera, molinos, sudas, nacimientos, arboledas, plantíos, riscos, despeñaderos, y veremos que si algunos poetas corrompieron el conocimiento de Dios y de la inmortalidad con errores groseros, aunque deleitables, fingiendo un sitio ameno lleno de delicias que llamaron *los campos Elisios*, y Homero los señaló en las orillas del Guadalquivir, diciendo Rodrigo Caro que esta felicidad tocaba por la mayor parte a toda la provincia bética, pues el sitio había de ser capaz, grande y anchuroso; veremos, digo, que estas amenidades y delicias de Alcalá pudieron, entre otras, dar

lugar a las fábulas y no ser muy fuera de propósito llamar a estos campos *los campos Elisios*. Aquí se ve y experimenta sin ficciones poéticas todo cuanto bueno, dulce y apacible han dicho los autores de estos campos; los vientos apacibles y suaves que corren por la floresta de olorosas flores, dando gusto al oído con el susurro y movimiento de las tembladoras hojas de los frescos árboles, la felicidad de la tierra, la perpetua primavera, el rocío y marea apacible; aquí las cantoras aves con lenguas arpadas, aquí las fuentes perennes y cristalinas y el cielo más deleitable hacen la situación y amenidad del terreno muy templada, siendo, además, tan saludable, que es la más sana de estos contornos. Así lo experimentan y han experimentado tantos forasteros como vienen a gozar de las bondades de este suelo».

Así lo dice, con razón, el señor cura D. Leandro, y nosotros no tenemos nada ni que oponer ni que añadir... ¡Qué bien se descansa bajo los pinos! (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 6/2/1930.

AROCHE, VILLA DEL SEÑORÍO HEROICO

En el extremo Oeste andaluz, cerca de la raya fronteriza hispanoportuguesa, junto a sus famosos Picos, que se reflejan en el espejo del Chanza, río andaluz que va a llevar al mar, por el Guadiana, la fraternal canción histórica de las Andalucías española y portuguesa...; allí este noble y viejo pueblo de Aroche, el abuelo de las ciudades, villas y aldeas de la «famosa Sierra de Aracena, donde huyó de la vida Arias Montano», como dice Lope de Vega de la tan hermosa como desconocida comarca natural cargada de seculares prestigios señoriales.

Inició esos prestigios el señor de la Lusitania, sembrador en la estepa ibérica, con sus guerrilleros sacados de las tribus occidentales, de la planta de independencia, fundando contra Roma, tras el Anas caudaloso, la primera y más firme posición que apoyaba sus incursiones en la Bética. La perfidia de Quinto Servilio Cepión y la traición de los renegados Audax, Ditalkon y Minuro, asesinos del héroe lusitano, permitieron a Roma dominar Aroche —*Aruci Vetus*— y avanzar más hacia el Guadiana para fundar *Aruci Nova*, la nueva Aroche, hoy la ciudad de Mora, en Portugal, que conserva desde tiempo de moros, por medio de la linda tradición de la Mora Salukia, relaciones indestructibles de leyenda y poesía con el viejo Aroche ungido con el óleo de los seculares prestigios que comienzan con Viriato, continúan con los romanos colonizadores Contelius, Vibio Bebianus, Gaba y Marco Paulino, prosiguen durante las turbulencias visigodas, se renuevan en la Reconquista y florecen finalmente, cerca de nosotros, durante la independencia y con los mismos ímpetus viriáticos, por la fecunda actividad del señor D. Francisco Ballesteros, teniente general de los cuatro reinos de Andalucía y de sus costas, que venció en estas serranías a Mortier y aún

pudo bajar desde su cuartel general de Aroche hasta el condado de Niebla para batir las tropas de Godinot.

Sin esta última aportación de Aroche a su ejecutoria de señorío heroico ya tenía la *civitas arucitana* bien ganados su renombre y su página de honor en el libro de la historia del reino de Sevilla; así lo prueba el modo como figuró su representación en lugar preferente al celebrarse el magno recibimiento que los sevillanos hicieron, en 1569, a Felipe II, perfectamente descrito en un precioso libro del maestro Juan de Malara, a quien los periodistas debemos tener como el primero y más ejemplar de los reporteros españoles. «Entrando por el segundo lienzo de muralla —escribe Malara— lo primero que se ofrece a la mano derecha es Aroche —en estatua—, como un hombre anciano, con una ropilla amarilla y sobrerropa azul y un nudo al hombro izquierdo; tiene con ambas manos una fortaleza hermosa y blanca, con sus torreones y rebellines; en la cabeza su guirnalda y tocado antiguo; a los pies, una vaca y un buey. Tiene en abundancia este lugar colmenares, que hay muchos ricos por ellos, y ganado vacuno y aquella fortaleza en la raya de Portugal, de que es alcalde un regidor de Sevilla». Y la estatua representativa de Aroche completaba su expresividad con esta leyenda en latín:

Si, ínclito señor, en alguna hora
vinieres a mis torres y majadas,
leche no faltará, ni dulce ambrosía.
Tengo fuerzas, y brío, y fortaleza
con que arredro de mí los que en frontera
están, si se atrevieran a dañarme.

Malara, después de aclarar que ambrosía es la miel, «porque se tenía por el manjar de los dioses que conservaba la inmortalidad», insiste, en verso, con el elogio de Aroche:

Señor, en esta aspereza
que de lejos se parece,
la dulce ambrosía florece
igual en gusto y belleza,
y la blanca leche crece.

Los hombres son de gran fuerza,
que yo la tengo conmigo,
y así cuando mi enemigo
a dañarme algo se esfuerza
hasta morir le persigo.

Lo cual todavía es una exacta semblanza de Aroche.

Pueblo de semejante abolengo tenía que dar varones de alta estirpe en la nobleza que le llenasen de recuerdos materiales de su amor y de su desprendimiento, y así se explica la monumentalidad de la iglesia de la Asunción —desgraciadamente, incompleta—, las innumerables casas señoriales que ennoblecen el conjunto urbano y la magnífica munificencia con que está dotado el tesoro parroquial, que cuida, con celosos y justificados extremos, el digno párroco don Manuel Suárez Cáceres, persuadido de que tiene en sus manos, para servir a Dios, vasos, atributos y ornamentos que le envidiarían muchas Catedrales.

Aroche, como Cortegana, Cumbres, Galaroza, Jabugo y otros de la Sierra de Aracena —a todos los cuales, con los de Andalucía, en general, hemos de ir dedicando nuestros recuerdos cordiales en estas páginas— están un poco a trasmano en las rutas de turismo, y por eso no se les visita y apenas si se les conoce. Pero viven en la esperanza de contar algún día con el obligado paso de los viajeros que, desde Lisboa, se dirijan a Sevilla; porque están en el camino recto que nosotros personalmente, con molestias propias e incomprensiones ajenas, quisimos allanar, sin conseguirlo, cuando pedimos se restableciera una línea férrea directa que se apartase del absurdo sistema radial español, y que acaso se allane, en definitiva, si se lleva a cabo el proyecto de autopista Lisboa-Sevilla, de que ya hablan —hablar nada más es muy poco para los pueblos que esperan— algunas personalidades. Esta autopista substituiría la estrecha carretera recién terminada en los tramos españoles y portugueses inmediatos a la frontera, pero que se interrumpe en ambas márgenes del Guadiana por el simple motivo de no haber puente que las una. Portugal tiene en sus manos el destino turístico de Aroche, el pueblo

de señorío heroico, y el de toda la Sierra, con la solución del programa mínimo de esta comunicación —la construcción de ese puente—, con lo que se pondría, recíprocamente, a Sevilla y Lisboa a ocho o nueve horas de andar en automóvil.

Este tiempo nada más, y nada menos que a través de la maravilla de los pueblos y paisajes casi inéditos de la «famosa Sierra de Aracena, donde huyó de la vida Arias Montano» (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 11/2/1930.

ALMONASTER, VILLA REAL

Un día de un ya lejano estío, en que la villa de Almonaster la Real estaba en el pleno goce de sus consuetudinarios regocijos festeros, nos hallábamos algunos forasteros en la plaza de la Constitución esperando la hora de presenciar una corrida de cuatro toros de muerte, que Tenreyro, el notable banderillero almonastereño había organizado como obsequio a sus paisanos y para llevarse, de paso, si podía, unas pesetillas legítimamente ganadas. El ganado era de Benjumea, y el espada encargado de *echarlo abajo* nada menos que Rafael, el *Gallo*, que aún no era ni muy calvo ni muy genial, pero que ya «le andaban buscando».

La plaza de toros de Almonaster está en el patio de armas de la antigua fortaleza, allá arriba, a un nivel de 40 metros sobre la mentada plaza de la Constitución, y a cuatro pasos de ésta, mediante una cuesta empinadísima, que exige para escalarla los resuellos de un toro, además de muchas ganas de ver una corrida.

Rafael salió de la fonda, seguido de su cuadrilla, y se sorprendió mucho de que no estuviese el coche en la puerta.

—¡El coche! —exclamó—. ¿Dónde está el coche?

—El coche, ¿para qué? —le preguntaron.

—¿Pa qué va a ser? Pa que nos yeve a la plasa.

Le explicaron lo ocioso de su pretensión. Había que ir a pie. Hay una cuesta terrible, que no hay coche que la suba. No debía olvidarse de que estábamos en tierras serranas.

—¡Ah! Pues si no puede ir en coche, que me yeven en hombros. Yo no subo a pie vestío de torero.

—¿En hombros...? Eso, a la vuelta... si quedas bien —le dijo Tenreyro.

—No, a la vuelta no... Tiene que ser ahora, y si no no subo.

Comprendió Tenreyro que Rafael no subiría, porque estaba dispuesto a dedicarle una *espantá* a la cuesta, y en el acto resolvió el conflicto. Le guiñó significativamente a unos cuantos buenos mozos almonastereños, y en seguida tuvieron éstos sobre sus forzudos hombros al torero reacio, y echaron con él a cuestras por la cuesta arriba, seguidos del público y de la banda de música, que subió tocando un pasacalle —en este caso, un *pasacuesta*—, como si fuese por lo más llano. Cuando terminó aquella memorable corrida se vio que el *Gallo* tenía razón al exigir que le llevasen a hombros antes y no después. Quedó tan mal, que fue preciso rodearle de guardia civil para que pudiese bajar de la plaza de toros a la de la Constitución sin detrimento físico. Esto nos autoriza para considerar a Almonaster la Real como lugar de iniciación de las genialidades pintorescas del *divino calvo*. Fue en la sierra, por lo que siempre hemos encontrado exacta la expresión «¡es muy serrano!», que le aplicaron a Rafael sus admiradores para justificar «sus cosas» con una interpretación graciosa y benévola.

Pero lo más notable de aquellos días festeros de Almonaster, no fue la corrida ni la intervención en ella de Rafael, sino la atención que éste puso al recorrer, en unión de unos cuantos amigos, de antes algunos y del momento otros, los vestigios históricos y artísticos de la villa. Se pegó al que de todos ellos daba explicaciones suficientes para una somera comprensión de lo que era objeto de la visita, y siguió con curiosa avidez cuanto se decía, como si estuviese en sus ánimos cultivar la Historia, la Arqueología y el Arte.

Almonaster la Real, como todo viejo pueblo de esta vieja España nuestra, fecundada por todas las civilizaciones y paridera de todas las glorias, tiene de todo eso en su abolengo. Y, además, la belleza de los panoramas que le rodean, jugosos en su lozanía e imponentes en sus bravos accidentes serranos. Desde la inmediata sierra de San Cristóbal —1.035 metros sobre el nivel del Atlántico— empieza el declive mariánico, que lleva al mar, por entre la media sierra del Andévalo, las sangrías fluviales de la sierra de Aracena.

En los munificentes criaderos de pirita ferrocobrizada que tiene en su término se hallaron vestigios e instrumentos de labores antiguas; y lo mismo en la fábrica heterogénea del edificio que corona el cerro inmediato, entre cuyas ruinas se advierte una sucesión de restos fenicios, romanos, visigodos, árabes y cristianos muy expresivos para los arqueólogos. El nombre, Almonaster, puede ser corrupción del que los árabes le asignasen: *Almunia*, *fortaleza*, ligado con la palabra *monasterio* por el que allí tuviesen los cristianos. En cuanto al regío apellido que comparte con las próximas villas Santa Ana La Real y Zalamea la Real, proviene de que, a pesar de la donación que de estos lugares hiciese Alfonso X al Condado de Niebla, se reservó el tributo directo de los tres para ofrecerlo como merced real al Concejo de su muy amada y siempre fiel ciudad de Sevilla.

En tiempos de moros, Almonaster formó parte del reino de Aracena, un pequeño reino exento, no bien estudiado aún, cuyo rescate hicieron las huestes portuguesas mandadas por Suer Hernandes, en la primera mitad del siglo XIII, pues los castellanos no vinieron por aquí sino después de muerto el Rey San Fernando, naturalmente que dando lugar a unas disputas hispanoportuguesas, que, a pesar de los Convenios entre D. Alfonso X de Castilla y D. Alfonso III de Portugal, D. Fernando IV y D. Dionís, del Santuario de las Paces, levantado de consumo en la frontera, cerca de Rosal, para conmemorar los acuerdos, y de los trabajos de las contemporáneas Comisiones de límites, todavía produjo resonancias en nuestra época, que se concretaron en el litigio internacional de la Contienda de Aroche. De Aroche para nosotros, de Moura para nuestros vecinos. El historiador portugués y ex-presidente de la República Teófilo Braga todavía reclamaba antes de morir, como un pedazo de Portugal irredento, la comarca aracenesa comprendida entre el Guadiana y el Guadalquivir. En cambio, los vecinos de Barrancos, un pueblecito de la Contienda, que se quedó dentro de Portugal al hacerse la última delimitación, se obstinaron en formar una especie de San Marino, contrariados con España, que no atendió sus aspiraciones españolistas, y con Portugal, que los hizo portugueses sin consultarles.

Se explica, pues, que en el vaivén de la accidentada posesión de esta comarca a través de una frontera baldía quedasen por aquí nombres portugueses adscritos a algunas poblaciones, como Castello das Guardas —hoy Castillo de las Guardas, cerca ya de Sevilla—; copiosos apellidos familiares y obras monumentales repartidas por todos los pueblos, de las cuales tiene Almonaster la mejor de todas en la bellísima puerta de estilo *manuelino* que ostenta la iglesia parroquial de esta real villa, cuyos recuerdos estamos rememorando ahora como en una revisión de la visita que hiciéramos en compañía del pintoresco torero, calvo incipiente y genial en ciernes, que se negó a subir la cuesta para torear en la culminante plaza, y en cambio subió, bajó y volvió a subir y bajar cuantas veces hizo falta, para enterarse de todo lo concerniente a la historia, el arte y la arqueología de Almonaster, no sabemos si para algo más que para decir lo que le dijo, con graciosa sinceridad, al *cicerone* cuando terminó la visita:

—¡Mare mía de la Esperanza! ¿Por qué no sé yo siquiera una mijiya de lo que sabe este tío...! (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 19/2/1930.

AYAMONTE, CIUDAD MUY ANTIGUA Y MUY MODERNA

Para saber de una ciudad, el viajador no debe limitar su curiosidad informativa a repasar con prisa la Guía más moderna, sino procurar antes con detenimiento qué dice la Guía más antigua. Eso solemos hacer nosotros en vísperas de un viaje hacia cualquier parte; eso hacemos al enviar hoy nuestro espíritu a Ayamonte, ciudad muy antigua y muy moderna.

La Guía más antigua que tenemos a mano la compuso nada menos que Rodrigo Caro en el año 1634 y la editó, *con privilegio*, en Sevilla, Andrés Grande, impresor de libros. Esa guía es: *Antigüedades y Principado de la ilustrísima Ciudad de Sevilla y Corografía de su Convento Jurídico o antigua Cancillería*. Como se ve, el título es como para no tener prisa. Verdad es que en aquel tiempo no la había para nada, y menos hacer un viaje; que antes de emprenderlo había que pensarlo muy bien, testar luego y, por último, encomendar a Dios los huesos para que no se saliesen de su sitio con el ajeteo de las caminatas penosas y lentas sobre la mula tercera o cuarta de una inmemorable reata de arriería.

Y escribió Rodrigo Caro en esa Guía; «Está edificada la villa de Ayamonte en la boca y entrada del río Guadiana, en el mar Atlántico; tiene en lo alto un antiguo castillo, es lugar de 1.330 vecinos, título del marquesado de Ayamonte, casa de Guzmán; tiene dos parroquias: San Salvador, en lo alto y antiguo del lugar, y en la playa, Nuestra Señora de las Angustias. Discurre la población sobre la orilla del río Guadiana a lo largo, de manera que muchas casas están fundadas dentro del río, que allí tiene más de una legua de ancho y el agua es salada como en el mismo mar. Hay en esta villa un convento de San Francisco muy

bueno. El campo que tiene es áspero y montuoso, y así el trato principal de los vecinos es la mar.* Tiene frontero, a la parte de Poniente, la villa de Castromariño (Castromarín), que es del reino de Portugal. Según el sitio y disposición de esta villa de Ayamonte, no puedo creer sino que es lugar muy antiguo, así por tener puerto acomodado como porque los antiguos forzosamente tendrían aquí fortaleza y población, por no dar lugar a que enemigos tomasen aquí tierra e hiciesen pie contra los naturales».

Efectivamente, Ayamonte es lugar muy antiguo. En el itinerario de Antonio Pío comienza aquí un camino que iba a Mérida por la cuenca del Anas; Florián de Ocampo afirma que los celtas tuvieron aquí un lugar llamado *Fanum Iulium*, y el propio Rodrigo Caro da como cierto, por el testimonio del vate español Festo Rufo Avieno en el periplo poético *In ora maritima*, que los Cynetas poblaron esta parte de las riberas del Guadiana. Hay más testimonios: en una isleta de la entrada del río en el mar se hallaron restos de una antigua población, y entre estos restos, una *hidrya*, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional.

Véamos ahora lo que dice, o pudiera decir, de Ayamonte, una Guía moderna: «Ciudad de 12.000 habitantes, cabeza de partido de su nombre, situada a la izquierda y a unos tres kilómetros de la desembocadura del Guadiana. A su Municipio se hallan agregadas la isla de Cancia y otras aldeas. La estación del ferrocarril más próxima es la de Gibraleón, en la línea de Zafra a Huelva, que es su capital, con la que está unida por carretera y lo estará alguna vez por vía férrea, en construcción penosa y lenta. Tiene aduana y Correos y Telégrafos, cónsul de Portugal y vicecónsul de Inglaterra. Casa provincial de beneficencia y Asilo de las Hermanitas de los Pobres, establecimientos de baños y diversas Sociedades y sitios de recreo. Produce aceite, frutas y vino, pero su principal elemento de riqueza es el comercio marítimo y, sobre todo, la pesca, conservación y salazón del pescado». Ventajas de consultar las dos Guías: que sabemos, más o menos, lo que fue y lo que es Ayamonte y presumimos lo que puede llegar a ser y nosotros le deseamos que sea.

Ahora, para completar este convencimiento y determinar legítimos títulos, hagamos un recorrido por la historia y por los recuerdos de la que era villa en el tiempo que Rodrigo Caro la visitaba y ciudad desde treinta años después por merced del Rey Nuestro Señor D. Felipe IV, que también le concedió antes de morir en el siguiente año, el uso de un escudo de armas partido de arriba abajo; a la derecha, dos calderas jaqueladas de oro y sangre con sendos cuellos de sierpe en las asas en campo azul y orla de castillos y leones, y, a su izquierda, una banda negra sobre campo de plata y orla cadenada de oro.

Ayamonte —apelativo formado, según las versiones más verosímiles, por tránsito de *agyál*, estero, laguna, y *monte*, por el que está coronado el castillo; *agyalmonte*, estero del monte: Ayamonte —fue reconquistado de la posesión mahometana por los portugueses y cedido por D. Sancho II de Portugal a la Orden de Santiago por el buen servicio que le había hecho su comendador en Alcácer D. Pelayo Correia. Fernando III confirma el privilegio, pero declara a Ayamonte por Castilla, de quien fue en la misma forma tan discutida y peleada que fuera toda esta zona fronteriza, circunstancias de que ya hicimos mención antes de ahora.

Los Reyes Católicos concedieron el título de marqués de Ayamonte a D. Pedro de Zúñiga y Guzmán, que ya era conde de este Estado y señorío de Guzmán.

El auge y la importancia marítima de Ayamonte, allá por el 1760, absorbió por completo los de Castromarín (la villa portuguesa que está enfrente y en la opuesta orilla del Guadiana), y para remediarlo, aquel formidable estadista de José I, Sebastián José de Carvalho, marqués de Pombal, ideó y realizó la creación de otro pueblo más cerca de la desembocadura del Guadiana que Castromarín y que Ayamonte. Y levantó Vila Rial de Santo Antonio, arruinando a Castromarín, pero dándole a su patria una positiva ventaja sobre España. Hoy, en realidad, Vila Rial y Ayamonte se complementan y fraternizan, y... si no fuera porque de vez en vez enturbia el Guadiana la discordia de las aguas jurisdiccionales y la deficiencia de los convenios internacionales de pesca... Pero eso no es de este lugar.

Ayamonte tiene en su haber cierto magnífico significado durante la guerra de la Independencia. Andaban mal las cosas por Andalucía a primeros del año 1810, y la Junta de Sevilla, constituida en legítima autoridad de los partidos libres de la provincia, prevenía las defensas y se disponía a luchar de todos modos con el gabacho invasor. Y de prisa y corriendo montó en la isla de la Canela un lugar de depósito resguardado del enemigo. Aquel terreno arenoso y desierto, lleno hoy de la vida y el amor de las gentes de mar, se convirtió en una población, donde se albergaron los habitantes de muchas aldeas y villas invadidas. Se construyeron barracas, almacenes, pozos, hornos, talleres en los que se fabricaran monturas, cartuchos y otros pertrechos y se hicieron fortificaciones de tal naturaleza, que las gentes sintieron la esperanza de que su refugio fuese una nueva Covadonga para la reconquista de Andalucía. El decisivo episodio de Bailén no dio lugar al desarrollo del noble anhelo ayamontino.

Ayamonte es hoy una realidad moderna de ciudad trabajadora y progresiva, y sabe su elevada misión de española mano fraterna extendida hacia Portugal por encima del Guadiana, el río ibérico misterioso que en medio de España sale al sol y luego se esconde, que corre hacia el Alentejo para enrolarse en portugués y que, tras de fecundar la tierra portuguesa, se dirige, anchuroso y pleno, hacia el mar, «que *no* es el morir», mitad español y mitad portugués, como si quisiera enseñarnos que una comunidad de intereses recíprocos es para los pueblos vecinos el mejor camino para una vida de prosperidad permanente (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 26/2/1930.

VILLAMARTÍN O EL PLEITO DE LOS TRES SIGLOS

De aquellos castillos de la frontera, con «los moros de Andalucía», cuyas guarniciones y cuidados eran la gran preocupación del «muy conquistador» Rey D. Alfonso XI, acaso no hubiera otro mejor atendido que el de Las Matreras, por lo avanzado que estaba y la buena disposición que tenía para hacer fuerza desde su recinto y campo en defensa de su amada Sevilla, la ciudad que siempre le recibiera con «gran placentería» —según su crónica—, hasta el extremo de perfumar las calles y entoldarlas con paños de plata y oro. Pero después de la batalla del Salado, la lucha bajó al litoral —Tarifa, Algeciras, Gibraltar— y perdieron su valor bélico las fortalezas fronterizas, muchas de las cuales, con sus demarcaciones de campo, transformáronse en apacibles burgos agrícolas, por iniciativa de los sevillanos, a quienes el Monarca había favorecido con la propiedad.

Las Matreras —que era el castillo propiamente dicho—; su avanzada, *la Torre de Villamartín*, y las tierras contiguas, fueron ofrecidas a censo perpetuo a quienes los quisiesen aceptar, con la obligación de edificar y poblar. Reuniéronse entonces poco más de un centenar de vecinos de Arcos, Benaocaz y Bornos, en su mayor parte, y formaron una sociedad comunal, de la que salió una comisión con plenos poderes para tratar con Sevilla y formalizar lo tratado, que se llevó a buen término después de laboriosas gestiones, mediante escritura que por las circunstancias en que fue hecha resultó una verdadera carta-puebla, en vez de simple documento de compraventa. Los compradores pasarían a Sevilla perpetuamente, cada año, un millón de maravedis, y cada uno de ellos tomaba la obligación de construir una casa en el sitio que les fuese señalado por el Concejo de Sevilla. Esto ocurría

en 1503 y dos años más tarde el nuevo pueblo, que había tomado nombre del de la torre avanzada, y también emblema para su escudo, contaba 400 vecinos, que vivían de la munificencia de los magníficos terrenos del término, estériles hasta entonces por los continuos estragos de las luchas guerreras.

Ni una sola vez infringieron los vecinos su convenio con el Concejo sevillano; pero éste sintió el deseo de recobrar para sus propios al campo de Las Matreras, por entender que las donaciones reales son inalienables, y tras una arbitraria intervención administrativa despojó a los labradores de sus bienes, y sólo les cedió terrenos en arrendamientos. Cuarenta años duró el infortunio de esta explotación, hasta que, reunidos en concejo los vecinos de Villamartín, resolvieron nada menos que poner pleito, ellos, tan humildes, a la opulenta Sevilla. Y acudieron a la Real Chancillería de Granada en demanda de justicia y en súplica de que les fuese restituido el campo de Las Matreras. Como primera providencia, y en atención a que no se podía privar al que trabaja de sus medios de sustento, se les autorizó para labrar la tierra y pagar los censos a resultas de lo que se fallase. El pleito dio lugar a numerosas diligencias y ruidosos sucesos, que bien pudieran estimarse como los primeros chispazos del problema secular andaluz de la posesión de la tierra, que luego alcanzó en los campos jerezanos, con la «Mano Negra», la máxima importancia tenebrosa y sangrienta.

Mal iba el litigio para Sevilla por el año 1555, por lo que interpuso sus influencias cerca de Carlos I para obtener por mandato real lo que tenía la certeza de que no vendría por justicia.

Pero el Rey supo guardar todos los respetos al Tribunal de Granada, para que fallase sin presión alguna, como lo hizo en favor de Villamartín, en Abril del 1558. Sevilla pidió y logró entonces una revisión, y la Chancillería de Granada empezó a requerir la presencia de los labradores del campo de Las Matreras, sin conseguir jamás que acudiese. «Nosotros —dijeron siempre que se les llamó— sabemos ya que la justicia ha reconocido nuestro derecho, y eso nos basta para siempre. Además, no po-

demos abandonar el trabajo, que nos da el sustento, para perder el tiempo entre papeles y disputas procesales».

Y entre llamadas y negativas se pasaron nada menos que ciento sesenta y seis años. Por fin, en 1726, cuando apenas se conservaba en Villamartín el recuerdo de la contienda, resolvió la Chancillería concluir aquel pleito, cuyo legajos formaban una montaña, y se dedicó a expedir Reales provisiones a Villamartín, para que compareciese. Villamartín continuó insensible a estos requerimientos, del mismo modo que se había mostrado en los anteriores: «El que quiera nuestras tierras, que venga a disputárnoslas donde están». Y siguieron labrándolas y pagando con sudores del esfuerzo, ya que no con maravedis, el tributo de la posesión.

Pero la prestación de este mismo esfuerzo, que no era igual entre los que lo prestaban, llevaba consigo la resolución del viejo pleito. La explotación en común se había desvirtuado por los celos que se promovieron entre los vecinos al repartirse los beneficios y considerarse que no podía ser perdurable el criterio de igual distribución para el que trabajaba más y el que trabajaba menos. Entonces se pensó en un reparto equitativo de las tierras, pero comprendiendo de antemano que no era posible realizarlo sin esclarecer previamente la propiedad en litigio entre Sevilla y Villamartín. El Concejo de este pueblo reunió a todos los vecinos en Mayo de 1801, agenció fondos y diputó a dos representantes, que partieron para Granada, cuyo Tribunal, pasados cinco años, falló a favor de Villamartín. Volvieron los diputados con el fallo, se hizo el reparto de las tierras entre los vecinos —no sin disgustos entre sí—, y todo parecía terminado en definitiva, cuando se supo que Sevilla había interpuesto recurso de segunda suplicación ante el Consejo Supremo de Castilla; nuevo enredo, con el que se pretendía dilatar aún más el extraño pleito.

Y se dilató, ciertamente; pero esta vez, porque no estaba la cosa para pleitos propios, sino para tratar de resolver el que había venido de Francia con las tropas invasoras de Napoleón, y se planteaba con unánime afán de independencia que inflamó el corazón de España. Los de Villamartín defendieron heroicamente

sus casas y tierras, y esto les dio sobre ellas un nuevo y legítimo título de propiedad: el heroísmo franco se había unido al heroísmo del trabajo sin tregua: la sangre se mezcló con el sudor, y Sevilla, conciliadora y generosa, comprendió que la tierra es de quien la trabaja y la defiende con el impulso de los ideales puros. En 1818, el campo de Las Matreras era de la absoluta propiedad de Villamartín.

Y he aquí como este bello pueblo de la sonriente provincia de Cádiz sostuvo con Sevilla un pleito de trescientos once años. No hablemos del papel que se gastó ni del número de palabras que se empleó en la dilatada contienda, que Villamartín supo ganar y Sevilla perder (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 4/4/1930.

LAS CABEZAS DE SAN JUAN, DONDE RIEGO SE JUGÓ LA SUYA

Resulta curioso saber cómo por la mudanza inexplicable de las cosas vino el viejo nombre de este pueblo a parar de Los Cabezos en Las Cabezas, y cómo por adoptar de titular de su parroquia a San Juan Bautista, se quedó la denominación definitiva como alusión permanente a todas las cabezas del Precursor representadas por el arte en el mundo, con o sin la bandeja de Herodias. Pero es más interesante aún considerar la circunstancia de que este pueblo entrase en la inmortalidad de la Historia.

Ya hacía muchos años que Las Cabezas de San Juan eran conocidas por este nombre, cuando vino a acantonarse en la villa, a fines de 1819, el batallón de Asturias, que formaba parte de un ejército expedicionario organizado en Andalucía para acudir a sofocar las llamas del incendio de la independencia que había prendido en las colonias americanas. Mandaba ese batallón el comandante D. Rafael del Riego y Núñez, asturiano él, pues había nacido en Santa María de Tuñas hacía treinta y cinco años, por lo cual cuadraban muy bien el título de la unidad militar y la naturaleza del jefe como un principio de identificación. El resto de la tropa dispuesta para pasar el charco había establecido en Osuna, Villamartín y otras poblaciones; en Arcos de la Frontera estaba el cuartel general, con el jefe superior, señor Conde de Calderón. Hubo temores de que las fuerzas fuesen contagiadas de fiebre amarilla, y se había suspendido el embarque, porque la verdad era que se les enviaba a morir por la integridad de la soberanía de la Patria, nunca en el fuego sin gloria de la dichosa fiebre aniquiladora.

Pero buena andaba la soberanía de puertas adentro. Convaleciente España de la guerra sostenida con los franceses por sal-

var su propia independencia; revuelto el cotarro político entre el absolutismo y la libertad constitucional que hervía en el espíritu de los doceañistas, y contagiado el país de la fiebre revolucionaria que agitaba a Francia, ni había tranquilidad en el país ni ánimos dispuestos a que la hubiese.

Riego, por ejemplo, no tenía el suyo muy inclinado a la calma. Prisionero de los franceses en la batalla de Espinosa de los Monteros y conducido a Francia, recibió en París las fuertes impresiones de la revolución, y lleno de entusiasmo por la bella ilusión de *los derechos del hombre*, soñó con ser el que los implantare en su Patria tan pronto como estuviese de vuelta en ella y se presentase la ocasión. En el ocio del acantonamiento en Las Cabezas creyó que ésta había llegado. También lo creyó así el Grande Oriente Español, que había extendido a todo el Ejército su secreta red masónica, sin dudar de que su afilado D. Rafael del Riego y Núñez sería capaz de promover un alzamiento eficaz, no sólo del batallón de su mando, sino de todos los que componían la expedición preparada para ir a América. De los demás establecidos en las guarniciones del país respondía el propio Grande Oriente. En los últimos días del año maniobraron las logias, fraguáronse las conjuras y todo quedó dispuesto de modo que en un determinado día —el 1.º de Enero de 1820, para conceder toda su importancia al refrán que reza: «año nuevo vida nueva»— tuviese España el Código fundamental de la ciudadanía por el cual suspiraban y conspiraban los espíritus liberales, nada menos que desde el 1814.

El vecindario de Las Cabezas, salvo algunas significadas personas que Riego había elegido para sus propósitos ulteriores y que guardaban el secreto inviolable de las confidencias que recibían, no tenía la más leve idea de que se estuviese preparando en la villa un hecho de singular trascendencia histórica. Como era fiesta de guardar —nada menos que de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo—, los hombres no salieron al campo aquella madrugada para recibir sobre sí, como de costumbre, los primeros rayos del sol encorvados ya sobre los trigales nacientes para expurgarlos de la mala hierba. Pero por el hábito de madrugar se

habían levantado temprano y dedicábanse en las tabernas de la plaza a *matar el gusanillo* con frecuentes sorbos de aguardiente, que otras mañanas de fiesta habían compartido con algunos soldados en franca camaradería. Aquella mañana los militares no acudían individualmente a la plaza. El toque de diana sonó a la hora acostumbrada; pero se advirtió que la tropa salía de los alojamientos equipada como para emprender la marcha y se congregaba frente a la Casa Consistorial, en espera de las disposiciones del mando, en vez de acudir, como de costumbre, a pasar otro día más entre trago y trago, mientras se aclaraba en definitiva si habían o no de continuar para Cádiz y si habían de embarcar o no.

La mañana era fría —mañanita fresca de Enero—, pero despejada y luminosa. El sol señalaba ya bajo los aleros una proyección de sombra violácea y ponía resplandores de plata sobre los muros de las casas encaladas. De pronto alborotó la calma mañanera un redoble de tambores, culminado por las agudas notas de los clarines, y la tropa formó de a dos en fondo en el centro de la plaza, y dando vista a la Casa del Concejo, por cuyo balcón asomaba la bandera del batallón, sostenida en alto por el oficial abanderado, al que rodeaban otros oficiales. Los soldados presentaron armas, y así permanecieron sin saber ciertamente qué clase de ceremonia iba a desarrollarse. Suponían que se les iba a comunicar una orden real, la de proseguir la marcha hacia Cádiz con toda seguridad. En cuanto al pueblo, gustoso siempre de presenciar los brillantes espectáculos militares, se preparó para no perder detalle de la formación ni del desfile en que terminaría todo aquello, que para su simplicidad no tenía otra importancia que una ceremonia marcial de ordenanza relacionada tal vez con la fiesta del día.

Un sostenido toque de clarín reclamó silencio, y desde el balcón cayó sobre la tropa y el pueblo la voz emocionada y grave del comandante Riego, que habló como si tuviese delante de sí a toda la nación y no a unos soldados prontos a obedecer lo que les mandasen y al vecindario de un pueblo pequeño: «Ciudadanos: Desde el verano de 1814 España está privada como na-

ción libre de su Código fundamental, el Código constitucional que nos dieron en Cádiz las gloriosas Cortes del 12. Fernando VII, engreído por los entusiasmos del pueblo, digno de ser esclavo por su ignorancia, disolvió las Cortes, anuló cuanto éstas hicieron por la libertad y se estableció como Monarca absoluto, amparado por la fuerza amenazante de la Inquisición restablecida. La Patria está en peligro de sufrir la desmembración total de las colonias y de ruina absoluta en el interior, y es deber de todo patriota y de todo hombre libre dar su sangre por el honor de España, defendiéndola hasta exhalar el último suspiro por esa bandera y por esa ley, que yo proclamo aquí vigente en nombre de la santa libertad. ¡Ciudadanos: Queda proclamada como ley fundamental de España la Constitución de 1812! ¡Viva la Constitución! ¡Vivan los derechos del hombre!».

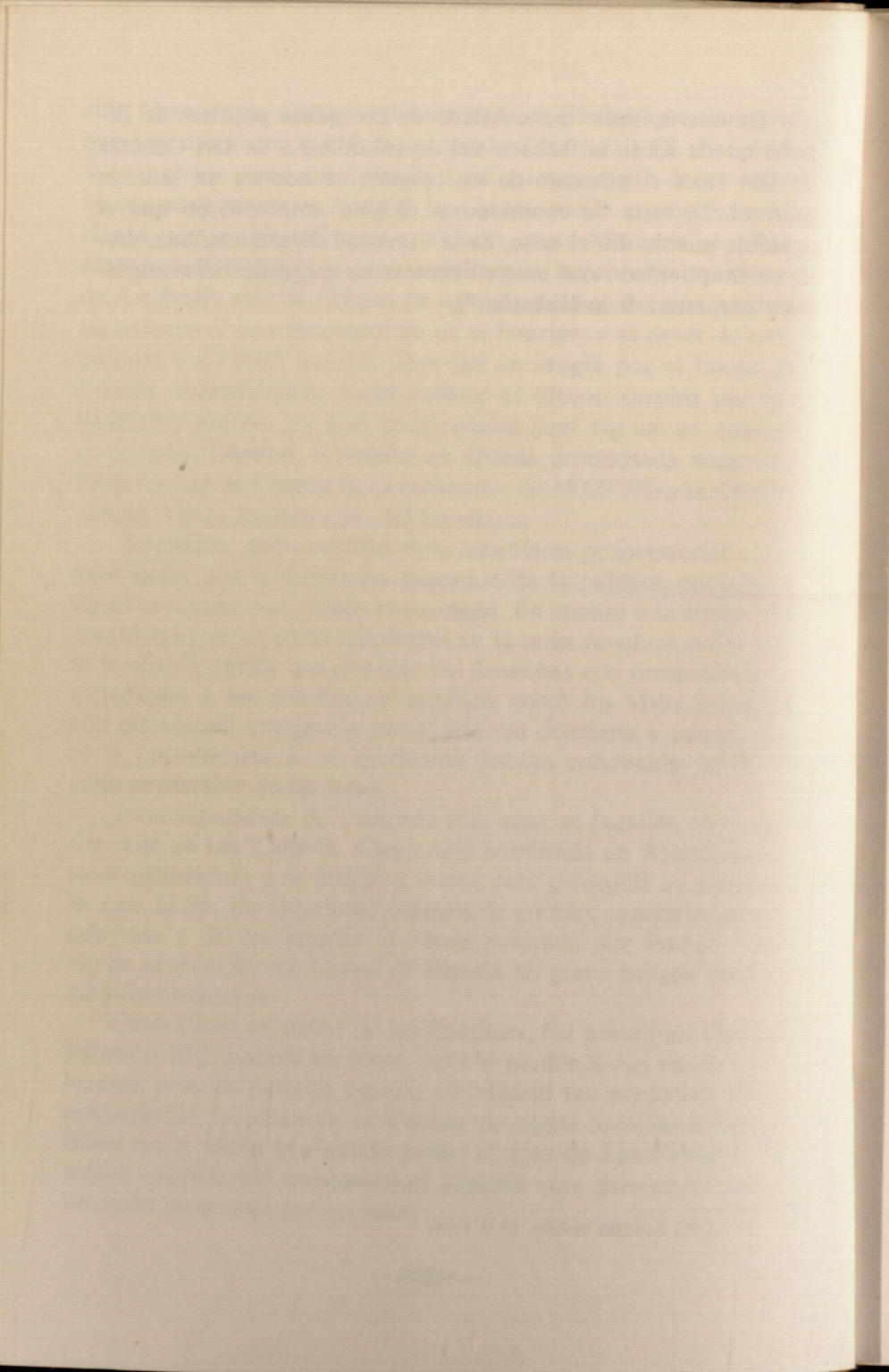
El pueblo, cuyo espíritu tiene singulares propensiones a dejarse ganar por la misteriosa sugestión de la palabra, contestó a aquellos vítores con árdido entusiasmo. En cuanto a la tropa, encontró muy de su gusto emplearse en la tarea revolucionaria que se le ofrecía, mejor que afrontar las desdichas que presentía en la expedición a las colonias, y también coreó los vivas lanzados con tan varonil arrogancia por el jefe, sin detenerse a pensar que ni la imprudencia ni la irreflexión habían conducido jamás al éxito perdurable de las cosas.

Inmediatamente de realizado este acto, el batallón de Asturias salió de Las Cabezas. Riego dejó nombrado un Ayuntamiento constitucional y se dirigió a Arcos para proseguir su propósito, que, al fin, vio triunfante después de grandes contrariedades y esfuerzos y de contemplar la Patria invadida por Francia, que vio en el movimiento liberal de España un grave peligro para su dinastía restaurada.

Cayó Cádiz en poder de los franceses, fue puesto en libertad Fernando VII, después de haber pedido perdón a sus súbditos liberales; pero su entrada triunfal en Madrid fue precedida de la ejecución en la plaza de la Cebada de aquel loco de Riego, a quien no le había perdonado jamás el acto de Las Cabezas. El infeliz caudillo fue conducido al suplicio con ignominia: sobre un serón arrastrado por un asno...

De este episodio tan señalado de las luchas políticas de España queda sobre la fachada del Ayuntamiento de Las Cabezas de San Juan el recuerdo de un epígrafe tallado en un sencillo mármol. Se trata de conmemorar el gran momento en que el apacible pueblo dio el salto, en la brevedad de una mañana, desde su simplicidad rural insignificante a las magnificencias augustas y perpetuas de la Historia (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 13/6/1930.



CORTEGANA, DONDE NACE EL CHANZA

Rodrigo Caro, el insigne corógrafo que en 1634 dió a la estampa, con privilegio, el resultado de sus trabajosos viajes de estudio por las *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla*, dice de esta hermosa población de la Andalucía serrana, que es de fijo la *Corticata* que «pone Ptolomeo en seis grados y treinta minutos de longitud y treinta y ocho y cuarenta de latitud», y añade que el nombre Cortegana parece venir, con alguna corrupción, del antiguo nombre con que la señala Ptolomeo. Pero los corteganeses explicaron siempre, y siguen explicando, el nombre de su pueblo por lo que les enseñó la tradición.

El mentado Rodrigo Caro lo dice: «Refieren «los vezinos desta villa, que la fundó un cavallero llamado D. Pedro Domingo, que aviéndole sucedido una desgracia en la Corte del Rey, en la cual agravió a un cavallero, se retiró a este sitio, y en él fundó el Castillo, que oy tiene, y fue su primer alcayde, defendiéndolo contra los portugueses, en aquel tiempo enemigos de los castellanos, y porque de aquella desgracia que le sucedió en la Corte, ganó en su retiro honra y opinión, de *Corte*, y la palabra *Gana*, dió la nombradía al Castillo que fundó...». Pero Rodrigo Caro no se conforma con admitir en prueba la tradición local, y se atiene, «por más cierto», a su convencimiento de que Cortegana es la *Corticata* de Ptolomeo.

Por lo pronto, el Castillo, fundáralo o no el caballero Pedro Domingo —y bueno es que se sepa que hay memoria de un señor así llamado a quien se le asignaron casas en la collación de San Gil, en el repartimiento que hiciera el Santo Rey San Fer-

nando al ganar Sevilla—, está aún enhiesto y demostrando que fue cosa principal con San Fernando, con los moros y tal vez antes con los romanos; bien que ruinoso y deforme, aunque contenida una más acelerada ruina por los ciudadanos del vecindario, cuya cultura arde en el noble afán de conservar para su pueblo la cimera gloriosa de los torreones históricos, purificados ya de su marcial agresividad por la dulce influencia del santuario contiguo, donde la Virgen de la Piedad recibe las ofrendas cordiales de los corteganeses.

Al pie del cerro donde se yerguen esos testimonios de la historia y de la fe de Cortegana, por el lado de Poniente tiene su nacimiento el río Chanza, el único importante de los que afluyen al Guadiana, buscándole en su recorrido por tierras de Portugal para recordarle antes de llegar al mar —«que es el morir»— su origen español; o para indicar, con la persistente donación del caudal de sus aguas, que España da cuanto puede dar para que sea feliz y fecunda su hermana menor, la noble nación portuguesa.

La prestancia señorial de Cortegana se revela en numerosos edificios, marcados con el sello austero de las viejas piedras que exhibe la arquitectura local. De ese señorío es el mejor ejemplo la iglesia parroquial del Divino Salvador, reconstruida en el siglo XVII sobre los restos de la que, según numerosos testimonios, destruyó un terremoto. Este edificio guarda una joya del arte del hierro, que por sí sola basta para que el turista se detenga en Cortegana: se trata de un hermoso púlpito, labrado en dicho siglo por un maestro cuyo nombre no nos ha llegado; una verdadera obra del arte barroco, que, si tenemos en cuenta el predominio durante mucho tiempo en la inclinación de las vocaciones artesanas por los trabajos de forja, de lo cual aún quedan buenos testimonios en los oficios locales, bien pudo ser labrada por algún artífice corteganes en homenaje a su pueblo, después de haber alcanzado la suprema perfección de su arte al lado de los maestros de la cerrajería sevillana.

Entre la Cruz de este gremio, que sirve hoy de principal ornamento a la linda plaza de Santa Cruz de Sevilla, y este magnífico púlpito, existe un parentesco que nadie se atreverá a negar. Y es sabido que los más finos trabajadores del metal que florecieron en Sevilla vinieron de las tierras andaluzas del Suroeste, tan generosas, de su entraña minera.

Otra hermosa obra de arte ofrece Cortegana a la admiración turística, pero ésta corresponde al género artístico de la imaginaria. Se trata de una admirable efigie de Jesús Nazareno, que recuerda, en cierto modo, el de Pasión, de Sevilla, pasmo de su propio autor, el insigne y devoto entallador de Alcalá la Real Juan Martínez Montañés; y bien se justifica el parecido, porque la bella obra que enorgullece a los corteganeses fue labrada en el taller del famoso maestro y bajo su dirección, en el año de 1610, por el discípulo Blas Hernández Bello. Aseveración definitiva que puede hacerse mediante los documentos hallados hace poco tiempo en el pródigo Archivo de Protocolos del Colegio Notarial de Sevilla.

En el recibimiento que Sevilla hizo, en 1569, al Rey Felipe II figuró Cortegana con singular esplendor. El cronista de aquellas memorables fiestas, Juan de Malara, explica en el precioso libro donde perdura el detalle del acontecimiento que la representación de esta villa ocupaba lugar preeminente en la carrera que había de recorrer el Monarca, rodeando la estatua de una mujer que tenía «la basquiña azul, la ropeta morada y con ambas manos ofrecía un plato de panales con algunas abejas que revolaban por cima; en la cabeza tiene fortaleza y guirnalda de oliva; a los pies, una colmena que derrama gran cantidad de miel, y un carnero al otro lado». En el pedestal de la estatua hacía Cortegana al Rey el ofrecimiento de sus frutos con una expresiva inscripción latina, cuya traducción es como sigue: «Señor, más dulce que cuantas cosas yo sé, el ingenioso trabajo de las abejas me mandó que te ofreciese estos panales para que corra miel en

tu servicio; a mi monte jamás le dará ventaja el Himeto, el de la tierra de Atenas, si gustares de mis dones, y basta querer».

En los días presentes puede ofrecer Cortegana, además de su rica miel, semejante a la del Himeto, y de otros singulares productos de su progresiva laboriosidad industrial, el ritmo moderno de toda la población afanosa de sostener con sus esfuerzos de ahora el prestigio que tuvo en lo antiguo, acreditado por los testimonios de su abolengo ilustre (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 27/6/1930.

FUENTEHERIDOS Y EL POR QUÉ DE SU NOMBRE

En este recorrido que al azar vamos haciendo por los lugares andaluces —tengan paciencia los lectores vehementes que nos reclaman la aparición inmediata en estas columnas de los artículos relativos a sus respectivos pueblos, pues a todos hemos de llegar si Dios nos ayuda—, topamos hoy con Fuenteheridos, que nos ofrece, para aplacar el calor de estos días estivales, la fronda umbrosa de sus castaños y la fragancia deliciosa de sus huertos abundantes, empapados en el milagro del agua que día y noche, desde hace siglos, surge en el mismo centro de la villa por numerosos chorros potentes e inagotables, y después de mitigar la sed de los hombres, corre por entre los berros y las juncias a saciar la de la tierra.

Dijérase que este bello pueblo fue hecho por esta fuente. Los hombres primitivos que la hallaron debieron percibir en el rumor de las aguas fluyentes una clara promesa de eternidad, y resolvieron establecer un núcleo humano permanente en torno al manantial, que les ofrecía su tesoro infinito y fecundo. Surgieron las viviendas de argamasa amasada con el agua misma, se abrieron los regatos para que el caudal no se perdiese en el tumulto de la corriente sin fertilizar la tierra, y las casas, el suelo y la vegetación lograron al fin la armonía de una obra culminada hoy por la gracia alada de la torre de un templo dedicado al Espíritu Santo.

Y el pueblo así conseguido recibió el nombre de «La Fuente»; la bella y apacible aldea de La Fuente, cuyos sencillos vecinos tenían el espíritu puro y claro como la propia agua superior, que era el espíritu mismo de la pequeña urbe.

Un día la simplicidad aldeana vio turbada su claridad por una sombra. Fue en un día de nubes, en el que ni la propia agua de la pródiga fuente podía reflejar la claridad del sol... Supieron los humildes aldeanos que, así como el agua de su manantial servía, después de servirles a ellos, a otras tierras que no eran las suyas, estaban obligados a servir a una villa cercana, de la que eran tributarios como prisioneros enredados en la tupida red del fisco, la gabela y la municipalidad. La villa de Galaroza —magníficamente señorial, erguida sobre su tierra exuberante— llamaba a los aldeanos de La Fuente con apremios autoritarios, sin más explicaciones ni advertencias; y allá se fueron sin remisiones ni demoras todos los hombres útiles. Al llegar supieron que se les llamaba para que diesen sus prestaciones personales en el trabajo de una obra pública local que el Municipio galaroceño había resuelto hacer con la mayor economía posible.

—¿Cómo es que no portáis herramienta alguna? —preguntó el alcalde de Galaroza a los aldeanos.

—Si se nos hubiese dicho —contestó uno de ellos, no con altivez, sino con la sencilla claridad de su espíritu— para qué se nos llamaba, habríamos traído los útiles para nuestra faena.

Y receloso el alcalde de que al hacerles volver a La Fuente para que se proveyeran de enseres de trabajo no volviesen más, les mandó que hiciesen entre todos una remoción de tierras empleando como esportones los propios sombreros.

Así lo hicieron con paciente obediencia; pero al volver a la aldea, una vez realizado el esfuerzo que se les exigiera, llevaban los espíritus oscurecidos por la sombría pasión del vejamen. Más el agua de su fuente los limpió de máculas rencorosas, y en su lugar puso las claridades de un anhelo de independencia. «Sed libres como yo, y como yo seréis felices», cantó aquel día la fuente con el ritmo de sus transparencias cristalinas.

Y por consejo de la fuente que había hecho el pueblo y el espíritu del pueblo, probaron los aldeanos a ser libres. Uno de ellos trazó como pudo un memorial dirigido al Rey: «Los vecinos de la aldea de La Fuente, heridos en su dignidad por las humillaciones de que fueron objeto en la villa de Galaroza, cabeza

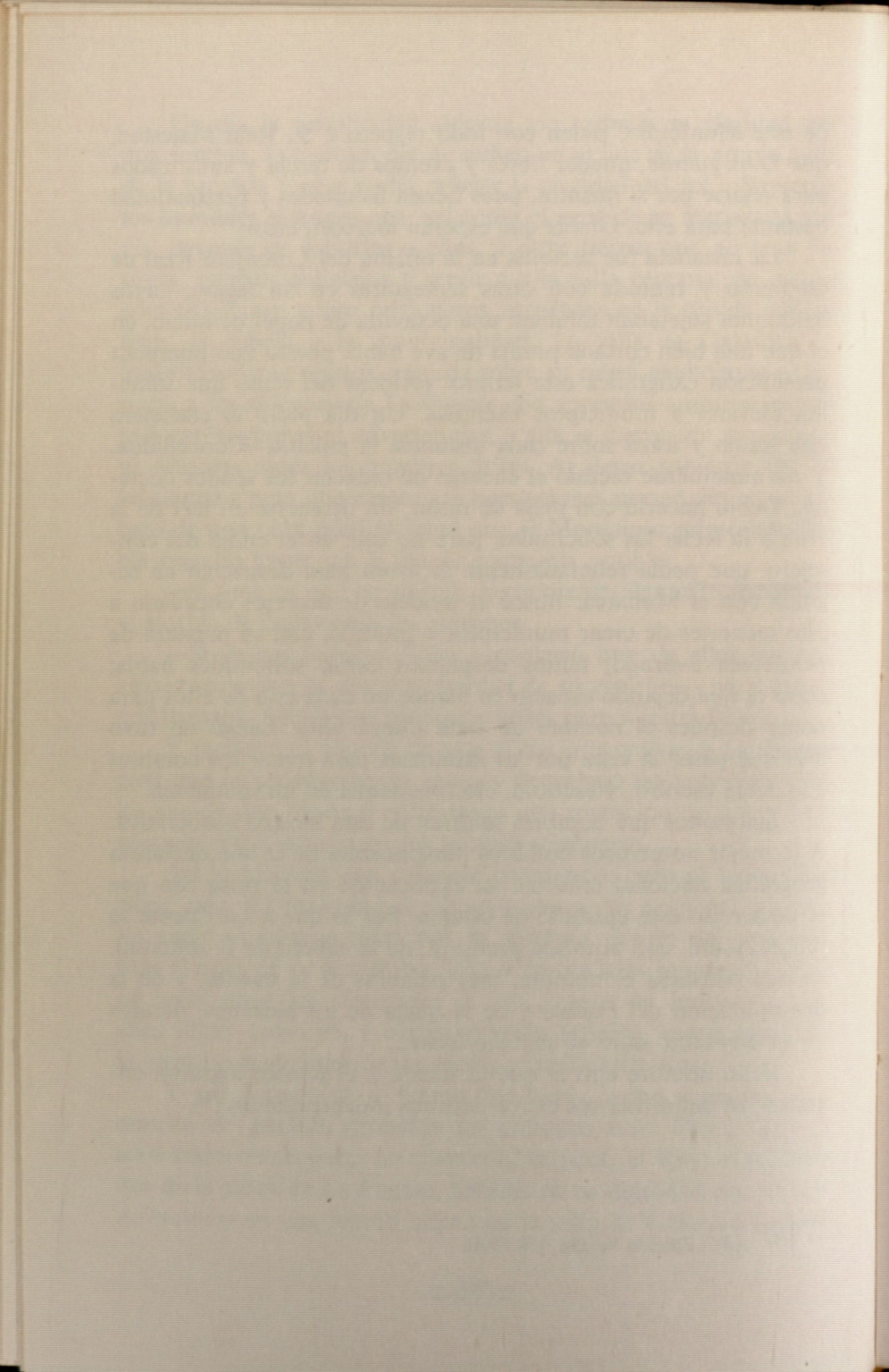
de este Municipio, piden con todo respeto a Su Real Majestad, que Dios guarde, quedar libres y exentos de tutela y autorizados para regirse por sí mismos, pues tienen facultades y personalidad bastante para ello. Gracia que esperan merecer, etc.».

La instancia fue recibida en la oficina del Consejero Real de Gobierno y reunida con otras semejantes en un legajo, cuyos balduques sujetaban también una octavilla de papel de oficio, en el que una bien cortada pluma de ave había puesto con pomposa presunción caligráfica este letrado: «Aldeas del reino que solicitan elevarse a municipios exentos». Un día pidió el consejero este legajo y trazó sobre cada instancia la palabra «Concedido». Y un amanuense recibió el encargo de redactar los sendos decretos. Debía hacerlo con prisa de ratón, sin detenerse en leer de la cruz a la fecha las solicitudes, para no caer en el enojo del consejero, que pedía reiteradamente *la firma* para despachar en seguida con el Monarca. Buscó el modelo de decretos adecuado a este menester de crear municipios y produjo, con su presteza de pendolista avezado, tantos despachos como solicitudes había; claro es que dejando espacio en blanco en cada uno de ellos para poner después el nombre de cada nueva villa. Luego no tuvo más que pasar la vista por las instancias para tomar los nombres que debía escribir, y escribió, efectivamente, en un santiamén.

Ignoramos qué nombres saldrían de esta hazaña burocrática. A lo mejor numerosos nombres inexplicables de la nomenclatura geográfica nacional tendrían su explicación en la prisa con que se desarrolló este episodio de oficina. Por lo que a La Fuente se refiere, tomó, con aturdida premura, de la cabeza de la solicitud, en que constaba el nombre, más palabras de la cuenta, y de la denominación del pueblo y de la queja de los aldeanos, *heridos en su dignidad*, salió «Fuenteheridos»...

Bello nombre con el que la fuente y el pueblo lograron encauzar en definitiva sus claros destinos independientes (*).

(*) ABC, Edición Sevilla, 1/8/1930.



EL VALLE DE LA NOVIA

Cuenta la tradición que Ysmail, el hijo de Ben-Yacub-Es Mumen, Rey musulime de Al-Séned —la Sierra—, aprendió, la poesía de Ben-Abbas, poeta de la corte de Sevilla, sólo para cantar con palabra melodiosa la visión fugaz de una mujer que le llenó el alma de inquietudes y afanes de amor, una vez que descansaba bajo la perfumada sombra de los pomares del valle que él mismo, y por causa de esa visión inolvidable, nombró de Al-Aroza, *de la novia...*

Sólo pienso en el sol de mi vida,
sólo pienso en aquella mujer
que ví en el valle de Al-Aroza,
leve, desaparecer.
¿Será humana criatura hermosa?
¿Será un genio impalpable quizá?
¡Ay! No lo sé; pero mujer tan sólo,
no; que era más...
Su belleza es belleza de genio:
todo encanto y divino esplendor;
de la humana malicia no tiene
ni la sombra menor.
Una perla es su rostro; su talle
un narciso que engendra pasión...
Su aliento es un perfume, y toda
luciente emanación.
No parece que toca la tierra
al mirarla ligera marchar:
sobre lo más frágil, sin romperlo,
podría caminar.

Y cantando, cantando, el príncipe Ysmail mientras buscaba día y noche la amada de su ensueño, se desvaneció en el fondo del paisaje y desapareció para siempre en los mismos árboles, de hojas brilladoras como laminillas de plata al viento, que cantaron a la leve deidad capaz de caminar sobre lo más frágil sin romperlo. El valle de Al-Aroza guarda desde entonces el secreto encanto de unos amores de misterio cuya felicidad durará tanto como durán la fragancia de las flores que tachonan las riberas de los arroyos; la claridad del agua que lleva en sus linfas el eco de las *kasida* de Ysmail; el clamor de alabanza de desposorios que se cierne entre las choperas, el perfume sutil de los pereros, cada una de cuyas ramas tiene tantos peros como cuentas engarza el rosario de ámbar con que se le dirigen a Alá las suras coránicas cada día...

Sobre el Valle de la Novia —Al-Aroza— fundó entonces Ben-Yacub-Er-Múmen un pueblo para que residiese en él de un modo permanente el grupo de nobles a quienes confió el real deseo de buscar al príncipe para restituirlo al desolado castillo de Ras-Séned cuyas ruinas lleva ahora cimera la ciudad de Aracena. Ese pueblo es Galaroza, cuyo nombre hace resonar todavía las canciones anhelantes del príncipe encantado por las seducciones de aquella novia que nadie vio, sino él, en sus delirios poéticos.

Por aquel encanto, que los nobles prefirieron no romper para que no perdiese nunca su poesía el valle y, para disfrutar ellos por siempre las delicias del Paraíso en la tierra, Galaroza tiene el privilegio, con sus artes de la madera, de dar a las novias serranas el ajuar para sus bodas, y con los peros de sus pereros pródidos el perfume para la ropa limpia que guarda en el arca la solera hacendosa con iguales afanes que guarda su virtud.

«Es Galaroza un lugar —escribió en 1570 un escritor sevillano— de tanta frescura y verdores, que no hay otro que se le iguale. Dícese no haber entrado en él contagión de peste por la frescura y fragancia de las flores, que sobrepujan a cualquier corrupción de aire, y no es mucho que las hierbas y flores olorosas puedan tanto allí contra la peste, pues se sabe que quitan el ras-trear a los perros de caza; y se le puede aplicar a los vecinos ca-

zadores de Galaroza el mismo adagio que a los de la montaña Etna (que es Mongibel, en Sicilia). *Ætnæus venator* quiere decir *cazador de Etna*, hombre que trabaja en balde, porque, aunque lleve muchos canes, no tienen sentido en entrando».

Arias Montano, el insigne solitario de la Peña de los Angeles, concedor del influjo subyugador de la Naturaleza sobre el alma y sobre el cuerpo, iba desde Alájar a Galaroza «por el placer de ir venciendo las sollicitaciones que a sus sentidos hacía la voluptuosidad del paisaje y por bendecir el agua y bautizar con ella a los infantes de Galaroza para que ya toda la vida pudiesen resistir como cristianos la llamada sensual del paraíso mahometano que les rodearía siempre».

Y así, Galaroza, cristiana, no se ha dejado vencer en ninguna hora de los siglos por la embriaguez del ambiente propicio a la pereza pecadora. Labró su virtud de serrana hacendosa con su trabajo sin tregua, rogando a Dios y a la vez golpeando con sus mazos de carpintero de las novias. Por si alguna vez le flaquease el ánimo y se manchase con algún mal pensamiento impuro, tiene en lo alto una fuente de abundante agua, que brota al pie de la iglesia donde recibe culto una bella imagen de la Virgen María, que bendice las aguas antes de que se las lleve el regato por las calles abajo. Aguas fecundas, que van entrándose en cada casa para regar los huertos... Benditas aguas expiatorias, que van lavando cada alma para redimirlas de pecado... Y que, al final, caen sobre el valle para exorcizar en cristiano el embrujo moro (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 5/9/1930.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and appears to be a formal document or report.

PUERTOMORAL

Cuando los arrieros extremeños transportaban a lomo de sus machos lucientes y poderosos los trigos de las cálidas tierras de Fuentes, La Calera y Segura, destinados al pan cotidiano de los mineros de Riotinto, solían sestar bajo la ancha copa de un moral que mojaba sus raíces en el agua fecunda del arroyo de La Madrona, tomaban de los sacos rollizos unos puñados del rubio grano candeal y los lanzaban a voleo con sus brazos vigorosos sobre el rojo tejado de la iglesia inmediata, cuyos humildes muros, pardos como la tierra recién labrada, apenas si por el lado de la imafrente llevan el resplandor blanco de la cal andaluza.

Se trataba de ofrecer a la Virgen de la Cabeza la prueba de la fervorosa gratitud de los trajinantes, libres por intercesión milagrosa del peligro de la insolación durante la penosa caminata a través de las tierras resacas y bajo un sol bermejo que les atezaba los rostros con el mismo color bruno del barro cocido. Luego, la Virgen invitaba a un festín sobre el tejado de su casa a todos los pajarillos del contorno, y éstos pagaban la divina gentileza con la algarabía de sus píos jubilosos y con la caligrafía indecible de sus vuelos locos en torno a la espadaña recortada sobre el azul en ladrillos mozaríes.

Ya no pasan los arrieros para Riotinto por este camino. El pródigo grano para el pan de cada día, que amasan los mineros con el sudor de todo su cuerpo, les llega ahora por las modernas rutas del transporte acelerado, que rompen con violencia la continuidad espiritual del esfuerzo directo del hombre: ese esfuerzo que comenzaba al abrir los surcos para la siembra y terminaba con la descarga a brazo sobre la tolva del molino panadero... Ahora el pan es tan blanco porque ya no lleva consigo el alma de los campesinos... Ni las nuevas máquinas permiten con su

prisa y por su impersonalidad que la masa se pueda hendir con la señal de la cruz, ni casi nadie besa los trozos si llega a caerse antes de aproximarlos a la boca... Hay menos dolor y menos amor en el pan del hombre...

Le falta a la Virgen de la Cabeza la ofrenda del trigo de los arrieros y a los pajarillos del Puertomoral el abundante festín de los granos rubios; pero bajo el techo cubierto de tejas rojizas, sobre las que sólo el viento cargado de semillas pone gémenes que la primavera convierte en florecillas breves, continúa produciéndose el milagro que salva de insolaciones y de trastornos psíquicos. Cada día se acercan al altar de Nuestra Señora muchas almas piadosas, que dejan sobre los blancos lienzos o en los candeleros de bronce el testimonio de su gratitud: cabezas de cera o metal, como ex votos emocionantes, y cirios que mantendrán con sus llamas votivas el recuerdo luminoso de la esperanza encendida en el seno de los cerebros en tinieblas...

En cuanto a los pájaros, resolvieron anidar para siempre en los aleros para esperar allí a los trajinantes generosos, que alguna vez volverán. Por las tardes, cuando se va el sol para dejarle libre al silencio todo el espacio de azul cobalto, próximo a florecer en estrellas, trazan en rolde al campanario, con la parábola persistente de una infatigable teoría de alas, el camino de las ondas de un toque de campana... Y luego se dan por satisfechos con recibir el encargo de elevar al cielo las oraciones que el pueblo creyente desgrana de su corazón en honor de la recién anunciada esclava del Señor.

El arroyo de La Madrona sigue como hace siglos y como seguirá pasados los siglos, dándole a Puertomoral los jugos fragantes para su vida fecunda (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 16/9/1930.

LOS FAMOSOS MOSTACHONES DE UTRERA

En Utrera hay muchas cosas que, cada cual en lo suyo, gozan merecida fama, y de entre ellas, a saber: Nuestra Señora de Consolación, la que por su belleza sirvió de término de comparación para que aquel pobre loco de una novela de Fernán Caballero ensalzase las prendas personales de su amada serrana, con la copla «Mira qué bonita era...», etc.; los templos de Santa María y Santiago; la conservación en este último de uno de los treinta dineros que le dieron a Judas; ser cuna de Diego Corrientes, el bandido generoso, «el que a los ricos robaba, y a los pobres socorría», como que, si bien se mira, no era sino un comunista que mucho antes de la Internacional de Moscú trató de imponer este régimen en el agro andaluz; el célebre castillo del Toro y el Caballo, que tanto dio que hacer a moros y cristianos con San Fernando y Alfonso XI; y haber sido el lugar en que los hermanos Alvarez Quintero vinieron al mundo, hace, respectivamente...

Pero, ¡los mostachones utrereños!... Queremos hablar de los mostachones, porque además de su indudable superfama nos gustan *a rabiar*, y de ellos nos disponemos a consumir los que buenamente podamos en los días de forzoso endulzamiento de la existencia que la conmemoración del natalicio de Nuestro Señor Jesucristo impone a todo fiel cristiano. Nosotros, acá, entre los polvorones, que también tienen lo suyo, pero que llevan en sí la imposición de ciertas especialidades farmacéuticas, y los suaves mostachones esponjosos y sin complicaciones ulteriores, optamos por estos últimos.

Un bien enterado autor ha dicho que los panoramas urbanos y los paisajes rústicos de todos los pueblos del mundo no entran sólo por la vista en el sensorio humano, sino también por el paladar.

De modo, amado lector, que encontrarás perfectamente lógico que un señor a quien le había prometido otro, amigo suyo, traerle unos mostachones de Utrera y se le olvidaron, rechazara airado los de imitación que le compró, para salir del paso, en una confitería de la metrópoli. «Estos —dijo— no son de Utrera, porque no saben a Utrera». Ciertamente que los mostachones auténticos tienen un sabor que participa a la vez de las tradiciones de Consolación, de la belleza de la ciudad, de la exuberancia de la campiña, del dinero de Judas, de la majeza de Diego Corrientes, de las leyendas del Castillo y del teatro fragante de los Quintero.

Aunque estén hechos de otros ingredientes de positiva materialización gustosa, según la receta que vamos a tener el honor de reproducir —si bien con la reserva de que no garantizamos su legitimidad, por la sencilla razón de que es posible que la persona amable que nos la ha facilitado a nuestra petición, y para librarla al conocimiento de las amas caseras, haya querido complacernos y a la vez guardar el secreto de la elaboración—, es lo cierto que, sin probar los verdaderos mostachones, se puede asegurar que se ha visto Utrera.

He aquí la receta y el modo sencillo y práctico de proceder con ella: Se toman doce yemas de huevos frescos y se batan, hasta obtener una pasta semifluida, con medio kilo de azúcar diluido y un kilo de harina de flor. Con esta masa o emulsión, en frío, se forman gruesos goterones sobre hojas de papel de estraza. Después se les mete en el horno, que debe estar muy a punto, y se les tiene en él hasta que se tuesten los bordes. Después... se comen.

Son cosa rica. Su sabor y su suavidad hacen hablar a los mudos. La única vez que el insigne Pérez Galdós habló en público fue en Utrera, en un homenaje que le tributaron los utreranos cuando los visitó con motivo del estreno de *Marianela*, en el teatro Rodrigo Caro.

—¿Cómo ha sido eso? —le preguntaron los hermanos Alvarez Quintero, adaptadores de la obra, extrañados de la insólita locuacidad del viejo novelista.

—¡Es cosa de los mostachones! —contestó Don Benito.

Después de este argumento sólo nos resta decirte, amigo, lector, que tengas felices Pascuas (*).

(*) *ABC*, Edición Sevilla, 22/12/1930.

EL ESCUDO HERÁLDICO MUNICIPAL DE ARACENA

Incontables son los disparatados escudos heráldicos de ciudad o villa con que España cuenta y están pidiendo una ineludible revisión competente que los limpie de adherencias pintorescas y realice en ellos una juiciosa rectificación de errores; pero acaso ninguno haya alcanzado mayor extremo en el absurdo ni, por otra parte, logrado más suerte, que el que ostenta hace cerca de un siglo la Muy Culta Ciudad de Aracena, cabeza de partido de la provincia de Huelva y muy significado bastión del antiguo Reino de Sevilla (*). No se comprende cómo ha podido prosperar semejante representación simbólica tan desdichada y en pugna con el gusto tradicional español; pero ahí está el extraño escudo amparado por casi medio siglo de uso en los sellos oficiales del Municipio y decorativamente empleado en tallas, azulejos, vidrieras, piedras, grabados y pinturas. Desconocemos las razones que hubo para aceptarlo, si es que alguna vez fue aprobado por la Real Academia de la Historia, mediante acuerdo e instancia previa del Ayuntamiento.

Aracena tenía su escudo inmemorial, que aún puede reconocerse en los documentos anteriores al año 1873. Consistía en una almenada fortaleza castellana de ancha base, con tres torreones sobre la barbacana superior, iguales los de los lados y mayor

(*) La Reina doña María Cristina Habsburgo-Lorena, regente del Reino, concedió a la villa de Aracena el título de Ciudad por decreto del 8 de Marzo de 1901. El Rey don Alfonso XIII le otorgó el de Muy Culta Ciudad, a propuesta del Presidente del Consejo don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella, en méritos de cultura, urbanismo ejemplar y cuidados para conservar la Gruta de las Maravillas. Por orden ministerial del 17 de Febrero de 1944, el Ayuntamiento recibió el tratamiento de Excelencia a propuesta de la Real Academia de la Historia.

el del centro, que ostentaba en sus sillares la Santa Vera Cruz, que vino a sustituir la de la Orden de los Templarios, que en Aracena tuvieron la cabeza de su dominio territorial en la zona bético-extremeña. A nuestro entender, puede establecerse así el proceso de creación de este singular blasón. Al advenir la primera república, su Ayuntamiento resolvió sustituir el emblema secular —muy semejante al de gran parte de las villas— con uno de mayores amplitudes expresivas. Para nada, o para muy poco, se tuvo en cuenta el escudo primitivo que se ostentaba en el frontis de la Casa del Concejo, sita en la Plaza Alta, en un vetusto edificio acaso construido por los romanos para *Domus municipalis*, y, andando el tiempo, Casa Consistorial de la Villa, con pósito y prisión preventiva, hasta quedar en Ayuntamiento y, por último, dependencia municipal que unas veces es academia de música, otras escuela y siempre un singular edificio que le da mucha prestancia a la plaza vieja de la ciudad, noble por su vejez, por su traza y por su belleza, a pesar de las mutilaciones realizadas en algunos edificios y eliminaciones de los hierros artísticos de algunas fachadas.

Un brazo de luz eléctrica se apoya ahora donde antes estuvo el viejo escudo auténtico de que queda hecho mérito. Debajo, grabado en el dintel, puede leerse, con más o menos dificultad por las complicaciones y errores ortográficos y de distribución que contiene, esta inscripción latina: VERITAS DE TERRA ORTA ET JUSTITIA DE COELO PROSPEXIT, AÑO DE 1563. Se trata del versículo duodécimo del salmo LXXXIV, cuya traducción es: «La verdad brotó de la tierra y la justicia nos ha mirado desde lo alto del cielo». Lema bellísimo que los exégetas San Agustín, Ferrar, P. Scio y Fray Luis de León interpretaron de este modo: El Hijo de Dios, que se llama así mismo *la verdad*, nació de la tierra y se transformó en la carne purísima de María para que la justicia nos mirase desde lo alto del cielo; esto es: para que los hombres fuesen llenos de la gracia que del cielo viene.

Magníficos auspicios consoladores para poner a una ciudad al amparo de la fortaleza cristiana.

Pues a todo esto, tan alto, tan hermoso, le dio de lado la petulancia laica del Ayuntamiento republicano del 1873, con la invención del nuevo escudo que, por artes diabólicas —la ignorancia es condición que le gusta mucho al diablo— tan ventajosa posición alcanzó en menos de un siglo. Allí, en la Secretaría del Excmo. Ayuntamiento, está el lienzo de un mediocre pintor que sirvió para fijar el desafuero y aún sirve de patrón para las reproducciones subsiguientes. Las últimas alcanzaron el complemento de una corona de marqués para aludir así, con absoluta buena fe, al hecho honroso de ser Aracena titular del marquesado con irreprochable justicia discernido en 1913, por el Rey Don Alfonso XIII, sobre las virtudes cívicas del inolvidable prócer don Francisco Javier Sánchez-Dalp y Calonge, primer marqués de Aracena.

Una cartela que no responde de ninguna manera al corte nacional característico del escudo de España —recto arriba y lateralmente, y recortado en curva por la parte inferior— constituye, con un arbitrario recorte de pésimo gusto, la orla que encierra la extraña alegoría pintada sobre un solo campo, sin cuarteles ni concesión alguna a la preceptiva heráldica más elemental. Recuerda el conjunto, un conceptuoso escudo de los inventados en horas de delirio revolucionario por cualquiera de las repúblicas hispanoamericanas que, al nacer, nada querían recordar de su ascendencia para no sentirse sometidas a la tradición de la estirpe que, de momento, consideraban necesario rechazar para justificar la independencia.

En previsión de que el tiempo destruya las leyendas que justifican la hechura, interpretan los nombres y aclaran los simbolismos, vamos a copiarlos aquí, ciertamente con un poco de piedad para la ortografía. Luego los comentaremos.

Arriba se lee lo siguiente: «Costeada la parte artística del pincel por el ciudadano José María de Soto Rioja, alcalde presidente del Ayuntamiento republicano. Año de 1873».

Abajo dice así: «Siendo inexpugnable la fortaleza, la mano en acción de abrir las puertas significa intervención sobrenatural para conseguirlo. Las inscripciones latinas de la cinta demues-

tran lo elevado de su posición. La dama griega con sus accesorios designa la fertilidad del país. La escala que forman el cetro, la espada y las cinco coronas, atestiguan, las diferentes dominaciones a que estuvo sometida esta villa. La insignia de los Templarios es el haber pertenecido a esta Orden».

La inscripción de la cinta aludida en el texto transcrito es el siguiente verso del poeta latino Cecilio Stacio: HAC ITUR AD ASTRA, o sea, *por aquí se va a las estrellas*. O se alcanza la altura de los astros.

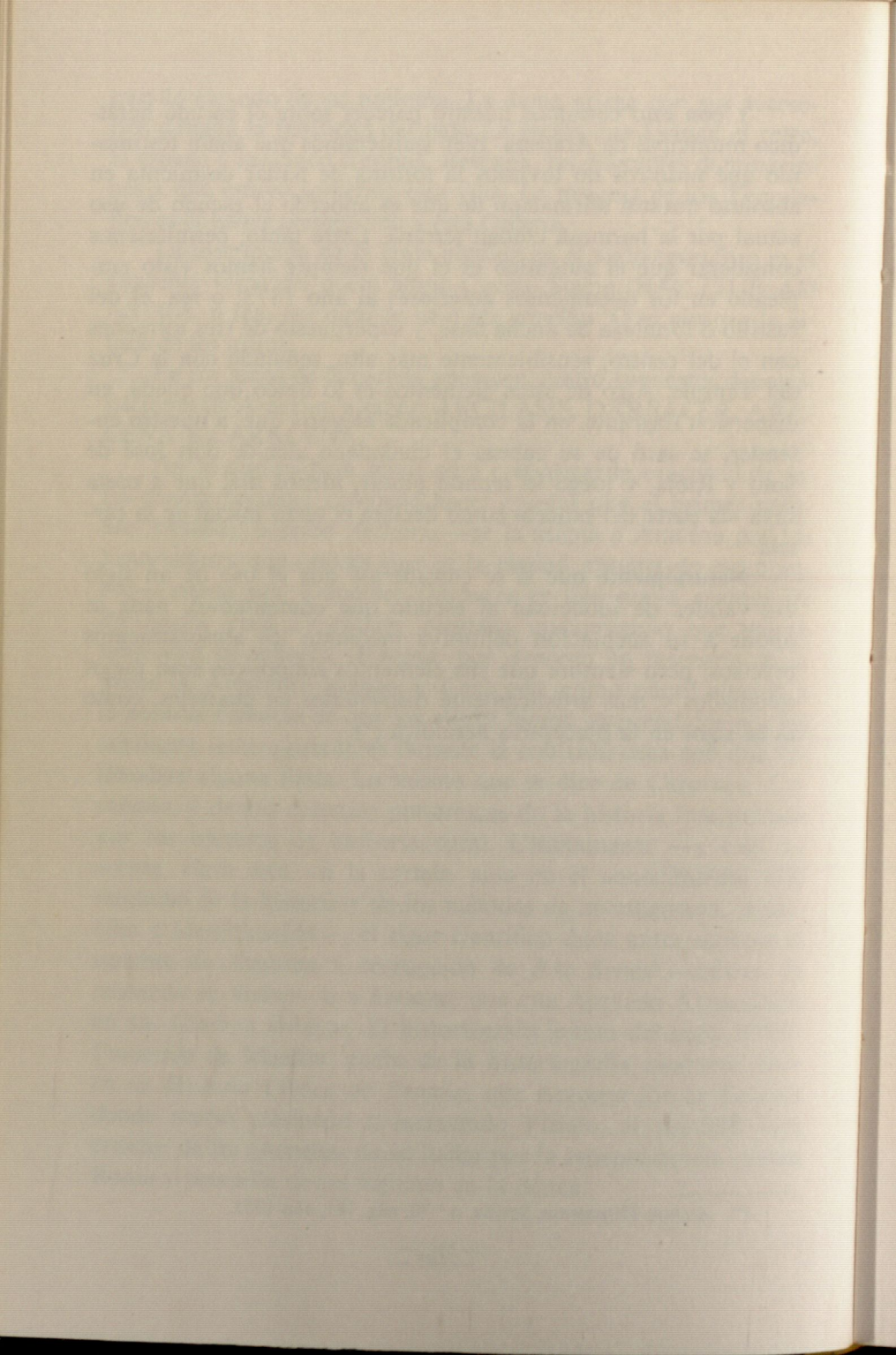
En los lados de la cartela aparecen cuatro supuestas denominaciones de Aracena, a saber: ARCILASIS, DARBACER, ARACENA Y CARACENA.

Por lo que pudiera servir para considerar la exactitud de estas denominaciones conviene hacer constar que el primer nombre *Arcilasis*, o acaso *Arcilaris* —se le asigna a Aracena por los historiadores que opinan que es la ciudad romana de ese nombre— citada por Tolomeo; *Darbacer* es una grafía errónea de *dar-hacen*, *casa de Hacen*, magnate mahometano que parece tuvo aquí su señorío: *Aracena*, por *Aracena* en memoria de la patria de Alejandro Magno; y *Caracena*, como pueril alusión a la popular creencia de que los moros fueron sorprendidos por los cristianos reconquistadores durante la confiada cena con que celebraban alguna fiesta. Lo mismo que se dice de *Caravaca*, *Carabaña*, y demás carestías pintorescas de la historia interpretada por los eruditos de barbería rural. Ultimamente —y esto no consta, claro está, en la cartela, sino en el conocimiento más moderno de la historia y de los métodos de investigación, reducción e identificación—, el rigor científico duda entre atribuir el nombre de Aracena a corrupción de *Ras Sened* —cabeza de montaña en árabe— o a *Erisana*, que cita Appiano Alejandrino en sus *Guerras ibéricas*. El historiógrafo jesuita del siglo XVIII, Francisco de Masdeu, padre de la historiografía moderna, dice en su *Historia Crítica de España*, que Aracena fue la *Erisana* donde murió asesinado e incinerado Viriato, el caudillo luso creador de las guerrillas en su lucha por la independencia contra Roma y pesadilla de sus legiones en la Bética.

Y con esto cerramos nuestro parecer sobre el escudo heráldico municipal de Aracena. Bien quisiéramos que algún testimonio que nosotros no tuvimos la fortuna de hallar desmienta en absoluto nuestra afirmación de que es apócrifo el escudo de uso actual por la hermosa ciudad serrana. Entre tanto, permítasenos considerar que el auténtico es el que siempre hemos visto empleado en los documentos anteriores al año 1873; o sea, el del castillo o fortaleza de ancha base, y superpuesto de tres torreones con el del centro, sensiblemente más alto, señalado con la Cruz del Temple. Algo de estos elementos es lo único que queda, en dispersión flagrante, en la complicada alegoría que, a nuestro entender, se sacó de su cabeza el ciudadano alcalde don José de Soto y Rioja, y luego lo mandó pintar, menos mal que a costa suya «la parte del pincel» como declara el texto inicial de la cartela.

Naturalmente que si se considerase que el uso de un siglo dio validez de idoneidad al escudo que comentamos, nada se opone a su aceptación definitiva mediante los asesoramientos precisos; pero siempre que sus elementos simbólicos sean mejor estudiados y más artísticamente distribuidos en cuarteles, como es de rigor en la preceptiva heráldica (*).

(*) *Archivo Hispalense*, Sevilla, n.º 70, pág. 181, año 1955.



III

TRADICIONES

III

TRADICIONES

VARIACIONES SOBRE EL JAMÓN SERRANO

Sevilla, 15 de Enero.

Todos los años, por el tiempo de las matanzas de cerdos, me envían desde Aracena unos apetitosos embutidos de los que prefiero por mi experimentado gusto. Con ellos viene también, en clase de rey de la creación chacinera, triunfador y magnífico, un soberbio jamón, escogido entre los que mantienen la fama de la Sierra por el mundo de los jamones.

El sabroso presente —cuya recepción confieso porque no entró en Sevilla de matute—, sobre producirme a la vista un placer inenarrable por su riqueza de color y de substancia, tiene la virtud de hacerme evocar la típica costumbre de las matanzas serranas, curioso espectáculo que sobresale de lo corriente y moliente en este género de holocaustos en aras del estómago humano.

Se sigue la tradición, por la Sierra, de que el propietario, cebador en sus encinares de las numerosas piaras de verracos para convertirlos en lucidos guarros sin desperdicio, conceda a sus convecinos el derecho de elegir las cabezas que prudentemente necesite, pagaderas en plazos irregulares o en prestaciones del oficio, si el de quien elige puede utilizarse en las fincas rústicas o urbanas del ganadero. Con tales facilidades, rara es la casa que no abastece su despensa por este procedimiento, constituyendo una sonada fiesta el día de la matanza, gran día para el hogar doméstico.

Cuando se recibe el aviso de que los animalitos están dispuestos para ser recogidos, casi siempre en campo cercano a la población, los chiquillos de cuya casa es la matanza se alborozan y dan en convidar a los otros chiquillos, sus amigos, encaminándose unos y otros, provistos de zahones, hondas y látigos, en

busca de los cebados animalitos, que arrastrarán su panza por los caminos, entre gruñidos y regüeldos, hasta llegar al lugar de su sacrificio. En éste se prepara lo necesario: avísase al práctico matachín, «tío Perencejo», y a la «tía Fulana», que en punto a aliñar la masa de chorizos y morcillas sabe más que el que las inventó; se afilan las herramientas; los peroles y calderas adquieren, al influjo de naranjas agrias y ceniza, todo el brillo del metal con que fueron labrados; dispónese la tosca máquina de embutir, artefacto no por muy antiguo menos útil y que inspire mayor confianza a quien lo use; hácese acopio de aulagas para chamuscar la piel de los cerdos y facilitar su limpieza; se repara el banco de matar, si lo hubiere menester, y las calabazas vinateras que curó el humo del fogón reciben en su seno el acre mosto, destructor por sus virtudes de los indigestos alimentos grasos.

Al amanecer, el matachín y la guisandera aporrean la puerta. Los muchachos, que no esperaban otra cosa, saltan de sus camas, y, legañosos aún, van hacia el corralón, donde los cerdos, indiferentes a su triste fin, duermen puercamente en el barrizal que produjo con las inmundicias el agua del dornajo volcado por ellos mismos. Van llegando los convidados; el dueño de la casa los invita a *matar el gusanillo* con tragos de aguardiente y bocados de polvorón, cuando no con nueces o higos y bruños secos. Y como los invitados mayores en edad y saber no sólo lo fueron para que disfrutaran de la pitanza, se reclama su concurso en el momento de capturar a los cochinos para sacrificarlos.

El matarife, tras de pasar por la chaira el ancho cuchillo de fino corte y grueso mango de barbeta, puesto junto al banco, y en funciones directivas, ordena que le acerquen la víctima; unos cuantos hombres cogen al cerdo por donde buenamente pueden echarle mano, montándolo panza arriba sobre el tablón de la muerte, entre los gruñidos consiguientes, que ahoga en el momento la certera cuchillada del maestro. Mana por la herida abundante sangre, y como el hocico lo tiene sujeto el animal por fuerte anilla, en evitación de una posible dentellada, también por la herida sale, con los borbotones de humeante sangre, un ronquido que se atenúa y que se apaga con el estertor postrero.

El rojizo líquido es removido sin cesar al caer en la caldera por el brazo desnudo de una mujer, la primera en recibir sobre la cara las trazas de un dedo que el mozo más garrido humedeció en la sangrienta herida. Siguen el ejemplo chicos y grandes, propinándose, por sorpresa o de grado, chafarrinones rojos, cosa, como se ve, algo sucia, pero que tiene su encanto y se acepta como medio para que mozos y mozas se toquen los rostros con cierto disimulo.

El chamuscado que se hace a los cerdos cuando están recién muertos es operación delicada que no a todos puede confiarse sin correr el peligro de que las carnes salgan asadas por completo; por eso el matachín vigila el procedimiento gravemente, y hasta regaña a los mozuelos que andan a ver quién salta más por encima de las llamas. Sigue luego la faena de abrir los cerdos, cosa comparable a la apertura de un cofre que guardara inacabables tesoros: de allí salen las asaduras, que inmediatamente se frien con mucha pringue y unos ajitos para el almuerzo; salen cientos de cosas, entre tripas, mollejas, pellas, vejigas, riñones... un verdadero tesoro.

Si hay en casa agua abundante, y si no en cualquier alberca de próxima huerta, lánanse con esmero los despojos, disponiéndose las tripas para embutir chorizos, lomo, salchichón, y demás tonterías... Con las mujeres encargadas de esta operación del lavado sale la gente menuda, con la alegría de sus años, y atraviesa la población entre el sonar de castañuelas y panderetas, cantando la típica tonada:

*El bonete del cura,
¡ay!
va por el río...
y el cura va diciendo,
¡ay!
bonete mío...*

todo encaminado, aunque los pequeños lo ignoren, a que la población tenga noticia de que en casa de Fulanillo se permiten hacer matanzas y para que rabien los que no puedan.

Por la noche de este día, en tanto que las espaldas de tocino blanquísimo reciben el relente, que allí llaman *resencío*, al cuidado de un voluntario que ofrece la guarda por una calabaza con vino, leña para la candela y libertad para ir cortando y asando durante la noche los trozos de magro que más se adapten a sus gustos, la casa arde en fiestas y baila hasta el gato, emparejado con la gata.

Ha rezado la comadre guisandera ante la chacina recién hecha y los jamones recién salados, para que ni se *empapelen* los chorizos ni malos vientos agusanen las magras; el baile ha dado una tregua para el rezo y luego ha continuado con mayor ahinco, tomándose la danza, más que como diversión, como procedimiento digestivo de las comidas hechas con carne nueva.

¡Oh, dulce placer el del baile en noche de matanza!

¡Oh, Terpsícore augusta, cómo influyes con las gentiles gambetas de tus danzas a desbalagar una ahitera de pringue!

* * *

El presente serrano de este año me ha hecho evocar todo esto y escribirlo en elogio de la chacina y de los jamones de Aracena, o sea, el «no más allá» en cuanto a viandas selectas.

Esto ya lo sabían, por lo menos en cuanto a los jamones, nuestros clásicos, catadores presuntos de lo mejor de las despenas; y si no, recordemos la «Canción» de Baltasar de Alcázar:

*Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
la bella Inés, el jamón
y berenjenas con queso.*

.....
.....
*Alega Inés su beldad;
el jamón, que es de Aracena;
el queso y la berenjena,
su española antigüedad.*

Por si no fuera bastante ese testimonio, he aquí el que aporta para el caso Lope de Vega:

*Jamón presunto de español marrano,
de la sierra famosa de Aracena,
donde huyó de la vida Arias Montano.*

.....

Lo cual nos revela, además de que el jamón de Aracena puede ponerse sobre todas las cosas, que Arias Montano estaba muy bien orientado acerca de su retiro. ¡Sabía hacia dónde huir!

Ahora, que Lope de Vega sospechó de la huída pensando que D. Benito, acreditando su sabiduría, buscaba refugio entre los buenos jamones sabrosos, y se lo dijo con una ironía de que Dios nos libre (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

EL CRISTO DEL MUSEO

Sevilla, 1 de Abril.

Una plazuela solitaria y un Cristo sin fervorosos.

En el rincón formado por el edificio del Museo y su capilla hácese una plazuela a trasmano, fuera del tránsito general y cubierta por un musguillo esmeralda que asoma tímido por los intersticios del pavimento. Es una plazoleta que si no fuera por la vecindad de la casa que cobija los espíritus de Murillo, Zurbarán, Valdés Leal y otros, pareceríanos una vulgar placita puebleña, sin otro encanto que el de su soledad.

Acudid en la noche del Viernes Santo sevillano a esa plazuela... Cuando hayáis visto el regreso de las cofradías trianeras por el puente sobre el Guadalquivir, después de escuchar las *saetas* desgarradoras de los encarcelados en el Pópulo, encamiños hacia esta plazuela del Museo y aguardad el momento de volver a su capilla el Cristo de la Expiración. No habrá en la placita muchas personas, porque este crucifijo no tiene apenas el poder de sugerir exaltaciones contemplativas ni goza de fama de milagrero: es un pobre Cristo retorcido y doliente que ni siquiera es de madera; un Cristo humilde que cada año por la Semana Santa da un paseo por la ciudad para regresar tan triste como se fue, olvidado de todos y sin flores ni rezos.

En esta noche del Viernes Santo —noche maravillosa en que todo el cielo se hace luna, como observara Jacinto Ilusión (*)—, acudid a la plazoleta del Museo, para que sintáis la tristeza del pobre Cristo abandonado que torna de asomarse a la ciudad, trayendo avivado el dolor de ver la indiferencia con que le ven

(*) Se refiere a su amigo José M. Izquierdo.

pasar sus redimidos. Si acaso, un corazón de mujer compadecida cantará, para que no todo sea amargura en el martirizado, una saeta quejumbrosa en la noche clara, bajo las estrellas...

*«Antes de entrar en tu templo,
Cristo de la Expiración,
a este barrio del Museo
échale tu bendición».*

Si es que sabe bendecir este Cristo, que no es de madera, bendecirá, sin duda, con toda el alma.

El Cristo no es de madera.

Allá por la décimasexta centuria, un cordobés, soldado, fué-se a Italia, y, como buen soldado de España, alternó los deberes militares con el aprendizaje del bello arte escultórico. Ora la pluma, ora el cincel, cuando Cepeda regresó a la patria era tan bravo capitán como buen escultor.

Los jóvenes plateros de Sevilla, la Sevilla de las cofradías gremiales, congregáronse en el 1580 y encargaron al escultor llegado de Italia un crucifijo a su tamaño natural, representando al Redentor en el momento de volver al cielo los ojos, sintiendo el rigor con que le trataban en la tierra, para decir sus palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Cepeda, el capitán escultor, hizo en pasta la imagen encargada: en una pasta de tierra, papel y cola. Materia deleznable ciertamente para representar la grandeza espiritual de Nuestro Señor Jesucristo, pero no por eso menos apta para contener la forma plástica del dolor humano en su extremo martirio.

Es un hombre que no quiere morir.

El Cristo del Museo es la imagen del Hombre que muere como hombre; del hombre que no acepta el inútil sacrificio de su muerte y vuelve la mirada hacia el Eterno Padre para protestar de sus rigores; que clama contra el abandono del cielo ante la

bárbara consumación de una injusticia; que se subleva sintiéndose morir con la vulgaridad de un reo por delito ordinario... Es la imagen de la rebeldía en el momento angustioso de sentirse anulada para siempre; en el supremo instante de la renunciación y la desesperanza, cuando la energía vital del hombre sano y útil se desploma con todas las ilusiones de amor y todas las ansias de vivir para todos y por todos morir, después de haber iluminado la senda de la vida con el ejemplo sublime de sus virtudes.

Para un espíritu libre de prejuicios esta es la sensación que produce el Cristo del capitán Cepeda.

Un presentimiento del espíritu.

Ante esta imagen del doloroso sacrificio prematuro, el espíritu evoca unas lecturas lejanas y unos hombres más lejanos aún.

Aquellos famosos intérpretes de San Agustín, cuyas teorías se inician con el teólogo Bayo —Miguel de Bay—, siguen con Jacobo Janson y culminan en el *Augustinus* del obispo de Ipres, Cornelio Jansenio, al considerar a Jesús como un mortal, juzgaron que debió sufrir el martirio cual un hombre y no como divinidad insensible a la afrenta, al dolor y a la muerte.

Cuando Cepeda estaba en Italia causaba Miguel de Bay, en Roma y en el orbe católico, una enorme conmoción con sus ideas. ¿Es posible que el soldado escultor intuyese la imagen de su Cristo a través de la nueva doctrina?

Dejemos a algún erudito el trabajo de investigar y depurar, si vale la pena, este presentimiento de un espíritu libre acuciado por el vago recuerdo de unas lecturas lejanas.

Otros espíritus...

¿Es posible que el espíritu de la muchedumbre presenta también la probable heterodoxia de esta imagen del Cristo del Museo, y por eso sea éste un pobre Cristo sin fervorosos?

¿Es posible que el espíritu colectivo cultivado unilateralmente en principios religiosos entienda que este Cristo no acep-

ta el sacrificio sin protestar de su esterilidad y por eso le abandona?...

En la plazuela solitaria.

La plazuela del Museo contigua a la capilla es una plazuela solitaria donde reverdece el musgo, porque no la transita nadie.

El Cristo retorcido y doliente que nunca hizo milagros vuelve solo y desconsolado de la procesional exhibición inadvertida, sin flores y sin rezos.

Y si no fuera por esa mujer compadecida que le dedica una *saeta*, pidiéndole en cambio una bendición, tornaría a su templo con la martirizadora certeza de expirar, bajo el cielo impenetrable e infinito, sacrificado inútilmente por una humanidad siempre cruel en su individualismo, egoísta por entero e insensible al dolor que pasa cerca, hiere la carne ajena y no clava su zarpa en la propia (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

NUESTRA FERIA

Sevilla, 18 de Abril.

Sentiría defraudar a quienes por un justificado prejuicio estimasen que este artículo ha de ser el elogio lírico de circunstancias sobre nuestra incomparable feria abrileña. El deber nos coloca en un punto de vista algo alejado del tópico usual y de las opiniones vulgares para intentar una reacción sobre el verdadero concepto útil de la famosa fiesta, alrededor de la cual se ha hecho tanta literatura abusando de los claveles, las mantillas, las castañuelas, el vino de oro y el cielo azul, que no parece sino que en estos lirismos accesorios consiste la razón de ser de una feria universalmente conocida. Han llegado los tiempos de rechazar el cromo de abanico y la pandereta, en extremo perjudiciales para nuestro buen nombre.

Digamos, antes de proseguir, cuanto nos parece y ofrece la población en feria al través de la realidad, exenta de espejismos.

La feria es principalmente el mercado anual imprescindible para una comarca que tiene en la agricultura su primera fuente de riqueza. La selección de ganado y de enseres, en este período se efectúa; es asimismo el punto de término o el comienzo de los plazos económicos relativos a las labores del campo, y, ante todo, es la ocasión más propicia de oferta y demanda por los elementos que se reúnen y la facilidad de ceder o elegir con notable ventaja.

Naturalmente que este practicismo debe ir saturado de alegría para el espíritu, harto deprimido por las zozobras de la lucha cotidiana. Este esparcimiento lo ofrecen las atracciones que se esfuerzan por acumular quienes, sabiendo que el alma humana se conforma con poco para ser feliz, regocíjanle unas horas con los acordes de una música que pasa entre la brillantez de la

profusa iluminación y ante el prodigio de un pirotécnico relacionado con las estrellas por el mágico influjo de sus cohetes chispeantes.

Las ferias —permítasenos insistir en estas pequeñas divagaciones— son fiestas de paz. Dícelo así la singular franqueza que en espontáneo afecto pone lazos de amistad entre los individuos que momentos antes se ignoraban mutuamente; dícelo de más cierto modo la alegría que se desborda por la sana predisposición a ella latente en el alma del pueblo; aún lo expresa mejor el cuidadoso esmero de las poblaciones, esforzándose por mejorar su aspecto externo para parecer bien a los que desde el instante acepta como amigos.

Atrayendo así, con la rama de oliva, pueden los pueblos manifestar su producción, percibiendo de paso el adelanto sensible en las preferencias demostradas por aquellos que adquirieron los útiles necesarios.

En resumen, que las ferias son un significativo síntoma del estado moral de los pueblos: la animación y el bullicio representan sano optimismo; los productos a ofrecer significan el sucesivo perfeccionamiento; la selección al comprar expresa inteligencia directiva; el afecto mútuo, espontáneo y sincero, contiene la idea de fraternal unión. Exactamente, la psicología de un pueblo se revela en sus fiestas.

De aquí nuestro interés por demostrar que la feria de Sevilla no es tan sólo un ordenamiento de esas sugerencias polícromas que se suelen aceptar como única modalidad del alma sevillana. Es la feria, primero que ninguna otra cosa, un importante mercado que congrega a la región agrícola para tomar impulsos iniciales o para ofrecer resultantes de esfuerzos útiles cuya ejemplaridad puede influir en el mejoramiento colectivo y en la riqueza regional.

Por desgracia, no se comprende del todo este verdadero concepto de la feria ni por aquellos que están obligados a llevar al pueblo por el sendero de la realidad. Y así, vemos que se fomenta y se ensalza como cosa primordial todo lo accesorio de la fiesta, relegando a último término lo fundamental, cuyo triunfo ha de ser causa de nuestro mayor engrandecimiento.

Bueno que haya regocijos públicos, con iluminaciones, fuegos artificiales y música, que esto es imprescindible; bueno también que en el ambiente único de Sevilla todo parezca maravilloso y todo tenga irradiaciones de bellezas y elegancias incomparables; bueno que el carácter típico de nuestra feria deba conservarse como subyugadora fiesta original perfumada de azahares, de claveles y de risas...

Pero todo eso, que nada cuesta, porque es patrimonio del pueblo y sabe derrocharlo a manos llenas, únase a una sabia orientación hacia lo útil, interesando a los labradores e industriales, por medio de exposiciones de ganados y productos, a los primeros, y a los segundos, con exhibiciones de maquinarias y efectos para la agricultura.

Que puesto que la región es eminentemente agrícola, sea la feria centro propulsor del progreso que reclaman las tierras de Andalucía, en gran parte sometidas aún a los procedimientos empíricos de labranza, pero capaces, cuando rindan su máxima producción por el cultivo moderno, de ser el granero del mundo.

Y todo lo demás, de la alegría, la gracia, las mantillas y el vino, se le dé a la feria de añadidura para que sea, con efecto, única e incomparable también en lo porvenir (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and appears to be a formal document or report.

LA ÚLTIMA PANDERETA

Sevilla, 30 de Octubre.

Nunca habíamos querido dar crédito a ciertas aseveraciones constantes de los poetas, y la verdad comprobada nos obliga a rectificarnos. Es en absoluto cierto que la falta de caída de las hojas del otoño melancólico alcanza también al árbol de las ilusiones.

En los días otoñales presentes, el soplo cruel de la realidad agitó convulso la fronda de nuestro espíritu, y algunos convencimientos de arraigo se desprendieron para rodar hacia el olvido en el torbellino de las hojas muertas.

Antes del otoño teníamos cierta fe en la Sevilla pintoresca de exportación; la pandereta representativa y su séquito de castañuelas, moñas, sombreros de queso, caireles, rumbo, cante *jondo*, baile de punta y tacón y una buena porción de cosas más pertenecientes a la abigarrada paleta del «color local», se nos antojaban algo real e imprescindible que podía dar fuera de España, y aun dentro, una idea aproximada de la vida andaluza y un reflejo del alma regional.

Pero al llegar el otoño, en el mágico atardecer becqueriano de uno de estos tibios y dorados días de Sevilla, se desvaneció nuestra ilusión al ver tras la mezquina ventanilla de un flamante despacho de loterías la figura inconfundible del maestro Otero, famoso profesor de coreografía andaluza, que paseó su garbo, su chaquetilla roja con cabetes de oro, sus polainas de cordobán afiligranado y su trabuco de hojalata, ante los públicos boquiabiertos de las cinco partes del mundo. El simpático bolero, convencido de la decadencia de la andaluzada, había renunciado al celeberrimo cuanto inofensivo trabuco, a la indumentaria pintoresca y a las gambetas y trenzados de su arte, para asirse, con el afán de vivir decorosamente, al pingüe negocio de los décimos.

Allí le vimos, en su tienda, indignado contra la guerra, que no le permite ir al extranjero, donde no están para bailes —y menos, bailes neutrales—, e impide a la vez a los extranjeros venir a dejarse maravillar incautamente con lo típico. No intentamos convencerle siquiera de que la guerra ha hecho cambiar en absoluto todas las cosas, incluso el concepto exterior sobre España, por considerar que no habríamos de lograrlo.

Le dejamos con sus lamentaciones, y para consolarle en lo posible le compramos un décimo de a tres pesetas, siguiendo nuestro camino preocupados con las amargas reflexiones sugeridas por la evidencia pavorosa de la ruina definitiva del costumbrismo local.

Cuando luego hemos visto que el billete de que formaba parte integrante nuestro décimo no salió premiado, nos asaltó la certidumbre de que la buena suerte huyó para siempre del maestro Otero, horrorizada por la última descarga del trabuco. De lo cual pueden originarse deducciones alarmantes que hagan temer por el porvenir de Sevilla, sometida ahora mismo al peligro de faltarle uno de los elementos más preciosos para acreditar su personalidad y mantener su fama: los cuadros locales de bolería, muertos a consecuencia de la guerra. Puede decir la Historia, con verdad, que murieron en la más grande ocasión que vieron los siglos presentes y esperan ver los venideros.

Y no cabe forjarse nuevas ilusiones acerca de la resurrección del género; nadie ni nada habrá capaz de hacerlo revivir. Porque ni siquiera cabe cifrar esperanzas en los presuntos nuevos ediles, ninguno de los cuales incluyó en su programa la creación de una escuela municipal de bailarines, guitarristas y *cantaos*.

Pensándolo bien, puede ser que los concejales futuros hayan caído en la cuenta de que al pueblo sevillano le importa muy poco o nada la muerte eterna de lo típico. Hay motivos para suponerlo así.

Hace unas noches se exhibió en uno de los profusos cinematógrafos de la ciudad la película titulada *Sangre y arena*, derivación fotográfica de la novela con que D. Vicente Blasco Ibáñez se obstinó hace unos años en hacer perdurable la leyenda de la

Andalucía pintoresca. Enormes masas de público procedente de todas las clases sociales acudieron a ver reproducidas en el lienzo escenas que se decían hechas del natural en ciudades y campos andaluces.

La película no gustó. Así como la novela adolece del efecto de exactitud en la copia de las costumbres, desvirtuadas tal vez por ignorancia de ellas —lo cual no es extraño—, o por servir los gustos de ciertos públicos —lo cual es incalificable— en quienes el concepto de Andalucía se formó artificiosamente, también la película ofrece iguales características, agravadas por la visión plástica de las cosas. No es, ni debe ser, nuestro propósito entrar en una crítica minuciosa de la obra cinematográfica; pero esta consideración apenas podrá evitar que reputemos falsos algunos episodios, falseadas algunas costumbres, no entendida la indumentaria, mal interpretada la arquitectura y con poco gusto escogidos determinados lugares de acción, a cuyas bellezas ha podido sacarse mayor partido.

Algo hubo que se aceptó, sin embargo. Esto fue aquellas admirables vistas en las cuales aparece magnífica la Andalucía monumental; es decir, todo lo definitivamente creado por la raza que constituye el patrimonio artístico regional. También mostró el espectador sevillano su conformidad con la exactitud de algunas costumbres campesinas, reproducidas por relación episódica con el drama.

Pero se rechazó en absoluto todo lo falso y supuesto, todo lo excesivo y ridículo, todo aquello que puede contribuir a fomentar el equivocado concepto en que se tiene a la madre Andalucía. Los andaluces no se resignan ya a que perdure su afrenta...

El pueblo andaluz, que tiene, entre grandes vicios indudables, grandes virtudes indiscutibles, manifestó la de su buen gusto, y sin enfadarse, porque eso no sabe hacerlo este pueblo prócer, rechazó de plano, con sutiles comentarios y donosuras geniales, todos los episodios grotescos en que interviene el trabuco de lata del maestro Otero y los demás accesorios de la decadente pandereta. Todos los elementos, en fin, del costumbrismo de exportación creado por la literatura pueril de una época sin ideas,

llevaron su castigo como tales faltas de respeto a la verdad y a la psicología andaluza, honda, compleja y misteriosa, y por entero oculta a los ojos de los observadores extraños con billete de ida y vuelta.

Y el fracaso de la película corroboró la realidad viva del famoso bailarín renunciando a su arte pintoresco y escogiendo el lucrativo medio de vida de la venta de billetes para la lotería nacional.

Si cada año se desprenden con las mustias hojas de los árboles algunas ilusiones del alma, en este otoño se nos desprendió la ilusión de la última pandereta; la pandereta, que antes se nos antojaba algo representativo, y ahora, en esta tarde becqueriana — Sevilla acaso sea Bécquer—, cuando el Sol cuelga en los misterios del espacio maravillosos cendales de oro, cobalto y púrpura, vemos rodar hacia el eterno olvido en el torbellino de las hojas muertas (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

EL OCASO DE LA GUITARRA

Sevilla, 30 de Octubre.

Se inicia la invasión de las típicas tabernas sevillanas por el moderno autopiano electromecánico, ese antiestético instrumento impersonal que se obstina en el esfuerzo estéril de hacernos pasar la trapatiesta filarmónica de sus adentros endiablados por música apacible y sedante tal y como la requiere el espíritu en las horas de calma.

Nuestras tabernas conservaron hasta ahora un marcadísimo carácter local que daba una inconfundible nota de costumbres. Eran el refugio de la gente castiza, amante del buen humor y el buen vino, que iniciaba la *juerga* clásica con unos *chatos* de manzanilla ligera para luego alcanzar las cimas de la suprema diversión alegre, llegando por misteriosos caminos a la tristeza angustiosa de una borrachera genuinamente andaluza, o sea, la culminación del sentimentalismo exteriorizado por la *penilla negra*, condensada en una de esas coplas reveladoras de un estado del alma, o en un rasgueo de la guitarra quejumbrosa, cuyas cuerdas parece como si estuvieran unidas al corazón doliente del guitarrista.

En cualquiera de estas tabernas podía entrarse siempre con la certeza de percibir al final de la primera docena de cañas los arpegios insinuantes y gratos del clásico instrumento popular, tañido por un primoroso *tocaor*, que aparecía, no se sabe cómo, listo siempre para aceptar un elogio y un trago y dispuesto a salirse por una falseta jerezana en honor del vino y de la reunión rumbosa. Tras el punteado de la falseta venía la fuga de unos tientos clásicos, y luego las sonoridades melancólicas de unas seguidillas gitanas o unas *soleares*, musitadas, con el vaso en vilo, por todos los bebedores, acuciados por un súbito deseo de cantar

tristemente. Como final, la inevitable *juerga pintoresca*, sazónada con todas las sales de la tierra.

Todo esto, tan personal, tan lógico, tan armonizado con el ambiente y con el temperamento de este singular pueblo, va a desaparecer por el advenimiento de los pianos electromecánicos y su irrupción despiadada en las tabernas sevillanas, verdaderos templos del culto a las costumbres juncales, cuyos ritos empiezan en el afán humano de hallar el placer y acaban en la humana certidumbre de encontrar el dolor.

Yo estuve en una de esas tabernas donde el autopiano, colocado ostentosamente en el testero principal, lanzaba al aire unos duros acordes que rodaban por el espacio vacío sin lograr adentrarse en ningún corazón. Los asiduos parroquianos apuraban con indiferencia el contenido de sus vasos, sin que les sugiriera el dorado vino ningún anhelo de abrir el alma a las sensaciones musicales. Alrededor del exótico instrumento se agrupaban, curiosos, unos obrerillos ávidos de explicarse el problema técnico que transformaba en sonidos sin matiz la fuerza eléctrica enviada para usos industriales por la ciega central lejana. Y afuera, mirando al través de los cristales con temor rencoroso a su enemigo, estaba el pobre guitarrista con la inválida guitarra dentro de la funda de franela y colgando muda del antebrazo. Dijérase, al mirarle los ojos brilladores al infeliz artista, que los tenía humedecidos por un raudal de lágrimas contenidas.

Todo era tristeza desolada en el ambiente. Los hombres estaban como coaccionados en su voluntad de gustar el placer de las costumbres características. Aquel endiablado son de una música sin alma enturbiaba los espíritus y el vino; y sólo faltaba para que se completase la ilusión de un automatismo extraño que la copla popular surgiera de un carraspeante fonógrafo y que los amplios barriles de solera llenasen por sí solos las cañas al introducirles por una ranura una pieza de diez céntimos.

La reflexión inmediata que me sugirió el cuadro no pudo ser más desoladora: lo típico se va, llevándose las modalidades de una personalidad característica sustituida por la actuación impersonal y antiestética de esos artefactos interpretadores de «mú-

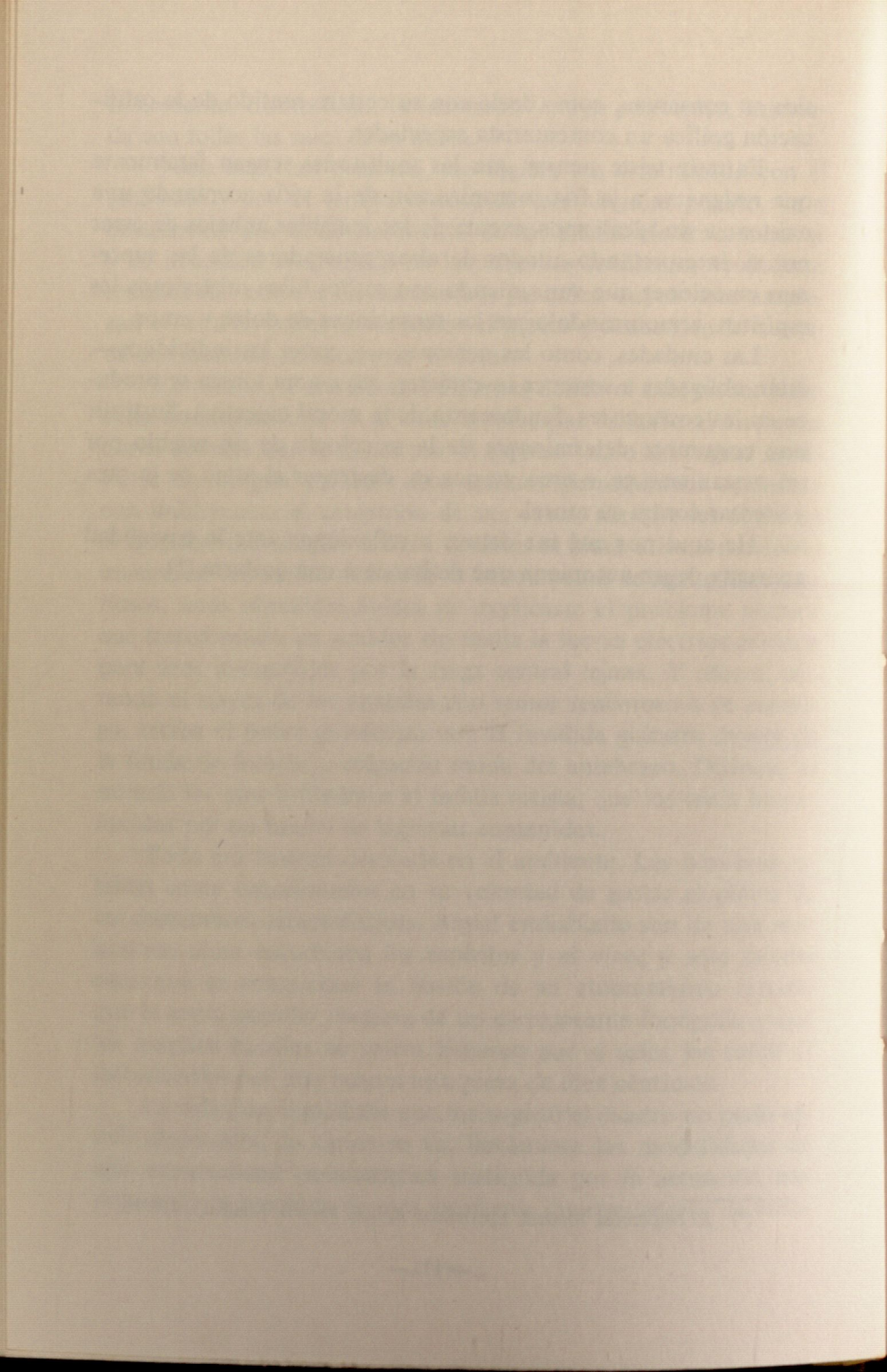
sica en conserva», como decía con su certero sentido de la calificación gráfica un comentarista espectador.

Es muy triste pensar que las multitudes tengan fatalmente que resignarse a la fría mecanización de la vida aceptando una existencia sin idealismos, exenta de los inefables anhelos de crear por sí, interpretando estados de alma generadores de las supremas emociones que van uniendo con sutiles hilos misteriosos los espíritus, armonizándolos en las sensaciones de dolor y amor.

Las ciudades, como las naciones —y como los individuos—, están obligadas a sostener su carácter, cuya nota tónica se produce en las costumbres, fundamento de la moral colectiva. Sustituir una costumbre determinante de la psicología de un pueblo por un mecanismo es, o creo yo que es, destrozarse el alma de la raza y atentar contra su moral.

He aquí por qué me detuve a reflexionar ante la trivialidad aparente de un autopianista que desbanca a una guitarra (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.



LA BANDERILLA DEL TURISTA

Ya que se han marchado los centenares de turistas que invadieron estos últimos días nuestras calles, plazas y plazuelas, podemos hablar mal de ellos un poco... Digo, si a ustedes les parece bien. Después de todo, hablar mal de los que se marchan no es ninguna novedad, como pudiéramos demostrar sin gran esfuerzo.

No es de creer que sufra quebranto nuestra fama de hospitalarios y corteses con el forastero, por el hecho de poner un comentario a estas visitas fugaces de los viajeros presurosos: su prisa es tan extremada, que no tienen tiempo para observar si, efectivamente, constituyen gala de nuestras virtudes la cortesía y la hospitalidad. Por lo cual, como no nos estimarán el buen agrado con que los recibimos, tenemos derecho a no estimarles su visita, ni clasificándola en la categoría de visita de cumplido.

Se la estimaríamos, como acto fraternal, si no tuviesen tanta prisa; esa prisa revelada en el aturdimiento indiferente con que recorren la ciudad, pensando que si se detienen un poco, perderán el tren de regreso. No tienen ellos toda la culpa de esta premura fatigosa: culpemos un poco a la empresa organizadora de estos singulares viajes, que convierten a los humanos en muñecos, animados por aparatos de relojería. Leamos cualquier programa de cualquier viaje de turismo económico a razón de 500 pesetas por viajero, todo comprendido: «El día tal llegada a Sevilla a las doce. Almuerzo a la una; a las dos visita a la Catedral; a las tres visita al Alcázar; a las cuatro visita a la Casa de Pilatos; a la cuatro y media visita al Palacio de las Dueñas; a las cinco visita al Barrio de Santa Cruz; por la noche fiesta andaluza en honor de los turistas. Al día siguiente, a las diez, salida para Granada».

No podemos, en modo alguno, agradecer una visita que parece un concurso de velocidad. A Sevilla no se debe venir con las horas contadas. Para llegar a nosotros, es necesario tener en cuenta nuestro modo de ser, para conquistar nuestra simpatía. El refrán español que reza «donde quiera que fueres haz lo que vieres», tiene su equivalente en todos los idiomas. ¿Hay quién pueda afirmar que aquí tenemos prisa? No. Luego entonces, para acomodarse a las circunstancias, conviene acercarse a nuestra ciudad con calma, recorrerla despacio y enterarse de sus cosas con cierta lentitud. «El que corre, tropieza», y es muy grave el tropezón de pasar sin haberse enterado. En modo alguno puede Sevilla agradecer que pase por ella la curiosidad extraña, formando un torbellino irreverente.

Alguien saldrá al paso de nuestras observaciones, diciendo que somos nosotros los obligados a acelerar nuestros movimientos, para acomodarnos a la celeridad de los tiempos nuevos. No, señor, no estamos conformes: aquí, debemos ir a todas partes por sus pasos contados... Nuestra calma habitual no es pereza, ni abandono, ni infinito desperezo voluptuoso. Es, es... es señorío, es serenidad, es elegancia: hay en el fondo de nuestra alma un dejo helénico, que nos obliga al vivir reposado; y otro dejo árabe, que nos manda no echar a barato la distinción de la quietud. Son dos gotas de dos estirpes maestras del equilibrio. Y no sabríamos ser vertiginosos, aunque nos lo propusiéramos. ¿Por qué nos molesta tanto la velocidad alocada de un automóvil? Por eso mismo, señores; algo más pudiéramos añadir al alegato en favor de nuestra lentitud, pero no lo estimamos necesario, por ahora.

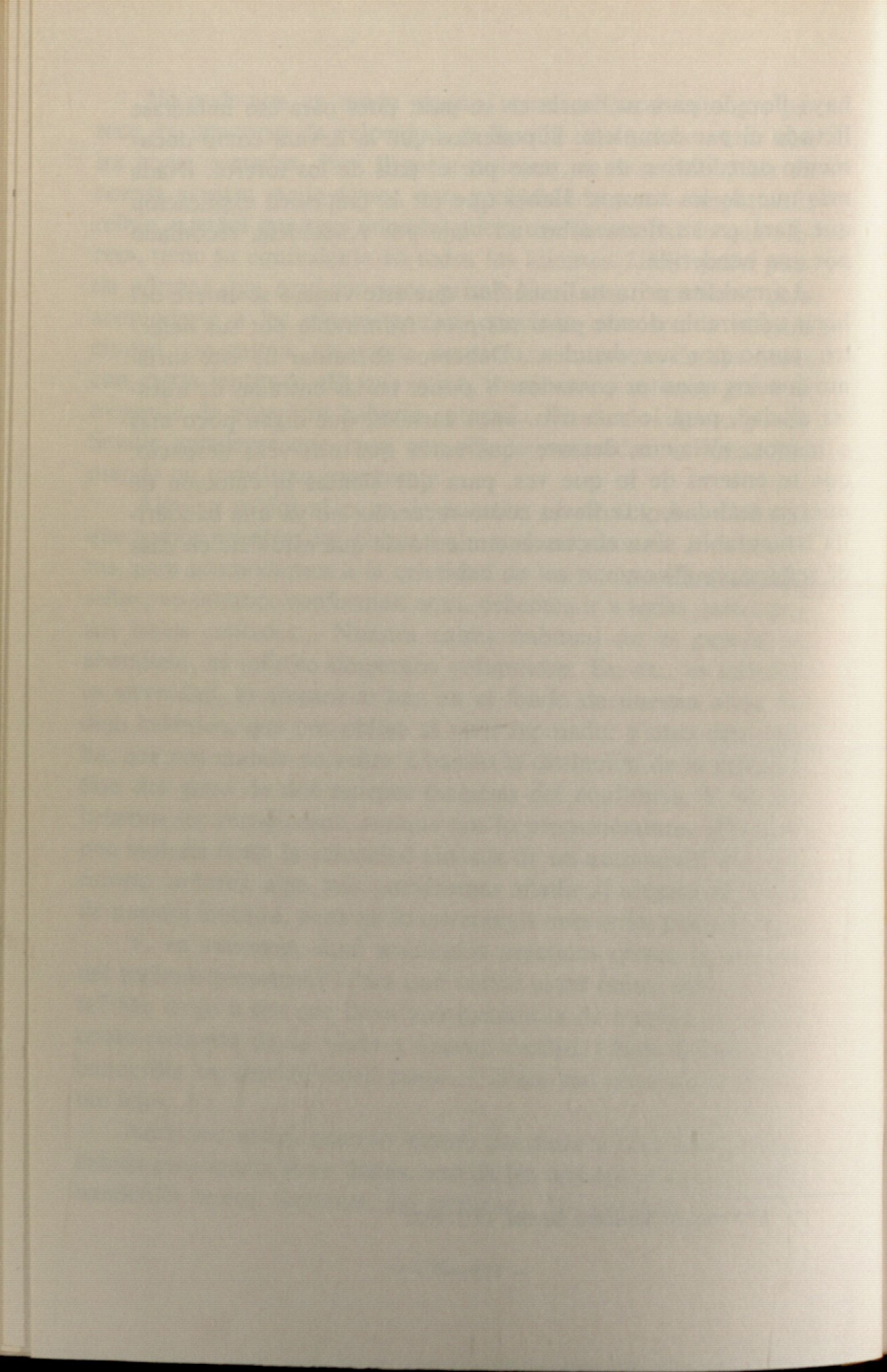
Y, en resumen, ¿qué resultados prácticos ofrece la carrera del turismo presuroso? ¿Para qué corrió usted tanto, señor turista? Me dirijo a ese que lleva una banderilla de corrida de toros, como recuerdo de su visita a nuestra ciudad. ¿Para llevarse esa banderilla ha corrido usted tanto...? ¿Para eso vino usted desde tan lejos...?

Admírese usted, querido lector, que tiene a bien leer con la debida parsimonia estas líneas: uno de los turistas se llevaba una banderilla nueva, flamante, sin estrenar... No creemos que se la

haya llevado para utilizarla en su país, pues para eso hubiérase llevado el par completo. Suponemos que la llevará como documento acreditativo de su paso por el país de los toreros. ¡Nada más que de los toreros! Habrá que oír la fantástica explicación que hará en su tierra sobre un viaje por Andalucía, recordado por una banderilla.

La maldita prisa ha impedido que este viajero se entere del lugar admirable donde puso sus pies. Admirable por sus defectos, como por sus virtudes... Debemos abominar de este turismo con los minutos contados. Y poner en las entradas de nuestra ciudad, para lo sucesivo, unos carteles, que digan poco más o menos: «Viajero, detente: queremos que nos veas despacio; que te enteres de lo que ves, para que sientas la emoción de nuestra realidad, y te llesves como recuerdo, no ya una banderilla lamentable, sino el convencimiento de que estuviste en casa de señores...» (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 12/2/1922.



EL TESORO DEL REY MORO

Todo individuo que se estime en algo, debe ser propietario de un pueblo, por lo menos. Como, en realidad, no cuesta ningún trabajo decir «*mi* pueblo», o «allá en *mi* pueblo», pocos son los mortales españoles incapacitados para ejercer este cómodo derecho de pertenencia. Y, idesgraciado aquél que no cuenta con un pueblo para su uso particular! Yo he conocido una pobre mujer que no tenía pueblo: un caso tan raro como lamentable.

—¿Dónde nació usted, señora? —se le preguntó una vez para llenar ciertos requisitos legales.

—Yo —dijo—, nació... ¡No me entristezcan preguntándome lo que no puedo contestar!

Y no es que hubiese nacido «en un bosque de cocoteros», como cualquier infeliz copletista (de *copleta*, copletista; idigo yo...!) y se avergonzase por eso, sino que había visto la luz en un pueblecito del cual sólo quedaban restos de la humilde iglesia. Una historia tristísima.

Vivían en *su* pueblo llamado *Las Granadillas*, como quinientas personas, cobijadas en unas casitas enanas que formaban una plazuela ante la puerta principal del templo: Detrás de éste estaba el cementerio, formando otra plazoleta formada de sepulturas contorneadas de rosales. Algo así como la plazoleta de la vida y la plazoleta de la muerte, separadas por el puente espiritual de la iglesia... De vez en cuando, algún vecino se moría de puro viejo, y su cuerpo exánime, pasaba al otro lado; daba la señal en tono lúgubre la campana, se entristecía un poco la plazuela de la vida y surgía un nuevo rosal en la de la muerte... Pero un año malo, la Pálida decidió gozar la paz de *Las Granadillas*, y para gozarla a sus anchas se situó al lado de la vida, y empezó a enviar jóvenes y viejos, con prisa, al lado de los rosa-

les funerarios. ¡Una epidemia que amenazaba acabar con todos los vecinos! Horrorizados los que iban quedando, decidieron, antes de caer, abandonar el pueblo. Así lo hicieron. Una noche sacaron de la iglesia la imagen del Santo Patrón, y llevándolo consigo, se trasladaron a otro pueblo. De Las Granadillas se enseñoreó la muerte. Ahora sólo quedan ruinas de las plazoletas, y sobre ellas, la ruina del puente espiritual de la humilde iglesia. El campanario está vacío, y por el hueco donde resonó la campana para anunciar las alegrías y las penas del pueblecito, pasan y repasan unos pájaros pardos... Los labriegos del contorno aran las tierras, labrando largos surcos en las yugadas cotidianas, suspendiendo, temerosos, la labor y volviendo, recelosos, las yuntas, cuando las rejas llegan a veinte varas de los paredones derruídos.

Pasó el tiempo, se fueron muriendo de puro viejos, en el pueblo que los acogió los emigrados de Las Granadillas, y sólo quedó la mujer que yo conocí... ¡La mujer sin pueblo! ¡Qué gran sentimiento compasivo promovió siempre en nuestro corazón esta mujer infeliz! ¡No tener pueblo! ¡No poder ejercitar este admirable derecho, que le hace a uno propietario con toda comodidad!

Cuando se tiene un pueblo, pueden disfrutarse varias ventajas, además de la de poder decir «*mi pueblo*» o «allá en *mi pueblo*». En un pueblo siempre hay varias cosas pintorescas e inolvidables, a saber: un tonto, que es el filósofo local; un listo, que suele ser el verdadero tonto; un poeta, presumido y ripioso; una dama inquietadora, que arregla bodas y las desarregla... y varias notabilidades más, que no son del caso. Hay también un tesoro. ¡Un tesoro! En tiempo de los moros —dice la tradición—, cuando llegaron los conquistadores, los moros enterraban sus tesoros para huir con más celeridad...

Algunos creen que el tesoro está junto a unas murallas de indudable valor arqueológico, y por buscarlo echan abajo las murallas. Otros creen que pueden hallarlo al pie de la fuente pública y dejan a los convecinos sin beber, por el loco sueño de encontrar la riqueza. ¡Toda persona espera hallar alguna vez el tesoro del moro! Yo, naturalmente, también; que para eso, como

persona de buen gusto, poseo un pueblo completamente mío, en el cual hay un tonto, y un listo, y un poeta, etc.

Y confieso que he buscado el tesoro. Claro es que con sumo cuidado, para no socavar las murallas ni cortarle el agua a los convecinos. Busqué y... buscando, buscando, encontré una piedra, sobre la cual observé unos caracteres árabes, que me puse a descifrar con mucho cuidado, para que no resultase algo parecido a aquello de POR AQUI BAJO SELIM. Ya lo recordarán ustedes: uno que escarbaba buscando la realidad de sus sueños de riqueza, halló, escarbando, escarbando, un ladrillo carcomido por la acción del tiempo, en el que, de pronto, leyó lo expresado arriba, y supuso que por el lugar del hallazgo había bajado nada menos que Selim, un supuesto rey moro, a esconder su tesoro. Luego, limpiando mejor el ladrillo, se completó el letrero y se aclaró la cosa. Era una indicación de alcantarillado, que decía: POR AQUI ABAJO SE LIMPIAN LAS ATARJEAS.

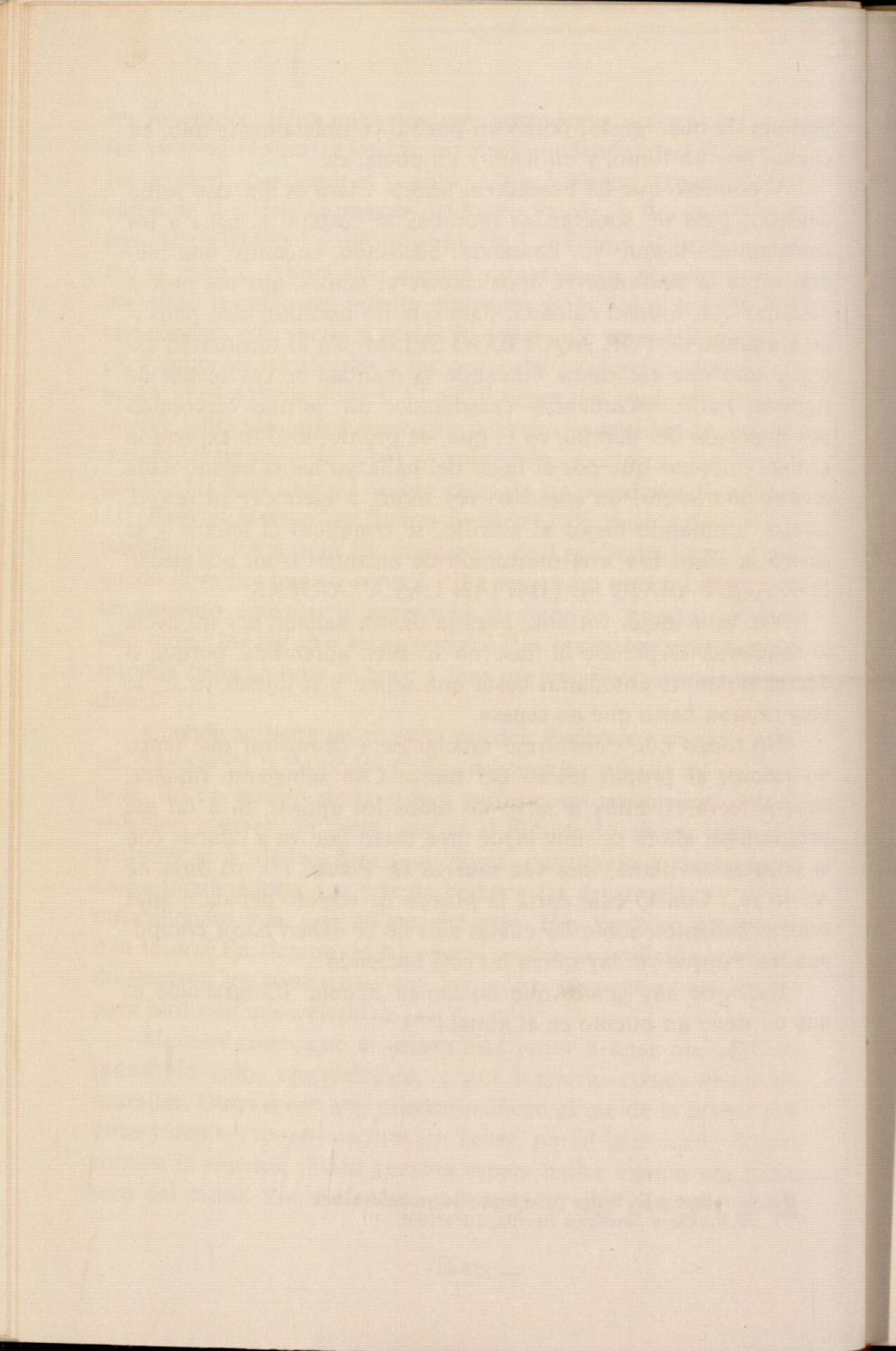
Yo, tuve mejor fortuna, pues la piedra hallada por mí decía lo siguiente: «Aprende la frase *no sé*, bien aprendida, porque si dijese *no sé*, te enseñarán hasta que sepas; y si dijese *yo sé*, te preguntarán hasta que no sepas».

No tengo que esforzarme mucho para demostrar que tengo mi tesoro; el propio tesoro del moro. Con semejante riqueza, amigos lectores, estoy a salvo de todos los apuros. Si a mí me preguntasen ahora mismo: ¿Qué cree usted que va a ocurrir con la política sevillana, una vez muerto D. Pedro? (*), yo diría *no sé, no sé...* Con lo cual daría la prueba de respeto debida a unas cenizas calientes, sobre las cuales aún no se deben hacer composendas. Porque ya hay quien las está haciendo...

Es... que hay gentes que no tienen pueblo. ¡Desgraciado el que no tiene un pueblo en el alma! (**).

(*) Se refiere a D. Pedro de la Borbolla probablemente.

(**) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 20/1/1922.



LA CRUZ DE MAYO Y LOS NIÑOS

Los minúsculos ciudadanos de la muy noble, leal e invicta ciudad de Sevilla, están haciendo *su mayo*. Por donde quiera podemos verles alargando, en guisa de platillo pedigüeño, una tapadera del último bote de leche condensada que consumieron durante la crianza, para pedirnos «una *perrita* pa la Cruz de Mayo». Antes pedían *un ochavito*, pero la transformación del sistema monetario obligó a las últimas generaciones a pedir la unidad aproximada: *una perrita*. También ha influido la guerra en el aumento de la cuota; ha encarecido todo, comprendiendo en este todo la organización y sostenimiento de la Cruz.

Es de veras curioso este petitorio infantil. Muchas personas tienen el mal gusto de enfadarse, cuando un mocoso se acerca demandando la limosna. También hay quien se enoja, cuando ve desfilar la ingenua procesión de la Cruz, que los pequeños organizan con singular entusiasmo. No hay motivo para enfadarse, como no sea que el enfado constituya una protesta por haber dejado de ser niño.

No hay que enfadarse en ningún caso. Las cosas más enojosas de la vida pueden ser transformadas en un grato motivo de regocijo espiritual, con sólo tener presente que un ceño fruncido por el tumulto de las contrariedades puede hacer reír en vez de asustar.

Nosotros conocemos una pequeña nena, ante la cual no es posible el enfado. Está sana y fuerte de cuerpo y sana y fuerte del espíritu, porque en su encantadora inocencia de seis años cree que la vida no ofrece motivos serios para enfadarse. Cuando alguien se enoja por una travesura suya y le riñe, ella encuentra sumamente divertido el gesto fiero de quien se decide a reñirle. Y se ríe de tal modo, que hace reír a todo el mundo. Paga bien

con mal, ofreciendo el regocijo de su risa a todos cuantos quieran disfrutarla. Reír es un gran bien, y en la distribución de este gran bien solamente los niños son generosos.

Pero... vamos a lo que íbamos. Nosotros hemos pedido —ya hace tiempo, demasiado tiempo acaso— para la Cruz de Mayo, con nuestra tapadera de bote de leche condensada. ¿Verdad, lector, que tú y yo hemos hecho también nuestro mayo? Ahora nos importa más «hacer nuestro agosto», porque el egoísmo, o la necesidad, o el simple afán de acumular riqueza, nos interesa más que el juego de los niños. Jugamos como hombres, y esto es serio. Los niños hacen su juego en el riente mes florido; nosotros, los hombres, en el árido mes reseco y fatigoso, que deja sin jugo los jardines. La seriedad consiste en eso, en la falta de jugo en el jardín del alma.

Nosotros —tú, lector amable, y yo, cronista insistente— hemos decidido reservar una sonrisa en el corazón para que no nos falte nunca el jugo alegre del infantil optimismo. Y así podemos convertirnos en niños de vez en cuando. ¡Con cuánto placer iríamos de esquina en esquina con el improvisado platillo, pidiendo la consabida perrita para la Cruz de Mayo! En la ingenua procesión de la Cruz, que recorre las calles como una procesión de verdad, también nos agradaría hacer *el Nicanor*, es decir, tocar el tambor y marcar el paso. ¿No es cierto? ¡Y que se enfaden todos los incapaces de convertirse en niños!

Pero ya es hora —son las doce y pico— de decir algo sobre el significado en las costumbres de este petitório infantil por mayo florido. Alargar la mano para pedir una limosna invocando el amor de Dios, es algo que nos mueve a la pena por los indigentes... Entre paréntesis: También hay quien se enfada en este caso de compasión humana, y quien opina que no se debe dar limosna por el temor de que el indigente se la gaste en vino. ¡Como si el que pide no tuviese igual necesidad de beber que de comer! Nosotros, que ya hemos convenido en no enfadarnos nunca, pensamos que debe pedir el necesitado, y entendemos que debe atenderse la petición... siempre que se pueda. Lo cual no quita para que reputemos lamentable el hecho de pedir.

Pero solicitar una perrita para la Cruz de Mayo; es decir, pedir para mantener el decoro de una bella costumbre, se nos antoja virtud de una raza, que será muy pobre y todo cuanto se quiera, pero demuestra su riqueza de ideal pidiendo para mantener la belleza de una tradición.

Así es, lector amigo, que si te asaltan los minúsculos ciudadanos con su platillo improvisado, no te enfades y entrégales tu óbolo. Pudiera ser que el nombre de la Cruz de Mayo lo empleen algunos como medio de agenciarse unos cuartejos con que mitigar el hambre en sus hogares; pero ten en cuenta el modo cómo piden, para encubrir con dignidad de señor el drama del estómago escaecido.

En cualquier caso da la limosna sin titubear. Que si la *perrita* no añade flores a la Cruz, llevará por ella alegría a los corazones que en mayo, cuando todo ríe, están llorando. Llorar es muy serio en todos los meses del año, pero en éste mucho más que nunca.

Hagamos lo posible para que los niños cumplan su designio de alegrar la vida... (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 13/5/1922.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is too light to transcribe accurately.

LA LEYENDA DEL NIÑO PEREGRINO

El día amanece entre neblinas que luego el sol disipa al transmontar la cumbre festoneada de castaños. La luz enciende fugaces chispas de plata en las hojas mojadas, y la brisa, al agitarlas, hace que una fría aspersion caiga sobre los surcos labrados...

Se van tiñendo de oro rosa las blancas casas campesinas de tejado rojizo... La yedra fiel contornea de ramalazos verdes el cubo del molino en que la livea vuelca sus aguas tumultuosas para que la muela comience su vertiginosa marcha al son de la taravilla. Unos nogales gigantescos sirven de fondo.

El cacho de huerta contiguo muestra sus canteros de tierra dormida, libre de toda planta, y allá, en la linde, los castaños abren pródigos sus erizos para dejar caer el orondo fruto marrón que, luego, en los zarzos, dará cuenta de su lozanía. En la zahurda, a cuya puerta se ven algunos haces de taramas varias, gastadas piedras de moler; los cerdos cebados y los verracos lucios han logrado volcar el dornajo para emporcarse en su agua malo-liente. En el bordal picotean las gallinas, disputándose, con los gorriones, las aechaduras del trigo, limpio para ir a la tolva.

Por la la chimenea de caballete sale un denso humo, moteado de estrellitas de fuego, que apaga en seguida el frío de la mañana. Es que en el hogar enciende lumbre el molinero, para que se caliente el agua de la caldera, colgada de la renegrida cadena del llar... Junto a los tueros, pone luego las trébedes, apoyo del sartén donde se freirán luego los torreznos para hacer las migas.

Con la inquieta llama de la candelada, relucen los brillantes peroles de cobre rojo que, con el almirez, las tapaderas estañadas y los demás objetos metálicos del menaje, penden de las escarpas...

Empiezan a chorrear rojas gotas de grasa las morcillas nuevas, colgadas en el claveteado borde del bazarillo de la chimenea de campana. A la luz inquieta del hogar, la sombra del molinero, proyectada en la pared frontera, llena de arneros y cedazos, bailotea una danza de pesadilla.

Por una ventana que da al tinado asoma su grave semblante una burra de abultada panza gris, que se impacienta, y lo avisa empinando las orejas por la tardanza del pienso. El molinero que a la sazón hace cábalas, al amor de la lumbre, sobre las ganancias que le producirán para Navidad las maquilas, no hace caso de insinuaciones orejiles, la burra lanza entonces un sonoro y prolongado rebuzno... Las gallinas cacarean, alborotadas; los gorriones se van, despavoridos, a los aleros más altos, y los cochinos gruñen, rechazando la molesta diana tardía de la borrica preñada.

El molinero desatranca la puerta, sale al llano, abre la tajarera y da paso al agua, que se precipita sobre la aspada rueda, poniéndola en marcha, y las artes de moler, tras un lento desprezo, comienzan la tarea del día. De nuevo está el molinero en el interior, para alimentar la tolva, vertiendo en ella el trigo de una talega restallona... Y torna después a la tosca silla, con asiento de tomiza, para liar, mientras chisporrotean los sarmientos, el primer cigarro de picadura, que luego enciende con un tizón.

En esto le llega de fuera la voz infantil que canta a la puerta el romancillo lastimoso, con especial soniquete:

*«La Virgen se está peinando
bajo una hermosa alameda;
los cabellos son de oro,
la cinta de primavera.
Pasó por allí un anciano,
diciendo desta manera:
¿Por qué no canta la rubia,
por qué no canta la bella?
Cómo quieres que te cante
—contesta con mucha pena—*

*si un hijo que yo crié
más puro que la azucena
me lo están sacrificando
en una cruz de madera».*

Quien entona el romance que la musa popular, eterna por desconocida y por inmortal, compusiera, es un arrapiezo sucio, mal vestido con ribeteado camisón de balleta y calzón corto deshilachado, sujeto al hombro con un solo tirante de orillo; descalzo de pie y pierna, y tocado con un viejo sombrero, deformado y grande como la esperanza del pobre.

El molinero le invita a pasar —¡Entra, muchacho!—, y le hace que se arrime a la lumbre. En seguida, le parte una vera de pan, se la rocía con aceite de una alcuza mugrienta, y se lo entrega... El chico devora el desayuno, goteándole el aceite por las comisuras, y con la boca casi recalcada, vuelve a cantar, para no parecer ocioso ante quien le obsequia. Ahora la emprende con los villancicos del Niño-Dios, que pronto nacerá:

*¡Madre!, en la puerta está un niño
más hermoso que el sol bello,
llorando, que tiene frío.
¡El pobretico está en cueros!
 Su madre es del cielo,
 su padre también,
 y El bajó a la tierra
 para padecer.*

Ofrece el bueno del molinero una aliara al pequeño, y éste bebe un buche de aguardiente que le quema el gatzate... Pero, a pesar de la quemazón, siguen enteros sus alientos de cantante agradecido:

*La Virgen del manto negro
que por los suelos arrastra
lleva en su mano derecha*

*un lindo cáliz de plata,
para recoger la sangre
que los humildes derraman.*

El molinero sonríe, manda callar al niño, y le regala un toco caballejo de cañaja y un taco o cerbatana de sauco para que juegue.

* * *

Nadie en el campo serrano deja de ofrecer lumbre, comida y juguetes a los niños pobres que van de monte en monte y de caserío en caserío. Porque una vez...

Erase una vez, por el invierno helado, que llegó a la puerta del molino de un rico, un niño vestido de peregrino, y pidió que le dejasen calentar sus carnes ateridas. El molinero rico era hombre de mal humor y no sólo le negó sitio junto a su lumbre, sino que le azuzó al perro para que se alejase pronto. Se marchó ligero el niño y pidiendo lo mismo en el molino de un pobre que estaba cerca, le fue otorgado de buena gana calor y comida por la bondadosa molinera que tenía siete hijos, nada menos, con los cuales jugó también cuanto quiso.

Al desaparecer el niño peregrino le dió a la buena mujer una semilla, recomendándole que la sembrase. Y la semilla dió una planta con centenares de flores como margaritas cuyos botones eran otras tantas monedas de oro.

Se alborotaron los campesinos al saber de aquella pródica cosecha, y el molinero rico al enterarse sintió remordimiento de haber arrojado de su puerta sin socorro al donante de tan maravillosas semillas.

Y al año siguiente volvió el niño y llamó a la puerta del molinero rico y éste le recibió con alborozo y le agasajó. El niño le dió entonces, al marcharse, otra semilla, pero al brotar la planta cuando fue sembrada no salieron margaritas con botón de oro, sino una cinta con unas letras que decían: «Cuando llame a tu corazón un niño, atiéndelo siempre, porque atendiéndole, sea quien sea, puede hacer tu felicidad».

Aquel pequeño peregrino era el Niño-Dios en persona, según creen en los campos serranos.

Ahora...

Por el campo espiritual de Sevilla van pidiendo los peregrinos del Ateneo para las fiestas infantiles. Van con temblor de niños pidiendo para los niños que tiemblan de zozobra en los dinteles de la vida. No neguéis vuestra cooperación en la buena obra de dar calor fraternal y alegría gozosa a los pequeños (*).

El Niño-Dios os lo recompensará con la semilla de su divina gracia para que la sembréis en el jardín de vuestra fe, donde os florecerán rosas de felicidad porque supísteis hacer bien por los humildes... (**).

(*) Se refiere a la recién creada *Cabalgata* de Reyes Magos que fundara el autor —conjuntamente— con José M.^a Izquierdo.

(**) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 16/12/1924.

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or title.

Second paragraph of faint, illegible text.

Third paragraph of faint, illegible text.

Fourth paragraph of faint, illegible text.

Fifth paragraph of faint, illegible text.

Sixth paragraph of faint, illegible text.

Seventh paragraph of faint, illegible text.

Eighth paragraph of faint, illegible text.

Ninth paragraph of faint, illegible text.

Tenth paragraph of faint, illegible text.

Eleventh paragraph of faint, illegible text.

Twelfth paragraph of faint, illegible text.

Final paragraph of faint, illegible text at the bottom of the page.

MOMO Y EL TRIBUTO DE LAS DONCELLAS

Ya está aquí el Carnaval... Dentro de poco, veremos revolotear la primera golondrina y, en seguida, vendrá la primavera... Pero, no adelantemos los acontecimientos: el Carnaval ha llegado, es la actualidad y, en este concepto, exige que comentemos su reaparición.

Además nos obliga al comentario la incertidumbre de saber que don Procopio, el viejo libidinoso, que era ya viejo cuando bailaba la «machicha», se obstina aún en comprar una careta y asistir a las fiestas sugestivas de la carne y el pecado, como si resplandeciese todavía la primavera de su vida. Momo es capaz de hacer reír con sus bromas, incluso a los que tienen el labio *partío*. Porque es como para reírse viéndole meter en diversión a la gente seria que ya sólo está para sopitas y buen vino, y oír el toque de ánimas en la cama propia.

Nosotros, si no supiésemos que en el fondo de toda diversión existe una tragedia, tendríamos a bien reírnos a carcajadas de este estúpido dios Momo; pero ya que no reírnos, sonríamos al menos, y, sin ponernos demasiado serios, dediquémosle media docena de vituperios al grotesco hijo del Sueño y de la Noche y nieto de la Locura, a ver si logramos que salga de su natural escañecedor y burlesco, y acepta darnos la cara... para partírsela.

—¡Momo! ¡Idiota! ¡Levanta tu máscara de canalla, a ver qué faz tienes en la realidad, por si la encontrásemos digna de merecer una bofetada nuestra!

Es inútil. Momo contesta a nuestro reto, lanzándonos con fingida voz de falsete, la burlona frase de siempre: «¡No me conoces, no me conoces!».

Y, sin embargo, ¡le conocemos tanto!... Tanto, que, sin levantarse la careta, sabemos quién es. Es... es... Todos lo sabemos

y no hay para qué señalar. Pensemos un momento con los ojos cerrados, y veremos las facciones de algunos de esos hombres tan conocidos que cuando no les obliga Momo a llevar la cara tapada, hacen de la cara una careta para desfigurar su alma, poniéndole la máscara de la hipocresía.

En realidad, Momo sería inofensivo si sólo reinase tres días. Pero, es que reina siempre. En los tres días que empuña su cetro —palitroque rematado con una figurilla grotesca—, suelta impunemente los frenos de su instinto y multiplica sus víctimas, riéndose de su poder absoluto. Luego, el estrago perdura porque el dolor que sembró entre burlas y cascabeleos no se desvanece: es la tragedia irremediable que queda en el fondo de la risa... es la risa hecha incurable llaga...

¡Alto ahí! Si seguimos por el camino de las observaciones graves y las lamentaciones jermiácas, resultará que, cuando más debemos acentuar el tono festivo para elaborar un artículo de circunstancias que no desentone entre la bullanga retozona de estos días, más serios nos ponemos. Y, ¡esto no es serio! Tenemos empeñada nuestra palabra —¡hasta la palabra, amigos!— en el propósito de hacer sonreír discretamente, y debemos procurar-lo de todos modos.

Riamos. Riamos de esto que vamos a revelar aquí, en secreto, sin que se enteren las autoridades que tienen confiada a su custodia la moral, ni lo adviertan las honorables juntas que luchan en ese empeño piadoso de la *trata de blancas* para evitar relajaciones y podredumbres entre las muchachas expuestas al peligro del impudor y al acecho del vicio.

Todos estos días pasados han salido de aquí, de nuestra Sevilla, numerosas jóvenes que van a hacer el *Carnaval* en otras grandes ciudades españolas. Las reclutó Momo disfrazado de Celestina que recibió el encargo de abastecer de carne andaluza —tan preciada en los mercados del placer desde las bacanales romanas—, las abyectas mancebías, los bailes locos y las posadas del amor furtivo... Riamos, porque esto es muy divertido. «En Carnaval todo pasa, y, esto que ha pasado, y pasó siempre, puede seguir pasando.

Y pasará, porque Carnaval es todo el año:

«Carnaval de la vida,
mundano infierno:
¡a qué fijarte plazo
si eres eterno!».

como escribió un poeta de manera que no se borrara jamás.

Todo el año es Carnaval. Todo el año fingimos el esfuerzo de fomentar la cultura redentora de almas por la cura del mal de la ignorancia; todo el año disfrazando el deber con la máscara de la hipocresía; todo el año lamentando que la mujer tenga como único medio de librarse de las penurias, el sacrificio de su dignidad...

No, no señor, diga usted que la que no quiere no se sacrifica: usted sabe que la vida es dura y más duro el leve pedazo de pan diario con que se paga el esfuerzo honesto que no redime de la miseria. De modo, que entre la miseria y el deshonor, es muy humano que se prefiera el deshonor porque, al fin, da de comer.

Riámonos, señores: convengamos en que es urgente poner remedio a este cruel procedimiento de ganarse la vida y... la muerte. El vencimiento en el deber de la *struggle for life*, no debe ser nunca arrojarse al abismo de la indignidad.

Es necesario poner a las mujeres andaluzas en un nivel medio de cultura que les permita luchar con decoro para que dejen de ser las más obligadas a dar la monstruosa contribución de sus vidas a lo que suelen llamar *la vida*. Para que no se nos siga considerando por ahí como gente inferior es preciso que se detenga esta perpetuación aborrecible del legendario tributo andaluz de las doncellas...

He aquí el arranque de una cruzada para las mujeres que por sus méritos y su inteligencia van incorporándose a la acción política ciudadana en su más elevado concepto. Los hombres no supieron nunca aportar a las leyes matices de respeto y ternura leal para las hembras, porque se lo impidió su ciego egoísmo y la bestia interior de los apetitos. Las mujeres en funciones directrices, con buena voluntad...

Pero, ¿quién habla hoy de cruzada ni de buenas voluntades? ¡Es Carnaval! ¡Reina Momo! Hay que burlarse de todo. Por ahí anda suelto el dios canalla hijo del Sueño y de la Noche y nieto de la Locura. ¿No lo oyen ustedes? Con su voz de falsete va diciendo: ¿No me conoces, no me conoces?

Y, le conocemos... Es claro que le conocemos. Es, es... Lector, bien sabe usted quién se oculta bajo la careta de Momo. Lo sabe, y se está riendo mucho de que sea capaz de andar de broma gente tan seria de ordinario. ¡Este don Procopio!...

Ríase usted con todas sus ganas. Nosotros nos reímos todo cuanto nos es posible (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 19/2/1928.

LA BÁRBARA COSTUMBRE DE LAS CANTALETAS

La señora viuda Romero y el señor viudo González, a pesar de haber doblado ya, ambos, el cabo de Buena Esperanza — permítasenos el tropo— de la edad en que se desencadenan las grandes borrascas pasionales, sienten que una honda simpatía o un simple anhelo de auxilio recíproco les empuja al uno contra el otro, con cierto «tiraero» mútuo e irresistible.

Como son personas perfectamente dignas y bien vistas, rechazan de consuno la idea de una unión ilegítima, sobrellevada con escándalo, si es pública, o con íntimo sobresalto espiritual si es furtiva y secreta. Por las angosturas de moral puebleña, no hay otra manera de meterse que abriendo paso con la fuerza de lo lícito, determinada por los prejuicios seculares.

Hay otro temor todavía. Una unión legítima «por delante de la iglesia», es decir, con altar, cura y bendición, ha de pagar, por fuerza, a la crítica rural, inflexible, el tributo consuetudinario de la burla, en la moneda de la resonante cantaleta escarnecedora. Los pueblos son así: tardos y desganados para otorgar el elogio merecido, pero muy prontos y gustosos para poner en ridículo al convecino que se descuide.

Y este temor es el que aconseja a la señora viuda Romero y al señor viudo González a no celebrar la boda en el pueblo de su residencia, hurtándole a los indígenas la ocasión de que conviertan en tumulto la apacible nupcia otoñal.

Ciertamente, es un jaleo el de la cantaleta que merece rehuirlo prudentemente.

Empieza por la mañana del día de la boda, con la intervención de un grupo de chiquillos, tráfugos de la escuela, que abren el acto con una prolongada sinfonía de latones y caracoles.

Poco después, se agregan los zapateros, si es lunes, y si no también; éstos arrastran a los vagos sujetaesquinas o sujetamostradores de las sórdidas tabernas, añadiendo ya la risotada bárbara y el ademán grosero a la procaz tarea de colgar de las ventanas de la casa matrimonial ristras de armas de cabezas caprinas, recogidas en el matadero, y de todos los vasos de noche desportillados que pudieron hallar en las callejas de la villa.

No hay fuerza humana, con o sin tricornio, que coarte estas expansiones. La costumbre es ley, y respetar la ley es el fundamento del orden, aunque el orden sea un verdadero desorden, como en este caso.

Los intérpretes de esta bullanga y estos atropellos vigilan, sin ceder en sus ruidos, a los contrayentes, para tener el gusto de acompañarles a la iglesia o de arreciar la cantaleta si deciden casarse en casa, amenizándoles de todos modos la Epístola de San Pablo, con las piezas más escogidas del vasto repertorio de los escándalos colectivos. Algunas veces hay asalto a la morada matrimonial y destrozos en el ajuar, tomando parte hasta las personas más serias del burgo.

Conste que no describimos aquí la cantaleta de ningún pueblo determinado. La gente vulgar, mezquina en sus juicios, cree ver siempre en los escritos públicos alusiones concretas en lo que el escritor refleja sólo con un sentido general y abstracto. Esta cantaleta es de todos y cada uno de los pueblos, porque en cada uno y en todos duerme el monstruo ancestral de la barbarie primitiva, bajo el panorama de una paz eglógica, dispuesto a despertar, sacudirse y clavar la zarpa, tan pronto como la ocasión se presenta. Aquel pueblo que haya matado ya al monstruo, que lo diga, y pondremos su nombre en la vanguardia de la civilización.

Por temor al monstruo, la señora viuda Romero y el señor viudo González resuelven huir de su pueblo, renunciando a la bendición borrascosa y no exenta de peligros, ante las imágenes tutelares o bajo el techo del hogar propicio, para buscar la legitimación de sus anhelos íntimos en el incógnito de una iglesia inadvertida de la ciudad populosa, extraña y lejana. Así proce-

den; y cuando presumen que se ha aplacado el furor puebleño y se aseguran de que ha vuelto a dormirse el monstruo, no sin rezongar y gruñir la contrariedad que le produjo la defraudación, tornan al hogar donde viven tranquilos el tiempo que Dios quiere, gozando el dulce sosiego de la familia, hasta que la muerte cierra sus ojos y manda para la tierra original el barro derrotado de los despojos.

Pero, ¡ay!, que en la precipitación por rehuir la befa pública, intolerante con las bodas que pudiéramos llamar de segunda mano, se quedaron sueltos ciertos cabos de legalidad civil, y sobreviene un postrero embrollo judicial, asidero de leguleyos, discordia de parientes y venganza tardía, pero cierta, del implacable monstruo defraudado. Los manes de la señora viuda Romero y del señor viudo González danzan, por fin, días y noches interminables, al son infernal de la cantaleta fatal del ruidoso pleito sobrenido por culpa de la rural intolerancia.

Todo esto que antecede viene como cuento y comentario del caso que acaban de fallar los altos jueces del Tribunal Supremo de España sobre la situación jurídica de un matrimonio realizado entre dos viudos de la provincia de Sevilla, con idénticas condiciones que el de la señora viuda Romero y el señor viudo González: huyendo de la cantaleta de su pueblo, se casaron en una iglesia sevillana, como Dios manda; pero se olvidaron con la precipitación y el aturdimiento de cumplir también los mandatos legales, y surgió el pleito, la cantaleta inevitable... En el fallo supremo, que declara válido el matrimonio canónico para la declaración de herederos, creemos ver también la condenación de una costumbre de los pueblos, en general perturbadora e impía.

Lo que hace falta es que la condena tenga en todos los pueblos la eficacia ejemplar de dormir para siempre al monstruo de la costumbre, cuyo pintoresquismo no destruye, ni siquiera compensa, su ferocidad (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 10/3/1928.

DIVAGACIÓN CUARESIMAL SOBRE EL BACALAO

Un fragmento de espina del bacalao que ayer viernes ingerimos para rendir pleitesía, en la medida de nuestras fuerzas, al precepto cuaresmal de la vigilia, se nos alojó en las inmediaciones de la glotis, sin que nos fuese posible lograr que se desprendiese, por más trozos de corteza de pan a medio masticar que nos comiésemos. Nos acostamos con la preocupación de la molesta espina y nuestra impresionabilidad ha tenido a bien regalarnos un ensueño que no vacilamos en calificar de saladísimo.

Hemos soñado con que celebrábamos una interviú con un bacalao de esos que están en los escaparates de las tiendas de comestibles, y como no dejan de ser interesantes sus manifestaciones decidimos hacerlas públicas con el propósito de que los lectores sepan a qué atenerse respecto del alimento más frecuente en sus mesas por estos días.

—Señor bacalao —interrogamos—: ¿quiere usted decirnos algo de su vida?

—Yo —responde inmediatamente—, soy uno de los cuatro millones de individuos de mi familia que vienen al mercado español cada año.

—¡Cuatro millones! —exclamamos con asombro.

—Cuatro millones —reitera el bacalao—, o lo que es igual: ocho millones de kilos, ateniéndonos al peso de dos kilos que venimos a tener por término medio los chicos con los grandes. Tal cantidad se comen los españoles.

—¡El agua que eso representa! ¡Dios mío! —decimos sin poderlos contener, refiriéndonos, es claro, a la que el incendio interior de una digestión de bacalao requiere para extinguirse... ¡Cuando se extingue!

—El agua... y el arroz y los tomates y las papas y las infinitas cosas que entran en el condimento de mis guisos, —profiere indiferente mi interlocutor que, por lo visto, tiene la vana presunción de que no es muy salado.

—¿Quiere usted, señor bacalao, decirnos algo de su procedencia? Solemos verles en las tiendas y llegamos a sospechar de vuestra autenticidad. Hay quien cree que son ustedes de cartón y estopa prensados, tostados y salados...

—Estúpida creencia, amigo mío, —ataja el bacalao con cierta severidad para la ligereza de nuestros juicios—. Venimos muchos del gran banco situado en el Mar del Norte, entre la Gran Bretaña, Holanda y Dinamarca; otros de Terranova, en las costas septentrionales de América; y los más, de Islandia. Hace cerca de cuatro siglos que todas las naciones del mundo se dan cita con sus barcos en estos parajes para pescarnos, prepararnos y lanzarnos luego a la voracidad del estómago humano, con o sin espinas. Las faenas de la pesca son duras de suyo y cuestan la vida a muchos hombres, que también suelen matarse por las disputas egoístas que sostienen para lograr nuestra posesión. Cada temporada de pesca, entre náufragos, accidentes y peleas, hay centenares de muertos.

—¡Qué horror! —exclamamos—. ¡Y luego dicen que el bacalao es caro!

—Salvo que no cuesta nada criarnos, los demás gastos son superiores a los necesarios para mantener las ganaderías bovinas o porcinas para carne. Si se nos puede vender por lo común un cincuenta por ciento más barato que ésta, es porque nos pescan en gran número de una vez y damos varios productos, entre ellos el aceite de nuestros hígados, tan estimado como medicina, las huevas o *raba* que se emplea como cebo para la pesca de sardinas, las cabezas e intestinos que, convenientemente desecados, se emplean para abonar las tierras... Lo menos importante, para nosotros, es el mísero cuerpo que vosotros consumís.

—De modo que la cabeza... —decimos con timidez.

—La perdemos inmediatamente que se nos pesca. El descabezado es la primera faena de nuestra preparación. La segunda

es el destripado y desangrado. Bacalao que no sea despojado tan pronto como sale del agua, es de ínfima calidad y dañino para los estómagos. La diversa manera de prepararnos, da distintas calidades que en el comercio adopta varios nombres. Por ejemplo: el *klipfisk* —es el abadejo al gusto español—, el *stochfisk*, el *platfisk*, el *hangéfisk* y el *hundfisk*. Este último sólo se abre por la ventrecita y, aun salado, conserva la forma redonda.

—Y la espina, ¿cómo perdéis la espina? —nos atrevemos a preguntar con la preocupación de la que tenemos alojada en los alrededores de la glotis.

—La dorsal se corta bien hasta una de las últimas articulaciones hacia la cola y se extrae fácilmente de un tirón que se lleva consigo gran parte de las espinillas laterales. Bacalao sin espinas no hay; para reducirlas lo más posible, con objeto de producir esa clase mal llamada «sin espinas», es preciso cortarnos en trozos. Los bacalao enteros no podríamos permanecer rígidos sin esas espinas que nos dejan después de sacarnos la dorsal.

—La pesca y sus derivaciones requieren, por lo visto, numerosos elementos y brazos.

—Sí. Se emplean actualmente de ocho a diez mil buques y más de cien mil personas, entre marineros, preparadores y desecadores. Para satisfacción de los españoles, debo decir que en atención a vuestras preferencias por nosotros, los de mejor calidad y más cuidadosamente desecados venimos a España, entrando por los puertos de Bilbao y Barcelona. A Sevilla venimos muchos buenos mozos para cumplir el servicio militar como *soldados de Pavía*.

—Todo eso es muy interesante, señor bacalao. Pero nos interesaría conocer algo de vuestra vida marítima; el período anterior a la pesca. Por ejemplo: ¿practican ustedes la eugenesia? Esto nos conviene saberlo, pues ahora anda el mundo humano preocupado con la manía de mejorar las razas eliminando a los seres defectuosos, como quiera que sea. Y ¡quién sabe si nos vendrá adoptar vuestros procedimientos, si es que tenéis algunos!

—Nosotros dejamos vivir todo lo que nace, al contrario del hombre. La destrucción de nuestros semejantes no nos está per-

mitida. Ya se encargan de ella otros peces feroces que nos tragan en vivo y el *pez gordo* del ser humano que nos sacrifica a millones. La verdad es que si esta destrucción no fuera superior a la natalidad, se provocaría un conflicto tremendo, angustioso, amenazador de la vida del mundo.

—¿Cómo es eso? —preguntamos, alarmadísimos, al señor bacalao.

—Figuraos —dice el bacalao en un extraño tono—, que una pareja de bacalao puede dar cada tres años una descendencia de cuarenta mil millones de bacalaítos... —*Bacaladitos* estaría mejor, y *bacalada* para el femenino, pues no es agradable ni lo de *bacalaíto* ni lo de *bacaláa*, ni tampoco lo de *bacalao*. Es absurda esa tacañería con que nos suprimís la *d*, sin duda para menospreciarnos, a pesar de los servicios que os prestamos generosamente. Yo quiero llamarme *bacalado* y a mi esposa debe llamársele *bacalada*, y a mis hijos, *bacaladitos*...

—Bueno, señor *bacalado*. No se enfade usted. Nos decía que cada señora *bacalada* podía poner en el mundo, cada tres años, cuarenta mil millones de *bacaladitos*... ¿No es eso?

—Así es. Y que si no fuera por el furor bacaladofógico de otros infinitos peces, para quienes somos un bocado exquisito, y de los hombres que también nos consumen vorazmente, —aparte los que morimos por enfermedades y accidentes—, llegaría un momento, al cabo de pocos años, que poblaríamos el mar por completo... Las aguas quedarían convertidas en una masa informe de *bacalado*, no en remojo, sino en seco, porque habríamos consumido el líquido elemento. Entonces moriríamos todos de sed, y el sol nos pudriría, y un hedor insoportable a *bacalado* seco se esparciría por el mundo, que perecería, al fin, víctima de nosotros...

—Oiga, señor *bacalado* fantástico: ¡para no tener cabeza, tiene usted una imaginación portentosa!

—No es fantasía imaginativa, infeliz. Es la realidad amenazadora que se impone. Ahí está, en esa muerte tan trágica y tan poco gallarda, nuestra venganza. Moriremos todos, pero nosotros habremos vengado a todos los animales de mar y tierra, de

la crueldad, rapacidad, voracidad y demás fieras mañas del hombre...

—¡Señor *bacalado*! ¿Qué es eso? ¡No se ponga usted así! Pero... ısea razonable!

—Os estáis pasando la vida —prosiguió el bacalao sin hacernos caso—, temiendo el *peligro amarillo* y no caéis en la cuenta de que hay un *peligro blanco* mucho peor, que os dará la espantosa muerte que merecéis... El peligro de morir por los gases asfixiantes del *bacalado* putrefacto.

Fuera de sí estaba el terrible abadejo amenazador y nosotros dispuestos a gritar para llamar a los guardias... Pero surgió, feliz y oportunamente, un valeroso tendero que sin miramiento alguno cogió al bacalao y lo hizo cachitos bajo la cuchilla clásica, diciendo con aires de suficiencia ultramarinera: «Aquí no hay quien corte el bacalao más que yo».

Nosotros despertamos sobresaltados. La espina de la garganta todavía nos molesta (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 24/3/1928.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and appears to be a formal document or report.

DE CÓMO SE VIAJA SIN MOLESTIAS EN AUTO-DILIGENCIA

No estamos seguros todavía del nombre que habremos de aplicar en definitiva a los grandes automóviles para viajeros que el vulgo llama «camionetas»... Camioneta es el diminutivo de camión o carro para transportar grandes fardos; se ha formado a través del diminutivo galo «camionette» o pequeño carro para mercancías. Los españoles debiéramos decirle carretón al camión y carretoncito a la camioneta; y en el caso de aceptar la palabra camión como española, hemos debido hacer del pequeño camión el camioncito. Y cuando el progreso ha dado a estos vehículos la propiedad de moverse por sí mismos, hubiera sido más propio llamarles, respectivamente, autocamión y autocamioncito. Pero de ninguna manera está bien que a los destinados al servicio de viajeros se les apliquen los nombres correspondientes a aquellos que sólo sirven para transportar fardos, que alguna diferencia hay, gracias a Dios, entre un ser humano y un fardo de corcho, pongamos por bulto transportable.

Los vehículos automóviles para viajeros carecen, en realidad, todavía, de nombre apropiado. Se les empezó a llamar «autocars», anglicismo que al españolizarse debió quedar en «autocarro», lo que, sin duda, no ha ocurrido porque nuestro orgullo de viajeros no nos permite declarar que viajamos en carro. Después vino la denominación «autómnibus» o coche automóvil para todos, e inmediatamente «autobús», que es la misma, pero más corta, tal vez para dar más facilidades... Pero esta denominación última viene aplicándose en España nada más que a los grandes vehículos automóviles destinados al transporte urbano de viajeros. De donde resulta que los interurbanos —amos triunfadores de esas carreteras de Dios— no saben aún cómo se lla-

man. Con razón pueden decir las compañías ferroviarias, a quienes les hacen una temible competencia, que un artefacto completamente anónimo está reduciendo sus ingresos de un modo alarmante. Se les podría llamar sin dificultad «auto-diligencias», porque, en realidad, no son otra cosa que las antiguas diligencias moviéndose por sí solas...

Por ellos volvemos a disfrutar el placer —en menor medida, naturalmente, por la breve duración del transporte— de los clásicos viajes pintorescos de tan honda huella en la literatura universal; con la circunstancia, digna de mención, de que en estos vehículos producidos por una civilización que presume de democrática, llevan en sí la desigualdad irritante de la clasificación en viajeros de primera y segunda, que ha quitado al viaje los supremos encantos de la comunidad en ruta que llenó de cuentos de camino el «folklore» del mundo.

Acabamos de realizar un viaje en uno de estos vehículos. Momentos antes de emprender la marcha estaba la segunda clase ocupada con la excepción de un solo asiento, en el que vino a meterse con prisa una mujer del pueblo, tan voluminosa que el espacio no era suficiente ni con mucho para contener la mole de su humanidad. Los compañeros de viaje se encogieron lo más posible, resignados con la idea de viajar como sardinas en barrica. Pero la obesa viajera no pensó del mismo modo; tan pronto como se dió cuenta de la tortura a que la sometía su volumen para todo el viaje, puso en juego su ingenio para buscar comodidad. Comenzó por proferir un amplio suspiro ruidoso que llamó la atención de todos. Y, sin que nadie le preguntase nada, explicó que estaba enferma y que le temía al viaje porque de seguro se marearía muchísimo. «Y cuando me mareo —dijo— ya no soy dueña de sí... ¡Ay, señores, qué fatiguitas tan malas me entran! Sin poderlo remediar no me queda en el cuerpo ni la primera papilla».

Al oír esto los viajeros fueron desfilando silenciosamente hacia el departamento de primera clase, dispuestos a pagar el sobreprecio, lo que siempre sería más barato que verse obligados a comprar nueva indumentaria; fuera aparte de que no les era grato el espectáculo que se avecinaba.

—Me mareo mucho —insistió la mujer—, porque yo soy de este natural... No tengo más que decir a ustedes que siempre que viajo tengo que traerme un limón para olerlo por el camino cuando se me van la cabeza y el estómago. Pero ni esto me sujeta...

Sacó un limón, efectivamente, y empezó a refregárselo con fruición por la nariz y a suspirar con estridencia en los intervalos, sobre todo al ceñir el vehículo en marcha alguna cerrada curva de la carretera.

La señora iba completamente sola en el departamento de segunda clase. Los demás viajeros esperaban de un momento a otro, seguros ya en sus asientos alejados del peligro, que la catástrofe gastro-intestinal se produjese. Pero no llegaba el minuto terrible. La mujer parecía tranquilizarse y todos dieron en reconocer la eficacia del limón contra el mareo.

En una parada intermedia subió al departamento de segunda clase un nuevo viajero; un hombre joven, de rústico aspecto, que fue a sentarse al lado de la viajera del limón. Todos, al verle, le compadecieron y algunos pensaron en hacerle señas de advertencia. No las hicieron por un temor bien justificado: el hombre habría de interpretar las señas que se le hicieran como avisos de la locura cierta de la viajera solitaria, y, alarmado, tal vez se arroja-se por la ventanilla para estrellarse contra la cuneta. Esperamos.

Un nuevo y gran suspiro vino a poner en guardia al viajero. «Me mareo mucho —le dijo la mujer—; llevo la cabeza que no puedo con ella, y cuando me pongo así tengo que recostarme hasta que me pasa». Y se envolvió la cabeza en un mantón que rebujaba su cuerpo —dejando fuera solamente la nariz para seguir refregando el limón— y se echó sin más contemplaciones sobre el hombro inmediato del recién llegado, hombre piadoso que se prestó heroicamente a soportar el peso de aquella cabeza.

Claro que fue por poco tiempo, pues en la parada inmediata abandonó su asiento y se fue a hacerle compañía al chófer. Entonces observamos a la mujer del limón y pudimos darnos cuenta del paso fugaz de una ténue sonrisa por sus labios.

Señal que observó también otro viajero, el cual comunicó a todos sus sospechas de que la viajera no era ni más ni menos que una admirable simuladora, con un magnífico temperamento de actriz, capaz de fingir a la perfección el mareo para que la dejasen sola y realizar el viaje a sus anchas, sin otra molestia que la de refregarse el limón por la nariz hasta sacarle brillo a la nariz y al limón.

Al terminar el viaje, llevábamos todos el convencimiento de que esta era la realidad; y decidimos aprovechar la lección que nos daba una mujer del pueblo para viajar con comodidad en las estrecheces de las auto-diligencias... Si al principio del viaje hubiésemos recordado con el primer suspiro de la viajera voluminosa el sabio refrán de que «en cojera de perro y males de mujer no hay que creer», habríamos efectuado el recorrido con absoluta tranquilidad. Pero no hubiésemos obtenido enseñanza tan útil, que ofrecemos a los lectores por lo que pudiera servirles (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 14/12/1928.

IV

RETRATOS

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

REPRINT OF
Faint, illegible text in the middle section of the page, including the word "REPRINT OF" in a larger font.

Extremely faint, illegible text covering the bottom half of the page, likely bleed-through from the reverse side.

LERROUX Y EL PETRÓLEO

Sevilla, 1 de Julio.

Las frecuentes apariciones en Andalucía del jefe de los radicales, D. Alejandro Lerroux, constituyen un serio motivo de preocupación pública.

En los principios del año actual, cuando todo aspirante a padre de la patria andaba buscando acomodo por esos distritos electorales de Dios, apareció D. Alejandro para recomendar candidaturas amigas, y ya se dijo que también venía a recomendarse a sí propio, buscando acaso en el doble agarre Barcelona-Sevilla la garantía de ser diputado a lo menos por una de las dos capitales. Las cosas se dieron mal y no hubo nada favorable ni aquí, donde no intentó luchar, ni allá, donde luchó.

Por aquellos días se ponían también en boca de Lerroux terribles anuncios de una próxima revolución. Yo gocé la circunstancia de ver al caudillo revolucionario la víspera del día señalado para el estallido, y confieso que tuve mis temores de que la amenaza se confirmase inexorablemente: Pero yo, que utilizo la luz eléctrica por mayor comodidad, no creo en el petróleo de Villamartín, y lamento que el Sr. Lerroux pierda su tiempo, y tal vez su dinero, en la explotación del que cree negocio nacional. Cierta amigo mío, buscador de minas, sintió olor a petróleo al calar ciertas tierras del término de dicho pueblo, se entusiasmó creyendo haber hallado una riqueza, y lo que hizo fue gastarse un capital en exploraciones. En vano se le quiso disuadir de su propósito. Alguien le aseguró que si aquellas tierras olían a petróleo era por haber limpiado sobre ellas los quinqués cierta caravana nómada acampada allí, logrando impregnar la arcilla hasta darle el aspecto de esquistos bituminosos.

Mi amigo no se dió por convencido y logró por su tenacidad obtener cosa así como ocho litros de aceite mineral, que encerró en un lujoso barrilito, sobre el cual escribió: «Obtener este petróleo me ha costado 50.000 pesetas». Aún lo conserva como recuerdo del fracaso petrolífero.

Con este testimonio invitamos a la reflexión al Sr. Lerroux. No sea usted crédulo, ilustre D. Alejandro; en Villamartín no hay petróleo, y es inútil, por desgracia, pensar en abastecer a España del precioso combustible, que tanto necesita para sus quinqués y sus automotores. Yo le ruego que, así como no cree usted en Andalucía como región natural, deje usted de creer en el petróleo andaluz, y busque de paso otro pretexto para justificar sus frecuentes andanzas por la tierra llana. A mis amigos Diego Martínez Barrio y Calixto Ramos, que ejercen un supremo ascendiente sobre Lerroux, les estimaría yo sobremanera que me ayudasen a convencerle de que en Villamartín no hay petróleo.

* * *

Confidencial:

Ya habrá comprendido el lector que mis propósitos de disuadir a D. Alejandro de su afán petrolífero encierran un alto interés antirrevolucionario. En Villamartín puede que haya el codiciado aceite; pero calculen ustedes el enorme peligro que nos amenaza si Lerroux lo encuentra y queda en posesión exclusiva de todo el petróleo nacional...

La revolución petrolera sería cosa de veinticuatro horas (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

EL CHAQUET DE CAMBÓ

Sevilla, 8 de Octubre.

Nuestro ilustre amigo el señor presidente del Ateneo, D. Francisco del Castillo Vaquero, se ha dirigido a distinguidas personalidades de la política y la cátedra invitándoles para desarrollar en el presente año un cursillo de conferencias sobre los complejos temas «Economía nacional y Haciendas locales» y «Administración municipal». Por virtud de esta feliz iniciativa es casi seguro que oiremos la palabra autorizada de los Sres. Alba, Ferrer y Vidal, Chapaprieta, Cambó, Posada, Gascón y Royo Villanova. Los sevillanos les escucharemos ávidos de recoger aquellas ideas más aplicables al desenvolvimiento de la vida local para utilizarlas conforme vayan encajando en la realidad de un renacimiento a cuyo alborear asistimos.

Saboreando de antemano con fruición en las amables horas de la espera —esperar sabiamente es un deleite sin duda— el comienzo de tan sugestivo programa, viene a sacudir con aspereza nuestro espíritu la turbulencia de lo inesperado. Dícese por ahí que existen maniobras solapadas para estorbar que el Sr. Cambó ocupe la tribuna del Ateneo.

Repuestos del sobresalto, y estudiados los motivos que pudieron originarlo, podemos afirmar que en Sevilla no hay tales manejos, y los supuestos celos que vislumbraron, en pesadilla de final de verano, algunos periódicos de la corte no alcanzan otra categoría que la de unas pueriles suposiciones surgidas en la angostura espiritual de unos pocos andaluces, no sevillanos, obstinados en considerar al Sr. Cambó un grave peligro para la unidad de la patria, y desconocedores también de que Sevilla posee la capacidad suficiente y el necesario equilibrio para soslayar influencias interesadas, en el caso de que las hubiera.

Si Sevilla careciese de personalidad, y Andalucía fuese una región sin alma, cabría el temor de que una hábil propaganda marcase su huella en el espíritu regional; pero la tierra andaluza se sabe que no puede ser un campo para experimentar trasplantaciones, sino un ejemplo perenne y glorioso de virtudes y enseñanzas. Andalucía no tiene nada que temer, y mucho menos que envidiar ni copiar.

Por lo que al Sr. Cambó respecta, intentaremos demostrar la poca consistencia de esos temores infantiles que le señalan como el temible «coco» desmembrador de la patria española.

Aquí conocemos al Sr. Cambó desde el año 1913, en que actuó como mantenedor de los Juegos Florales. Aún se recuerda y se elogia su bello discurso, tal vez uno de los de mayor substancia ideológica pronunciados en la brillante fiesta anual del Ateneo, y aún hay algunas damitas de la corte de amor que recuerdan los sutiles piropos que les dedicara el orador con un insinuante dejillo catalán, bastante expresivo por cierto.

Se le recuerda con simpatía actuando en aquel torneo floral, y singularmente después de la fiesta, a bordo de un vaporcito que le transportaba, en unión de la reina, la corte de amor, el poeta e innumerables ateneístas, realizando una apacible excursión sobre las aguas del lírico Guadalquivir. Nosotros, por encargo del director del diario donde actuábamos por aquel entonces, debíamos celebrar una doble interviú con Paul Hervieu, el fenecido autor de *La carrera de la antorcha*, huésped nuestro aquellos días, y con D. Francisco de Asís Cambó. Cumplida ya la primera parte de este esfuerzo profesional, nos dispusimos a realizar la segunda, buscando con la mirada a nuestra otra víctima de a bordo, que vislumbramos entre un grupo situado junto al tubo de la chimenea, hablándole persuasivo a todos y luciendo un atrayente chaquet inolvidable.

Tratábase de una prenda hecha con paño de Tarrasa y cortada, sin duda, por patronos barceloneses para un almacén de las Ramblas. Sobre el cuello rígido quería erguirse la cabeza del Sr. Cambó, pero se lo estorbaba la solapa, obstinada en rozarle con el vértice la coronilla; si nuestro hombre accionaba quedaban de

un modo alarmante cortas las mangas, y el cuello subía aún más, enmarcando el rostro con una especie de capucha frailería estilizada, en cuyo fondo aparecían una frente pálida, unos ojos profundos y enigmáticos, una nariz aquilina y una barba semítica de recias púas capilares... Por lo demás, y con una buena voluntad, el chaquet, color ala de mosca, se ajustaba perfectamente al cuerpo enjuto y enérgico de su dueño.

Decidimos acercarnos al grupo que escuchaba la voz profética y acertamos a efectuarlo en un momento interesante. Cambó hablaba de lo que deseábamos que hablase, y no tuvimos más que escuchar estas sus auténticas palabras:

«Si se nos dice que España está formada por distintos componentes; si existen distintos climas, existe vida regional, que sólo pide libertad para su desarrollo. Impónese el problema regionalista a los hombres de fe; sólo los que no la tienen lo rechazan. Bajo una capa inerte existe un país vivo, y hay que buscarlo luchando por el triunfo de las ideas regionalistas. Todas las recetas suministradas por los doctores de la política consisten en encomendar a la casta de arriba, a una casta privilegiada, la resolución de los problemas presentes de interés general. El regionalismo dice: «¡Municipios, personalidades, levantaos y redimíos!». Todas las resoluciones regionalistas fueron siempre acogidas en España con simpatía o con indiferencia; pero nunca han ocasionado protesta. El regionalismo debe ser planteado, no como un proyecto más, sino como algo que existe en la realidad, como ocurre con el regionalismo en Cataluña».

Los circunstancias asintieron sin objetar nada. Nosotros solicitamos la venia del Sr. Cambó para hacer públicas sus manifestaciones, y, metidos ya en faena, intentamos obtener algunos otros elementos para la interviú.

—Hermoso panorama —dijimos— el que ofrecen ambas orillas del río...

—Verdaderamente espléndido —asintió.

—Usted preferirá el panorama de la montaña. Allá, en Cataluña, los hay muy bellos.

—¿Conoce usted Cataluña?

—En su mayor parte. Barcelona, más que nada.

—¿Hace mucho que estuvo?...

—Pocos meses. Por cierto que en un concierto celebrado en el Palacio de la Música tuve el honor de ocupar un sitio inmediato al que ocupaba usted.

—¿Sí? Es curioso; pero no recuerdo...

—Pues estaba usted a mi derecha; delante de nosotros hallábase Ignacio Iglesias; detrás, Narciso Oller, y muy próximo a todos, Llimona...

—¿Qué concierto era?

—Uno sobre clavicembal por Wanda Landowska.

—¡Cómo ejecuta esa mujer!

—Todos la aplaudimos entusiasmados oyéndola interpretar a Mozart, Chopin, Scarlatti, Rameau, Couperin le Grand...

—¿Y dice usted que estaba a mi lado?

—Sí, señor, por feliz casualidad. Quise hablarle unos momentos para deducir de sus palabras una nota periodística y no encontré medio discreto de abordarle. Además, el sitio, aquel extraño edificio, ideado por un arquitecto febriciente, se prestaba mal, no sólo para escuchar con tranquilidad la música, sino para interrumpir el reposo de las ideas... Pero, si usted quiere, podemos ahora realizar el propósito de entonces...

Aquí terminó la interviú. El Sr. Cambó no parecía propicio a hacer confidencias al periodista. Con el pretexto de que hacía calor, por la proximidad de la caldera, fué hacia la barandilla de babor y nos dejó perplejos.

Y hubo un cruel comentarista que insinuó:

—No es la caldera, amigos, es el chaquet; nos estamos fijando todos demasiado en el chaquet; las niñas ya no disimulan; los viejos ateneístas les hacen coro. Hervieu sonríe en francés, y Cambó, que ha notado ya la brisa eutrapélica que corre..., corre a ocultarse.

Efectivamente; Cambó habíase apercebido de que a cuenta del chaquet episódico, y por virtud del vinillo andaluz, aliado con el Sol para crear alegría, decíanse donosuras livianas a las que era preciso sustraerse. Desde la barandilla se fue D. Francisco a la cámara...

Por fortuna, hízolo cuando ya había hablado lo bastante para definirse como un hombre de buena fe. Creía sinceramente en el regionalismo, mantenía sus convicciones y las manifestaba con amoroso apasionamiento. Esto, en los tiempos de vacilaciones anímicas que corremos, merece todos los respetos, aun cuando cada cual se reserve el indiscutible derecho de opinar lo contrario.

Sevilla, que tiene un alto concepto sobre la libertad de opinión; que sabe guardar todo género de consideraciones a las personas y considera intangible la dignidad individual, recibirá cortésmente al Sr. Cambó cuando venga para exponer su anunciada conferencia; se le escuchará con supremo interés, obtendrá efusivos aplausos y se le tributarán todas las cortesías anejas a la más exquisita hospitalidad.

No pasará nada desagradable, y pueden, por lo tanto, desecharse sus recelos aquellos que temen que la llegada de Cambó tenga la eficacia inmediata de trocar en barretinas todos los jacarandosos sombreros redondos.

Ahora bien; si el Sr. Cambó se trae, para lucirlo, el famoso chaquet inolvidable, no podrá evitarse que haya unas miajas de eutrapelia urbana, donosa e inofensiva, no ya contra el *leader* del regionalismo, sino contra el absurdo de las sastrerías catalanas por patrones cortados (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

The following is a list of the names of the persons who have been admitted to the office of the Secretary of the Board of Education, since the last meeting of the Board, on the 15th day of June, 1885.

1. Mr. J. H. [Name] [Address]

2. Mr. J. H. [Name] [Address]

3. Mr. J. H. [Name] [Address]

4. Mr. J. H. [Name] [Address]

5. Mr. J. H. [Name] [Address]

6. Mr. J. H. [Name] [Address]

7. Mr. J. H. [Name] [Address]

8. Mr. J. H. [Name] [Address]

9. Mr. J. H. [Name] [Address]

10. Mr. J. H. [Name] [Address]

11. Mr. J. H. [Name] [Address]

12. Mr. J. H. [Name] [Address]

13. Mr. J. H. [Name] [Address]

14. Mr. J. H. [Name] [Address]

15. Mr. J. H. [Name] [Address]

16. Mr. J. H. [Name] [Address]

17. Mr. J. H. [Name] [Address]

18. Mr. J. H. [Name] [Address]

19. Mr. J. H. [Name] [Address]

20. Mr. J. H. [Name] [Address]

21. Mr. J. H. [Name] [Address]

22. Mr. J. H. [Name] [Address]

23. Mr. J. H. [Name] [Address]

24. Mr. J. H. [Name] [Address]

25. Mr. J. H. [Name] [Address]

26. Mr. J. H. [Name] [Address]

27. Mr. J. H. [Name] [Address]

28. Mr. J. H. [Name] [Address]

29. Mr. J. H. [Name] [Address]

30. Mr. J. H. [Name] [Address]

31. Mr. J. H. [Name] [Address]

32. Mr. J. H. [Name] [Address]

33. Mr. J. H. [Name] [Address]

34. Mr. J. H. [Name] [Address]

35. Mr. J. H. [Name] [Address]

36. Mr. J. H. [Name] [Address]

37. Mr. J. H. [Name] [Address]

38. Mr. J. H. [Name] [Address]

39. Mr. J. H. [Name] [Address]

40. Mr. J. H. [Name] [Address]

41. Mr. J. H. [Name] [Address]

42. Mr. J. H. [Name] [Address]

43. Mr. J. H. [Name] [Address]

44. Mr. J. H. [Name] [Address]

45. Mr. J. H. [Name] [Address]

46. Mr. J. H. [Name] [Address]

47. Mr. J. H. [Name] [Address]

48. Mr. J. H. [Name] [Address]

49. Mr. J. H. [Name] [Address]

50. Mr. J. H. [Name] [Address]

51. Mr. J. H. [Name] [Address]

52. Mr. J. H. [Name] [Address]

53. Mr. J. H. [Name] [Address]

54. Mr. J. H. [Name] [Address]

55. Mr. J. H. [Name] [Address]

56. Mr. J. H. [Name] [Address]

57. Mr. J. H. [Name] [Address]

58. Mr. J. H. [Name] [Address]

59. Mr. J. H. [Name] [Address]

60. Mr. J. H. [Name] [Address]

61. Mr. J. H. [Name] [Address]

62. Mr. J. H. [Name] [Address]

63. Mr. J. H. [Name] [Address]

64. Mr. J. H. [Name] [Address]

65. Mr. J. H. [Name] [Address]

66. Mr. J. H. [Name] [Address]

67. Mr. J. H. [Name] [Address]

68. Mr. J. H. [Name] [Address]

69. Mr. J. H. [Name] [Address]

70. Mr. J. H. [Name] [Address]

71. Mr. J. H. [Name] [Address]

72. Mr. J. H. [Name] [Address]

73. Mr. J. H. [Name] [Address]

74. Mr. J. H. [Name] [Address]

75. Mr. J. H. [Name] [Address]

76. Mr. J. H. [Name] [Address]

77. Mr. J. H. [Name] [Address]

78. Mr. J. H. [Name] [Address]

79. Mr. J. H. [Name] [Address]

80. Mr. J. H. [Name] [Address]

81. Mr. J. H. [Name] [Address]

82. Mr. J. H. [Name] [Address]

83. Mr. J. H. [Name] [Address]

84. Mr. J. H. [Name] [Address]

85. Mr. J. H. [Name] [Address]

86. Mr. J. H. [Name] [Address]

87. Mr. J. H. [Name] [Address]

88. Mr. J. H. [Name] [Address]

89. Mr. J. H. [Name] [Address]

90. Mr. J. H. [Name] [Address]

91. Mr. J. H. [Name] [Address]

92. Mr. J. H. [Name] [Address]

93. Mr. J. H. [Name] [Address]

94. Mr. J. H. [Name] [Address]

95. Mr. J. H. [Name] [Address]

96. Mr. J. H. [Name] [Address]

97. Mr. J. H. [Name] [Address]

98. Mr. J. H. [Name] [Address]

99. Mr. J. H. [Name] [Address]

100. Mr. J. H. [Name] [Address]

LA EMPERATRIZ DE LA PENA

¿Queréis que os cuente un cuento de una condesita andaluza, que tenía unos ojos muy grandes, que lloró mucho y que escribió con lágrimas en la historia del mundo un poema de dolor?

Erase que se era... Era una condesita linda, a quien llamaban Eugenia María. Nació en Granada un día de mayo florido, y Granada le puso en el alma la melancolía húmeda e infinita de sus paisajes. Vivió en Sevilla muchas primaveras, y Sevilla le dió una estrella de su cielo para que no todo fuese angustia en su corazón.

Cuando la linda condesita maravillaba por su belleza y por sus gracias, vinieron por ella para desposarla con el rey de Francia, que la eligió, enamorado, para reina, sin pensar que también la elegía para mártir.

La boda se celebró en el templo de Nuestra Señora de París, y ante las fastuosidades de la ceremonia, que por su magnificencia suntuosa le sugirieron el recuerdo de un cuento de hadas escuchado en la niñez al amor de la lumbre en el viejo palacio de los Portocarreros, presintió que, como en los cuentos de hadas, la protagonista iba a sufrir las torturas crueles de un hado invisible e implacable, destinado por fatales designios misteriosos a destrozarse su vida.

¿Fue, acaso, que la condesita, por ambiciosa, sufrió este castigo? La condesita era buena; pero había nacido para el dolor, y de nada sirve buscar caminos iluminados por risas cuando éstos, al surcarlos, se convierten en rutas sombrías de gemidos y de lágrimas.

La condesita española fue Emperatriz de los franceses. Y sufrió el dolor de ver enfermo al esposo, y el dolor de esposa que ve marchar a su amado a la guerra, y el dolor de reina que ve a

su pueblo bajo la pesadumbre de la derrota, y el dolor del destierro en Charslehurst, y el dolor de la muerte del Emperador, y el dolor de la madre... Eugenia María tuvo un hijo, un príncipe bello como un rayo de sol y valeroso como un héroe legendario, y un día de enero murió en tierras de Africa, donde fue destrozado por los fieros zulús. ¡Oh, el dolor de la madre que en este hijo tenía todas las esperanzas de gozo!

El golpear incesante de tantos dolores y amarguras no fue suficiente a destrozarse la fortaleza de un corazón, porque, en las mayores tribulaciones, Eugenia María recordaba su talismán, la estrella del cielo de Sevilla que llevaba en su alma, y este talismán, al recordarle la tierra alegre, su ambiente optimista y su perfume vivificador, le reanimaban, le devolvían la serenidad del espíritu y le fortificaban ante las negruras del destino fatal.

Ella tenía plena conciencia de su triste sino. Era andaluza y sabía escuchar a su corazón. Su corazón era el relicario de la *penilla negra*.

Una vez la Emperatriz Eugenia María viajó mucho para ahuyentar su pena. Embarcó en Tolón, en el «Aguila», un lindo barco como para una Emperatriz; y fue a Venecia, estuvo en Turquía, recorrió Egipto, y cuando las representaciones del mundo entero esperaban en Port-Said la inauguración del Canal de Suez, esa gigantesca obra de Lesseps, la Emperatriz anclaba allí con su barco de ensueño y recibía un clamoroso saludo universal.

Cuéntase que cuando enmudecieron las salvas y se disipó el humo que oscureció un momento la claridad asombrosa de la noche oriental y se hizo el silencio bajo las estrellas, resonó sobre el agua el rasgueo de una guitarra y en el espacio el rumor cadencioso de una canción de serenata andaluza.

Eran los tripulantes de la fragata española «Berenguela», que así saludaban, delicados y gentiles, a la andaluza Emperatriz Eugenia María.

¡Y cómo lo agradeció su alma! Lloró de alegría porque su sino era llorar siempre: en la alegría también.

Luego, Eugenia María recitó a los españoles de la «Beren-guela» una copla para que se la cantasen con los dejos quejumbrosos de la patria lejana. Los españoles la cantaron:

*La pena y la que no es pena,
todo es pena para mí:
ayer penaba por verte,
y hoy peno porque te ví.*

Aquella condesita andaluza, la condesa de Teba, Eugenia de Montijo, que se fue para ser Emperatriz de Francia, ha vuelto a Sevilla, como Emperatriz de la pena, en una tarde perfumada de abril. Ahí está la condesita del cuento. Es una viejecita que vuelve cansada, porque en su camino de dolor sufrió mucho. Pero vuelve aún con ilusiones azules, pues conservó la estrella del cielo de Sevilla en su alma, llena de amor por los recuerdos lejanos de la infancia.

Una noche de éstas —quisiéramos que fuese la del 5 de mayo, en que Eugenia María cumplirá noventa y cuatro años— Sevilla la proclamará «Emperatriz de la Pena» en un homenaje sentimental, donde el pueblo poeta, llorando por la tristeza de la condesita de los tristes destinos, le cantará una copla de *soleá*, que tendrá en sus tres versos toda la historia de la regia malaventurada y todos los besos de Sevilla, llena de ternura sentimental, por la que torna, antes de morir, a devolver la estrella.

Erase una condesita andaluza. Erase una estrella... Erase una pena... (*).

(*) Incluido en *Fruto en sazón* (1931). Datado en abril de 1920.

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page.

LA CHAQUETA DE UNAMUNO

«Importa mucho, para no aburrirse, encontrar un entretenimiento...». No es nuestra la transcrita máxima transcendental; como otras muchas, se la debemos al ilustre e imperecedero *Pero Grullo*, filósofo del sentido común que, como se sabe, es... «el menos común de los sentidos».

Nos aburríamos, con efecto. Ni los asuntos africanos, ni las cosas políticas, podían proporcionarnos ya el matiz sensacional que busca nuestro espíritu para solazarse. Nuestro espíritu —el espíritu colectivo español—, se templó en las accidentadas exaltaciones de las corridas de toros, conocidas también con el sobrenombre de fiesta nacional, y muy justificadamente, por cierto. El grito de *icaballos, caballos!*, lo llevamos todos en el alma, y sale a los labios tan pronto como surge en el espectáculo de los días nacionales un asunto, con calidad de toro bravo, capaz de dar buena lidia; es decir, de entretenernos apasionadamente.

El asunto que necesitábamos ha surgido, lo saben ustedes, amables lectores: el señor Unamuno, paradójico y magnífico, que de vez en cuando le dedica al Monarca y a la Monarquía graves y complicadas frases acusatorias, tiene a bien visitar a Don Alfonso XIII en el Palacio Real. Con tan plausible motivo, hay comentarios, en pro y en contra, para todos los gustos. En realidad, hay motivo para que todos se sorprendan; todos, incluso el propio Unamuno: hace dos años, porque el periodista Martínez de la Riva se atrevió a transcribir en *Blanco y Negro* un comentario del sabio Don Miguel, escrito por éste, en elogio del Rey, un día de fluctuación espiritual hacia la Monarquía, se enfureció de tal modo el ilustre catedrático, que temimos no verle más haciendo pajaritas de papel, su entretenimiento durante las horas apacibles...

Ha pasado el tiempo, y el espíritu extraño de Unamuno renueva con la visita regia el elogio aquel. Puede que, dentro de unos días, se indigne contra sí mismo, por haberlo realizado... «De sabios es cambiar de opinión», y es natural que mientras más sabio sea un hombre, con más rapidez cambie de criterio.

Nosotros no somos sabios, ni muchísimo menos, y hemos formado ante este asunto un criterio fijo, asegurado de todo cambio y de incendios, además. Porque suele ocurrir con estas cosas que del choque con lo imprevisto surge del fondo de los sentimientos una llamarada, cuyo calor nos arrebatara en entusiasmo o en indignación. Nada de entusiasmos ni de indignaciones en el caso de Unamuno: ni estamos con los que se regocijan creyéndole humillado a los pies del Trono, ni con los que se sienten defraudados, suponiéndole desertor de las ideas antidinásticas.

Renunciamos a juzgar, por los aspectos *de bulto* que ofrece la cuestión. Estamos acostumbrados a buscar en lo sinrelieve de todo relieve —salud, Pepe Izquierdo— un detalle, una significación, una nimiedad significativa... Porque, a veces, está en lo nimio la revelación de la realidad. Montaigne nos enseñó a encontrar en una acción insignificante, en un objeto sin importancia, la clara idea de las cosas, de los casos, de los momentos y de las situaciones. Veamos lo que vemos en el caso Unamuno.

El señor Unamuno ha ido a la cámara regia con chaqueta... Todo el mundo va de etiqueta rigurosa; ni aún las personas que conviven con el Rey olvidan esta elemental práctica palatina. El señor Unamuno emplea en su indumento una chaqueta usual de sencillo corte... No queremos hablar del chaleco, porque el chaleco cerrado hasta el cuello que usa Unamuno es algo personal, y... no es del «caso». La chaqueta, vulgar y democrática, es lo que nos interesa: Unamuno ha llevado su chaqueta de la calle al Trono. ¿No os asombráis?

No hace falta asombrarse: Hay que seguir conservando la ecuanimidad y meditar un poco: Para este hombre liberal y sabio, no ha tenido rigores la etiqueta palatina; lo aparatoso, lo espectacular, lo real y majestuoso cedió, reverente, ante el valor espiritual encerrado dentro de una sencilla chaqueta, irreal por-

que no es de la realeza, pero real porque representa las realidades democráticas.

De modo, que no tiene importancia, como para tirarse de los pelos, la visita de Unamuno al Rey. La consideración razonable y serena del caso nos demuestra que sólo puede apreciarse una circunstancia nimia: la de haber llevado un sabio a las gradas del Trono la chaqueta del pueblo llano.

¿Es un síntoma? ¿Es una esperanza? Meditemos: el tiempo de Pasión redentora en que estamos nos invita a meditar (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 11/4/1922.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES OF AMERICA

FROM THE EARLIEST PERIODS TO THE PRESENT

BY CHARLES C. SMITH

VOLUME I

THE EARLY PERIODS

FROM THE DISCOVERY OF AMERICA TO THE END OF THE SEVENTEENTH CENTURY

NEW YORK: THE CENTURY COMPANY, 1900

THE HISTORY OF THE UNITED STATES OF AMERICA

FROM THE EARLIEST PERIODS TO THE PRESENT

BY CHARLES C. SMITH

REBOLLO EL CUMBREÑO, O UN EJEMPLAR DE LA RAZA

Justamente el pasado Día de la Raza tuvimos noticias de que José Rebollo, natural de Cumbres Mayores, había logrado establecer en la Argentina la primera fábrica de azúcar de remolacha que ha conocido la próspera República sudamericana: la «Azucarera de Cuyo», en los terrenos de Media Agua, próximos a San Juan, al pie mismo de la cordillera andina.

Cumbres Mayores ya saben los lectores que está en el extremo norte de la Sierra de Aracena, en la linde andaluza que mira a Extremadura y Portugal. Recordemos, además, que Cumbres Mayores tiene un famoso castillo que perteneció a las fortalezas del antiguo Reino de Sevilla, cuyo Ayuntamiento aún conserva jurisdicción sobre él y la facultad de nombrar alcaide; y, que de allí son los bravos danzantes que todos hemos visto en las romerías serranas y admirado como privilegiados seres insensibles a la fatiga... Como nos importa mucho insistir en esto de los danzantes, porque constituyen el símbolo del vigor y la constancia serranos, completaremos la noticia acerca de ellos, diciendo que desde el siglo XVII en que salieron a bailar por primera vez para dar gracias a Dios por la terminación de una epidemia, continúan el voto hecho entonces de reventar antes que ceder en la danza mientras estén en presencia de una imagen de la Virgen María.

Y, ahora, volvamos a Rebollo. Rebollo nació en Cumbres Mayores, al pie del famoso castillo, cuyos muros atestiguan aún su firmeza, y al son de las castañuelas, tamboril y dulzaina de los danzantes infatigables que tienen a gran honor echar las tripas antes que darse por vencidos. Rebollo, por lo tanto, templó su alma en la fragua cumbreña de la energía... Pero, en vez de

continuar al pie del castillo como admirador de la firmeza de los seculares paredones estáticos, o de dedicarse a la estéril danza tradicional, resolvió dar un empleo más útil al vigor de su voluntad y se marchó de su pueblo sin decidir rumbo fijo, al emprender la caminata de su vida. Si Rebollo hubiese nacido en el siglo de los descubrimientos, de las conquistas y las colonizaciones, figuraría en la historia de Hispanoamérica, al lado de Hernán Cortés, Pizarro, Valdivia, etcétera, con sus coterráneos los serranos Esteban Miguel, Hernán Mexía, Esquibel, Escobar, etcétera, etc...

Su retraso en venir al mundo no le ha impedido, sin embargo, hacer algo semejante a lo que habría realizado de nacer a tiempo: por si todavía quedaba algo que no hubiesen hecho allá los españoles, se embarcó un buen día a la ventura de Dios; y otro buen día —bueno porque hacía buen tiempo—, echó pie a tierra en Buenos Aires siguiendo su sino de emigrante.

Y ¡a luchar! De cómo ha luchado, es buena prueba su triunfo como fundador de una nueva industria argentina: la «Azucarera de Cuyo», primera fábrica de azúcar de remolacha que ha sido establecida allí. Pero, para llegar al triunfo, ¡cuántos sinsabores, cuántas amarguras! Al iniciar sus propósitos halló el gran obstáculo de la incomprensión, porque se trataba de algo nuevo que nadie entendía o no quería entender. Se le creía un iluso enamorado del absurdo. La crítica de su proyecto llegó a ser tan acerba que llegó a quitarle alientos; pero se acordó que era de la tierra de los hombres que revientan antes de darse por vencidos, y prosiguió en su empeño. La lógica le infundía nuevos ánimos: si las condiciones del terreno elegido eran excelentes y las tarifas de transporte más baratas, la competencia del azúcar de caña quedaría anulada. Nadie le entendió esta vez tampoco. Momentos hubo en que creyó enloquecer. Para dedicar toda su actividad al asunto, abandonó las ocupaciones que le mantenían y la situación se tornó difícil y llegaron los días más tristes, más amargos, más hostiles, para un hombre que posee una verdad y se siente zaherido por los envidiosos e ignaros.

Una buena mañana —ésta era de buen tiempo y de mejor esperanza—, leyó en un diario bonaerense que el gobernador de San Juan se proponía implantar nuevas industrias en la provincia, y se fue a verle. De la entrevista salió una concesión de cuatro leguas de campo y otras facilidades para realizar la obra. Rebollo colocó en los terrenos un cartel que decía así: «Aquí se edificará la primera fábrica de azúcar de remolacha del país». Y la gente al pasar y leer, se reía...

Esto ocurría a mediados de mayo de 1923... El pasado mes se inauguró la «Azucarera de Cuyo»: fábrica, almacenes, taller mecánico, casa-administración, seis viviendas para el personal técnico, una para empleados solteros, diez y seis para familiares, pabellones auxiliares y otras dependencias. Los cultivos iniciales han dado un fabuloso tanto por ciento de azúcar. La instalación elabora mil doscientas toneladas diarias de remolacha y produce al día ciento setenta y cinco mil kilos de cortadillos.

Las últimas noticias que tenemos de Rebollo nos dicen que se le ha festejado con un banquete al que han concurrido representaciones del Gobierno argentino, que se proyecta un homenaje a la colonia española y que la compañía de ferrocarril de Buenos Aires al Pacífico ha establecido una estación con el nombre de «José Rebollo», por la seguridad que tiene de que dentro de poco habrá allí una ciudad de este nombre.

Bueno... ¿y qué hace ahora Rebollo, después de conseguir lo que se propuso? Porque lo terrible para un hombre de esta calidad es haber triunfado para caer luego en esa gran tristeza del vencedor que ya no sabe en que emplear las bien templadas armas de su voluntad... Rebollo aún tiene energías, pero está desorientado y triste y de esta tristeza no le consuela ni la fortuna que ha logrado reunir. Sigue viviendo con humildad como cuando no tenía una peseta; es dueño de un automóvil pero va a pie a todas partes. Sus distracciones consisten en buscar a los españoles que andan por Buenos Aires, desorientados y como perdidos en la ciudad inmensa y amenazadora, y entregarles los medios necesarios para vivir algún tiempo hasta pisar un camino firme que tal vez conduzca a otra gran fábrica de mañana... Y

recrearse en algún cuadro comprado al pintor coterráneo Eugenio Hermoso porque le recuerda la tierra serrana...

La tierra del firme Castillo que desafía a los siglos, y de los varones vigorosos que prefieren reventar antes que darse por vencidos (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 24/10/1928. Este artículo aparece fechado en Septiembre de 1927 en su recopilación de *Fruto en sazón*, 1931.

ZORRILLA O EL ARTE DE MORIRSE DE HAMBRE

Mientras en los escenarios de España y países de habla española resucitan a «Don Juan Tenorio» por la versión más popular del famoso burlador de Sevilla, resucitemos nosotros al desventurado don José Zorrilla, el poeta enriquecedor de empresarios y editores, que conoció la miseria en los últimos años de su vida. Comienza el mes de Animas y este recuerdo podemos aplicarlo por la del bardo, que no gozó otra abundancia que la de su inspiración. ¡Hasta las coronas simbólicas de su gloria terrena las tenía empeñadas!

Los poetas, los escritores en general se pasan la vida entre un dolor y una esperanza: el dolor que les produce su exquisita sensibilidad, fidelísimo espejo perceptor de las mínimas deformaciones del espíritu humano; y la esperanza de alcanzar y poseer el pájaro azul de las ilusiones cifradas en una vida plena de belleza y armonía. Zorrilla, se pasó todo el tiempo de su existencia cultivando la preceptiva de este arte singular que embellece el mundo pero que mata de hambre al artista. Al final de sus años, agotado de facultades, invadido de la desilusión más angustiosa, establece el contacto de su delicado espíritu con las duras aristas de la realidad, pero ya es tarde para todo; incluso para convencer a los que indudablemente le admiran, que está necesitado, desesperado, incierto del alimento corporal del siguiente día.

Le daban treinta duros al mes en «El Imparcial» y otros treinta en «El Norte de Castilla», sus libros se los había vendido, malbaratados, a los explotadores de las galerías literarias, y su producción no despertaba ya interés entre los que se enriquecieron con ella. En estas circunstancias hubo aún quien le propusiera celebrar un banquete en su honor, lo que revela una burla

escarnecedora sólo disculpable por esa extraña visión —producto sin duda de un espejismo—, por la cual el vulgo suele trocar la fama de los artistas en abundancias materiales. Zorrilla no aceptó el banquete, y se quedó esperando inútilmente que le hubiesen llevado el importe en metálico de los cubiertos. Ningún homenaje mejor, pero esto no era posible porque los admiradores no son capaces de renunciar al rayito de gloria que puede proyectar el genio sobre ellos, en una hora de proximidad, ni tampoco ceder el derecho a percibir en sus estómagos la eficacia alimenticia de dos duros sacados de cada bolsillo individual para comer y beber un día fuera de casa.

Pero en el vulgar concepto público acerca de los artistas, hay algo peor, que consiste en creer que los embellecedores de la vida deben ser pobres... Ejemplos numerosos y constantes nos demuestran —evidentemente—, que los grandes genios se producen mejor en la pobreza que en la prosperidad. Y se atribuye a que la riqueza, que no es otra cosa sino materia, suele gravitar con toda su pesadumbre sobre los espíritus y no les deja libertad para extenderse y crear. Horacio nos dice que la pobreza le impulsó a la poesía, y ésta le hizo conocer a Varo, Virgilio y Mecenas. Michelet, por otra parte, sostiene que los obstáculos de la escasez son los grandes estimulantes del genio; y Smiles afirma que los hombres aciertan generalmente por las contrariedades y la pobreza es la que le sirve de acicate para perseverar.

De estas opiniones parece que se alimentó siempre la Humanidad para justificar el trato indiferente que ha dado —y sigue dando—, a aquellos seres puestos en la vida por el Creador con las frentes unguidas de su gracia. Citemos un ejemplo que corrobore la existencia en España de semejante criterio: Precott, en sus *Ensayos*, asegura que los españoles tuvimos el egoísmo de alegrarnos de la pobreza de Cervantes por suponer que, sin ella, no habría producido sus grandes obras; y, para probarlo, refiere que cuando cierto obispo coetáneo del glorioso manco de Lepanto visitó al embajador de Francia en Madrid, los caballeros agregados a la embajada expresaron su admiración por el autor de *Don Quijote* y manifestaron el deseo de conocer al hombre que

les había proporcionado tantas horas de placer con la lectura de la obra inmortal. La respuesta fue que Cervantes se hallaba viejo y pobre... «¡Cómo! —exclamó uno de los franceses:—¿el señor Cervantes no tiene una buena posición? ¿Carece de una pensión del Estado...? «¡Que el cielo nos libre —arguyeron— de verle jamás al abrigo de la necesidad; su pobreza es la que le impele a hacer al mundo rico de los tesoros de su ingenio».

Si examinamos a Zorrilla a través de esta lente que no sólo España, sino todas las naciones ponen ante su vista para mirar a los hombres geniales, tendremos que convenir en que sin adversidades y sufrimientos no habría producido jamás las obras que le dieron vida espiritual eterna. Pero esto es monstruoso. La Humanidad estará en estado bárbaro mientras crea que los espíritus activos dotados de cualidades deben sufrir desdichas torturadoras y crueles martirios de escasez. Y será conveniente ir pensando en que los seres elegidos para nutrir de ideas y matices bellos al mundo, cumplirán mejor su designio en la calma sin inquietudes de una vida, que, a no dudarlo, será más fértil cuanto más abundante.

Pero, ¿cómo reconocer al verdadero genio para dirigirse a él y ayudarle a triunfar antes que la muerte venga a cerrar sus párpados y marchitar su cerebro? ¿Cómo evitar el sarcasmo de las glorificaciones póstumas por el reconocimiento tardío del genio? He aquí un problema que la Humanidad tiene planteado ante sí hace tiempo y que en la edad presente debe ser resuelto, porque todo indica que hemos llegado al momento culminante de los grandes progresos y de las grandes resoluciones originales.

Hay que resolver este problema. El mundo no podrá cantar la victoria de su perfección absoluta, ni de su más completa civilización, mientras no esté convencido de que los genios que hicieron posible el progreso humano por su sabiduría, o que lo llenaron de las más puras emociones inefables, no sufren ni escasez ni dolor en el momento de hacer a todos, generosamente, el regalo espléndido de sus ideas o de su arte (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 7/11/1928.

GOYA EN SEVILLA

Tres veces estuvo en Sevilla el genial pintor, de cuya inmortalidad celebra España el primer centenario, y las tres veces fue invitado por el Cabildo de la Catedral hispalense para que dejase una obra suya, entre las de los maestros de la pintura universal que convirtieron en un tesoro de arte religioso la Sacristía de los Cálices.

Como ni el temperamento de Goya ni el ambiente de su tiempo eran propicios al fulgor ascético, soslayó el artista el encargo del Cabildo en todas las ocasiones, como lo asegura un autor anónimo en el folleto analítico estampado en la Imprenta Real de Madrid, en 1817, sobre el cuadro de las Santas Patronas, de Sevilla: «El señor Goya, que había estado tres veces en aquella ciudad, visto y examinado con detención todas las obras que los más famosos profesores andaluces de los siglos XVI y XVII habían pintado para su Catedral, se resistió con modestia a entrar en comparación con ellos. Sin embargo, las instancias de sus amigos, confiados en su habilidad, le obligaron a aceptar un encargo, que le llenaría de gloria si acertaba a desempeñarlo a satisfacción de aquel ilustre y sabio Cabildo y de los críticos inteligentes. A este fin protestó pintar todo lo que alcanzase en la teoría y práctica de tan difícil arte, *a pesar de sus cansadas fuerzas*».

Contaba a la sazón, «el señor Goya», setenta y un años de edad. Los amigos comprendían que si bien el temperamento y el arte del maestro eran ajenos a los temas de santos y glorias, acertaría en el encargo de Sevilla, pues su talento le había hecho triunfar ya en el género religioso, por lo menos, con la bóveda de San Antonio de la Florida y la Comunión de San José de Calasanz, ya que no con el resto de su obra de este carácter, a la

cual puso luego Rubén Darío el mote definidor, con la alusión a los «Cristos lamentables».

Apasionado Goya por el espíritu popular, se echó a buscar en el pueblo sevillano la inspiración para el cuadro religioso que debía pintar, y el pueblo se la dió con una copla:

¡Oh, que Justa y qué Rufina!

¡Oh, qué Rufina y qué Justa!

La una, Justa divina.

La otra, Rufina justa.

Unas santas que estaban en el alma del pueblo debían ser el tema que avivase la llama de los fervores populares suyos para triunfar, una vez más, a través de lo que el propio pueblo le inspirase. Y se enteró de la tradición de Justa y Rufina, antes de tomar los pinceles, para dar cumplimiento al encargo del Cabildo.

Recordemos aquí esa tradición, que explica plenamente el simbolismo del cuadro.

Era gobernador de la provincia Bética el romano Diogeniano, que por orden de Diocleciano movía nueva persecución de la religión cristiana. Las vírgenes Justa y Rufina, hermanas legítimas, por la sangre y la entereza de la fe, que de sus ganancias misérrimas vendiendo loza de barro vidriado, vestían a Cristo en el pobre, hospedábanle en el peregrino y manteníanle en el hambriento, estaban un día en la plaza cuando acertaron a pasar varias mujeres gentiles, que llevaban una estatua de Venus y pedían para su templo y culto. Las santas negaron su cooperación, diciendo que no creían en aquel ídolo falso, y la ciega gente, furiosa, les rompió todas las vasijas. En el acto, por un prodigio indecible, la estatua de Venus cayó deshecha en pedazos.

Al enterarse Diogeniano, las mandó prender, y comenzó su martirio, sin que ningún rigor cambiase su fe. Ni el desgarrar cruel, con garfios, de sus cuerpos colgados en el Eculeo, ni el hambre, ni la ferocidad de llevarlas a pie y descalzas tras su caballo, entre los centuriones, en un viaje por la Sierra hasta la fortaleza de Aruci Vetus (Aroche hoy, cerca de la actual frontera portuguesa), lograron torcer las creencias de Justa y Rufina; la

primera de las cuales murió en la prisión, en lo profundo de un pozo, donde fue arrojado su macerado cuerpo, y la segunda, en el anfiteatro del campo de los Mártires, donde la echaron con un león, que, como no la tocase, sino, por el contrario, lamiese sus pies, rindiéndole sumiso su fiereza, la descerebraron a golpes y quemaron luego los despojos.

Añade la leyenda que cierto devoto sevillano pidió reliquias de santos a un Pontífice romano para enriquecer la Catedral de Sevilla. El Papa, por toda respuesta, dijo al peticionario: «Habrás de traerme tú primero un puñado de la tierra del Prado en que fueron martirizadas las vírgenes Justa y Rufina». Se le llevó, y, apretándolo entre las mano, comenzó a destilar gotas de sangre, concluyendo así la prueba el Santo Padre: «¿Cómo pides reliquias para Sevilla, teniendo allí el prado de la Santas Patronas?».

Natural era que esta fuerte evocación de unas vidas atormentadas removiese el fondo tumultuoso de rebeldía audaz de Goya, induciéndole a mover su mano creadora para plasmar la heroica rebelión de la Santas que el pueblo le mostraba. Pero lo curioso es que la sacudida rebelde se dulcificó al pasar desde su alma al extremo de los pinceles, y se inclinó a pintar un cuadro reposado y suave, pleno de mística unción poemática. ¿Fue por efecto de «sus cansadas fuerzas»? ¿Por esa aproximación invencible del espíritu de los hombres, aun los más rebeldes, hacia Dios, en las cercanías del final de sus vidas? ¡Quién sabe! Suponiendo que sí, puede decirse que Goya, de pintar este cuadro con treinta años menos, hubiese optado por representar en él la escena del martirio, en el Eculeo, de Justa y Rufina con los garfios clavados en la carne, y la tierra del Prado empapada en sangre caliente.

Esto, claro es, por otra parte, no hubiese encajado bien entre las hermosas obras místicas de la capilla de los Cálices. Y se resolvió a decantar en la placidez del otoño de su alma la visión que el pueblo le mostrara, creando una idealización apacible y entonada. Las Santas Mártires, en imágenes vivas y sin atormentado dramatismo, reciben sobre sí las ráfagas de la mirada de Dios; el león lame los pies de rosa de Santa Rufina; la Venus

rota revela el triunfo perenne de la fe cristiana, y en la lejanía la Giralda, hecha de la misma arcilla de las vasijas del comercio de las hermanas trianeras, es el barro artizado de la Bética que aspira a llegar al cielo.

El bravío don Francisco, que en sus tiempos mozos fue toreo —según nos cuenta Moratín— y no tuvo miedo a nada; que paseó en Roma por la cornisa de San Andrés y puso su nombre más adelante que cuantos le precedieron en aquel arroyo, rindió su dinamismo, sus rebeldías y sus audacias en Sevilla, para acertar a producir una obra que se acomodase al ambiente reposado y majestuoso de una ciudad que sabe mucho de la suprema elegancia inmortal de la calma, creadora infatigable de belleza. Brindemos a los manes del glorioso aragonés una flor del Prado de las Santas —frente a él escribimos—, como homenaje de Sevilla en la hora del centenario (*).

(*) Incluido en *Fruto en sazón* (1931). Datado en marzo de 1928.

LA MORAL COMO VALOR POSITIVO

1924

V

LA CUESTIÓN ANDALUZA

the first of the series of papers in the collection
is devoted to the study of the history of the
city of London from the time of its foundation
to the present day.

The second paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The third paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The fourth paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The fifth paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The sixth paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The seventh paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The eighth paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

The ninth paper in the series is devoted to
the study of the history of the city of London
from the time of its foundation to the present day.

LA MORAL COMO VALOR POSITIVO

Sevilla, 8 de Enero.

El dominio sobre sí mismo es acaso la más alta manifestación del valor. Teniendo esto en cuenta, opinamos, inspirados por la Biblia, que el hombre más fuerte no es aquel que se apodera de una ciudad, sino el que gobierna su propio espíritu.

Para gobernar uno su espíritu necesita conocer a fondo la economía de la paciencia, finanza de carácter moral que no se cotiza en los Bancos, ni ofrece cupón para cortar, ni produce réditos de ninguna clase. Si se le ocurre a usted, querido lector, especular con su crédito de paciencia, se encontrará con la burla y la risión de todos; y, sin embargo, lleva usted el mayor tesoro del mundo: como que, indefectiblemente, con la economía de la paciencia va usted, por el camino derecho, hacia la economía de la felicidad.

Viene todo esto a establecer premisas esenciales para un trascendental propósito: intentamos negociar nuestro crédito de paciencia sin que nos importe la befa despectiva de aquellos que sólo hallan materia negociable en el dinero, esa invención diabólica, sin mayor virtud que la de crear casos de conciencia y a las veces destruir las conciencias o convertirlas, a cada una de por sí, en un paquete de calderilla envuelta en una cédula personal atrasada.

Alguna vez he oído decir que hay en el mundo billetes de 1.000 pesetas, y siempre he reputado absurda semejante versión; creo que me moriré sin haberla confirmado. Sin embargo, sé que existe la equivalencia de esa fabulosa suma en dominio personal.

Llegará un tiempo en que habrá emisiones de billetes, con valor moral, admisibles en todas partes menos en aquellos lugares donde reine la inmoralidad.

Y quien posea 50 duros de honradez, claro es que no le servirán para maldita la cosa si piensa gastárselos en un garito; pero podrá derrocharlos en el cumplimiento de sus deberes, seguro de obtener la misma cantidad de estimación, con los réditos correspondientes.

Cincuenta duros de estimación constituyen un capitalito decoroso. Cualquiera puede ahorrarlo y tenerlo dispuesto para un negocio oportuno.

Por ejemplo: si por el dominio personal logra un hombre el respeto de la sociedad —la sociedad humana está constituída por acciones buenas y malas—, ya puede ese hombre cotizar su valor por transacción con otros valores. Cincuenta duros de probidad y otros 50 en dinero pueden crear una base de riqueza incalculable.

Aquel que aporte la expresada suma en buena fe, debe hallar quien se le asocie con igual cifra en metálico para emprender la explotación de un producto útil a la colectividad.

Pero... es de advertir que acaso vamos demasiado lejos en la utopía. Convengamos que, si bien son muchos los hombre que han ahorrado, unos sus buenos 50 duros en metálico, y otros sus buenas 250 pesetas en virtud, andan tan distantes entre sí para transigir y acoplarse, que, por hoy, nos parecería extraña la formación formal de razones sociales para girar bajo la firma: «Honradez y metálico en comandita.»

El que tiene dinero no se fía del que ofrece solamente virtud, y el que tiene virtud teme no hallar quien le dé 30 reales por ella. El sórdido egoísmo es otra moneda corriente que envuelve las conciencias con una recia malla de alambre galvanizado.

Más que en parte alguna se advierte que es en Andalucía donde andan más dispares la probidad y la peseta. La probidad deambula, recelosa y dispersa, por la ciudad y por los campos, sin hallar concreciones fecundas. La peseta se escondió en las cuentas corrientes —que no corren—, y aun teme que la inquieten en su escondrijo.

Así, los hombres de la tierra más alegres son los más tristes: unos, porque no hallaron el auxilio conveniente para su vida útil; los otros, porque huyeron con su numerario al fondo de las negras arcas, donde pierde su brillo el oro y deja de serlo por la obscuridad.

Tenemos el deber de crear para Andalucía una vida mejor, y debemos hacerlo formando, sin artificios, el espíritu colectivo.

Nuestra política andalucista será una política como la preconizaba San Francisco de Sales: «La política, en su mejor forma, se debe parecer al agua: la mejor es la más clara, la más limpia y la que carece de sabor.»

Una política clara, limpia y sin sabor es esta de crear el espíritu colectivo.

Las individualidades, o sea los egoísmos, deben ceder por el dominio de cada uno sobre sí mismo para la vida de la relación con los demás.

Que quien no tenga imaginación y tenga en cambio dinero ayude a quien tenga ideas y carezca de metálico. Las industrias, la agricultura, las artes y los oficios claman por esas alianzas maravillosas que causan el progreso de los pueblos.

¡Hombres adinerados, gobernad vuestro espíritu y haced el bien sobre los hombres honrados!

¡Hombres virtuosos, ofreced por todo vuestro valor para el esfuerzo!

Unos y otros, por amor a Andalucía, a España y a la Humanidad, debéis procurar que dejen de ser una contradicción perenne el cielo azul de nuestra región alegre y las almas torturadas de los andaluces.

El espíritu se gobierna por la economía de la paciencia. Hay que reflexionar, callados, sobre estas cotizaciones de la moral, positivo valor financiero de los pueblos que quieren salvarse.

Con lo cual llamamos nosotros también, porque no acertaríamos a decir algo mejor que el silencio (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem of the origin of life. It is shown that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day. The author discusses the various theories of the origin of life, and shows that the most probable theory is that of the origin of life from non-living matter. He then discusses the various stages of the evolution of life, and shows that the most probable theory is that of the origin of life from non-living matter. The author concludes that the origin of life is a problem of the first importance, and that it is one of the most interesting and important problems of the present day.

LA CIUDAD SIN ALMA (VISIÓN DE UN PUEBLO ANDALUZ)

Sevilla, 30 de Agosto.

Yo he pisado la ciudad blanca, temiendo, al poner los pies sobre el tapiz de césped de sus calles silenciosas, que me invadiese la tristeza de su soledad y el enervamiento de su quietud.

Los que acostumbrados al vértigo de la vida inquieta, que nos lanza en las grandes urbes a una lucha, sin asomo de victoria, que exige todos los esfuerzos y deberes y no deja tregua al respiro, porque cuando queremos sosegar nos otros alientan y nos ganan la batalla entablada para conquistar la vida; los que hemos adaptado nuestro espíritu a la celeridad del automóvil que pasa corriendo tanto como los años, y ya no nos podemos detener sino en los dinteles de la muerte, si es que no llegamos a ella con la brutal violencia de un repentino desplome de las energías...; los que así vivimos, cuando, haciendo un paréntesis en la actividad cotidiana dejamos la gran urbe y nos vamos a un pueblo, tememos el contagio de la lentitud y la pausada marcha de sus horas frías, monótonas, indiferentes.

La ciudad blanca, cuyo dulce encanto de inacción temiera yo penetrar, parece deshabitada; sus calles solitarias apenas si las cruzan de vez en vez una mujer con su cántaro sobre el cuadril o el esqueleto andante de un perro vagabundo entrando en tal vivienda, saliendo de cual otra.

La ciudad blanca sólo parece estar habitada por el Sol, que invade sus calles al amanecer y, señoreándose en la albura de las casas durante el día, no las deja hasta la tarde, en que se retira somnoliento y triste, besando antes con beso de oro las cruces de los campanarios...

Cuando llega la noche, la ciudad se anima transitoriamente; en las puertas de las casas se forman los corrinchos de viejas comentaristas y en las rejas los novios susurran la amorosa canción de todos los días mientras guiñan burlonas las estrellas; en la acera del presuntuoso casino los hombres leen los periódicos superficialmente; en la plaza se esfuerza la música por rociar la delicadeza de un sentimiento sobre las almas dormidas; la terraza del paseo, plantado de acacias que se secarán, como se secaron los jardincillos, y las platabandas, y los macizos de evònimos, y las yedras, recibe el peso blondo de los cuerpecitos gráciles de las nenitas que ya saben amar y no saben a quién, y se pasan la noche dando vueltas alrededor de la fuente de mármol, cuyos chorros rezan la oración eterna de la fuente.

Los muchachos que aquellas jóvenes esperan ver llegar con brazadas de flores de galantería no aportan su concurso a la velada.

Creyéraseles ocupados en estudios profundos y en afanes de hombría; poniendo el calor de su juventud en hacer resurgir la vida de la blanca ciudad muerta; reunidos en Juntas de cultura o en discusiones sobre la actualidad palpitante; arrancando de alguna revista científica el misterio de un adelanto agrícola que beneficie las tierras yermas; agrupándose en uniones fecundas para el progreso; laborando en bien del pueblo, de su ciudad y de sí mismos, con los arrestos de sus almas, impetuosas, por nuevas, y elevadas, porque no se contaminaron con el amargor del desengaño ni con la ponzoña de las pasiones...

Pero nada de eso hace la juventud de la ciudad blanca. Se ocupa, en cambio, de hombrearse de un modo prematuro en el Casino; de envejecer sin un ideal; de no molestarse ni para sí ni para los demás; de hablar mal de todos y de todas; de reir con estúpida risa cuando choca en la fortaleza de su ignorancia la bala rasa de una idea nueva, que viene recorriendo la trayectoria de la vida moderna para caer fría junto al baluarte de la necedad...

La juventud, que es el alma de las ciudades, no existe en la ciudad blanca; la ciudad blanca no tiene alma....

Por eso está desierta; por eso la vive tan sólo el Sol, que, como es señor de la vida, la hace germinar con su beso cálido y logra que en la ciudad blanca se perpetúe la gracia de vivir entre quienes no saben para qué se nace.

La mayor pena es que son fecundos también los sin alma y perdurará la especie de los sin ideal.

En la ciudad blanca raro es el día que no suena, cuando el Sol besa con beso dorado las cruces de los campanarios, el toque de bautizo... (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid 1918/19.

The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that proper record-keeping is essential for the smooth operation of any business and for the protection of its interests. The text outlines various methods for recording transactions, including the use of journals, ledgers, and account books. It also discusses the importance of regular audits and the role of the auditor in ensuring the accuracy of the records.

The second part of the document deals with the classification of assets and liabilities. It explains how assets should be categorized into current and fixed assets, and how liabilities should be classified into current and long-term liabilities. The text also discusses the importance of valuing assets and liabilities correctly and the impact of depreciation and amortization on the financial statements.

The third part of the document focuses on the preparation of financial statements. It describes the process of preparing the balance sheet, the income statement, and the cash flow statement. It also discusses the importance of providing clear and concise explanations of the figures in the statements and the role of the management in ensuring the accuracy and integrity of the financial reporting process.

The final part of the document discusses the importance of financial analysis and the role of the financial manager in making informed decisions. It explains how financial ratios and other indicators can be used to assess the performance of the business and to identify areas for improvement. The text also discusses the importance of staying up-to-date on the latest financial trends and regulations and the role of the financial manager in ensuring compliance with all applicable laws and regulations.

EL REGIONALISMO ANDALUZ

Sevilla, 15 de Junio.

Nuestro admirado compañero de Barcelona, Mario Aguilar, nos reveló en un reciente artículo el propósito sustentado por los elementos regionalistas catalanes de crear en Sevilla un gran diario defensor, o propagador, mejor dicho, del credo político regional. De acuerdo nosotros con *Pítaco* en lo de conocer la oportunidad para manifestar el pensamiento, aguardábamos sin vehemencia la hora oportuna que nos permitiese hablar del incipiente regionalismo andaluz, y he aquí cómo el Sr. Aguilar nos brinda el momento al descubrimos la atención que a los regionalistas catalanes ofrece Sevilla.

No existe motivo alguno para que en Andalucía deje de florecer el regionalismo, concretándose en la fórmula de autonomía política conveniente a su progreso libre de las trabas centralistas basadas en el desconocimiento casi integral que el centro tiene del resto de España. Nosotros creemos con firmeza que allí donde se conservan por entero las características de raza, las costumbres, el sentimiento, el concepto mental y demás cualidades que componen el alma de un pueblo, alienta, sin duda, el espíritu regional, sin cohesión acaso, tal vez sin la esperanza inmediata de una concreción eficaz, pero tan real y ostensible, por lo menos, como el de otras porciones del territorio significadas ya por sus resueltas orientaciones regionalistas.

No creemos que la sola vislumbre de que sea posible a Andalucía organizarse y alcanzar el grado de homogeneidad necesario para plantear autorizadamente las aspiraciones comunes decida a los campeones del catalanismo —convertidos por lo visto, en directores de todo el regionalismo español— al intento de incorporar la tierra andaluza en el movimiento que siguen diversas

regiones de la patria común. Los catalanes —cuyo espíritu práctico se destaca por mucho entre otras admirables cualidades propias— cuentan, sin duda, en Andalucía con un asidero mayor para afianzar sus anunciadas propagandas que el simple indicio de la existencia del espíritu regional andaluz.

Este asidero, nos atrevemos a afirmar, es la organización política que con el nombre de «regionalismo andaluz» viene desenvolviéndose hace aproximadamente un año bajo la dirección del ilustre publicista D. Blas Infante.

El talento, la perseverancia, la fuerza expresiva de este gran corazón dieron por resultado que se constituyesen lentamente secciones regionalistas en algunos pueblos de las ocho provincias béticas; pero no sabemos qué suerte de errores de origen impiden a Andalucía entera inflamar su espíritu en la llama viva del amor a la propia existencia, fundiendo el ansia legítima de vivir sin vilipendio en la unánime aspiración necesaria de acabar con los vejámenes perdurables del caciquismo y la injusticia.

Tal vez el error primordial estriba en que los llamados regionalistas andaluces confundieron el complejo ideal andaluz con el problema agrario, cuya particular y simple solución pretenden obtener por la aplicación de las teorías georgistas. Acaso el error oriéguese porque se estime eficaz también para el regionalismo la práctica al uso en los fracasados partidos políticos nacionales, que dan plaza en sus filas a cuantos llegan, sin preguntarles de dónde y para qué vienen. El procedimiento, cuando se trata de ideales puros, como en el caso del regionalismo, debe sustituirse por una selección rigurosa entre los espíritus más sanos, los pensamientos más vigorosos y las conciencias más tranquilas. Al menos para la hora de empezar.

Quizá determine el error inicial la creencia de que toda propaganda es eficaz cuando la rige el denuesto, la reticencia o el furibundo tópico mitinesco repetido hasta el infinito de que sólo son hombres «capacitados» los que siguen sin objeciones la fórmula regionalista adoptada, y hombres a medias, nada más, el resto de los mortales.

Ciertamente que no sabíamos determinar dónde radica el error que esteriliza los esfuerzos nobilísimos del «regionalismo andaluz»; sólo sabemos que prestigiosas figuras del regionalismo claro y definido, tales como el sociólogo insigne don Alejandro Guichot, el espíritu cumbre José María Izquierdo, el recio Cortines Murube, el ecuánime Zurita Calafat, el docto Miguel Romero Martínez, el noble poeta Muñoz San Román y tantos otros hombres de Sevilla y las demás ciudades andaluzas, viven alejados, y no por pereza ni animosidad, del núcleo que se apropió la bandera del regionalismo sin contar de antemano con un baluarte inexpugnable para colocarla enhiesta.

En tal condición se halla el asidero andaluz de que pretende servirse el directorio regionalista catalán. Tal vez nuestro pesimismo, dimanado de una acuciosa impaciencia por ver próspera y vigorosa la amada tierra andaluza, nos haya obligado a acentuar el tono negativo de la realidad del cuadro. No tenemos inconveniente en suavizar cuanto se quiera la tonalidad.

Siempre quedará de manifiesto la innegable y dolorosa certidumbre de que el ideal andaluz vaga disperso por las campiñas y las sierras, desamparadas y sedientas de justicia, de la noble madre Andalucía, sin que el intento actual de definirlo y concretarlo haya servido para otra cosa que para alejar el milagro de su florecimiento (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

EL PROBLEMA DE ANDALUCÍA

Sevilla, 13 de Julio.

Nuestro buen amigo el notable publicista don José Zurita Calafat tiene la atención de aludirnos al comenzar su artículo «Sobre agricultura», aparecido en las columnas de *El Liberal*. Recogemos la alusión por venir de tan autorizada pluma y nos proponemos esclarecerla un tanto, para que ni los lectores puedan pensar de nosotros equivocadamente ni el Sr. Zurita tenga que esforzarse para convencernos de lo que estamos convencidos con anticipación.

Al contender en dichas columnas con el distinguido economista «Raphael», acerca de unas opiniones nuestras sobre el regionalismo andaluz, aparecidas en *El Imparcial*, decíamos literalmente: «Creemos que el problema andaluz es de una enorme complejidad donde el problema agrario, con ser tan trascendental y urgente, sólo alcanza una importancia relativa». Queríamos decir que en relación con el complejísimo problema general, una sola parte del mismo, por muy importante que fuese, no podía contener la fuerza absoluta del todo.

Puede deducirse fácilmente de estas manifestaciones, que nosotros creemos en la redención de Andalucía; pero sólo por medio de un programa integral, cuya recia base ha de ser un previo e imprescindible fortalecimiento del alma colectiva, que ponga en posesión al pueblo de su plena conciencia cívica.

El ideal regionalista que sentimos está contenido en la fórmula de una intensa y extensa cultura previa. Cultura de los de arriba, los de en medio y los de abajo; que todos conozcan sus deberes y sus derechos; que no exista este divorcio de ahora entre las diversas clases sociales, cuya unión, sin recelos por parte de los bajos ni egoísmos por los altos, constituirá la fuerza necesaria para dar la batalla del porvenir.

Cuando Andalucía sea una fuerza, no ya como ciega avalancha arrolladora surgida al influjo de la soflama revolucionaria, sino por la fortaleza del pensamiento y la afirmación de la conciencia colectiva, todos los problemas se resolverán con facilidad sorprendente. Basta que el pueblo quiera, y sepa lo que quiere, para pedir y obtener cuanto le convenga.

El Sr. Zurita Calafat parece estar convencido de que lo que se necesita es preparación. Nos lo demuestra al darnos cuenta del doloroso estado de ignorancia en que se hallan, por lo general, los labradores, encastillados en la rutina y en el empirismo y refractarios en absoluto a toda nueva práctica ventajosa.

Pues si se les diera cultura a estos labradores, ¿no alcanzarían a resolver inmediatamente el problema agrario? Creemos que sí, y del mismo modo podemos pensar que en todos los aspectos del vastísimo problema regional ocurriría lo mismo: habiendo hombres de capacidad suficiente para llevar a cabo el esfuerzo que se les encomendase, el ideal alcanzaría realidades asombrosas en el más breve plazo.

Pero tratar de resolver las cosas utilizando los medios actuales creemos que es perder el tiempo. Hay que transformar el rutinarismo colectivo, moteado de ironías ante lo nuevo, por un colectivismo consciente, salpicado de austeridad y firmeza ante el deber humano del trabajo.

¿Que es posible resolver todas las cosas, una vez resuelta la cuestión agraria? Bueno, nada puede oponerse a comenzar la obra por la agricultura.

Pero procedamos antes por cultivar el espíritu público con amplitud de concepto y absoluta sinceridad. Digámosles a los labradores, con tenacidad incansable, que sus tierras pueden producir más y mejor empleando los nuevos métodos; digámosles, además, de una manera convincente, que dejar en absoluto incultas extensiones inmensas dedicadas a criar toros para la fiesta del embrutecimiento nacional y a incubar langostas para que arrasen las demás tierras sembradas no es justo ni conviene a la colectividad, que espera de la tierra los rendimientos posibles que ofrece generosa. Enteremos, asimismo, al pueblo de la trascen-

dencia social y la solemnidad cívica del momento en que elige sus conductores políticos; hagámosle conocer la fuerza del derecho que le asiste y enseñémosle a usar seria y noblemente de ese derecho, reconociendo a cada hombre su dignidad personal. Dígámosle que cumplir los deberes y ejercitar los derechos da la hombría de bien y la libertad, y acercándose más a la posesión de estos dones más se aleja la miseria angustiosa, esa cruel y lenta agonía de la vida.

Intensifiquemos la cultura, que es la base del edificio social. No nos empeñemos vanamente en querer comenzar la casa por el tejado. Cuando la cultura media sea capaz de ahogar la ignorancia ambiente, el problema de Andalucía caminará rápido hacia su resolución.

Del mismo modo que el «Emilio» de Rousseau buscó instintivamente a Dios al completarse su educación y como prueba de que era perfecta, así el pueblo andaluz, al sentirse fuerte y consciente, buscará con avidez su bienestar y lo hallará dondequiera que esté.

Si entonces alguien fuese osado de negárselo, sabrá imponer la justicia de su triunfo con la fuerza de la razón avasalladora y con el recio golpe de su brazo. Las conmociones sociales siempre se han producido ante los obstáculos que se oponen, por mera-conveniencia individual, al bien y al progreso colectivos (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

The first part of the document is a letter from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The letter discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope for a speedy end to the conflict. The Secretary also discusses the political situation in the South and the need for a firm policy towards the rebels. The letter is signed by the Secretary of the State, William H. Seward.

The second part of the document is a report from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The report discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope for a speedy end to the conflict. The Secretary also discusses the political situation in the South and the need for a firm policy towards the rebels. The report is signed by the Secretary of the State, William H. Seward.

The third part of the document is a report from the Secretary of the State to the President, dated January 1, 1865. The report discusses the state of the Union and the progress of the war. It mentions the recent victories of the Union forces and the hope for a speedy end to the conflict. The Secretary also discusses the political situation in the South and the need for a firm policy towards the rebels. The report is signed by the Secretary of the State, William H. Seward.

LOS HOMBRES MÁS TRISTES

Sevilla, 30 de Diciembre.

Hacia tres meses que los ojos melancólicos de los campesinos andaluces miraban cada día interrogadores al espacio infinito, esperando que las nubes cubriesen de gris parduzco el azul cobalto de los cielos y cayese sobre la tierra sedienta la bendita lluvia bienhechora de las sementeras. Tres meses de zozobra angustiosa, que se iba trocando en resignada desesperanza; tres meses mortales e infinitos en que «la tierra más alegre de los hombres más tristes del mundo» también era una tierra triste, para que todo fuese dolor y ruina: sequía en las nubes, en la tierra, en las almas.

Ha llovido durante estos últimos días lo necesario para preparar el campo, echar en los surcos la semilla y esperar la obra natural de la tierra, el sol y el agua. Esta lluvia que ha hecho el milagro en los campos ha tenido al mismo tiempo la virtud de disipar todos los temores del pueblo; se ha trocado en optimismo todo el sufrimiento anterior. Ya nadie recuerda el espectáculo triste de las tierras que requemó el sol del estío y continuaron por el otoño requemadas y estériles al no curarlas de su sed el agua, cruelmente esquiva; ya se desvaneció el cuadro torturador de los ganados muriéndose porque no hallaban para vivir una sola brizna de hierba en toda la extensión de las dehesas; tampoco queda ya memoria de la trágica visión de las humildes familias campesinas resignándose a la calamidad que les arrebatava el sosiego y destrozaba sus sencillas organizaciones domésticas, dispersando a los individuos, aventándolos fuera de los campos amigos y obligándoles a sufrir nuevas y dolorosas amarguras en éxodos de tenebrosa ruta.

Pasó la gravedad del momento y hemos tornado a sonreír. Por desventura de este pueblo singular, aquí cuesta muy poco ser feliz. Ha bastado que llueva para que todos se conformen. En principio, la lluvia ha exigido inmediatamente el esfuerzo de muchos brazos para labrar la tierra, y los hombres han empleado sus brazos ociosos, considerándose satisfechos con trabajar.

Este reconocimiento de la virtud del trabajo en el andaluz acaso no convenza del todo; debe convencer sin embargo, porque es verdad: contra opiniones vulgares, creemos nosotros que los andaluces son más laboriosos de lo que se cree. Nos consta que el maestro Unamuno es de nuestro parecer, y esperamos que un día nos ayude a esparcir por España estas afirmaciones, que destruirán una de las más arraigadas calumnias de que se duele Andalucía.

Con un poco de lluvia a tiempo, un poco de sol y trabajo siempre, el andaluz es absolutamente feliz. Esta propensión al optimismo se ha aprovechado siempre por muchos que, aprovechándolo todo, se erigieron en directores de estos pueblos fáciles. No hablamos de caciquismo porque no creemos en los caciques, ya que creer en ellos supondría la existencia de la tribu que se deja regir con mansedumbre, tomando la disciplina por esclavitud. Andalucía no se compone de tribus agrupadas en torno a la resignación; se compone de pueblos de una especial psicología, que necesita buena voluntad en los de arriba, en reciprocidad con la buena fe de los de abajo.

Es la de este pueblo una buena fe que nunca ha actuado como una fuerza activa. El día que esta condición, de valor inapreciable, se haga reflexiva y pueda imponerse, Andalucía se salvará.

Si tras la crisis angustiosa de la sequía recién padecida el pueblo hubiese reaccionado, y en vez de aspirar solamente al trabajo del momento hubiera reflexionado sobre la necesidad de un medio perdurable que hiciese prescindir de la esperanza en el agua de las tornadizas nubes, tal vez pudiéramos señalar el comienzo de una nueva era para la región.

Pero no se ha operado por esta vez el milagro. Los hombres de esta tierra son de una sobriedad acaso excesiva, las necesidades aquí son muy exiguas y la sensación de felicidad terrena se obtiene a muy poca costa. Ya lo hemos dicho: agua a tiempo, sol frecuente y trabajo cotidiano.

Y en tanto se ha manifestado una vez más la irreflexión del pueblo mártir, y en tanto se ha sufrido el dolor angustioso de una sequía amenazadora de todas las ruinas, el remedio perdurable, que está al alcance de todos los anhelos, se ha malgastado: El Guadalquivir, cuya canalización para riegos comenzó y no acabará nunca —¡qué triste es la palabra nunca!—, ha pasado caudaloso e indiferente por junto a las tierras sedientas y al lado de los corazones atormentados. Las aguas que pudieron fecundizar los campos como y cuando hubiera sido necesario fueron a sepultarse en el mar, sin gozar la dicha de transformar un país, utilizadas convenientemente.

Nosotros somos fervorosos de los grandes ideales concretos y admiramos por ello sin reservas, con sinceridad, el pensamiento que inspira al patriota Rafael Gasset. Gran parte del impulso inicial de las obras de riegos de la margen izquierda del Guadalquivir, merced a las cuales podrán regarse 200.000 hectáreas, se debe al ilustre ex-ministro, cuya tenacidad por mantener un ideal transformador de la agricultura patria es la gran característica de su vida política.

Y gran parte de la labor retardataria de esas obras se debe, en cambio, a los políticos de por aquí, que jamás tuvieron un ideal concreto ni sintieron nunca el impulso de una buena voluntad. La buena voluntad reflexiva de los directores, complementaria de la reflexiva buena fe de los dirigidos a que aludíamos antes.

Cuando ambas cosas se alcancen y se comprendan, los hombres de Andalucía no serán los más tristes de la tierra, y dejarán de ser una contradicción perenne este cielo, esta tierra y estos hombres (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and appears to be a formal document or report.

POR EL DOLOR DE ANDALUCÍA

Sevilla, 29 de Diciembre.

En los ensangrentados campos de batalla han depuesto los ejércitos sus armas en una tregua precursora del advenimiento de la deseada paz. Durante numerosos días de dolor y angustia —días luctuosos que entre todos formaron una negra noche de espantosa pesadilla humana—, el cañón tronó sin cesar, removiendo la tierra, cuyos surcos recibieron ávidos la sangre de incontables mártires, para que germinase la semilla del dolor sembrado por las rivalidades de los pueblos en el afán respectivo de imponer sus antagónicos principios de derecho.

España no tomó parte activa en la tremenda liza, optando por un papel de espectador pasivo, creyendo que no le afectaban los intereses en pugna, viendo el problema planteado desde un punto de vista material, sin asomo alguno de espiritualidad y sin presentir que eran cuestiones puramente espirituales o ideales las que se ventilaban por medio de las armas.

Se creyó que triunfaría la fuerza sobre la razón, y se ha visto después —tarde, por supuesto—, que por primera vez en el dilatado curso de la historia de los pueblos ha triunfado la moral sobre la fuerza, para que el humano progreso se encamine por la verdadera senda de una vida mejor, proclamando la libre opción de sus derroteros sin las trabas que imponían las dictaduras autócráticas, atentas a conservar su poder para que el mundo fuese suyo y sus esclavos los humildes, atenazándoles el pensamiento y conteniéndoles las nobles ansias humanas de sufrir menos en el propicio ambiente de una igualdad efectiva.

Pero si bien España, como colectividad nacional, no vio, por la miopía o el daltonismo de sus directores políticos, el buen camino de sus actuaciones internacionales y rehuyó inmiscuirse

en la lucha —sin que esto le relevase de sufrir privaciones y ultrajes dolorosos—, no faltó, en cambio, quienes vislumbrasen cuál era el campo de las armas que defendían la moral universal y se apresuraron a movilizar y enviar sus corazones al frente de batalla para que sufriesen, al unísono con los defensores del derecho humano, todos los rigores de la contienda y las amargas de la incertidumbre.

Me interesa hace constar, para evitar toda suspicacia o todo recelo que muy bien pudiera producirse, que yo también, desde la primera hora de la conflagración a cuyo fin asistimos, envié mi corazón a las trincheras y cada día formulé ante los altares de mis devociones ideales las oraciones profanas de mi espíritu por el triunfo de los sagrados principios de justicia, derecho y libertad: los principios inmutables de la moral colectiva.

Así, mi esfuerzo defendió a la Francia inmortal que proclamara los Derechos del Hombre, sellando siempre su inviolabilidad con la sangre del pueblo.

Así a Bélgica, la mártir, que ahora se reivindica, levantando con aires davídicos el brazo para mostrar en alto la cabeza cercenada del gigante Goliath.

Así a Italia, que supo orientar su actuación con certero instinto patriótico y se apresuró a sufrir, para triunfar y gozar luego la alegría de ver libres los pedazos sagrados de su patria irredenta.

Así los Estados Unidos, que en el afán sublime de sahumar su historia con aromas de leyenda heráldica, escogió la hora de producirse en el gesto admirable de venir a Francia, cuna de su libertad, a pagar la deuda y hacer valer con sus brazo juvenil la razón suprema del derecho.

Del mismo modo defendí a cuantos pueblos aportaron su esfuerzo en la pugna, porque todos poseían el claro concepto de un deber de sacrificio para tener opción a un legítimo anhelo de gloria.

Pero fue principalmente Inglaterra, la gran nación maestra de libertades, el objeto de mis más fervorosas admiraciones y de mi mayor ardor y entusiasmos defensivos.

Inglaterra, que, como decía José Ortega y Gasset hace poco, «va por la vida lenta e incansable como las estrellas por el cielo», es el objeto de mi fe por su constante y efusivo auxilio a los débiles, por su elevado concepto del honor, por el cuidadoso interés en conservar sus tradiciones seculares como tónico para sus espiritualidades, por la serena actuación ejemplar de sus hombres, por la diafinidad equitativa de sus leyes, por su religioso respeto a la libertad individual, por sus altos principios de ciudadanía democrática y hasta por su *perfidia*, por ese tópico de la *pérfida Albión*, que no es, en realidad, sino una forma del patriotismo: el certero sentido de gobierno que sabe leer en el porvenir —y los previene— los altos designios de la patria. Una perfidia así deseo yo para los gobernantes de España, en lugar de la perfidia de sus continuos desaciertos.

Por todas estas admiraciones hacia los respectivos pueblos tenía yo mi corazón en las trincheras puesto a sufrir, en las horas adversas; puesto a gozar, como gozó en los momentos de esperanza, y puesto a exaltarse en supremo júbilo por el triunfo emocionante y trascendental. Tengo pues, derecho a exteriorizar los sentimientos íntimos de mi alma mirando hacia mi Andalucía desde la cumbre triunfal donde se alza enhiesto el estandarte de la Justicia para los pueblos.

Andalucía es la única región española que tiene un pedazo de su territorio bajo la dominación extranjera. Es este un dolor que nos estaba reservado a los andaluces para que en el curso de la Historia se generase un fatal sentimiento de rencor perenne hacia los promotores del perdurable vejamen.

Este rencor, que en vano intentaríamos desprender de nuestra alma, más que hacia la nación detentadora va hacia el poder histórico vinculado en el centro, que asumió el gobierno y lo retiene a pesar del fracaso ostensible, correspondiéndole la responsabilidad de todos los graves males históricos, coloniales y regionales, desde el momento de efectuarse la unidad nacional hasta las horas actuales en que un centralismo sordo, ciego y sin alma perdura en el abandono secular, sin propósitos de enmienda y dando ocasión a que las regiones empiecen a darse cuenta de que

deben vivir sin tutelas su propia vida fecunda y atender por sí en amplia autonomía política sus necesidades de todo orden.

Gibraltar está en Andalucía y en poder de Inglaterra por Castilla. No estará de más que refresquemos la memoria con un poco de Historia acerca del famoso Peñón.

Como consecuencia de la guerra de sucesión de 1704 cayó Gibraltar en poder de las fuerzas angloaustriacas, mandadas por el almirante Rocke y el Príncipe alemán de Hesse Darmstad, cuando Inglaterra, Austria, Alemania y Holanda declararon la guerra a Francia y a su aliado Felipe V, nuevo Rey francés de España, en cuyo lugar deseaban poner las citadas naciones a Carlos III de Austria, que tenía tanto derecho a ocupar el trono español como su rival francés.

Cuando Carlos III fue proclamado Emperador de Alemania el Gobierno de Inglaterra pensó que la unión de España y Alemania bajo un mismo Soberano podría ser más peligrosa que reinando en Madrid un Príncipe francés e hizo la paz con los Reyes de España y Francia, lo cual determinaba la evacuación de Gibraltar.

Pero como estos dos Reyes podían haber dejado a Inglaterra fuera del Mediterráneo, pidió y le concedieron la posesión definitiva de Gibraltar.

Convenía a dichos Monarcas hacer la paz con Inglaterra porque así desbarataban la alianza angloaustriaca, sin que ello les costase más que la cesión de una roca estéril, de escaso valor en aquel tiempo.

El Rey Felipe V, de acuerdo con el artículo 10 del Tratado de paz de Utrech, concluído en 13 de julio de 1713, hizo formal entrega de Gibraltar para siempre, en absoluta propiedad, con la sola obligación, para Inglaterra, de que en el caso de desear alguna vez cederlo, hiciera a España la oferta en primer término.

Esta circunstancia del deseo de ceder y de la obligación de ofrecer se ha producido luego por dos veces: la primera, a cambio de una alianza con España, y la segunda, a cambio de la isla Guadalupe, en las Antillas, y en ambas ocasiones el Gobierno central español declinó la oferta.

La ventaja que obtuvo España con el tratado de Utrech fue la de posesionarse de Cataluña, que se había rebelado contra Felipe V y que tornó a la hegemonía castellana cuando el Gobierno británico, en reciprocidad por la cesión de Gibraltar, dejó de ayudar a sus aliadas Austria y Alemania en la tarea de dar la independencia a Cataluña y permitió a Francia asaltar Barcelona y entregarla luego al Gobierno de Madrid.

El Gobierno central no podrá reclamar las reivindicaciones nacionales porque sin duda no le alcanza semejante derecho, debido a su inhibición fatal; pero Andalucía, como pueblo histórico vivo, sí puede reclamar, que para eso ha triunfado el derecho de los pueblos conscientes de sus personalidad. Y si no tanto como reclamar, podemos, por lo menos, exponer la noble aspiración, el anhelo ferviente de alcanzar las reivindicaciones de Andalucía, el deseo legítimo de rescatar ese trozo de nuestro solar sagrado, recobrando la plena integridad de nuestro territorio.

Para manifestar este unánime sentimiento andaluz debe formularse una sencilla solicitud respetuosa que alegue como argumento básico un simple motivo romántico, porque habiendo triunfado el espíritu de la materia es natural que se coticen los valores espirituales. Debemos alegar el dolor y el oprobio que significa para un pueblo de la grandeza espiritual del nuestro tener el alma lacerada por la tortura perdurable de un vejamen que no debe continuar en la nueva era cuyo alborear justiciero y apacible se vislumbra en los horizontes humanos.

Inglaterra, tan comprensiva, tan amplia de espíritu, tan sensible al dolor de los débiles, tan admiradora y tan capaz de los gestos románticos, a buen seguro que acogerá con cariñosa atención el clamor de la opinión andaluza y hará cuanto le sea posible por atender las justas aspiraciones de un pueblo.

Escribió Ganivet que «aquella ciudad que realice un acto vigoroso, espontáneo, original, que la muestre como centro de ideas y de hombres que en las estrecheces de la vida comunal obren como hombres de Estado, tenga entendido que presta a su país un servicio más grande y duradero que si enviase al Parlamento una docena de Justinianos y otra docena de Cicerones».

Apresurémonos a actuar como hombres de Estado, pidiendo que sea acogido el eco de nuestra voz en el próximo Congreso de la Paz; vayamos con denuedo a curarle sus heridas a Andalucía, noble madre nuestra, cuyo corazón sangra amarguras innumerables.

El diputado inglés Thomas Gibson Bowles decía que «Gibraltar no es la llave del Estrecho, sino el sitio para colgarla». Tal expresión, saturada del fino humorismo británico, es de una gran exactitud; en realidad, la llave del Estrecho está entre la isleta de Tarifa y Punta Carnero, extremo meridional de la bahía de Algeciras.

Por lo tanto, para guardar la angostura marítima formada por los litorales europeo y africano bastaría guarnecer y artillar debidamente esa zona del extremo sur de la Península.

Gibraltar no representa para los ingleses su seguridad en el Estrecho; mucho menos hoy, que una sola pieza de la artillería moderna puede desarmar el Peñón desde cualquier punto lejano, incluso desde la costa de Africa. En realidad, Gibraltar es una estación carbonera y de reparación y refugio de los navíos en el camino marítimo desde Inglaterra hasta sus colonias de Oriente.

Pero si se concluye la paz con el probable acuerdo de la libertad de los mares y la internacionalización de los estrechos, ¿qué falta hace a la Gran Bretaña custodiar el de Gibraltar, ni qué necesidad tiene de conservar una costosísima plaza fuerte o una estación carbonera propia en su ruta de la India?

Si se constituye la Liga de las Naciones concebida hace poco más de dos siglos por el abate Bernardino de Saint Piérre y hecha realidad posible ahora por Wilson, ¿qué temores pueden suscitarse en la armonía universal para que Inglaterra continúe pisando como enemigo el terreno de un país amigo?

Si todos estos grandes ideales humanos llegasen a una concreción real —y se va camino de ello—, es seguro que Inglaterra se abstendrá de proseguir causando un dolor, teniendo en cuenta que su estación carbonera y el puerto de refugio para sus flotas en la ruta de Oriente habían de serle ofrecidos con generosa amplitud en la hidalga y hospitalaria tierra de Andalucía. Y aun no

habría inconveniente alguno en acordarlo así con toda formalidad en el Tratado de restitución, porque, ¿qué temor puede asaltarnos al contraer la obligación de tener en nuestro territorio un depósito de combustible y un arsenal de reparaciones al servicio de la Gran Bretaña?

A bien que en el ambiente de paz en que ha de desenvolverse el mundo futuro, que someterá sus cuestiones al supremo tribunal arbitral, no caben recelos ni reservas; no puede haber, so pena de abrigar propósitos siniestros contra la fraternidad universal, afanes de usurpación o deseos de imperialismo ambicioso.

Contra esto azotes flageladores de la dignidad de los pueblos; contra estos conceptos bárbaros que tiene la nefasta influencia de desatar los odios y llevar a las crueldades inhumanas de la guerra, se ha combatido durante más de cuatro años, y es lógico suponer que al ser vencidos esos principios lo hayan sido para siempre, en bien de la Humanidad, que necesita, que tiene derecho a gozar plenamente las grandezas de la civilización.

Inglaterra, que en todos los extremos del mundo luchó por la libertad y el derecho; que en esta guerra tuvo el magnánimo gesto, digno de su historia, de salir en defensa de Bélgica atropellada, amparando, además, el derecho de Francia a recuperar sus fronteras naturales, apoyando también la razón del irredetismo italiano y restituyendo su solar a Sión errante, se apresurará a desclavar del corazón de Andalucía la recia espina dolorosa de Gibraltar.

Inglaterra es incapaz de negar su personalidad histórica, porque respeta y ama la libertad y la justicia; certidumbre en la que hemos de fundar el templo de nuestras esperanzas de reivindicación.

Yo propongo, pues, y al efectuarlo tiembla de emoción mi alma por la trascendencia patriótica de mi proposición, que inmediatamente todos los Ayuntamientos, Centros culturales, políticos, recreativos, comerciales, industriales, y, en general, todas las colectividades activas de Andalucía, acuerden y envíen un respetuoso escrito a la Embajada Real de la Gran Bretaña en Madrid solicitando del Gobierno británico que sean tenidas en

cuenta las reivindicaciones andaluzas en el próximo Congreso de la Paz.

La unánime manifestación de nuestros deseos revelará un movimiento de opinión vigoroso, ejercitado con toda dignidad para que dignamente sea correspondido.

Y esperemos con el alma llena de optimismo lo que nos responda Inglaterra. No es de creer que niegue sus tradiciones, obligándonos a rectificaciones de concepto, la nación maestra de libertades, en quien tanto admiramos con sinceridad fervorosa (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

DIÁLOGO DE CAFÉ, ACERCA DE LAS MANCOMUNIDADES

Don Juan y don Francisco, hombres de buena fe, aficionados a elevar de vez en cuando sus espíritus a las alturas serenas de la especulación política frente a una taza de café caliente, hablan no sin cierta exageración, muy natural en su calidad de andaluces propensos a volar en alas de la fantasía, del problema de las mancomunidades administrativas provinciales.

Dice Don Juan.— De modo que la cuestión es ésta: que lo que debió haberse hecho cuando se constituyó la mancomunidad catalana, o sea crear en Andalucía un organismo idéntico que, como usted dice muy bien, habría servido como eficaz contraste e indudable ejemplo administrativo sin el menor repliegue de intención política desmembradora de la unidad nacional, y no llegó a hacerse por aquel gracioso escrúpulo que le asaltó a Borbolla, el inolvidable, y le indujo a no contribuir a fundar lo que él llamaba los Estados Unidos de España, intenta realizarse ahora para cumplir lo dispuesto en el real decreto de 18 de diciembre pasado, que faculta a las provincias para mancomunar sus administraciones respectivas.

Habla Don Francisco.— Es cierto: y lo que entonces se hubiese podido hacer designando a Sevilla como cabeza de la mancomunidad regional, sencillamente, sin asomos de celos o recelos por parte de las demás capitales de provincia, ahora promoverá lamentables contratiempos...

Don Juan.— ¿Lo cree usted así?

Don Francisco.— Ciertamente. Por que teniendo en cuenta la enseñanza de los beneficios que Barcelona obtuvo para sí con sacrificio evidente del resto de Cataluña, cada capital andaluza aspira a hacer valer su derecho para constituirse en centro de los

servicios con el natural egoísmo sentimental deducido de la experiencia catalana. Cuando los maquiavelos de las Ramblas, intentaron crear a toda costa en Andalucía una ficción de regionalismo con música de «Els Segadors»...

Don Juan.— Bueno, aquello no podía ser y no fue. Los que lo pretendieron rectificaron pronto en buena hora...

Don Francisco.— Continúo. Cuando aquellos señores vieron defraudada sus pretensiones no pudieron ni soñar siquiera con que, andando el tiempo, iban a lograr el éxito de ver perturbada a Andalucía por querer todas y cada una de sus ciudades alcanzar como Barcelona el privilegio de ser la sede de la mancomunidad.

Don Juan.— ¡Andalucía perturbada por la influencia catalana! Pero qué cosas se le ocurren a usted...

Don Francisco.— Nadie pudo sospecharlo, más así se manifiesta en la realidad: Granada habla de constituir la mancomunidad de la Andalucía Oriental con Jaén, Almería y Málaga; Málaga deja hacer pero se reserva el derecho de pedir para sí la capitalidad. Sevilla propone una mancomunidad administrativa integrada por las ocho provincias andaluzas y la extremeña de Badajoz, teniendo en cuenta su posición ideológica y geográfica; pero Granada sostiene su punto de vista y sigue hablando de dos Andalucías, la oriental y la occidental, en tanto que Huelva deja entrever su inesperada aspiración de mancomunarse nada más, —y nada menos— que con Badajoz...

Don Juan.— Interesantísimo.

Don Francisco.— Comprenderá usted que siguiendo por este camino es posible que Córdoba adopte una actitud semejante y pida su alianza administrativa con Ciudad Real, que Jaén busque a Albacete, que Almería se entienda con Alicante y que Cádiz promueva la aguda pretensión definitiva de unis sus destinos a los del archipiélago canario.

Don Juan.— Convengamos, amigo, en que después de todo no sabemos hasta donde se extiende Andalucía. Recordemos lo que decía el malogrado y llorado José María Izquierdo: Andalucía además de ser la llave geográfica de España es también la

clave de su historia. Ha sido siempre la tierra prometida de todas las conquistas, desde las púnicas a las musulmanas, y de toda la Reconquista. Y el solar de donde partió el aliento epopéyico del Nuevo Mundo. Aquí vinieron todos sucesivamente a combatir, a crear, a soñar, a emprender la ruta hacia las tierras desconocidas; y así Andalucía pudo llegar a ser el símbolo vivo de toda España. Andalucía por lo tanto —sigo recordando a Izquierdo— es inmensa, es toda una inmensidad: se puede hablar de una Andalucía levantina, otra lusitana, otra manchega... Y de la Andalucía serrana, oriental de Ronda y occidental de Aracena, la de Sierra Nevada y la de Sierra Morena; y hasta de una Andalucía playera o marinera.

Don Francisco.— Efectivamente la diversidad es tan verdadera como extraordinaria, pero no se trata por cierto de confeccionar un traje de arlequín, para que cada centro de cada cuadrado minúsculo alcance su expresión individual. El individualismo característico andaluz debe reprimir sus egoismos en este caso olvidando perniciosos influjos separatistas. Andalucía podrá extenderse hasta donde la más exaltada fantasía decida fijar sus límites, pero quedándose en una sola, de una sola pieza, única, indivisible, potente, creadora.... Se trata nada más que de ejercitarse en una gestión administrativa recíproca sin menoscabo alguno de las características inherentes a cada ciudad y sin pensar en intolerables hegemonías.

Don Juan.— Cierto, cierto.

Don Francisco.— Y de fácil solución si se resuelve elevando el pensamiento. Sevilla ha lanzado la cordial fórmula generosa y equitativa sugiriendo la idea de que las sesiones de la futura mancomunidad de las ocho provincias se celebren en una población distinta cada vez siguiendo una rotación rigurosa. Esta idea que prueba hasta qué extremos pudo Andalucía dar ejemplos a Cataluña, es suficiente para reprimir todos los celos y todos los recelos; pues la capitalidad va a estar sucesivamente en toda la región, ciudad por ciudad.

Don Juan.— Así estará muy bien; porque además de acallar rumores suspicaces, dará motivo a que los representantes admi-

nistrativos de Andalucía establezcan contactos mutuos para llegar a conocerse, a amarse y a auxiliarse.

Don Francisco.— Exacto. Volvamos el pensamiento andaluz hacia aquel proyecto de Constitución Federal para los cantones andaluces que presentara en 1883 a la Asamblea de Antequera el diputado por Alora Carlos Saornil y, prescindiendo por completo de su contenido político, —que no viene al caso,— observemos con rigor los austeros preceptos de unión y fuerza que proclamaron nuestros abuelos, para revelar al menos ahora que se presenta la ocasión, nuestra capacidad administrativa exenta de tutelas; lo que puede servir para muchas cosas y en primer término para desvanecer la presunta falta de seriedad con que suele motejársenos tal vez como consecuencia del pecado perdurable de tolerar la creencia bien extendida de que Andalucía sólo es colectivamente formal, sólo posee espíritu colectivo, a la hora de garantizar su pintorequismo de pandereta.

Don Juan.— Estamos de acuerdo.

Don Francisco.— Pues si le parece a usted celebremos la coincidencia de opiniones pagando el café mancomunadamente... Para ejemplo...

* * *

El periodista pide perdón a Don Juan y a Don Francisco por la indiscreción de trasladar al público su diálogo (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 17/2/1924.

LA ESPERANZA DE LOS MOROS ANDALUCES

Yo conservo dos recuerdos de Xauen, la ciudad yebali recién abandonada por nuestras tropas: uno es el recuerdo sentimental de los días que allí permanecí; el otro es un corte de paño para chilabas que me regaló para que me hiciese un gabán el Bacha de la ciudad sagrada, mi ilustre amigo, y muy leal de España, Uafi-el-Bakali. Tengo, pues, derecho a expresar mi pena por tan sensible pérdida.

Después de todo, allí se quedan muchos amigos nuestros; muchos moros descendientes de familias españolas que residieron en Córdoba, Granada o Sevilla... Yo conté más de cien apellidos españoles: Ruiz, Vázquez, Requena, García, Sánchez, etc. También quedan unos judíos que hablan y cantan en la vieja lengua castellana; aquellos judíos que, al entrar en Xauen el ejército de Berenguer lo recibieron al grito de *¡Viva Isabel III!*, porque en 1860 oyeron decir que los españoles de O'Donnell habían llegado a Tetuán y seguían para Xauen... Se figuraban que en octubre de 1920 llegaba, por fin, O'Donnell, con las tropas de la Reina Isabel...

Yo fui a Xauen, desde Tetuán, a raíz de las desgracias españolas del 1921 en la zona oriental. Berenguer, para acudir a Melilla, había suspendido en Rokba-el-Cozal la campaña de Beni Arós, y la seguridad en la zona occidental era muy relativa. La carretera sólo llegaba hasta el zoco el Arbaa de Beni Hassan, o hasta Homara, un poco más abajo. En el zoco dejé el automóvil y en una camioneta seguí hasta Homara, donde los ingenieros construían un puente. Allí hice noche con el Tabor de los Regulares de Ceuta, mandados por el bravo comandante Pareja; y al amanecer, montando un caballo ensillado con ese andamiaje extraño que se llama silla mora, salí con la fuerza a campo atravie-

sa... Antes de llegar a Xarkia-Xeruta, la posición donde ha muerto el general Serrano, sufrimos una agresión: algunos soldados indígenas cayeron heridos cerca de mí y mi pobre caballo recibió en el cuello nada menos que dos balazos. Creo que una de las balas era para mí, pero algún santo de mi devoción actuó rápidamente y logró que las dos balas las recibiese el caballo, que no se desplomó, sin embargo, por otro milagro del propio santo, condecorador de mis escasas facultades para las caminatas a través del monte.

Pasamos Xarkia-Xeruta y Dar-Acoba, la posición siguiente. Al pie de ésta mi caballo se negó a andar. El animalito se moría a chorros, y yo pedí, compadecido, que le rematasen. Así se hizo y me quedé a pie. Pareja me dió a elegir entre marchar con el tabor en clase de andarín honorario, o esperar que desde Xauen me enviasen otro caballo, cuando ellos llegasen. Me acompañarían entre tanto algunos soldados de Regulares. No era grato quedarse en el campo, pero era más ingrato aún andar, sobre todo para mí, que, aunque me esté mal el decirlo, soy un comodón muy distinguido. Opté por quedarme en la compañía de dos soldados moros de mi misma opinión, en materia de comodidades.

Con un grupo de trajinantes indígenas y estos dos buenos amigos, Amido y Josáin, a quienes no olvidaré nunca, porque me trataron con un afecto extraordinario, pues hasta me contaron cuentos árabes para que no me aburriese, logré llegar al atardecer, sano y salvo, a Xauen. El coronel Saliquet, jefe entonces de aquel sector, me recibió en su casa con gran cortesía y me procuró alojamiento adecuado. Al día siguiente, acompañado del teniente coronel de cazadores de Segorbe, don José María Borbón, fui a Miskrel-la, la extrema posición avanzada, y desde allí, el primer periodista español —un servidor de ustedes— que llegaba a aquella posición, envió por heliógrafo sus saludos a las tropas de la zona de Larache, que asomaban una avanzada por el Ajmás y a las fuerzas francesas situadas en el puesto de Rejatta, avanzado de Wasán.

El almuerzo con que me obsequiaron los oficiales de la guarnición de Miskrel-la, tuvo unos horriblos postres bélicos, pues hubo necesidad de alejar al enemigo, que había instalado sus guardias a cien metros de la posición y colocar un bloqueo en el pico del Magó. Unos postres demasiado ruidosos. El bastón que fue mi apoyo durante la excursión africana, aún conserva la huella de una bala Lebel, que guardo como amuleto...

Al otro día, invitado a comer en casa del Bacha, Uafi-el-Bakali, se me tributó por sus cantores y músicos durante la comida un homenaje singular, que consistió en entonar una canción secular de los moros andaluces: una canción nostálgica del *Andalus* abandonado, por cuya pérdida ostenta una perenne banderita negra la escarpia de la Mezquita Grande...

El intérprete me tradujo la letra de la doliente poesía, encuadrada en un quejumbroso motivo melódico:

*«¡Ay, qué pena lo que pasó!
¡Días, de alegría y satisfacción!
Todo terminó
En hora tranquila.
¡Oh separación de las casas de Andalucía!
¡Paciencia!
¡Oh, Dios mío, por tu gracia bienhechora!
¡Por la gloria de tu magna excelcitud!
Reúneme con quien amé
En hora tranquila.
¡Oh separación de las casas de Andalucía!
La hora llegará
¡Paciencia!».*

Como Abdeslam, el santo yebali descendiente de Sevilla, cuyo cuerpo yace incorrupto en el santuario de la Montaña Sagrada de Beni Arós, predijo la vuelta al *Andalus* de todos los moros andaluces, y como éstos van heredando con la canción el vivo anhelo espiritual de volver, aquel homenaje de los músicos me produjo una viva inquietud. Y entonces, impresionado por las observaciones del camino y por la copla, escribí estos renglones que reproduzco ahora:

«España ha llegado hasta Xauen con demasiada precipitación, debilitando de un modo irreflexivo el camino, para descubrir en la ciudad sagrada un bolsón de andaluces que suspiran por volver a su patria. A este fervoroso anhelo de volver no extinguido por los siglos, se le opone la respuesta negativa y amenazadora de las armas, y no obstante, los moros siguen cantando sus ansias añejas y perdurables... Tal vez por esto, por la debilidad de la ocupación del territorio donde fuimos entregando fusiles por la prisa de avanzar mucho, por la pereza en implantar un protectorado eficaz, habrá necesidad de evacuar Xauen algún día, y esta evacuación hará acrecer en los moros que llevan nuestros apellidos, el deseo de volver a sus *blancas casas de Andalucía*.».

¡Estaba escrito! Volvemos de Xauen... Los moros, tal vez interpreten este retroceso como inicio de que abrimos el camino y señalamos la puerta para el regreso al *Andalus*, pacientemente esperado por ellos a través de los siglos. Y acaso piensen que la profecía de Abdeslam va a cumplirse....

Al llegar a estas consideraciones finales, me asalta una duda: Yo no sé si con el corte de paño yebali que me traje de Xauen, debo hacerme en vez de un abrigo europeo, una chilaba africana (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 22/11/1924.

VI

NATURALEZA

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

NATURALEXA

Faint, illegible text in the middle section of the page, likely bleed-through.

Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly bleed-through.

EL SACRIFICIO DE LAS ENCINAS

Sevilla, 28 de Agosto.

Del discurso pronunciado por Joaquín Costa en una fiesta del Arbol:

«Son los árboles obreros incansables y gratuitos, cuyo salario paga el cielo, que no se declaran en huelga, ni entonan el himno de Riego, ni vociferan gritos subversivos, ni socavan los cimientos del orden social. Para ellos la cuestión social no está en que los exploten, sino al contrario, en que los hagan holgar. ¡Y cuán variadas sus aptitudes y cuán solícitos sus cuidados para con el hombre! Los árboles hacen tablas y vigas, leña, carbón, sidra, alcohol, aceite, cacao; hacen café, azúcar, refrescos, papel, quina, seda, uvas, higos, melocotones, dátiles, naranjas, cerezas y manzanas; hacen tierra vegetal, hacen manantiales, hacen oxígeno, hacen salud, hacen pájaros, hacen poesía, hacen sombra, hacen hogar, hacen país...»

Nosotros hemos podido ver estos días una nueva prueba de la prodigalidad de los árboles. La gloria de este supremo sacrificio por el hombre corresponde a las encinas; las venerables encinas, que, en fuerza de querer superar su magnificencia, han llegado a ofrecerse por entero, en el trance actual de la escasez de hulla, para alimentar con las altas calorías de su combustión las calderas de vapor, cuyos voraces hogares temieron morir de frío y amenazaron con transmitir su helada quietud a centenares de brazos.

Hemos visto, conmovidos, la magnitud del presente sacrificio de las nobles encinas. Toda una amplísima dehesa extendida a ambos lados de la ferrovía por donde deslizábase el tren que nos transportaba en excursión fugaz por la Sierra apareció ante nuestros ojos absortos descuajada de encinas. Y la tierra, mos-

trando dolorida los tremendos desgarrones correspondientes a las cepas enormes de los seculares árboles arrancados.

Inquirimos presurosos de los viajeros inmediatos la extraña causa de aquel desastre, y nos la explicó con breves frases un hombre de exterior aspecto humilde, que expresaba con los ojos, claros y profundos, esa reciedumbre espiritual que conservan los serranos.

—Pues eso que se ve desde aquí —dijo— no es nada, comparado con lo que hay sierra adentro. ¡Un verdadero dolor! Millares de encinas cayeron. Se las llevan los negociantes, pagándolas a cuarenta pesetas cada tonelada, incluídas las cepas que producen más calor que las ramas... Ramas y cepas son troceadas en el campo y transportados luego los trozos al pie de las calderas de algunas industrias o a los depósitos de combustible de las líneas férreas. ¡Es una verdadera pena! Los espléndidos encinares, orgullo de estas sierras, van desapareciendo, sin que sientan el menor escrúpulo los propietarios. ¡Como les pagan bien y el dinero entra tanto por la vista...!

Esta explicación tan somera y tan expresiva nos sumió en tristísimas y amargas reflexiones. Por fin hubimos de deducir que ante la crisis del carbón no puede ser este sacrificio de los encinares el único procedimiento sustitutivo. Medios habrá de alimentar esas máquinas sin recurrir a los árboles, y esos medios corresponde a los gobernantes determinarlos antes de que los propietarios de conciencia metalizada continúen entregando al hacha destructora las arboledas del país.

La codicia de esos propietarios les ha cegado el entendimiento, y apenas ven que no podrá repararse la obra de los siglos en un año ni en veinte. No ven tampoco que, arrancada la cepa, ya no queda ni la esperanza de unos nuevos brotes prometedores de árboles nuevos. Tampoco ven que los montes, desprovistos en lo sucesivo de las copas espléndidas encargadas de modificar la caída violenta de la lluvia, perderán la centenaria capa de tierra vegetal arrastrada sin obstáculo por los turbiones torrenciales. Y las fecundas dehesas se convertirán en tierras áridas, por siempre estériles.

Se habló siempre mucho de la repoblación forestal; decíase que debía tornar España, intensificando la replantación, al tiempo dichoso en que desde los Pirineos a Cádiz podía pasarse sobre árboles. Prometíanse para el país las infinitas ventajas que ofrece este ideal, desde la regulación del régimen de lluvias, con su influencia higrométrica, hasta el simple aprovechamiento de leñas, representativo de una riqueza incalculable.

Véase a lo que este problema trascendental queda limitado: a uno de tantos beneficios deseados sin realidad posible. En adelante, si continúa este descuaje criminal de la arboleda, porque no se le ponga cortapisa, se deberá hablar modestamente de conservar lo que reste, y se renunciará a toda esperanza progresiva en la arboricultura de la patria.

No queremos extremar nuestro pesimismo, aun cuando la triste contemplación de la realidad nos incline a ello. Hemos pensado que al frente del Ministerio de Fomento se halla, por fortuna, un hombre ilustre capaz de comprender y atajar prestamente el gravísimo mal a que nos referimos. El señor vizconde de Eza encontrará medios, sin duda, de contener esas bárbaras mutilaciones de las arboledas nacionales.

Se nos afirma que en las provincias de Sevilla, Huelva y Badajoz no pasa día sin que caigan por tierra millares de encinas centenarias. Los nobles árboles caídos esperan que su postrero sacrificio supremo mueva el patriotismo de un ministro de la Corona ganoso de cumplir su deber ante la nación.

Estos árboles, obreros incansables y gratuitos, que no se declaran en huelga y saben producir de todo, incluso país, merecen la protección inmediata de la ley rigurosa e inflexible (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the English language. The author discusses the various influences that have shaped the language over time, including the contributions of Old English, Middle English, and Modern English. He also touches upon the role of dialects and the process of language change.

The second part of the book is a detailed study of the history of the English language from the beginning of the 15th century to the present. The author examines the changes in grammar, vocabulary, and pronunciation that have taken place over the centuries. He also discusses the influence of other languages on English, particularly French and Latin.

The third part of the book is a study of the history of the English language in the United States. The author discusses the development of American English and the influence of other languages on it. He also touches upon the role of the media and the internet in the evolution of the language.

The fourth part of the book is a study of the history of the English language in the British Empire. The author discusses the spread of English as a world language and the influence of other languages on it. He also touches upon the role of the British Empire in the development of the English language.

The fifth part of the book is a study of the history of the English language in the Commonwealth of Nations. The author discusses the development of English as a world language and the influence of other languages on it. He also touches upon the role of the Commonwealth of Nations in the development of the English language.

The sixth part of the book is a study of the history of the English language in the world. The author discusses the spread of English as a world language and the influence of other languages on it. He also touches upon the role of the world in the development of the English language.

LA PEÑA DE ARIAS MONTANO

Sevilla, 12 de Mayo.

Varias eminentes personalidades del Congreso de Ciencias que en la actualidad se celebra en Sevilla organizaron una excursión por la sierra de Aracena y tuvieron la amabilidad de llevar con ellos al periodista que relatata en *El Imparcial* su tarea cotidiana.

El automóvil que nos conducía subió con audacia en breves momentos desde el llano a las cumbres. Por la velocidad del vehículo se renovaba de continuo el paisaje, ofreciendo a los ojos absortos maravillas infinitas. A poco estábamos en Aracena; pero siendo el objetivo de la excursión ir en derechura a la Peña de Arias Montano, y luego, al regreso, detenernos, si quedaba tiempo, en Aracena para ver la famosa gruta de las Maravillas, dejamos atrás, en su calma apacible, la linda ciudad ilustre, con su recio castillo guardián en lo alto.

El ambiente azul y rosa de mayo florecido envolvía las calles, cuyo silencio rompió con irreverencia nuestro automóvil al cruzarlas.

La carretera, construída a media ladera, parece caprichosamente trazada por ingenieros artistas más atentos a sorprender al viajero con inesperadas bellezas que a vencer dificultades para el tránsito rodado. A la derecha se alza imponente la sierra de San Ginés, cuya cima se besa con el cielo; a la izquierda, la pendiente casi vertical hasta el barranco, y todo el borde del camino cubierto de pretilos, para evitar accidentes; atrás, el bello paisaje, que de pronto hace cambiar una revuelta; al frente, la belleza de lo desconocido, que nos llega conforme avanza el vehículo.

Todos los aspectos del paisaje, que se renueva por momentos, causan nuestra admiración; pero ésta sube de punto cuando,

al final de una curva, en la cual parecía terminar la carretera, quedando su límite suspendido en el espacio, se nos aparece el lindo pueblo Linares de la Sierra, sosegado en el valle florido, del cual suben unos verdejeantes chopos en competencia con la torre de la iglesia.

La veleta de la torre y los pingorotes de los árboles pudiéramos tocarlos desde la altura por donde nuestro coche rueda.

En tal afán estábamos cuando reviró el carruaje y nos vimos sorprendidos con un tramo de carretera en rampa que nos llevó hacia la derecha, nos hizo pasar sobre un puente y, en ascenso, nos hizo desandar lo andado en una especie de *U* casi cerrada con una distancia de más de dos kilómetros para poner otra vez a nuestro alcance la curva rápida del lado opuesto, la cruz de la torre de Linares y los árboles, que al agitar sus brazos parecían burlarse de nosotros.

Todo fue para salvar el precipicio insondable que mediaba entre ambos brazos de la *U*.

Seguimos ascendiendo y ya nuestro camino blanqueaba sobre el espinazo de verdinegras lomas; un breve descanso en el pilar para refrescar en sus linfas y, a poco de emprender la caminata, el puerto de Alajar, desde donde se ofreció a nuestra vista la histórica peña de Arias Montano, con su blanca ermita sobre la roca desgarrada, como si un titán desde los antros tenebrosos de la tierra, después de saber que hicieron un santuario encima del cerrillo rocoso, hubiese aplicado sus recias espaldas por el interior y dilatado la roca esforzándose por poner el altar más cerca del cielo...

* * *

A la derecha de la carretera se deriva en elevada pendiente el camino de la ermita, empedrada con menudos cantos. El ascenso está vedado a los coches por el enorme desnivel; a caballo, mal que bien, puede subirse, y así lo hacen los galanes, llevando a la grupa a sus mozas, el día de la gran fiesta para demostrar destreza y valor en presencia de las bien amadas. Pero a pie es lo

más seguro, aunque menos poético, y a pie subimos nosotros, no obstante los afanes del *chauffeur* por llevarnos en el auto.

Sabiamente dispuestos para cuando la fatiga de la caminata exige reponer alientos, hay en la rampa unos humilladeros cuya albura de cal denótase entre el fondo oscuro de la arboleda. Nos acercamos. Una imagen tras la reja, y bajo ésta una ranura para recibir las ofrendas. Rezaron algunos... Dimos todos nuestra limosna, y cuando obtuvimos el conveniente descanso sentados en los pretilos blancos, vuelta a caminar.

Vencida la empinada cuesta se llega a una explanada, a la que dan sombra unos árboles que llaman la atención nuestra por no ser de la flora correspondiente a la Sierra. Dícenos que los plantones fueron traídos por Arias Montano. Los excursionistas recogen el fruto caído de uno de ellos: un castaño de Indias cuyas apretadas castañas inmunizan, según versiones populares, de la erisipela.

Desde la llanada se ve el pueblo de Alajar tendido en el valle, hasta donde baja bullidor el caudal de la fuente; «mi fuente», como la llamó el sabio humanista y gran poeta en una oda sáfica, cuyo recuerdo nos asaltó al ver su curiosa disposición en un hueco de la roca, surtiendo silenciosa el agua, de tal modo tranquila, que la superficie sirve de espejo. Maravilla ver en aquella altura tan curioso manantial, cuya corriente inagotable se utiliza como fuerza motriz de diversos molinos.

Entramos en la ermita donde está a la veneración la Virgen de los Angeles, milagrosa imagen a la que acuden los fieles en sus tribulaciones desde pueblos muy lejanos. Allí pueden verse las pruebas del fervor público amontonadas en el antecamarín. Muletas de tullidos que sanaron; mortajas de doncellas curadas a punto de morir; uniformes militares de los hijos de España que fiaron su vida a la Virgen en el fragor del combate; brazos y piernas en cera o metal de los que temieron perder miembros lacerados; cuadros angustiosos representando trances difíciles de la vida humana, y en los que la Reina de los Angeles se mostró parte para resolverlos... Allí están los anhelos fervientes de los que en las horas adversas tuvieron un rayo de esperanza y, por esperar, fueron consolados.

En la diminuta iglesia, limpia como el oro, perfumada por la brisa del campo, alegre con la alegría de la primavera, vimos algunas curiosidades dignas de anotación: un Niño-Dios, escultura minúscula y perfectísima que indudablemente talló Alonso Cano; un óleo donde se representa a Arias Montano oficiando una misa, ante el altar de la ermita, que con recogimiento oye Felipe II, y un cuadro de San Víctor, monje eremita fundador del santuario y nacido en las cercanías.

En el camarín de la Virgen, y como viéramos que la diminuta imagen por quien rezan y suspiran en toda la Sierra ofrecía las particularidades de unos agujeros en la nariz y una a modo de breva madura adherida al brazo derecho, inquirimos el significado y un noble viejo alajeño, que parecía estar enterado, nos habló así:

* * *

Había un pastorcillo por esos contornos floridos que se llamaba Víctor y recorría con su rebaño la Peña cuando no había señal de ermita y la fe cristiana no se había extendido por la faz de la tierra.

Un día Víctor, al sentarse en los riscos para tocar la dulzaina de fresno mientras se apacentaban las ovejas, vio sobre una piedra un muñequillo en forma de mujer con ojos celestiales y carita angelical llevando sobre los brazos otro más pequeño muñeco en figura de niño nimbado de luz. Ver el pastor el hallazgo y apoderarse de él, examinarlo con ojos absortos y meterlo en el zurrón con ánimo de presentarlo al atardecer en el rancho de los gañanes, fue cosa vista y no vista.

Aquella tarde echó Víctor más temprano el hato hacia la casería, ganoso de exhibir su hallazgo; pero al buscarlo en el zurrón notó su inopinada desaparición, viéndose burlado.

Al día siguiente, en igual sitio, encontró de nuevo la figurilla y volvió a encerrarla en la mochila, apretando las correas; por la tarde, en el rancho, se halló sin ella otra vez.

Al tercer día la recogió de nuevo, pues por tercera vez se hallaba sobre el risco consabido, y, para que no se escapase, la

cosió por la nariz al cuero del zurrón, atacando los resquicios vacíos con frutas maduras de los huertos próximos. Así —pensó Víctor—, si es por hambre por lo que se fuga este muñeco, ya tendrá en que ejercitar el diente.

Mas con atadura y vianda el muñeco se fue también, y apareció por cuarta vez en el risco, conservando en la nariz aquilina los agujeros de la puntada y en el brazo derecho un breva...

Entonces le habló a Víctor y le dijo:

—No me llesves más, porque es aquí donde quiero estar. Aquí quiero que se me haga una casa y desde aquí quiero hacer bien por los serranos, auxiliada por mi hijo.

—¿Y quién eres tú —dijo el pastor—, que exiges una casa cuando apenas podemos tener chozas nosotros, y quién es tu hijo, y quiénes sois los dos tan *chiquerreninos* y con tanto poder?...

—¡Yo soy la Reina de los Angeles, y mi hijo es Dios!...

Cayó de hinojos Víctor, y cuentan que él hizo el santuario, cuidó de su conservación, extendió la fe por los pueblos y aldeas de la Sierra y luego fue San Víctor... De pastor de ovejas se convirtió en pastor de almas.

* * *

Después de descansar unos momentos en la casa de la mayordomía de la hermandad de la Virgen nos dispusimos a visitar las grutas llamadas «Palacios oscuros», descendiendo por una escalera tallada en la misma roca, asidos al pasamanos de hierro de que se le ha provisto para seguridad de los excursionistas.

Ya en la entrada de las grutas encendimos una velas que nos facilitó la ermitaña. Del interior se exhalaba un fuerte olor a humedad. Los más resueltos avanzaron primero; su presencia alborotó una millonada de mosquitos; también chillaron algunos murciélagos que, despegándose de la techumbre rocosa, revolotearon en torno de las luces y salieron de estampía al campo.

Recorrimos las grutas hasta donde nos fue posible avanzar, y admirando la obra de la Naturaleza, caprichosa en la forma-

ción de aquellas oquedades, y doliéndonos de tal caricia estalactítica o cual resbalón estalagmítico, volvimos a la luz del día.

* * *

Después estuvimos en los huecos naturales de las rocas que ocupó Arias Montano como lugares aislados de los ruidos del mundo, frente a la Naturaleza, para dedicarse a la interpretación de la Sagradas Escrituras.

Allí vimos los asientos de piedra donde reposaba el sapientísimo teólogo; una especie de depósito tallado en la roca, que acaso utilizaría el confesor de Felipe II como inmensa pila de agua bendita, adecuada a la grandiosidad de un templo como el mundo; la escalinata de pétreos peldaños que da acceso a la silla llamada del Rey, situada en un saliente de la Peña.

Nos contaron que en ella sentado, de cara a la verdad eterna de la creación, meditaba D. Benito sobre los textos sagrados. Y cuando Felipe II le visitó para encargarle la edición de la Biblia Políglota en la imprenta de Plantino, de Amberes, le hizo sentar allí y le invitó a contemplar el panorama, digno de Reyes, según el insigne teólogo.

Felipe, con la misma imperturbable serenidad que cuando le anunciaron el naufragio de *La Invencible*, asintió a lo dicho por su confesor, añadiendo que «Reyes del pueblo o de la ciencia podían ser los que admirasen el paisaje, en el cual aquéllos podían reconocer la feracidad y belleza del territorio, y éstos leer en el libro de Dios, abierto entre el cielo y la tierra».

* * *

Todos los excursionistas emprendieron el regreso a la meseta de la Peña, menos el cronista, que permaneció solitario, sentado y junto al sitio de piedra.

Miré al campo desde la inmensa altura; me embebecí en la contemplación del sublime espectáculo del cielo azul y de la arboleda verdejeante; vi brillar el agua cristalina de la fuente, que se desgranaba al despeñarse; sentí la emoción de un ensueño en-

cantado y presentí en la *silla de los Reyes* la figura adusta del sapientísimo D. Benito Arias Montano y Martín Boza, que irradiaba, como en los retratos suyos pintados por Rubéns, que está en Amberes, y por Zurbarán, que está en Aracena, resplandores de gloria.

No me atreví a despegar mis labios en presencia del sublime políglota; pero él, bondadoso y dulcísimo, me alentó para hablarle. Como aracenes que soy, comencé por agradecerle sus buenos propósitos al crear la cátedra de latinidad de Aracena.

—¿Cómo está eso en estos tiempos? —interrogó.

Pues no existe la cátedra. Los bienes que designó vuesa merced para su sostenimiento en la escritura otorgada ante el escribano de Sevilla D. Marcos Antonio Alfaro están intervenidos por el Estado, y en estos tiempos, señor, el Estado es egoísta a la vez que enemigo de la cultura.

—Lamentable es en verdad que mis esfuerzos hayan resultado estériles.

—Muy lamentable, señor; mas es seguro que alguien rehabilitará su fundación. Se espera el momento propicio...

—Más vale así. Perseverad en el propósito. Y estos pueblos, a los que tanto amé, ¿me recuerdan mucho?

—Los leales siempre le tienen en la memoria. Aracena, vuestro pueblo adoptivo, conserva con singular cariño las imágenes de San Ginés y Santa Brígida que vuesa merced trajo de Alejandría para el ermitorio de la sierra de San Ginés. Ya no están donde se les colocara para rendirle culto como abogados contra el *pulgón*; ahora se veneran en el Castillo. Galaroza, El Castaño, Alajar y otros tienen en gran estima los ornamentos que les fueron donados...

—Bien, bien. Quise tanto a mis pueblos, que me dolería la certeza de un desvío hacia los recuerdos que les dejé de mi amor...

Y oí una voz que pronunciaba mi nombre y me sacaba de mi abstracción, ignorando que sus voces habían de ahuyentar la dulce visión del Horacio español.

* * *

Azuleaba el cielo y el sol hacía vibrar en el espacio los átomos dorados; el campo, vestido, se ufanaba de sus galas de primavera, y el agua de la fuente, la *mi fuente* de Arias Montano, se desgranaba en diamantes al correr hacia el valle.

Allá lejos cantaba un pastor sus amores y sonaban las esquilas del ganado. Bajo la parra que sombreaba una casita blanca esquivaban los rayos del sol y se quemaban en los de la pasión un hombre y una mujer, campesinos.

Al verlos recordé la paráfrasis del *Cantar de los cantares* que hiciese Montano en nuestro idioma y me alejé recitando los versos que acudían a mi memoria:

*En los floridos valles de la Siona;
allí, junto al otero
do el hijo de Jese, zagal chapado,
en tirar con la honda muy certero,
la su gentil corona
ganando fue entre todos señalado;
allí, en el verde prado,
ví, debajo una sombra, una pastora
graciosa y bella, aunque algo tostadilla.
Paréme por oilla,
y a ver que cosa fuese causadora
del ansia gastadora
que dentro sí tenía;
porque con los suspiros que enviaba,
tales que el aire ardía,
encendida en deseos se mostraba.*

ESPOSA

*¡Teolampio mío! ¿Qué tardanza es ésta?
¡Ay! ¿Quién te me detiene?
¿Dónde estás? ¿No respondes? ¿Qué te has hecho?
¿Cómo no quieres que en tu ausencia pene
aquella quien le cuesta
tu amor el corazón que está en su pecho?*

*Bien sientes que despecho
tendré conmigo misma no te viendo,
porque tengo temor que no me quieras.
Si tú mi amante fueras,
vinieras la mi pena no sufriendo.
Yo juzgo que en te viendo
sería yo guarida,
y aunque la muerte de mi triunfare,
tornaría a la vida
si un beso de tu boca yo alcanzare.*

ESPOSO

*Morada de belleza
eres, amiga mía, eres hermosa;
tus ojos, de graciosa
paloma son; los lindos tus cabellos,
castaños, crespos, bellos,
que llegan a cubrir hasta los ojos,
quitan los mis enojos.
¡Cuán linda vista hace en la aspereza
del monte de Guileza
el hato de las cabras que paciendo
lo cubre todo con graciosa gira!
Quien los tus dientes mira,
ovejas trasquiladas ve volviendo
del agua cuando de lavarse vienen...*

*Tus labios son de grana;
el tu hablar cautiva con su gracia,
tan grande es su eficacia;
un casco de granada es la tu frente
hermosa y transparente;
de bruñido marfil es el tu cuello,
que divide el cabello;
cubierta la garganta, y muy lozana,
es la torre galana
que hizo el Rey David para defensa...*

*Tus pechos dos cabritos saltadores
son, que entre flores pacen la mañana.*

* * *

Dijéronme que era hora de emprender el regreso, y creo que todos me lo dijeron con pena.

Echamos a andar perezosos por la pendiente abajo, y allí se quedó en la augusta majestad del silencio el espíritu del glorioso teólogo triunfador en Trento.

Allí se quedó también la Virgencita en su blanco santuario evocador de la leyenda de Víctor el pastor que puso la casa de la Reina de los Angeles sobre el risco señalado por Ella, para que luego un titán de recias espaldas empujase desde el centro de la tierra y, desgarrando la roca, pusiese el altar junto al cielo azul.... (*).

(*) *El Imparcial*, Madrid, *Epistolario Bético*, Ts. I/II, Madrid, 1918/19.

ACERCA DE LA DULCE HOLGANZA

Y va de cuento...

En cierta ocasión, un hombre muy trabajador fue enviado por su médico al campo, para que descansase de los fatigosos esfuerzos que realizaba. Llegó al punto escogido para su descanso, y a los tres días de estar allí fue invitado por los naturales del país a tomar parte en una partida de caza.

—Acepto —dijo—, pero con una condición.

—Usted dirá, amigo.

—Pues que, como vengo a descansar, no han de obligarme a caminar mucho.

—Usted descuide, señor —le replicaron—; precisamente nuestra cacería es *de aguardo*; es decir, de estarse quieto en su sitio y esperar que entre la caza.

Pues entonces, andando.

Nuestro hombre cogió sus avíos de cazador y echó a andar con los demás. Al llegar a unos jarales imponentes, hicieron un alto.

—Bueno, amigo: usted se está aquí; nosotros nos vamos a ocupar otros puestos. Quede usted con Dios. No se mueva, no tosa, no respire... Pase lo que pase, usted se está aquí. Muy quieto, ¿eh? ¡Ya verá cómo se divierte!

Allí se quedó el cazador improvisado, dispuesto a cumplir todas las advertencias. Tenía que realizar un gran esfuerzo para ello, pues era persona acostumbrada a la mayor suma de actividades, y de momento no estaba seguro de acomodarse a la quietud y al silencio absolutos. Pero se estuvo quieto, muy quieto, pues su gran voluntad tenía poder suficiente para dominar todos los impulsos.

De vez en cuando, sonaban más arriba y más abajo disparos de los cazadores. El no encontraba ocasión de usar su escopeta; pero no desconfiaba de divertirse mucho.

En esto empezó a llover, como dicen que llovió cuando el diluvio universal. Los cazadores se fueron, presurosos, de sus puestos a guarecerse de la lluvia en el caserío, suponiendo que el forastero habría de hacer lo mismo. Pero el forastero, fiel a su palabra, no se movió del sitio que le designaron, aguantando heroicamente la lluvia. Acertó a pasar por allí un pastor, y viendo, asombrado, a aquel hombre-esponja, le dijo:

—Pero, hombre de Dios, ¿qué hace usted aquí?

A lo que respondió nuestro hombre imperturbable como un estoico.

—¡Dicen que me estoy divirtiendo!

—¿No ha matado usted nada?

—Como no me gusta hacerle daño a nadie, pues mataba el tiempo... Pero es el tiempo el que me va a matar a mí.

Con efecto, la terrible mojadura le causó un enfriamiento mortal. A los tres días, le contaba el desgraciado a San Pedro los motivos de su muerte lamentable.

Ahora, vamos a elaborar un poco de filosofía —hoy nos sentimos filosóficos—, en torno a este verídico sucedido. La primera vez que el interfecto decidió no hacer nada y divertirse, le costó la vida. El intento de matar el tiempo le salió bastante desigual; decididamente no era hombre organizado para *il dolce farniente*, que traduciremos por la dulce holganza, si ustedes no disponen otra cosa.

De verdad que es grave no hacer nada. Burtón, un autor que escribió la *Anatomía de la melancolía*, afirma que la tristeza de los seres humanos proviene de la ociosidad; la ociosidad que corroe el corazón de los hombres y de los pueblos, destruyéndolos como el moho al hierro. En el Libro I de *Las Crónicas* —se trata de la Santa Biblia, nada menos— leemos lo siguiente: «¡Levántate y trabaja y el Señor será contigo!» Y el magnífico San Pablo fulminó esta amenaza: «Aquel que no quiera trabajar, tampoco comerá».

Necesariamente hay que trabajar; porque estamos organizados para el trabajo, y en los que son vagos duerme lo mejor de su naturaleza, para dejar despierto todo lo peor. Hay que considerar, por lo tanto, como ser peligroso a todo el que no trabaja.

Precisamente en Madagascar —Madagascar no es un país imaginario, amigos míos: Madagascar es una isla francesa del Océano Indico, en la parte oriental de Africa; el que lo dude, que vaya y se convenza—; en Madagascar, como íbamos diciendo, es ruinoso no hacer nada. El gobernador general notó que había muchos europeos e indígenas dedicados al ocio contumaz, y decidió convencerles, por las buenas, de la santa necesidad de cumplir con la obligación social de trabajar. No quiso ningún vago convencerse, y decidió marcar en doscientos cincuenta días al año los de trabajo para cada uno, con excepción de los ancianos y los niños, castigando con un fuerte impuesto, por día de vagancia, a los contraventores.

Alfredo de Muset, celebraba en bellísimos versos el placer de no hacer nada, y llamaba a los perezosos gentes preferidas de los dioses. Nuestro poeta Mora decía:

*Feliz quien sin pueriles aprensiones
se lleva, desde el alba hasta oraciones,
con los brazos cruzados.*

Y Enrique de Mesa ha cantado, también en verso, «el placer único de vagar bajo el sol...» Pero todo es poesía, y la poesía no da de comer a nadie. La señora Poesía «come caliche y bebe vinagre», como dijo *el otro* — ya saben ustedes quien es *el otro*—, y así están de pálidos los poetas, que tampoco pueden pelearse por falta de medios económicos.

Y vamos a cuentas: Es España un gran país de vagos; aquí hay una cantidad —¡qué cantidad!— de gente ociosa, verdaderamente extraordinaria. Gente que no trabaja, ni... deja trabajar. Es gente de cuidado, por lo tanto; pues ya hemos quedado en que la ociosidad corroe el corazón de los hombres y de los pueblos, destruyéndolos como el moho al hierro... ¿Sería oportuno intentar en España algo semejante a lo hecho en Madagascar?

¿No andan nuestros parlamentarios atareados en confeccionar unas reformas tributarias? Podía legislarse algo contra la vagancia, ¿no le parece a usted bien, amable y ocupado lector?

Se designaría por la ley el número de días que cada cual debe trabajar al año, y aquél que holgase sin motivo justificado, pagaría un fuerte impuesto. ¡Oh, que magnífica fuente de ingresos para el Tesoro! Si nosotros fuésemos parlamentarios, convenríamos enseguida al ministro de Hacienda...

Pero, no se alarme nadie: no somos parlamentarios, y nada se puede temer de nosotros. Pueden seguir tranquilos los holgazanes sujetando las esquinas, burlándose de los que pasan cargados y de los que van presurosos a cumplir con su deber: ¡Pobre gente que le hizo caso a San Pablo! ¡Desgraciada grey que, como Kant, soñó con que la vida era belleza, y al despertar vió que la vida era deber!

Notamos que nos ponemos demasiado serios, y no es la seriedad nuestra cuerda; por lo cual decidimos terminar aquí este *propósito*, antes de incurrir en el grave pecado de entristecer a nuestros lectores.

Y, además, porque tenemos mucho que hacer (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 8/6/1922.

FRENTE A LAS LLAMAS DE LAS QUEMAS DEL MONTE

Apenas si va quedando monte para quemar, en la serranía que acogió nuestros deseos estivales de descanso; pero el que aún queda se enciende ahora en fogatas cuyo humo oscurece los paisajes, enrarece el aire y nos produce una angustiosa sofocación... Sin embargo, a pesar de todas esas molestias, el espectáculo es muy bello. Por las noches, desde cualquier altura de las muchas que nos ofrece como atalaya el accidentado terreno, podemos contemplar el maravilloso espectáculo de un dilatado panorama encendido a trechos...

Podemos contemplarlo y disfrutarlo y también soñar con él.

La llama ardiente siempre excita la fantasía por no sabemos qué misteriosa relación entre ella y la que dentro de nosotros arde y consume nuestra propia vida.

«La llama —como dice Gabriel D'Annunzio— es siempre bella.» Y siempre purificadora, aunque en las cenizas que deja se quede hecho residuos grises el dolor...

En las quemas del monte serrano que contemplamos bajo la paz de una noche estrellada, habrán sucumbido millares de animalitos que gozaban la libertad de sus vidas entre los jarales fragosos. Su sacrificio es el dolor en que se asienta siempre la belleza de toda tragedia...

Pero de ese sacrificio unido al de las recias matas silvestres, quedará sobre la tierra un elemento químico fecundador de los nuevos cultivos con que el hombre logrará purificarse por el trabajo y el aire conseguirá por la lozanía de la sementera fragante, la purificación del ambiente en que se embebe el paisaje. La llama es bella...

Es bella en el extremo de los cirios que forman el ascua votiva de un altar; es bella en torno a las cabezas de los elegidos; bella, en las lámparas que lucen constantemente ante los sagrarios; bella, en la candela hogareña, en el faro marítimo, en los empujados de las calderas de vapor que mueve las industrias, los trenes y los buques. Pero más bella que en ninguna otra parte la vemos en la inmensidad de la noche y del campo, convertida en corona ardiente de las montañas gigantescas. Su belleza indecible arrebató nuestra fantasía, exalta nuestro pensamiento y convierte en quiméricos deseos toda la emoción del espectáculo. ¡Cuántas cosas quisiéramos que se quemasen ahí, que sucumbiesen entre esos resplandores! Porque en los montes de la vida hay muchos convencionalismos sociales que encienden para que se purifique el ambiente y el suelo tome bríos con el abono de las cenizas, para dar vigor a una cosecha de fraternidad humana con espigas inagotables. ¡La llama es bella! Pero más bella sería aun si quemase el egoísmo sórdido de los que, atentos al cultivo de la pródiga viña de su fortuna, cierran indiferentes los oídos, los ojos y el corazón a los desheredados; más bella sería aún si quemase el anticristiano afán de clasificar a los hombres por castas y poner el valladar del desprecio entre el oro y la pobreza; más bella sería si viésemos caminar a Cristo sobre las lenguas de fuego —como ya le vimos sobre las aguas del mar de Tiberiades— para restablecer entre los hombres el amor fraternal necesario para que la voz unánime de la igualdad franquee las puertas eternas.

La belleza de la llama alcanza a producirnos también el arrebatado deseo de ir hacia ella en busca de nuestra propia purificación; por que acaso seamos impuros de pensamiento y de obra por debilidad para sustraernos al influjo de los convencionalismos que acallan la protesta interna contra la crueldad, contra la mentira, contra el impío disfrute de los privilegios sin una mirada para el que cumple condena por el delito de haber nacido desheredado.

¡Pero hay que tener esperanza! Una llamita de esperanza que nos salve por su leve belleza, —que, al fin y al cabo, encierra en potencia la chispa del gran incendio definitivo— de la te-

rrible hora de las desesperadas teas en manos de las turbas sin freno... La llama es bella y tiene muchos enamorados.

Todavía está caliente el rescoldo, mezclado de sangre y ruina, del gran incendio de la guerra que comenzó con el sacrificio de los hombres de espíritu inflamado por la llamarada del patriotismo romántico y acabó en los horrores de Rusia...

Sobre esos rescoldos se alzó la voz de un hombre, que tenía en torno a su testa un resplandor de iluminado, para decirle al mundo el modo cómo podía obtenerse del gran incendio la mayor eficacia purificadora y apacible: «Los hombres fueron a la guerra alentados por el ideal clásico de las guerras de espectáculos y romances, pero volvieron, los que volvieron, convencidos de que todo había sido por defender ideales utilitarios que sólo le importaban al capitalismo. Y esto forjará una nueva guerra que no podrá evitarse si no procuramos desde ahora mismo aplicarle a la humanidad el único remedio posible: que, en adelante, los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres» (Lloyd George).

Si la Humanidad sintió en el fondo de su convencimiento la necesidad de atender esa verdad, no le hizo caso, y ahogó el impulso realizador con la oleada del egoísmo convencional. Ahora hay menos ricos, pero es porque el dinero está en pocas manos, y hay más pobres, muchos más pobres, porque hasta el trabajo—capital de los pobres— está supeditado a las maquinaciones de la producción, sin detenerse los productores a pensar que los brazos ociosos puedan tomar las teas en cualquier momento.

Pero estas llamas sugeridoras que coronan los montes serranos, alumbran en la noche estrellada paisajes apacibles que aún no se conmovieron con ningún viento extraño. La tierra, esta amada tierra, da para todos; los hombres necesitan poco y cuentan con lo indispensable. Bien quisiéramos que esta paz eglógica no se alterase jamás y que el haz de las buenas voluntades conservase íntegra la unidad defensiva... Porque lo que no está dentro, puede venir de fuera...

La llama es bella, pero muy contagiosa también. Frente a los montes próximos, coronados de fuego, lo advierte quien no tiene otra cosa que ideas, y ya se sabe que las ideas no arden: más bien aumentan al contemplar las llamaradas (*).

(*) *El Noticiero Sevillano*, Sevilla, 12/9/1930. Artículo galardonado con el Premio «Mariano de Cavia».

HOMENAJE AL MAR

Esta serranía por donde vagamos —sin grandes sofocos por el día y tomando el fresco con capa por las noches— siente, como Castilla, la melancolía de no ver el mar que le enamora... No ve el mar, pero ve y engulle sus peces, y algo es algo; con lo cual realiza la sierra desde que el mundo es mundo, y la ingestión piscívora forma parte de la nutrición humana, el debido homenaje al suspirado mar lejano.

Hasta hace poco tiempo las dificultades del transporte impidieron que el pescado llegase fresco hasta estas alturas serreñas, y, para que no faltase, aunque fuese seco, se recurrió en las embarcaciones pesqueras al arbitrio de poner al sol, como un empavesado de fiesta, las especies susceptibles de desecación —el sollo, la raya, la bermejuela, entre otras—, que luego de bien curadas por los rayos solares y el aire salino, subían los arrieros a lomo de sus recuas y distribuían a buen precio entre los consumidores serranos. Algunas veces, cuando no hacía mucho calor en las veredas, solían llegar también el atún de barriga, las cabañas emparejadas y las sardinas de aguante, todo entre tandas de sal gorda de Bacuta, en tal abundancia, que no había posibilidad de eliminarla por más lavados y remojos que se practicasen a toda conciencia antes de cocinar. Luego, al freir era el reir y al comer era el beber, aparte los probables sarpullidos, granos o viruelas locas con que el mar le pagaba sus entusiasmos a los admiradores heroicos. Y eso, que en las mesas serranas el lugar de honor se le reservaba al pescado, con desdén para los suculentos productos cárnicos del país...

Las carreteras y su verdadero complemento los vehículos con motor de explosión, han cambiado de una manera radical el régimen de abasto de pescados, y la sierra puede ya rendirle al mar de sus admiraciones el homenaje de sus fervores, por medio del pescado fresco. Insistimos en que la sierra ama sobremanera al mar; le complace mucho saber el buen agrado con que el mar se bebe —sin duda para aliviar la ardiente sed que le produce su eterna ahitera de sal—, las dulces aguas que le envía por los cauces fluviales. Otro signo de ese tierno amor consiste en la frecuencia con que los serranos se hacen marinos. Alguna vez intentaremos demostrar la importancia de esta inclinación navegadora de la serranía con la publicación de la lista completa de los serranos que sirvieron en las Armadas Reales; algunos nos permiten gozar en las fiestas mayores el conmovedor espectáculo de los uniformes vistosos de jefes retirados o en situación de reserva, con que felizmente llega tierra adentro el prestigio de los departamentos marítimos,

Pero la verdad es que no se había celebrado con la importancia debida el hecho trascendental de la llegada del pescado fresco a la sierra. Omisión imperdonable que no se explica como no sea por la razonable consideración de que el placer de consumirlo hizo olvidar deberes ineludibles. ¡La felicidad que proporciona comerse a ciento veinticinco kilómetros del mar una sardina con la sangre en el ojo, unos calamares con la tinta tan limpia que puede servir para la estilográfica, unos salmonetes de suave púrpura sedeña, etc., no deja espacio en el ánimo del gastrónomo para otros pensamientos!

Esa omisión ha sido salvada en este año, y en estos días, con un acto que no tenemos derecho a substraerle a los lectores; porque, aparte el significado de reconocimiento y justicia que contiene, ofrece una nueva modalidad de homenaje: el del consumidor serrano de pescado fresco al mar que lo produce. Los iniciadores han sido los hermanos Nicolás y Jesús Ibarra, a

quienes les debemos gratitud imperecedera por haber cifrado en nosotros la representación que la Prensa debía tener en el acto sin precedentes.

Para que todo ocurriese con honor para el pescado, se le hizo venir por los medios más rápidos, desde el barco pesquero anclado a la vera de un automóvil, y a los cuidados de un cocinero de mar que además tenía la obligación de cocinarlo como se cocina a bordo. El lugar del piscívoro convivió la explanada de una huerta, limitada por el recuerdo oceánico de una alberca; la mesa, presidida por una miniatura de barco pescador, rodeada de comilones bien dispuestos por la ingestión previa de unas botellas de vinillo aloque meridional, que pronto quedaron en condiciones de recibir en lugar del vino esos mensajes donde se consignan los grados de latitud y longitud en que se naufraga, y que, por lo general van a parar a una playa ignota, dos o tres años después de la catástrofe, donde además, nadie sabe descifrar la urgente demanda de socorro. Unicamente en las zarzuelas grandes, de barcarola interrumpida por el trueno fragoroso, hemos visto probada la utilidad de esas botellas mensajeras.

Había sobre la mesa unas delicadas alusiones a los productos serranos —jamón de color de rubí, señorial morcilla en rodajas—, pero nadie les hizo caso. En cambio, un violentísimo movimiento de resaca acabó en un santiamén con los langostinos destinados al aperitivo fuera de obra. Después nos fue enviando el cocinero de mar, desde la cocina, una prodigiosa sopa de mariscos que hacían elevar el espíritu al cielo en acción de gracias; unos calamares en cuya salsa hubo más de un navegante de esta singladura que botó sopones como barcos; unos lenguados y salmonetes fritos que gritaban: «¡Comedme!», y, para no contrariarles, se les hacía caso inmediatamente.

Al final se hicieron votos, en prosa y verso, y con todas las galas de la oratoria, porque el mar no se seque, para que pueda seguir criando los peces deliciosos que Dios puso en sus aguas al crearlas.

He aquí la reseña escueta del singular homenaje con que la sierra ha dedicado al mar en sus peces por la alegría de recibirlos frescos.

Esperamos de un momento a otro un acto de reciprocidad del mar, al que nos imaginamos un tanto receloso de la sierra, que hasta ahora no le ha mandado más que agua dulce. ¡Y ya es tiempo de que baje algo sólido! El mar siente, sin duda, la melancolía de no ver la sierra, pero no ignora la existencia del jamón serrano, que también tiene su gracia y su sal...(*).

(*) *ABC* Edición Sevilla, 19/8/1930.

ÍNDICE

Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.

INDEX

ÍNDICE

MOTIVACIÓN	9
PRÓLOGO	13
1.—Semblanza de José Andrés Vázquez	15
1.1.—Juventud ateneista	17
1.2.—Maestro de periodistas	22
1.3.—Tiempo de silencio	25
2.—El mundo emocional de José Andrés Vázquez	28
2.1.—Una carta en la ciudad	30
2.2.—Contrapunto de la tradición: los pueblos	32
2.3.—La cuestión andaluza	35
Notas de Prólogo	40
Obras de José Andrés Vázquez y Traducciones elegidas	42

I

LA CIUDAD

La ciudad y el campo	47
Hacia la primavera	51
La ciudad de la muerte	55
El sevillano Pilatos	59
La sinfonía de la primavera	63
«Lo que diga mi compadre»	67
La feria humilde	71
Al pie del monumento a San Fernando	73
Portugal conquistado por Sevilla	77

II

PUEBLOS ANDALUCES

La Romería de Carboneras	83
La importancia de Matalascañas	87
La fuente clara de Cañaveral de León	91
Divagación de un domingo en Torrijos	95
Alcalá, ciudad del pan y del agua	99
Aroche, villa del señorío heroico	103
Almonaster, villa real	107
Ayamonte, ciudad muy antigua y muy moderna	111
Villamartín o el pleito de los tres siglos	115
Las Cabezas de San Juan, donde Riego se jugó la suya	119
Cortegana, donde nace el Chanza	125
Fuenteheridos y el por qué de su nombre	129
El valle de la Novia	133
Puertomoral	137
Los famosos mostachones de Utrera	139
El escudo heráldico municipal de Aracena	143

III

TRADICIONES

Variaciones sobre el jamón serrano	151
El Cristo del Museo	157
Una plazuela solitaria y un Cristo sin fervorosos	157
El Cristo no es de madera	158
Es un hombre que no quiere morir	158
Un presentimiento del espíritu	159
Otros espíritus	159
En la plazuela solitaria	160
Nuestra Feria	161
La última pandereta	165
El ocaso de la guitarra	169

La banderilla del turista	173
El tesoro del rey moro	177
La Cruz de Mayo y los niños	181
La leyenda del niño peregrino	185
Momo y el tributo de las doncellas	191
La bárbara costumbre de las cantaletas	195
Divagación cuaresmal sobre el bacalao	199
De cómo se viaja sin molestias en auto-diligencia	205

IV

RETRATOS

Lerroux y el petróleo	211
El chaquet de Cambó	213
La Emperatriz de la pena	219
La chaqueta de Unamuno	223
Rebollo el cumbreño, o un ejemplar de la raza	227
Zorrilla o el arte de morirse de hambre	231
Goya en Sevilla	235

V

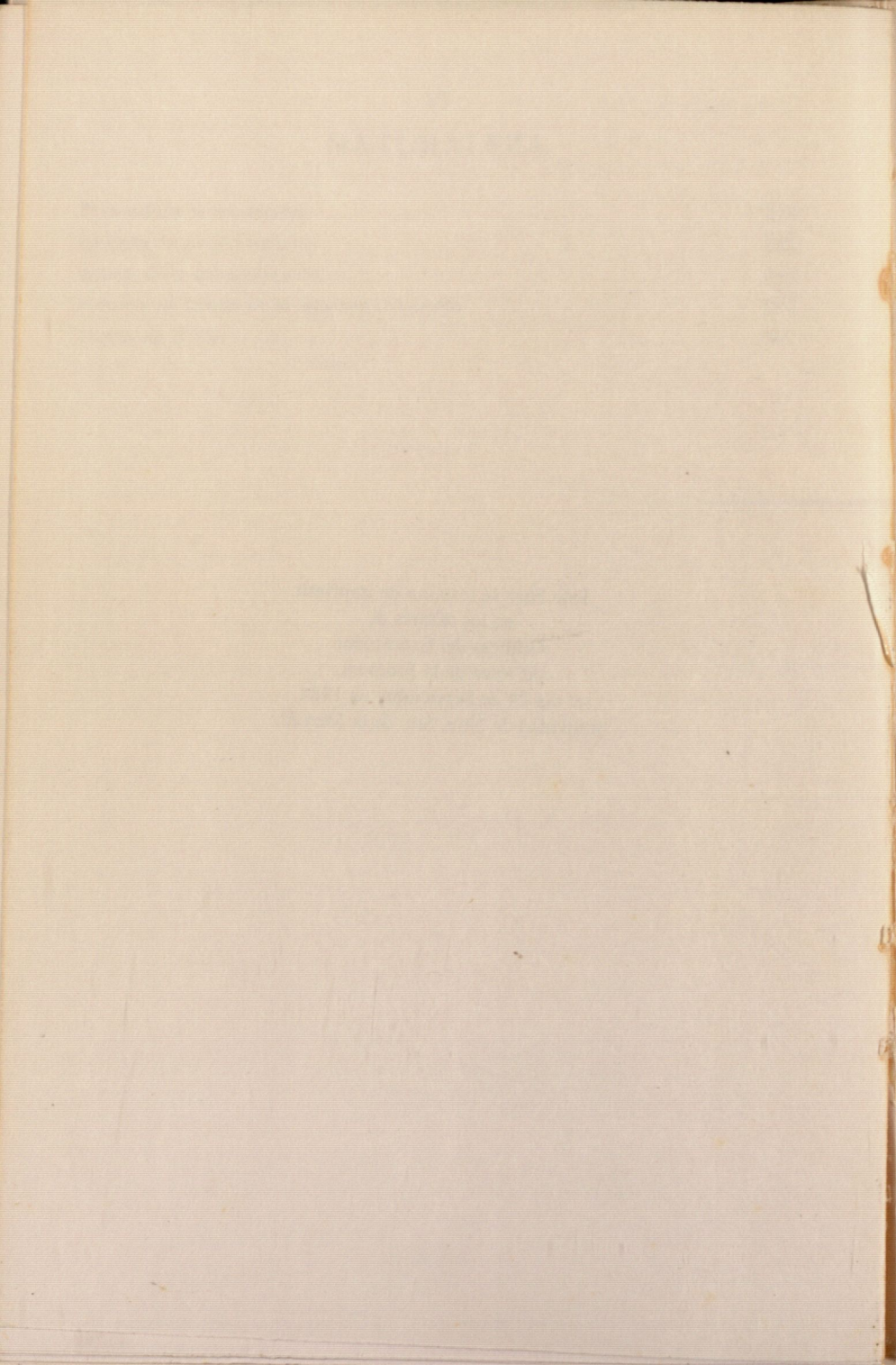
LA CUESTIÓN ANDALUZA

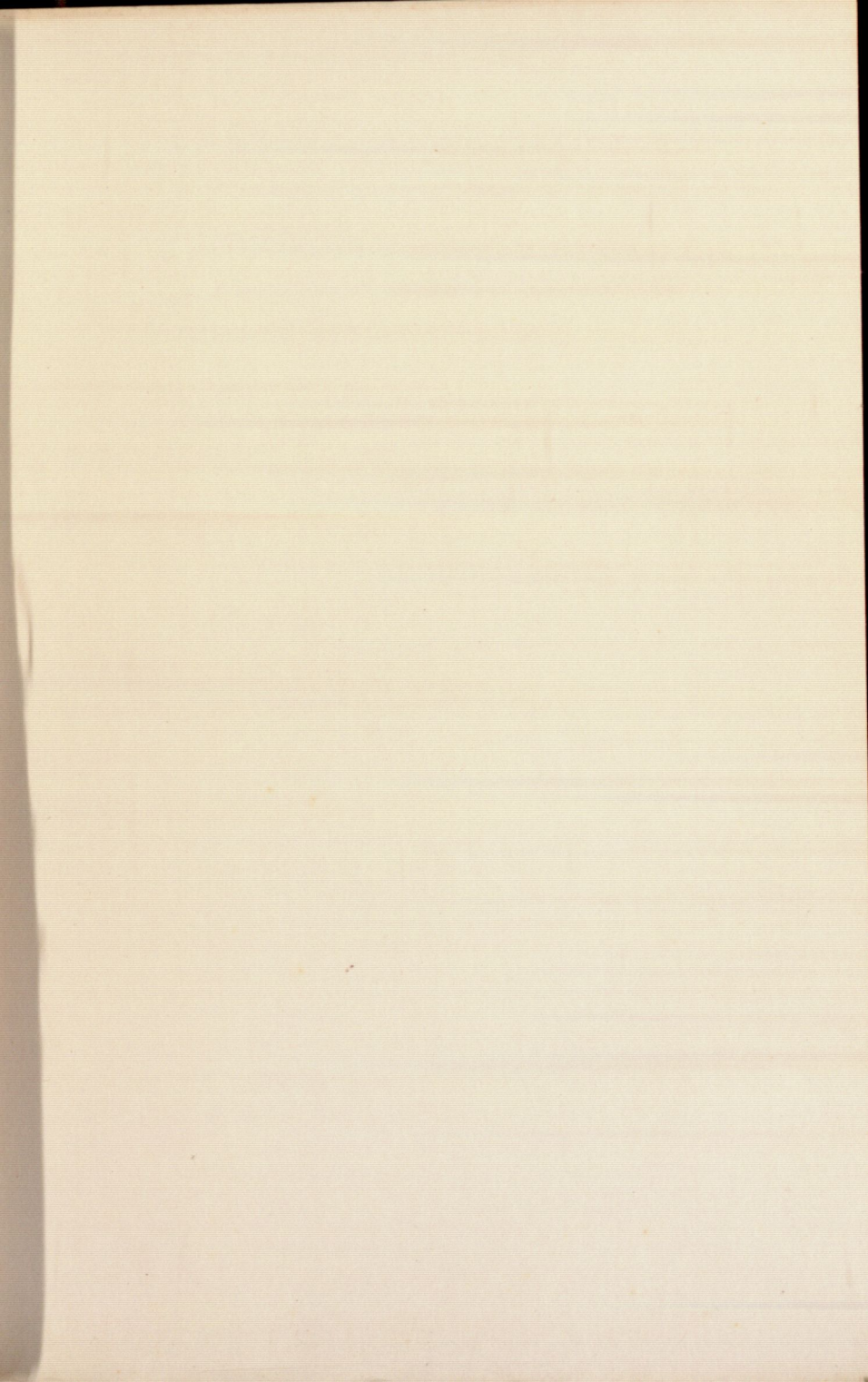
La moral como valor positivo	241
La ciudad sin alma	245
El regionalismo andaluz	249
El problema de Andalucía	253
Los hombres más tristes	257
Por el dolor de Andalucía	261
Diálogo de café, acerca de las mancomunidades	269
La esperanza de los moros andaluces	273

VI
NATURALEZA

El sacrificio de las encinas	279
La Peña de Arias Montano	283
Acerca de la dulce holganza	293
Frente a las llamas de las quemas del monte	297
Homenaje al mar	301

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de
Gráficas del Exportador
de Jerez de la Frontera,
el día 24 de Septiembre de 1984,
festividad de Ntra. Sra. de la Merced.







FUNDACIÓN BLAS INFANTE



EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ARACENA